

*TOMO II*

*Ayn Rand*

**EL  
MANANTIAL**

**EDITORIAL PLANETA  
EDICIONES G.R.**



Título original:  
THE FOUNTAINHEAD

Traducción de  
LUIS DE PAOLA

Portada de  
GRACIA

© Ayn Rand, 1958  
© Editorial Planeta, 1975



Depósito Legal: B. 40.793 (n) –1975  
ISBN: 84-0143973-6 (Obra completa)  
ISBN: 84-0143282-0 (Tomo II)  
ISBN: 84-320-5407-0 (Publicado anteriormente por  
Editorial Planeta)

**Difundido por**  
PLAZA & JANES, S. A.  
Espulgas de Llobregat: Virgen de Guadalupe, 21-33  
Buenos Aires: Lambare, 893  
México 5. D.F.: Amazonas, 44,2.º piso  
Bogotá: Carrera 8.a Núms. 17-41

LIBROS RENO son editados por  
Ediciones G. P., Virgen de Guadalupe, 21-33  
Espulgas de Llobregat (Barcelona)  
e impresos por Gráficas Guada, S. A.,  
Virgen de Guadalupe, 33  
Espulgas de Llobregat (Barcelona) – ESPAÑA



TERCERA PARTE

GAIL WYNAND

I

Gail Wynand se colocó el revólver en la sien.

Sintió la presión del anillo metálico en su piel... y nada más. Podía haber tenido en la mano un tubo de plomo o una joya; no era nada más que un pequeño círculo sin significado.

—Voy a morir —dijo en voz alta, y bostezó.

No sentía ni consuelo ni desesperación ni temor. El momento de su fin no presentaba siquiera un poco de seriedad. Era un momento anónimo. Hacía pocos minutos había tenido el cepillo de los dientes en la mano; ahora tenía una pistola con la misma indiferencia. «Uno no muere así —pensó—. Es preciso sentir gran alegría o un saludable terror. Uno no debe saludar su propio fin. Que sienta un espasmo de terror y apretaré el gatillo.» No sintió nada.

Se encogió de hombros y bajó el arma. La estuvo golpeando ligeramente en la palma de la mano izquierda: «La gente siempre habla de una muerte negra o de una muerte roja —pensó—; la tuya, Gail Wynand, será una muerte gris. ¿Por qué no ha dicho nadie jamás que éste es el horror último? Ni gritos ni súplicas ni convulsiones. Ni la indiferencia de un limpio vacío, desinfectado por el fuego de un gran desastre. Pero esto... un horror insignificante, tiznado, pequeño, incapaz de producir espanto. Tú no puedes proceder así —se dijo a sí mismo, sonriendo fríamente—, sería de

muy mal gusto.»

Se dirigió a su dormitorio. Su residencia se hallaba situada en el piso quincuagésimo séptimo de un gran hotel residencial que le pertenecía en el centro de Manhattan. Podía contemplar toda la ciudad, que se extendía abajo. El dormitorio era una caja de vidrio que estaba sobre el tejado de la casa. Las paredes y el techo eran inmensas láminas de vidrio. Había cortinas azuladas para cubrir las paredes y cerrar la habitación cuando lo deseaba, pero no había nada para cubrir el techo. Yaciendo en la cama, podía estudiar las estrellas que estaban sobre su cabeza, ver el fulgor de los relámpagos u observar la lluvia rompiéndose en furiosos y brillantes estallidos como pequeños soles contra la protección transparente. Le gustaba apagar la luz y descorrer todas las cortinas cuando estaba en la cama acompañado. «Estamos durmiendo a la vista de seis millones de personas», le decía.

Ahora estaba solo. Las cortinas estaban descorridas. Miraba la ciudad. Era tarde y el gran tumulto de las luces de abajo empezaba a morir. Pensó que no le había importado contemplar a la ciudad muchos años, y que no le importaría verla de nuevo. Se apoyó contra la pared y sintió el vidrio frío a través de la fina seda oscura de su pijama. Tenía un monograma bordado en blanco en el bolsillo de arriba. G. W., reproducción exacta de como firmaba sus iniciales con un solo trazo violento.

La gente decía que la mayor paradoja de Wynand, entre muchas, era su aspecto. Parecía un producto decadente, final, refinado, de una larga estirpe, y todo el mundo sabía que procedía del arroyo. Era alto, demasiado delgado para la belleza física, como si toda su carne y sus músculos hubiesen sido eliminados. No le era necesario permanecer erguido para dar impresión de dureza. Como una pieza de costoso acero, se doblaba con la mirada cabizbaja y daba la impresión de un

resorte feroz que pudiera saltar en cualquier momento. Este aviso era todo lo que necesitaba; raras veces estaba completamente erguido; solía estar repantigado. Cualquier ropa que usase le daba aire de consumada elegancia.

Su rostro no pertenecía a la civilización moderna, sino a la antigua Roma; era el rostro de un patricio. Sus cabellos, sembrados de gris, estaban peinados hacia atrás. Su piel aparecía tirante sobre los agudos huecos de la cara, su boca era grande y fina; los ojos bajo sesgadas cejas eran de color azul pálido, y en las fotografías parecían dos óvalos blancos y sarcásticos. Una vez un artista le había pedido que posase para pintar un retrato de Mefistófeles. Wynand se había reído, rehusando, y el artista lo había observado tristemente, porque la risa tornaba al rostro perfecto para su propósito.

Inclinó indolentemente el cuerpo contra el vidrio del dormitorio, con el peso del arma en la mano. «Hoy — pensó—, ¿qué era hoy? ¿Ocurrió algo que me podría ayudar ahora y que diese significado a este momento?»

Aquel día había sido igual a muchos otros días pasados cuyos rasgos peculiares eran difíciles de reconocer. Tenía cincuenta y un años y estaba a mediados de octubre de 1932; esto lo sabía con seguridad; lo demás requería un esfuerzo de memoria.

Se había despertado y vestido a las seis de la mañana. Durante su vida de adulto no había dormido más de cuatro horas por noche. Bajó al comedor donde el desayuno estaba servido. Su casa, una pequeña estructura, estaba al borde de una vasta terraza dispuesta como un jardín. Las habitaciones eran una proeza superlativamente artística. Su sencillez y belleza habrían provocado suspiros de admiración si aquella casa hubiese pertenecido a cualquier otro, pero la gente permanecía silenciosamente asombrada cuando pensaba que era la casa del propietario del *New York Banner*, el



diario más vulgar del país.

Después del desayuno fue al estudio. Sobre su mesa estaban amontonados todos los diarios, libros y revistas importantes recibidos aquella mañana de todas partes del país. Trabajaba solo durante tres horas, leyendo y escribiendo breves notas en las páginas impresas, con un lápiz azul. Las notas parecían los signos taquigráficos de un espía. Nadie las podía descifrar, excepto la seca secretaria de edad madura que entraba en el estudio cuando Wynand salía. Desde hacía cinco años no oía su voz, pero la comunicación no era necesaria. Cuando volvía a su estudio, por la noche, la secretaria y el montón de papeles habían desaparecido; en su escritorio encontraba en páginas netamente escritas a máquina las cosas que deseaba recordar del trabajo de la mañana.

A las diez llegó al edificio del *Banner*, una construcción sencilla, triste, en un barrio poco elegante de Manhattan. Cuando recorría los estrechos pasillos del edificio, los empleados le daban los buenos días. El saludo era correcto y él contestaba correctamente, pero su paso producía el efecto del rayo de la muerte capaz de paralizar el motor de los organismos vivientes.

Entre las muchas reglamentaciones duras impuestas a los empleados de todas las empresas Wynand, la más dura era la que exigía que ningún hombre cesara en su trabajo si el señor Wynand entraba en la habitación donde trabajaba. Nadie podía predecir qué departamento elegiría para visitar ni cuándo. Podía aparecer en cualquier momento y en cualquier parte del edificio, y su presencia era como una descarga eléctrica. Los empleados trataban de obedecer la regla como mejor podían, pero preferían tres horas de trabajo extra a diez minutos de trabajo bajo su observación silenciosa.

Aquella mañana fue a su oficina a ver las pruebas de los editoriales del *Banner* del domingo. Trazó rayas azules en los renglones que quería eliminar. No firmó

con sus iniciales, pero todo el mundo sabía que solamente Gail Wynand podía hacer aquellos trazos azules, rayas que parecían eliminar la existencia de los autores del trabajo.

Terminó de leer las pruebas y pidió que lo conectasen con el director del *Herald* de Wynand en Springville (Kansas). Cuando telefoneaba a sus provincias, su nombre no era anunciado jamás a la víctima. Esperaba que su voz fuera conocida por cada ciudadano importante de su imperio.

—Buenos días, Cummings —dijo cuando el director contestó.

—¡Dios mío! —suspiró el director—. ¿No es...? — Es —replicó Wynand—. Escuche, Cummings. Un poco más de porquería en la charlatanería de ayer sobre «La última rosa de verano», y puede preparar los bártulos.

—Sí, señor Wynand.

Wynand colgó el receptor. Pidió comunicación con un eminente senador de Washington.

—Buenos días, senador —dijo cuando el caballero habló al cabo de dos minutos—. Gracias por la amabilidad de contestar a esta llamada. Lo tomo en cuenta. No quiero hacerle perder su tiempo, pero le debía la expresión de mi más profunda gratitud. Lo llamo para agradecerle su trabajo por hacer pasar la ley Hayer-Lanston,

—Pero..., ¡señor Wynand! —La voz del senador parecía temblar—. Es una amabilidad suya, pero la ley no se ha aprobado aún.

—¡Oh, cierto! Es una equivocación mía. Se aprobará mañana.

Una reunión del Consejo de las Empresas Wynand estaba prevista para las once y media de la mañana. Las empresas Wynand consistían en veintidós diarios, siete revistas, tres agencias de noticias y dos noticiarios cinematográficos. Wynand poseía el setenta y cinco por ciento de las acciones. Los directores no estaban

seguros de sus funciones ni de sus propósitos. Wynand había ordenado que las reuniones empezasen con puntualidad, estuviera o no él presente. Aquel día entró en la sala de juntas a las once y veinticinco. Un viejo caballero distinguido estaba hablando. A los directores no les estaba permitido detenerse ni advertir la presencia de Wynand. Se dirigió a una silla vacía, a la cabecera de una larga mesa de caoba, y se sentó. Nadie se volvió hacia él. Era como si la silla hubiese estado ocupada por un fantasma cuya existencia ellos no se atrevían a admitir. Escuchó silencioso durante quince minutos. Se levantó en medio de una frase y salió como había entrado.

Wynand extendió los planos de Stoneridge, su nueva aventura en materia de propiedad, sobre la ancha mesa de su oficina, y pasó media hora discutiendo con dos de sus agentes. Había adquirido una vasta extensión de tierra en Long Island, la cual iba a convertirse en la Explotación Stoneridge, una nueva comunidad de pequeños propietarios a los cuales Gail Wynand les debía edificar cada acera, cada calle y cada casa. La poca gente que conocía sus aventuras en materia de propiedad le había dicho que estaba loco. Era un año en que nadie pensaba edificar. Wynand había hecho su fortuna tomando decisiones que la gente calificaba de locas.

El arquitecto que había de diseñar Stoneridge no había sido elegido aún. Las noticias de su proyecto se habían escurrido entre los profesionales muertos de hambre. Durante semanas Wynand se había negado a leer cartas o contestar llamadas de los mejores arquitectos del país y de sus amigos. Se negó una vez más cuando, al final de su conferencia, su secretaria le informó que el señor Ralston Holcombe requería con suma urgencia dos minutos de tiempo por teléfono.

Cuando los agentes se fueron, Wynand apretó un botón para llamar a Alvah Scarret. Éste entró en la

oficina riendo felizmente. Siempre respondía al zumbido con la ansiedad halagadora de un mensajero.

—Alvah, ¿qué diablos es *El cálculo biliar galante*?

—¡Oh! ¿Eso? Es el título de una novela de Lois Cook —dijo Scarret riéndose.

—¿Qué clase de novela?

—Una estupidez. Pretende ser una especie de poema en prosa. Trata de un cálculo biliar que cree ser una entidad independiente, un áspero individualista en la vesícula de la hiel. ¿Se da cuenta lo que quiero decir? Y entonces el hombre toma una fuerte dosis de castóreo. Hay una gráfica descripción de sus consecuencias. No estoy seguro si es médicamente correcta, pero, de cualquier modo, es el fin del galante cálculo biliar. Se supone que todo eso es para probar que no existe el llamado libre albedrío.

—¿Cuántos ejemplares ha vendido?

—No sé. No muchos, creo; sólo entre intelectuales. Pero he oído decir que ha aumentado algo últimamente, y...

—Precisamente. ¿Qué pasa por aquí, Alvah?

—¿Qué? ¡Oh! Usted quiere decir que ha notado las pocas menciones que...

—Quiero decir que me he informado de todo lo que ha pasado en el *Banner* en las últimas semanas. Muy bien hecho, además, si me ha costado tanto tiempo para descubrir que no ha sido casual. —¿Qué quiere decir?

—¿Qué cree que quiero decir? ¿Por qué este título especial aparece continuamente en los lugares más inapropiados? Un día es en un relato policiaco acerca de la ejecución de algunos criminales que murieron valerosamente como el galante cálculo biliar. Dos días más tarde, en la página diecisiete, en una andaluzada del Estado de Albany: «El senador Hazleton cree que es una entidad independiente, pero podría resultar que es nada más que como el galante cálculo biliar.» Después aparece en las defunciones. Ayer estaba en la página

femenina. Hoy, en la cómica. Snooxy llama a su rico propietario un galante cálculo biliar.

Scarret se rió tranquilamente.

—Sí, ¿no es estúpido?

—Al principio pensé que era estúpido, ahora no.

—Pero ¡qué diablos, Gail! Como no se trataba de nada importante, algunos lo han enjaretado. Son los peces chicos, los de cuarenta dólares por semana.

—Ésa es la cuestión. Una de ellas. La otra es que no se trata de un gran éxito de librería. Si lo fuera se podía pensar que el título está sonando en sus cabezas automáticamente. Pero no lo es. De manera que hay alguien que se encarga de hacer ruido. ¿Por qué?

—¡Oh, Gail! ¿Quién tendría interés en molestar? ¿Y por qué preocuparnos? Si se tratara de un programa político... Pero, ¡qué diablos!, ¿quién puede beneficiarse luchando en pro o en contra del libre albedrío?

—¿Le consultó alguien acerca de esa lucha?

—No. Le dije que nadie está detrás de esto. Es espontáneo. Nada más que un grupo que pensó que era un chiste divertido.

—¿Quién fue el primero al que le oyó algo de esto?

—No sé... Deje que piense... Era... sí, creo que era Ellsworth Toohey.

—Que esto termine. No se olvide de decírselo al señor Toohey.

—De acuerdo, si usted lo dispone así; pero no es realmente de importancia. Nada más que un grupo que se quería divertir.

—No me gusta que nadie se divierta con mi diario.

—Está bien, Gail.

A las dos, Wynand llegó como huésped de honor a una comida que daba la Convención Nacional de los Clubs de Mujeres. Se sentó a la derecha de la presidenta, en un vestíbulo bullicioso, lleno de perfumes de flores y de olor de los pollos fritos. Después del almuerzo, Wynand habló. La convención abogaba por

que las mujeres casadas siguieran carreras; los diarios de Wynand habían luchado durante años contra el trabajo de las mujeres casadas. Wynand habló durante veinte minutos sin decir nada en concreto, pero daba la impresión de que apoyaba todos los sentimientos sostenidos por la asamblea. Nadie se había podido explicar nunca el efecto de Gail Wynand sobre un auditorio, particularmente sobre un auditorio femenino. No hizo nada espectacular; su voz era baja, metálica, propensa a la monotonía; era demasiado correcto, de un modo que parecía más bien una sátira deliberada sobre la corrección. Sin embargo, conquistó a todos los oyentes. La gente dijo que era su sutil y enorme virilidad lo que hacía que hablara de las escuelas, del hogar, de la familia, como si estuviera haciendo el amor a cada vieja bruja que estaba allí presente.

Al volver a la oficina, Wynand se detuvo en la redacción. De pie, junto al alto escritorio, con un gran lápiz azul en la mano, escribió un editorial brillante y despiadado en una gran hoja, con letras de una pulgada. Denunciaba a todos los que abogaban por las mujeres con carrera... La G. W. final parecía una línea de llama azul. No volvió a releer el trabajo —nunca tenía necesidad de hacerlo—, lo lanzó a la mesa del redactor más cercano y salió de la habitación.

Por la tarde, cuando Wynand iba a salir, su secretaria le anunció que Ellsworth Toohey solicitaba el privilegio de verlo.

—Hágalo entrar —respondió.

Toohey entró con una prudente media sonrisa en su rostro, una sonrisa que se mofaba de sí mismo y de su patrón, pero con un delicado sentido de equilibrio, pues el sesenta por ciento de la burla se la dirigía a sí mismo. Sabía que Wynand no quería verlo y que el hecho de recibirlo no obraba en su favor.

Wynand, con rostro cortésmente inexpresivo, se sentó. Dos arrugas diagonales se mantenían

imperceptibles en su frente, paralelas a las cejas inclinadas. Era una desconcertante característica que asumía a veces su rostro y producía el efecto de un énfasis siniestro.

—Siéntese, señor Toohey. ¿En qué puedo serle útil?

—¡Oh, tengo mis pretensiones, señor Wynand! —respondió alegremente—. No he venido a pedirle servicios sino a ofrecerle los míos.

—¿En qué asunto?

—Stoneridge.

Las agudas diagonales se aguzaron en la frente de Wynand.

—¿Para qué puede servir el redactor de una sección de un diario en el asunto Stoneridge?

El redactor de una sección..., no, señor Wynand; pero un perito arquitectónico...

Toohey arrastró la voz en un burlesco interrogante.

Si los ojos de Toohey no hubiesen estado insolentemente fijos en los de Wynand, habría sido expulsado de la oficina al instante, pero la mirada le dijo a Wynand que Toohey conocía hasta qué punto había sido importunado por la gente para recomendarle arquitectos, y cuan difícil le había sido impedirlo y que Toohey había sido más listo que él al obtener aquella entrevista con un propósito que no esperaba. Esta impertinencia divirtió a Wynand, conforme Toohey había supuesto.

—Está bien, señor Toohey. ¿A quién me ofrece?

—A Peter Keating.

—¿Y qué?

—¿Debo pedirle disculpas?

—Bueno, envíemelo.

Toohey se calló. Después se encogió de hombros alegremente y profundizó en el asunto:

—Usted comprenderá, por supuesto, que no tengo ninguna gran relación con Peter Keating. Estoy actuando nada más que como amigo de él... y suyo. —

La voz sonó agradablemente, con confianza, pero había perdido algo de su seguridad—. Sinceramente, sé que esto no suena como cosa común, pero ¿qué otra cosa puedo decir? Es nada menos que la verdad. —Wynand no lo ayudaba a salir del paso—. He intentado venir aquí, porque sentía que era mi deber darle mi opinión. No, no era un deber moral. Llamémosle estético. Sé que usted quiere lo mejor en todo lo que emprende. Para un proyecto de la magnitud del que usted tiene pensado no hay ningún arquitecto viviente que pueda igualar a Peter Keating en eficiencia, gusto, originalidad e imaginación. Ésta es, señor Wynand, mi sincera opinión.

—Casi lo creo.

—¿Me cree?

—Desde luego. Pero, señor Toohey, ¿por qué tengo que considerar su opinión?

—Bueno, después de todo soy un perito en arquitectura.

No pudo contener el ribete de indignación que apareció en su voz.

—Querido señor Toohey, no me confunda con mis lectores.

Después de un momento, Toohey se inclinó hacia atrás y extendió sus manos, al par que se echó a reír impotente.

—Francamente, señor Wynand, no pensé que mis palabras pesaran mucho en su ánimo, de manera que no quise imponer a Peter Keating.

—¿No? ¿Qué pensó?

—Solamente pedirle que le conceda media hora de su tiempo a alguien que lo puede convencer de la capacidad de Peter Keating mejor que yo.

—¿Quién es ese alguien?

—La esposa de Peter Keating.

—¿Por qué tengo que discutir esta cuestión con la esposa de Peter Keating?

—Porque es una mujer muy hermosa, y una mujer



muy difícil a la vez.

Wynand echó hacia atrás la cabeza y se rió a carcajadas.

—Dios mío, Toohey, ¿soy tan enteramente conocido? —Toohey pestañeó sorprendido—. Realmente, señor Toohey, le debo una excusa si, admitiendo que mis gustos sean tan conocidos, lo he inducido a ser tan crudo. Pero no tenía idea que entre sus numerosas actividades humanitarias incluyera también la de rufián. —Toohey se puso en pie—. Lamento decepcionarlo. No tengo ningún deseo de conocer a la esposa de Peter Keating.

—No creí que lo tuviese, señor Wynand. Mi sugestión no está falta de apoyo. Lo preví hace varias horas. En efecto, esta misma mañana. De manera que me tomé la libertad de enviarle un obsequio. Cuando vaya a su casa, esta noche, encontrará el regalo allí. Después, si tiene la impresión de que de mi parte estaba justificado esperar que procediera así, puede telefonarme y volveré en seguida, para que me diga si está dispuesto o no a conocer a la esposa de Peter Keating.

—Toohey, esto es increíble, pero creo que usted me está sobornando.

—Así es.

—Usted sabe que esta proeza le podría llevar a lograr completamente lo que desea... o a perder su empleo.

—Dependerá de su opinión acerca de mi obsequio.

—Está bien, señor Toohey. Veré su obsequio. —Toohey se inclinó y giró sobre sus talones para salir. Estaba en la puerta cuando Wynand agregó—: Uno de estos días acabará por aburrirme, Toohey.

—Me esforzaré por no hacerlo hasta que llegue el momento oportuno —contestó Toohey, y se fue.

Cuando Wynand volvió a su casa se había olvidado completamente de Ellsworth Toohey.

Aquella noche Wynand cenó en su casa con una mujer de blanco rostro, cabellos suavemente castaños y, detrás de ella, tres siglos de padres y hermanos que habrían matado a cualquiera por insinuar las cosas que Gail Wynand había experimentado con ella.

La línea del brazo, cuando ella llevaba a sus labios una copa de cristal, era tan perfecta como las líneas del candelabro de plata ejecutado por un incomparable talento... y Wynand lo observó haciendo la misma apreciación. La luz del candelabro, fluctuando entre los planos de su rostro, producían un espectáculo de tal belleza que él deseaba que no estuviese allí viva: así hubiera podido mirarla sin decir una palabra y pensar lo que le gustara.

—Dentro de uno o dos meses, Gail —dijo ella sonriendo perezosamente—, cuando haga realmente frío y tiempo desagradable, tomaré el *I Do* y navegaré directamente a cualquier parte donde haya sol, como hice el invierno pasado.

*I Do* era el nombre del yate de Wynand. No había explicado jamás el nombre a nadie, aunque muchas mujeres se lo habían pedido. Ella se lo había preguntado antes. Ahora, mientras él estaba en silencio, le preguntó nuevamente:

—A propósito, querido, ¿qué significa... el nombre de tu maravilloso barco?

—Es una pregunta que no contesto —respondió—. Una de ellas.

—Bueno, ¿tendré mi guardarropa listo para el viaje?

—El verde es el color que mejor te sienta. Combina con el mar. Me gusta observar cómo contrasta con tu cabello y con tus brazos. Echaré de menos el espectáculo de tus brazos desnudos contra la seda verde... porque esta noche es la última vez.

Tenía todavía la copa en su mano. Nada le había hecho suponer que aquella noche sería la última, aunque ella sabía que tales palabras era todo lo que él

necesitaba para terminar. Todas las mujeres de Wynand sabían que tenían que esperar un fin así y que no se discutía. Después de un instante le preguntó en voz baja:

—¿Por qué causa, Gail?

—Una causa evidente.

Sacó de su bolsillo un brazalete de diamantes que centelleó con un resplandor frío y brillante a la luz del candelabro. Sus pesados eslabones pendían rígidamente de sus dedos. No tenía estuche ni envoltura. Wynand lo colocó sobre la mesa.

—Un recuerdo, querida —dijo—. Mucho más valioso que lo que conmemora.

El brazalete golpeó contra la copa y la hizo sonar, con un sonido ligero, agudo, como si el cristal hubiese gritado en lugar de la mujer. La mujer no emitió ningún sonido. Él sabía que era horrible, porque era de aquellas mujeres a quienes uno no ofrecía tales regalos en semejantes momentos, como a todas las otras mujeres, y porque ella no lo iba a rehusar como las otras lo habían hecho.

—Gracias, Gail —dijo ella ciñendo la pulsera en torno a su muñeca, sin mirarlo a través de las velas.

Más tarde, cuando estuvieron en el salón, ella se detuvo y su mirada, entre las pestañas, se dirigió a la escalera que conducía al dormitorio de Wynand.

—¿Me permites que me gane el recuerdo, Gail? —preguntó en voz baja.

Wynand meneó negativamente la cabeza.

Cuando ella se fue, él permaneció en el vestíbulo y pensó que ella sufría, que el sufrimiento era real, pero que después de un momento nada sería real para ella, salvo el brazalete. No podía recordar ya en qué época aquel pensamiento había tenido el poder de producirle amargura. Cuando recordó que a él también le concernía el acontecimiento, no sintió nada, y sólo se preguntó por qué no lo había hecho antes.

Fue a su biblioteca. Se quedó leyendo unas horas.

Después suspendió la lectura. La suspendió un instante en medio de una frase importante. No quería seguir leyendo. No tenía deseos de hacer otro esfuerzo.

Nada le había ocurrido —un suceso es una realidad positiva y ninguna realidad podía jamás tornarlo impotente; esto era algo enormemente negativo—, pero parecía que todo hubiese sido borrado y que sólo quedara un vacío sin sentido, débilmente indecente, por ser tan ordinario y tan poco excitante como un asesino que tuviese una sonrisa doméstica.

Nada se había ido salvo el deseo; no, más que eso, la raíz del deseo. Pensó que un hombre que pierde los ojos retiene aún el concepto de la visión; pero él había oído hablar de una ceguera más horrible: si se destruye el centro cerebral de la visión, uno pierde hasta la memoria de la percepción visual.

Dejó caer el libro y se puso en pie. No quería permanecer en aquel sitio, pero no tenía deseo de alejarse de él. Pensó en irse a dormir. Era demasiado pronto, pero en cambio podía levantarse más temprano al día siguiente. Fue a su dormitorio. Se duchó y se puso el pijama. Después abrió un cajón del tocador y vio el arma, que siempre guardaba allí. Un reconocimiento inmediato, un súbito golpe de interés hizo que la cogiese.

Cuando decidió suicidarse fue la falta de conmoción lo que le convenció de que lo haría. El pensamiento parecía tan simple como un argumento indigno de ser refutado.

Ahora estaba junto a la pared de vidrio, detenido por esa gran simplicidad. «Uno puede hacer un aburrimiento de su propia vida —pensó—, pero no de su propia muerte.»

Se dirigió hacia la cama y se sentó en ella, con el revólver colgando de la mano. «Se supone que un hombre que va a matarse —pensó— ve su vida con un resplandor último. Yo no veo nada, pero podría verlo.

Podría volver a esto, otra vez, por la fuerza. Que encuentre en eso ya sea la voluntad de vivir o la razón de terminar ahora.»

Gail Wynand, a los doce años de edad, estaba esperando en la oscuridad, debajo de un muro derribado en la costa del Hudson, un brazo echado para atrás, el puño cerrado, listo para golpear. Una parte de la esquina lo ocultaba; al otro lado no había nada más que una barranca que bajaba al río. Delante se extendía una ribera frente a aguas oscuras, sin pavimentar, doblándose en estructuras desplomadas que a través de los vacíos dejaban ver el cielo, depósitos de mercaderías y una cornisa curvada que colgaba sobre una ventana iluminada débilmente.

Era un momento en que tenía que pelear, y sabía que iba a ser definitivo en su vida. Se quedó tranquilo. Con el puño cerrado se contenía, parecía aferrar invisibles alambres que se extendían en cada sitio importante de su cuerpo larguirucho y descarnado, bajo los pantalones y la camisa andrajosa; desde los largos e hinchados tendones de su brazo desnudo hasta los tensos músculos de su cuello. Los alambres parecían temblar; el cuerpo estaba inmóvil. Él era como una nueva especie de instrumento mortal; si un dedo tocaba cualquier parte, pondría en acción el gatillo.

Sabía que el jefe de la pandilla de muchachos lo estaba buscando y que no llegaría solo. Estaba seguro de que los muchachos lucharían con cuchillos; uno de ellos tenía una muerte en su haber. Los esperaba sin armas. Era el miembro más joven de la pandilla y el último que la había integrado. El jefe, había dicho que necesitaba una lección. La cuestión había comenzado por el pillaje que la pandilla había proyectado hacer en los lanchones del río. Todos se habían puesto de acuerdo, menos Gail Wynand. Wynand había expuesto, con voz lenta y despectiva, que la «pandilla de pilletes» había intentado igual proeza la semana anterior y habían dejado seis

miembros en manos de los policías y otros dos en el cementerio. El trabajo tendría que hacerse al amanecer, cuando nadie lo esperase. La pandilla le armó una rechifla. No tenía importancia para él. Gail Wynand no estaba dispuesto a recibir órdenes. No reconocía más que la precisión de su propio juicio. De modo que el jefe quiso tomar una decisión de una vez para siempre.

Los tres muchachos caminaban tan imperceptiblemente que la gente que estaba detrás de las finas paredes, por donde ellos pasaban, no podían sentir sus pasos. Gail Wynand los oía. No se movía de su rincón, aunque se le agarrotaban las manos. Cuando llegó el momento dio un salto. Saltó derecho en el espacio, sin pensar en aterrizar, como si una catapulta lo hubiese arrojado para un vuelo de millas. Su pecho golpeó la cabeza de un enemigo, su vientre la de otro, sus pies aplastaron el pecho de un tercero. El cuarto del grupo cayó. Cuando los tres levantaron las cabezas, Gail Wynand estaba irreconocible: vieron un remolino en el aire, sobre ellos, y algo que se lanzaba desde el remolino con un ímpetu incontenible.

No tenía más que sus dos puños; ellos tenían de su parte cinco puños y un cuchillo que parecía que no contaba. Ellos oían sus golpes, que resonaban como si fueran dados sobre un neumático; sentían una conmoción en el mango del cuchillo que les advertía que éste se había detenido y que había cortado algo en su camino, pero lo que atacaban era invulnerable. Él no tenía tiempo para sentir, era demasiado ligero; el dolor no lo podía alcanzar, parecía que lo dejase colgando en el aire, en el sitio donde lo había notado y donde en el segundo subsiguiente él ya no estaba.

Parecía que en sus omóplatos tenía un motor que impelía sus brazos como dos círculos. Sólo los círculos eran visibles, los brazos desaparecían como los rayos de una rueda que gira velozmente. El círculo descendía de vez en cuando y se posaba sobre cualquier cosa sin

suspender su giro. Uno de los muchachos vio desaparecer su cuchillo en las espaldas de Wynand, vio la reacción de la espalda que envió el cuchillo para abajo, vio que lo cortó en el costado y que cayó con fuerza en la cintura de Wynand. Fue lo último que el muchacho vio, porque algo le había ocurrido a su mentón y él no lo sintió en el instante en que su nuca golpeaba contra una pila de ladrillos viejos.

Durante largo tiempo los otros dos combatieron al centrífugo que ahora salpicaba rojas gotas contra las paredes que lo rodeaban. Pero inútilmente. Ellos no luchaban con un hombre: luchaban contra una voluntad humana incorpórea.

Cuando se dieron por vencidos, rugieron entre los ladrillos. Gail Wynand dijo con una voz normal: «Los asaltaremos al amanecer», y se fue. Desde aquel momento fue el jefe de la pandilla.

El saqueo de los lanchones se hizo al amanecer, dos días más tarde, y se verificó con brillante éxito.

Gail Wynand vivía con su padre en el sótano de una vieja casa en el corazón del Hell's Kitchen. Su padre era estibador, hombre alto, silencioso, ignorante, que nunca había ido a la escuela. Su propio padre y su abuelo fueron de la misma clase y ellos no habían conocido en su familia nada más que pobreza. Pero algo más atrás de la línea había habido una raíz de aristocracia, la gloria de algún antecesor noble y después alguna tragedia, desde hacía tiempo olvidada, que había conducido a los descendientes al arroyo. Había algo en todos los Wynand —en la vivienda, en las cantinas de la cárcel— que no estaba de acuerdo con el ambiente. El padre de Gail era conocido en la tierra ribereña como *el Duque*.

La madre de Gail había muerto tísica cuando él tenía dos años. Era hijo único. Sabía, vagamente, que había habido algún drama en el matrimonio de su padre; había visto un cuadro de su madre en el que estaba de tal forma que no parecía una mujer del vecindario: era muy

hermosa. Cuando ella murió, la vida terminó para su padre. Él amaba a Gail, pero era una devoción que no requería dos frases por semana. Gail no se parecía ni a su padre ni a su madre. Era la reversión de algo que uno no podía figurarse suficientemente. Siempre había sido demasiado alto para su edad y demasiado delgado. Los muchachos lo llamaban «Wynand el Largo» Nadie sabía qué tenía en lugar de músculos; ellos sabían solamente que algo diferente tenía.

Había trabajado desde la infancia en los más diversos oficios. Durante mucho tiempo vendió diarios en las esquinas. Un día subió a la oficina del patrón y le manifestó que deberían empezar un nuevo servicio entregando el diario a la mañana en la puerta del lector, y explicó cómo y por qué se fomentaría la circulación.

—¿Sí? —dijo el patrón.

—Sé que eso producirá —dijo Wynand.

—Bueno, usted no manda aquí —replicó el patrón.

—Usted es un idiota —repuso Wynand,

Perdió el empleo.

Trabajó en una tienda de comestibles. Hacía un reparto, barría el piso de madera regado, seleccionaba la verdura de barriles llenos de vegetales podridos, ayudaba a atender a los clientes pesando pacientemente una libra de harina o llenando un jarro con leche de una inmensa lechera. Era como emplear un rodillo a vapor para planchar pañuelos. Pero se decidió a continuar y así lo hizo. Un día le expuso al tendero que sería una buena idea envasar la leche en botellas, como el whisky.

—Cierre la boca y vaya a atender a la señora de Sullivan que está allí —dijo el patrón— y no me diga nada de mi negocio que yo no sepa. No manda aquí.

Trabajó en un billar. Limpiaba lo que dejaban los borrachos cuando se iban. Vio y oyó cosas que lo inmunizaron contra el asombro para el resto de su vida. Hizo grandes esfuerzos y aprendió a callar, a conservar el lugar que los otros le indicaban, a aceptar la ineptitud



como amo... y a esperar. Nadie le había oído hablar de lo que sentía. Sentía muchas emociones hacia el prójimo, pero el respeto no era ninguna de ellas. Trabajó de limpiabotas en un *ferry-boat*. Lo empujaba y le daba órdenes cada abotagado vendedor de caballos, cada marinero borracho de a bordo. Si hablaba, oía alguna espesa voz que respondía: «Usted no manda aquí.» Pero le gustaba el trabajo. Cuando no tenía clientes, se quedaba en la baranda, mirando hacia Manhattan. Miraba los tableros amarillos de las nuevas casas, los terrenos baldíos, las grúas y las pocas torres que se elevaban a lo lejos. Pensaba en lo que podría edificarse y en lo que podría destruirse en el espacio, y en la promesa de lo que se podía hacer con él. Una voz ronca le interrumpía: «¡Eh, muchacho!» Y volvía a su tarea y se inclinaba humildemente sobre algún zapato lleno de barro. El cliente no veía más que una cabecita de suaves cabellos castaños y dos manos delgadas y hábiles.

En las tardes neblinosas, bajo un farol de gas de alguna esquina, nadie advertía la fina figura, apoyada contra la columna del alumbrado, del aristócrata de la Edad Media, del patricio inoportuno cuyo instinto le gritaba que él mandaría; cuyo rápido cerebro le decía por qué tenía derecho a hacerlo; el barón feudal creado para gobernar, pero por cuyo nacimiento tenía que barrer pisos y recibir órdenes.

Había aprendido a leer y a escribir por sí mismo a la edad de cinco años, haciendo preguntas. Leía todo lo que encontraba. No podía tolerar lo inexplicable. Tenía que comprender todo lo que era comprendido por otros. El emblema de su infancia —el escudo de armas que escogió como divisa en lugar del que había perdido desde hacía siglos— fue un signo de interrogación. Nadie tenía necesidad de explicarle dos veces una misma cosa. Obtuvo sus primeros conocimientos de matemáticas con los ingenieros, mientras colocaba los tubos de las cloacas. Aprendió geografía con los

marineros, en los muelles. Aprendió instrucción cívica con los políticos de un club local donde se reunían los gangsters. Nunca había ido a la iglesia ni a la escuela. Tenía doce años cuando entró en la iglesia. Escuchó un sermón sobre la paciencia y la humildad. Jamás volvió. Tenía trece años cuando decidió ver en qué consistía la educación y se matriculó en una escuela pública. Su padre no le dijo nada por esta decisión, como no le dijo nada cuando Gail volvió a la casa, herido, después de la lucha con la pandilla. Durante la primera semana de escuela la maestra llamaba a Wynand constantemente; era para ella un gran placer, porque siempre contestaba. Cuando se confiaba en los superiores y en los propósitos de ellos, obedecía como un espartano que se impusiese la misma disciplina que exigía para sus súbitos de la pandilla. Pero la fuerza de su voluntad se malgastaba. En una semana vio que no necesitaba hacer ningún esfuerzo para ser el primero de la clase. Después de un mes la maestra dejó de tomar cuenta de su presencia. Parecía innecesario; siempre sabía las lecciones y ella tenía que dedicarse a los niños más atrasados. Se sentaba, resuelto, durante horas que arrastraba como cadenas, mientras la maestra repetía, machacaba y volvía a machacar, sudando por extraer algún destello de inteligencia de los ojos vacíos y de las voces murmuradoras. Después de dos meses, repasando los rudimentos de Historia que había tratado de inculcar en la clase, la maestra preguntó:

—¿Y cuántos Estados había originariamente en la Unión?

Ninguna mano se levantó. Entonces Gail Wynand agitó la suya. La maestra asintió con la cabeza.

—¿Por qué tengo que atragantarme diez veces con la misma cosa? Yo conozco todo esto.

—Usted no es el único en la clase —respondió la maestra.

Él dijo algo que la hizo poner pálida primero, y roja

quince minutos más tarde, cuando lo entendió completamente. Se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió y agregó:

—Sí, había trece Estados originarios.

Fue su último intento de educación formal.

Había gente en Hell's Kitchen que nunca se aventuraba a ir más allá de sus límites y otros que raras veces salían de las viviendas donde habían nacido. Pero Gail Wynand andaba a menudo por las calles más importantes de la ciudad. No sentía amargura contra el mundo de la riqueza, ni envidia, ni temor. Era simplemente curioso y se sentía en la casa como en la Quinta Avenida y como en cualquier otra parte. Pasaba por las mansiones majestuosas con las manos en los bolsillos y los dedos saliéndosele por la punta de los zapatos. La gente lo miraba fijamente, pero a él no le producía efecto. Pasaba y dejaba tras sí la impresión de que pertenecía a la calle y los otros no. En aquella época no quería nada más que comprender.

Quería saber qué era lo que hacía diferente a aquella gente de la de su barrio. No era la ropa ni los carruajes ni los bancos lo que le llamaban la atención: eran los libros. La gente de su barrio tenía trajes, carruajes y dinero, los grados no tenían importancia, pero no leían libros. Decidió saber qué leía la gente de la Quinta Avenida. Un día vio a una dama que estaba esperando en un carruaje junto a la acera; sabía que era una dama; su juicio en tales materias era más agudo que la discriminación de la guía social. Estaba leyendo un libro. Saltó al estribo del coche, le arrebató el libro y salió disparado. Se hubiesen necesitado hombres más ligeros y más delgados que los polizontes para alcanzarlo.

Era un volumen de Herbert Spencer. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para llegar hasta el fin, pero lo leyó. Comprendió la cuarta parte de lo que había leído. Pero esto lo encaminó hacia un proceso que prosiguió con

sistemática y obstinada determinación. Sin consejo, sin guía ni plan empezó a leer un incongruente surtido de libros. Encontraba algún pasaje que no podía comprender en un libro y buscaba otro sobre el mismo tema. Se extendía irregularmente en todas direcciones; leía volúmenes de erudición especializada primero y textos de escuela superior después. No había orden en sus lecturas, pero había orden en lo que le quedaba en la mente.

Descubrió la sala de lectura de la Biblioteca Pública y asistió allí algún tiempo para estudiar su disposición. Después, un día, en diversas ocasiones, una sucesión de muchachos lamentablemente peinados y lavados inconvenientemente, fueron a visitar la sala de lectura. Cuando entraron eran delgados, pero no así cuando salieron. Aquella noche Gail Wynand tenía una pequeña biblioteca propia en un rincón del sótano. Su pandilla había ejecutado sus órdenes sin protestar. Era un deber escandaloso; ninguna pandilla que se respetara había saqueado algo tan innecesario como libros; pero Wynand *el Largo* había dado las órdenes y nadie discutía con él.

Tenía quince años cuando se encontró una mañana en la calle, convertido en una masa sanguinolenta, ambas piernas quebradas, golpeado por algún estibador. Estaba inconsciente, pero había estado consciente aquella noche después de haber sido golpeado. Lo habían dejado abandonado en una oscura avenida. Había visto una luz cerca de la esquina. Nadie sabía cómo se las había arreglado para arrastrarse hasta la esquina, pero lo hizo y se vio después el largo reguero de sangre en el pavimento. Se había arrastrado solamente con la ayuda de los brazos. Había golpeado en la parte inferior de una puerta. Era una taberna que todavía estaba abierta. El tabernero salió. Fue la única vez en su vida que Gail pidió ayuda. El tabernero lo contempló con una mirada inexpresiva y pesada que exteriorizaba una

indiferencia bovina y estólida. Se metió adentro y cerró la puerta de golpe. No quería mezclarse en las peleas de las pandillas.

Años más tarde, Gail Wynand, propietario del *New York Banner*, recordaba aún los nombres del estibador y del tabernero y sabía dónde los podía encontrar. No le hizo nada al estibador, pero causó la ruina del tabernero, que perdió su casa, sus ahorros y tuvo que suicidarse.

Gail Wynand tenía diecisiete años cuando murió su padre. Estaba solo, sin empleo en aquel momento, con sesenta centavos en el bolsillo, la cuenta del alquiler sin pagar y una erudición caótica. Resolvió que había llegado el momento de decidir lo que había de ser su vida. Aquella noche se subió al tejado de su vivienda y contempló las luces de la ciudad, aquella ciudad en donde él no tenía autoridad. Sus ojos se dirigieron lentamente desde las casas achatadas que lo rodeaban hasta las ventanas de las mansiones que estaban a lo lejos. Solamente había cuadrados iluminados y suspendidos en el espacio, pero según ellos se podía decir los edificios a los cuales pertenecían: las luces que lo rodeaban parecían turbias, desalentadoras, aquellas que estaban a los lejos eran claras y compactas. Se hizo una sola pregunta: ¿Qué era lo que penetraba en aquellas casas, las oscuras y las brillantes, indistintamente, qué era lo que llegaba a cada habitación, a cada persona? Todos tenían pan. ¿Se podía formular una regla común para los hombres por el pan que compraban? Tenían calzado, café, tenían... seguridad para el resto de la vida.

A la mañana siguiente entró en la redacción de la *Gazette* un diario de cuarta categoría, instalado en un edificio destartado, y pidió trabajo. El redactor miró sus ropas y le inquirió:

—¿Puede usted deletrear la palabra gato?

—¿Puede usted deletrear antropomorfología? —le preguntó Wynand.

—No tenemos empleo aquí —dijo el redactor.

—Insistiré —repuso Wynand—. Empléeme cuando me necesite. No tiene necesidad de pagarme. Me abonará un salario cuando se dé cuenta de que tiene que pagármelo.

Se quedó en el edificio, sentado en la escalera que conducía a la redacción. Durante una semana fue allí todos los días. Nadie le prestaba atención. Por la noche dormía en los zaguanes. Cuando ya casi no le quedaba dinero, robaba alimentos en los mostradores o en los cubos de la basura.

Un día un reportero sintió lástima y al bajar la escalera le arrojó un níquel, diciéndole:

—Tómame un plato de sopa, chico.

Wynand no tenía nada más que diez centavos en el bolsillo. Tomó los diez centavos y se los arrojó al reportero, diciéndole:

—Cómprese un tornillo.

El hombre profirió un juramento y continuó bajando la escalera. El níquel y los diez centavos quedaron en los escalones. Wynand no los quería tocar. La historia se repitió en la redacción y un empleado de cara granujienta, encogiéndose de hombros, se apoderó de las dos monedas.

Al fin de la semana, durante la hora de mayor trabajo, un empleado de la redacción llamó a Wynand para que llevase un recado. A aquél siguieron pequeñas tareas. Obedecía con precisión militar. A los diez días recibía un salario. A los seis meses era reportero. A los dos años era socio.

Gail Wynand tenía veinte años cuando se enamoró. Había conocido todo lo que se podía conocer en materia sexual desde la edad de trece años. Había tenido muchos amores. Nunca hablaba de amor, no se forjaba ilusiones románticas y trataba la cuestión como una simple transacción animal; pero en esto era perito y las mujeres, con sólo mirarlo, se daban cuenta de ello. La

muchacha de la cual se enamoró tenía una belleza exquisita, una belleza para ser adorada y no para ser deseada. Era frágil y silenciosa. Su rostro hablaba de adorables misterios que quedaban inexpresados dentro de su intimidad.

Se transformó en la amante de Gail Wynand. Él se permitió la debilidad de ser feliz. Se habría casado en seguida si ella se lo hubiese dicho, pero se dijeron muy poco uno al otro. Él sentía que entre ellos todo estaba acordado.

Una noche Wynand habló. Sentado a sus pies, con el rostro levantado hacia ella, su alma se hizo oír:

—Querida, lo que quieras, lo que soy, lo que puedo llegar a ser... Esto es lo que quiero ofrecerte, no las cosas que puedo obtener para ti, sino las que están en mí y será posible conseguir aquello a lo que un hombre no puede renunciar y a lo que yo renunciaría para que fuese tuyo, para que esté a tu servicio, solamente para ti.

La chica se sonrió y le preguntó:

—¿Soy más linda que Maggy Kelly?

Se puso en pie y sin decir nada salió de la habitación. Nunca volvió a verla. Gail Wynand, que se jactaba de no haber necesitado jamás que le dieran dos veces una misma lección, no se volvió a enamorar en los años siguientes.

Tenía veintiún años cuando su carrera en la *Gazette* estuvo amenazada por primera y única vez. La policía y la corrupción no lo habían molestado: las conocía muy bien. Su pandilla había sido pagada para ayudar a dar palizas a los votantes en los días de elecciones, Pero cuando Pat Mulligan, capitán de policía del distrito, fue acusado injustamente, Wynand no lo pudo soportar porque Pat Mulligan era el único hombre honesto que había conocido.

La *Gazette* estaba bajo los poderes que habían embaucado a Mulligan. Wynand no dijo nada, pero ordenó en su mente todos los detalles de información

que poseía, capaces de hundir a la *Gazette*. Su empleo se acabaría con ella, pero eso no le importaba. Su decisión contradecía todas las reglas que se había impuesto en su carrera. Pero no lo meditó. Era una de esas raras explosiones que le ocurrían a veces, arrojándolo más allá de la prudencia, transformándolo en una criatura poseída por el único impulso de salir con la suya, porque la rectitud de su pensamiento lo había cegado totalmente. Pero supo que la destrucción de la *Gazette* sería solamente su primer paso y que no era suficiente para salvar a Mulligan.

Durante tres años Wynand había conservado un pequeño recorte: un editorial sobre la corrupción, escrito por el famoso director de un gran diario. Lo había conservado porque era el tributo a la integridad más hermoso que había leído. Tomó el recorte y se fue a ver al gran director. Le hablaría de Mulligan y entre los dos vencerían a la «máquina».

Recorrió la ciudad hasta llegar al edificio del famoso diario. Tuvo que caminar. Tenía que dominar la furia que tenía dentro de sí. Fue recibido por el director; tenía un aire que le hacía ser admitido en cualquier lugar contra todas las reglas. Vio a un hombre gordo, colocado al escritorio, con ojos como finas ranuras, colocados muy juntos. No se presentó a sí mismo, pero colocó el recorte sobre el escritorio y dijo:

—¿Recuerda esto?

El director miró el recorte y después a Wynand. Era una mirada que Wynand ya había visto antes: la que tenían los ojos del tabernero cuando le cerró la puerta en las narices.

—¿Cómo quiere que recuerde cada artículo que escribo? —dijo el director.

Después de un instante, Wynand le dijo:

—Gracias.

Fue la única vez en su vida que sintió gratitud por alguien. La gratitud era genuina, el pago por una lección



que no volvería a necesitar. Hasta el director se dio cuenta de que algo fundamentalmente malo había en aquel seco «gracias», tan amenazador, pero no supo que para Gail Wynand había constituido una necrología.

Wynand volvió a la *Gazette* sin sentir rencor hacia el director ni hacia la camarilla política. Sintió solamente un desprecio furioso por sí mismo, por Pat Mulligan, por toda integridad. Sintió vergüenza cuando pensó en aquellos cuyas víctimas habían querido ser él y Pat Mulligan. No pensó en «víctimas», pensó en «boquiabiertos». Volvió a la redacción y escribió un brillante editorial infamando al capitán Mulligan.

—¡Caramba, creí que usted sentía lástima por el pobre bastardo! —dijo el director complacido.

—Yo no siento lástima por nadie —replicó Wynand.

Los tenderos y los estibadores no habían apreciado a Wynand, los políticos sí. En los años que estaba en el diario había aprendido a comportarse con la gente. Su cara había asumido la expresión que iba a tener el resto de su vida: no una sonrisa, sino una inmóvil mirada de ironía dirigida hacia todo el mundo. La gente creía que esa mofa se refería a las cosas especiales de las cuales deseaba mofarse. Además, resultaba agradable tratar con un hombre a quien no molestaban la pasión ni la santidad.

Tenía veintitrés años cuando una facción política rival quiso ganar una elección municipal, necesitó un diario para hacer propaganda a la plataforma, y compró la *Gazette*. La compraron en nombre de Gail Wynand, que iba a dar el frente, como persona honorable, en nombre de la cuadrilla. Gail Wynand se transformó en director. Hizo propaganda y ganó la elección para sus jefes. Dos años más tarde aplastó a la camarilla, mandó a los jefes a la cárcel y se quedó como dueño único de la *Gazette*.

Su primer acto fue romper el letrero que estaba encima de la puerta del edificio y suprimir el título

antiguo del diario. La *Gazette* se transformó en el *New York Banner*. Sus amigos le objetaron. «Los periodistas no deben cambiar el nombre de un diario», le dijeron. «Yo soy el único que lo cambia», replicó.

La primera campaña del *Banner* fue una llamada para conseguir dinero con motivo de caridad. Desplegado en toda su amplitud, con una cantidad de espacio igual, el *Banner* publicó dos relatos: uno, acerca de la lucha de un joven hombre de ciencia, que se moría de hambre en una buhardilla, trabajando en un gran invento; el otro acerca de una camarera, la amante de un asesino que había sido ejecutado, la cual esperaba el nacimiento de un hijo ilegítimo. Uno de los relatos fue ilustrado con diagramas científicos, el otro con el retrato de una muchacha de boca caída, con expresión trágica, y mal vestida. El *Banner* pidió a sus lectores que ayudaran a ambos desdichados. Recibió nueve dólares con cincuenta y cinco centavos, para el joven sabio y mil sesenta y siete dólares para la madre soltera. Gail Wynand citó a los redactores para una reunión. Colocó sobre la mesa el ejemplar del diario que contenía los dos relatos y el dinero recogido para ambos.

—¿Hay alguno que no comprenda? —preguntó. Nadie respondió. Entonces agregó—: Ahora saben todos qué clase de diario va a ser el *Banner*.

Los directores de su tiempo se enorgullecían de estampar en los diarios su personalidad individual. Wynand entregó su diario -en cuerpo y alma-al populacho. El *Banner* asumió el aspecto de un cartelón de circo en el cuerpo, y de una representación de circo en el alma. Aceptó el mismo objeto: pasmar, divertir, conseguir lectores y anuncios. Contenía la impresión, no de uno, sino de millones de hombres. «Los hombres difieren en sus virtudes, si las tienen —dijo Wynand, explicando su política—, pero son todos iguales en sus vicios.» Agregó, mirando fijamente a los ojos de los interrogadores: «Yo sirvo a lo que existe en el mundo en

mayor cantidad. Represento a la mayoría.»

El público pedía crimen, escándalo, sentimientos. Gail Wynand se lo facilitaba. Le daba a la gente lo que deseaba, además de una justificación para que dieran rienda suelta a los gustos de los cuales debía avergonzarse. El *Banner* presentaba crímenes, incendios, raptos, corrupciones, con una moral apropiada en contra de cada caso. Había tres columnas de detalles frente a una columna de moral. «Si se le impone a la gente un deber noble, se aburre —dijo Wynand—. Si se le deja que dé rienda suelta a sus sentimientos, le avergüenza; pero si se combinan los dos, se la conquista.» Publicaba relatos sobre muchachas caídas, divorcios aristocráticos, asilos de niños expósitos, lupanares, hospitales de caridad. «El sexo primero —decía Wynand—, las lágrimas después. Hágales arder de deseos, y hágales llorar, y los habrá conseguido.» El *Banner* realizaba grandes y valientes campañas sobre problemas que no tenían oponentes. Exponía a los políticos, un instante antes que el Gran Jurado; atacaba a los monopolios en nombre de los oprimidos; se mofaba de los ricos y de los triunfadores a la manera de los que no podían ser ninguna de las dos cosas. Daba una importancia excesiva a los esplendores de la alta sociedad y presentaba las noticias sociales con una burla sutil. Así le daba dos satisfacciones al hombre de la calle: la de penetrar en los salones ilustres y la de no restregarse los pies en el umbral.

El *Banner* se consagraba a la verdad, al gusto y a la credulidad, pero no a los lectores de capacidad cerebral. Sus enormes títulos, las fotografías y su texto extrasimplificado impresionaban los sentidos y penetraban en la conciencia del hombre sin necesidad de un proceso intermediario de razonamiento.

«Son las novedades —decía Wynand a los redactores— las que excitan al mayor número. Lo que los impresiona estúpidamente. Lo más tonto es siempre

lo mejor, siempre que haya bastantes tontos.»

Un día llevó a la oficina un hombre que había encontrado en la calle. Era un hombre ordinario, ni bien vestido ni raído; ni alto ni bajo; ni moreno ni rubio; tenía uno de esos rostros que uno no podría recordar aunque tratase de retenerlo. Impresionaba al ser tan totalmente vulgar; carecía hasta de la distinción de un imbécil. Wynand le hizo recorrer el edificio, se lo presentó a cada uno de los redactores y después lo dejó partir. Después citó a los redactores y les dijo:

—Cuando tengan dudas sobre el trabajo, acuérdense de la cara de ese hombre. Escriban para él.

—Pero, señor Wynand —dijo un redactor joven—, uno no puede recordar esa cara.

—Ahí está la cuestión —repuso Wynand.

Cuando el nombre de Gail Wynand se tornó una amenaza para el mundo periodístico, un grupo de propietarios de periódicos le dieron de lado —después de un asunto de beneficencia del cual podía esperarse todo— y le reprocharon lo que ellos llamaron degradación del gusto público. «No es misión mía ayudar a la gente a conservar una dignidad que no tienen —dijo Wynand—. Ustedes les dan lo que la gente dice, en público, que le gusta. Yo le doy lo que le gusta realmente. La sinceridad es la mejor política, señores.»

Resultaba imposible para Wynand no hacer bien una obra. Cualquiera que fuese su objeto, sus medios eran superlativos. Toda la dirección, la fuerza, la voluntad de las páginas del diario conducían a su realización. Un talento excepcional que se quemaba con prodigalidad para realizar la perfección en lo no excepcional. Con la energía del espíritu que él gastaba en coleccionar relatos espeluznantes y sucios en las hojas de su diario, se podría haber establecido una nueva fe religiosa.

El *Banner* siempre era el primero que obtenía las noticias. Cuando se producía un terremoto en América

del Sur y no llegaba ninguna información de la zona castigada, fletaba un barco, enviaba una multitud al lugar del suceso y editaba extras que aparecían en las calles de Nueva York antes que las de sus competidores; extras con dibujos que representaban llamas, grietas y cuerpos destrozados. Cuando se recibía un S. O. S. de un barco que se hundía en una tempestad en las costas del Atlántico, Wynand mismo se iba al lugar de la acción acompañado de una multitud, antes que la guardia de costa. Wynand dirigía el rescate y volvía con un relato exclusivo, con fotografías de él mismo en una escalerilla, sobre las olas rugientes, con un niño en los brazos. Cuando a consecuencia de un alud una aldea del Canadá quedó separada del mundo, fue el *Banner* el que envió un globo para que arrojaran alimentos y Biblias a los habitantes. Cuando unos mineros de carbón quedaron sin trabajo a raíz de una huelga, el *Banner* instalaba cocinas ambulantes y publicaba trágicos relatos sobre los peligros que tenían que arrostrar las lindas hijas de los mineros bajo la presión de la pobreza. Si un gatito quedaba atrapado en lo alto de un poste era rescatado por un fotógrafo del *Banner*.

«Cuando no hay noticias, hay que fabricarlas»; tal era la orden que había dado Wynand. Un loco se escapó de un manicomio. Después de varios días de terror en millas a la redonda, terror que era alimentado por las horrendas predicciones del *Banner* y por su indignación ante la ineficacia de la policía local, fue capturado por un reportero del *Banner*. El loco se curó milagrosamente. Dos semanas después de su captura era dado de alta y vendía al *Banner* una revelación escandalosa de lo que había soportado en la institución. Esto condujo a vastas reformas. Después alguien dijo que el loco había trabajado en el *Banner* antes de su encierro. Pero no se pudo probar nada.

Un incendio estalló en un taller donde trabajaban treinta muchachas. Dos de ellas perecieron en el

desastre. Mary Watson, una de las supervivientes, dio al *Banner* una información exclusiva sobre la explotación que había sufrido. Esto condujo a una campaña contra los talleres explotadores, que fue encabezada por las mejores mujeres de la ciudad. El origen del fuego nunca fue descubierto. Se susurraba que Mary Watson había sido una vez la Eveline Drake que escribía para el *Banner*. No se pudo probar.

En los primeros años de la existencia del *Banner*, Gail Wynand pasó más noches en el sofá de la oficina que en su dormitorio. El esfuerzo que les exigía a sus empleados era difícil de realizar, el esfuerzo que se exigía a sí mismo era difícil de creer. Dirigía a los empleados como a un ejército, se dirigía a sí mismo como a un esclavo. Pagaba bien; él no sacaba más que para el alquiler y la comida. Vivía en una pieza amueblada mientras que sus mejores reporteros vivían en departamentos de lujosos hoteles. Gastaba el dinero con más rapidez que lo recibía, y todo lo gastaba en el *Banner*. El diario era lo mismo que una querida lujosa cuyas necesidades satisfacía sin inquirir el precio.

El *Banner* fue el primero en adquirir el equipo tipográfico más moderno. Wynand invadía la sala de redacción de sus competidores; nadie podía competir con él en lo referente a los sueldos que ofrecía. Su procedimiento era muy simple. Cuando un periodista recibía una invitación para visitar a Wynand la tomaba como un insulto a su dignidad profesional, pero iba a la cita. Iba preparado para entregar una exposición de condiciones ofensivas, de acuerdo con las cuales aceptaría el trabajo. Wynand comenzaba la entrevista manifestando lo que le pagaría. Después agregaba: «Si desea, naturalmente, discutir otras condiciones...» y, observando el atragantamiento en la garganta del hombre, concluía: «¿No? Bien, vuelva el lunes.»

Cuando Wynand publicó un segundo diario en Filadelfia, los directores locales lo miraron como los

caudillos europeos que se unieron en contra de la invasión de Atila. La guerra que siguió fue salvaje. Wynand se reía de ella. Nadie podía enseñarle nada acerca de alquilar asesinos para asaltar los vagones que conducían los diarios y dar de palos a los nuevos vendedores. Dos de sus competidores perecieron en la batalla. El *Philadelphia Star*, de Wynand, sobrevivió.

Lo demás fue cosa rápida y simple como una epidemia. Cuando cumplió la edad de treinta y nueve años había diarios de Wynand en todas las ciudades importantes de los Estados Unidos. Cuando tuvo cuarenta años había revistas de Wynand, empresas cinematográficas de Wynand y ya existían la mayoría de las instituciones de la Wynand Enterprise Inc.

Un gran número de actividades no dadas a la publicidad contribuyó a edificar la fortuna de Wynand. No había olvidado nada de su infancia. Recordaba las cosas que había pensado estando de limpiabotas en el *ferry-boat*, las oportunidades que le ofrecía una ciudad que estaba creciendo. Compró propiedades donde nadie creía que pudiesen resultar valiosas, edificó contra todo consejo y transformó cientos en miles. Se introdujo en una gran cantidad de empresas de todas clases. Algunas veces fracasaban, arruinando a todos los que habían intervenido, menos a Gail Wynand. Inició una campaña contra el monopolio sospechoso de los tranvías, que originó la pérdida de la concesión, siéndole ésta concedida a un grupo más sospechoso que él dirigía. Expuso su maligno intento de copar el mercado de carne en el Oeste Medio y dejó el campo libre a una camarilla que operaba bajo sus órdenes.

Fue ayudado por una gran cantidad de personas que descubrieron que Wynand era un hombre brillante, digno de servirse de él. Él mostraba una encantadora complacencia al ser empleado, pero resultaba que eran ellos los utilizados en lugar de él, como ocurrió con aquellos que compraron la *Gazette* para Gail Wynand.

Algunas veces perdía dinero en sus inversiones, fríamente y con toda intención. Mediante una serie de añagazas arruinaba a muchos hombres poderosos: al propietario de una línea de vapores y a otros. Nadie podía descubrir los motivos, pues aquellos hombres no le hacían competencia y él no ganaba nada con su eliminación.

«Lo que Wynand busca es cualquier cosa menos dinero», decía la gente.

Aquellos que lo denunciaban persistentemente eran puestos fuera de combate en sus profesiones; algunos en pocas semanas, otros algunos años más tarde. Había ocasiones en que dejaba que los insultos pasaran sin advertirlos, otras en que destruía a un hombre por una observación insignificante. Nunca se podía decir de quién se vengaría y a quién perdonaría.

Un día se informó del trabajo brillante de un joven reportero en otro diario y lo mandó llamar. El muchacho fue, pero el sueldo que Wynand le ofreció no le produjo efecto.

—Yo no puedo trabajar con usted, señor Wynand — dijo con desesperante seriedad—, porque usted..., usted no tiene ideales.

Los finos labios de Wynand sonrieron.

—Usted no puede escapar a la depravación humana, muchacho —dijo él gentilmente—. El jefe con quien usted trabaja puede tener ideales, pero tiene que implorar dinero y recibir órdenes de mucha gente despreciable. Yo no tengo ideales, pero no imploro. Elija. No hay otro camino.

El muchacho retornó a su diario. Un año más tarde volvió a visitar a Wynand y preguntó si todavía estaba en pie la oferta. Wynand le contestó afirmativamente. El muchacho se quedó en el *Banner* desde entonces. Era el único de los redactores que quería a Gail Wynand.

Alvah Scarret, el único superviviente de la antigua *Gazette*, se había elevado con Wynand, pero no se podía



decir que lo quisiese; estaba, simplemente, pegado a su jefe con la devoción automática de una alfombra bajo los pies de Wynand. Alvah Scarret no había odiado nunca a nadie, y por lo mismo era incapaz de amar. Era perspicaz, competente y poco escrupuloso como toda persona incapaz de concebir un escrúpulo. Creía en todo lo que escribía y en todo lo que aparecía en el *Banner*. Para Wynand era inapreciable como barómetro de la reacción pública.

Nadie podía saber si Gail Wynand tenía vida íntima. Las horas que estaba fuera de la oficina habían asumido el estilo de la primera página del *Banner*, pero un estilo elevado a un gran plano, como si estuviera representado en el circo, pero ante una galería de reyes. Compró todas las entradas para un gran espectáculo de ópera y se sentó solo con su amigo del día en la platea desierta. Descubrió una hermosa obra de un autor dramático desconocido y le pagó una suma enorme para representarla una sola vez y nunca más.

Wynand fue el único espectador en la única representación. El manuscrito fue quemado al día siguiente. Cuando una dama distinguida le pedía una contribución para alguna obra de caridad, Wynand le entregaba un cheque firmado en blanco y se reía al manifestarle que la suma con la cual ella lo llenase siempre sería menor que la que él le habría dado. Compró un trono balcánico para un pretendiente en la miseria a quien había encontrado en una taberna y nunca más se molestó en verlo. A menudo solía decir: «Mi ayuda de cámara, mi chófer, mi rey.»

Por la noche tomaba a menudo el Metro, vestido con un traje barato de nueve dólares, y vagaba por los garitos de los barrios bajos, escuchando a su público. Una vez, en una taberna instalada en un sótano, descubrió a uno que denunciaba a Gail Wynand como el peor exponente de los males del capitalismo en un lenguaje de colorida exactitud. Wynand estuvo de

acuerdo con él y lo ayudó a salir del paso con algunas expresiones propias de su vocabulario de Hell's Kitchen. Después Wynand cogió un ejemplar del *Banner*, que alguien había dejado en la mesa, arrancó su propia fotografía de la página y la unió a un billete de cien dólares, se la entregó al individuo y salió sin que nadie pronunciase una palabra.

La sucesión de sus amigas era tan rápida que dejaba de ser chismografía. Se decía que nunca estaba con una mujer que no hubiese comprado y tenía que ser de aquella que se suponen incomparables.

Manténía en secreto ciertos detalles de su vida íntima, pero los hacía públicos en conjunto. Se había entregado a la multitud; era la propiedad de cualquiera, como un monumento en un parque, como el indicador del tránsito que detenía un ómnibus, como las páginas del *Banner*. Sus fotografías aparecían en sus diarios con mayor frecuencia que las de los artistas de cine. Se había fotografiado con toda clase de ropa, en toda ocasión imaginable. Nunca se había retratado desnudo, pero sus lectores tenían la impresión de que ya lo hubiese hecho. No obtenía ningún placer en su publicidad personal; era simplemente una manera de hacer política, a la cual se sometía. «Cada bastardo del país conoce el interior de mi refrigerador y de mi bañera», solía decir.

Sin embargo, un aspecto de su vida era poco conocido y nunca se mencionaba. En la parte más alta del edificio, debajo de la que constituía su vivienda, tenía su galería privada de arte. Estaba herméticamente cerrada. Nadie la visitaba, excepto el guardián. Poca gente la conocía. Una vez un embajador francés pidió permiso para visitarla, pero Wynand se negó. En ocasiones —no a menudo— descendía a la galería y permanecía horas. Las cosas que había coleccionado habían sido elegidas según un gusto particular. Habían obras famosas y telas de artistas desconocidos;

rechazaba los trabajos de nombres inmortales que no correspondían a ese gusto particular. Los comerciantes de arte a quienes protegía propagaban que su juicio era el de un maestro.

—Podríamos hacer ostentación de su galería de arte en la hoja de escándalo del domingo —le dijo Alvah Scarret cierta vez.

—No —contestó Wynand.

—¿Por qué, Gail?

—Mire, Alvah, todos los seres humanos tienen un alma en la cual nadie puede mirar. Aun los convictos de las cárceles y los monstruos de los espectáculos en los parques de diversiones. Todos, menos yo. Mi alma se muestra en su hoja dominical de escándalo con un procedimiento a tres colores, de manera que debo tener un sustituto, aunque sea solamente una habitación cerrada, con unos pocos objetos no manoseados.

Era un largo proceso y había habido signos premonitorios, pero Scarret no advirtió cierto rasgo nuevo en su carácter hasta que Wynand tuvo cuarenta y cinco años. Entonces resultó visible para muchos. Wynand perdió interés en hundir a industriales y a financieros. Halló víctimas de la nueva especie. No se podía decir si era un deporte, una manía o una persecución sistemática. Se pensó que era horrible por lo desagradable e innecesaria.

Comenzó con el caso de Dwight Carson. Dwight Carson era un escritor joven, de talento, que tenía una reputación inmaculada de hombre consagrado con pasión a sus convicciones. Defendía la causa del individuo contra la de las masas. Escribía en revistas de gran prestigio y de escasa circulación que no presentaban ninguna amenaza para Wynand. Wynand compró a Dwighth Carson. Le obligó a escribir una sección del *Banner* dedicada a predicar la superioridad de las masas sobre el hombre de genio. Era una sección mala, estúpida y nada convincente que puso furiosas a

muchas personas. Era un desperdicio de espacio y un derroche de salario. Wynand insistió en continuarla

Hasta el propio Alvah Scarret quedó impresionado con la apostasía de Carson.

—De cualquier otro lo hubiese esperado Gail —dijo Scarret—, pero no de Carson.

Wynand se rió, se rió como si no pudiese parar pero su risa tenía un ribete nervioso. Scarret frunció el gesto, no le gustó el aspecto de Wynand, incapaz de dominar una emoción, lo que le dio a Scarret un sentimiento extraño de aprensión, como ante la vista de una grieta menuda en una pared sólida; la grieta no podía poner en peligro la pared, posiblemente, pero no convenía que se encontrase allí.

Meses más tarde, Wynand compró a un escritor joven de una revista de izquierda, un hombre conocido por su honestidad, y lo puso a trabajar en una serie de artículos glorificando a los hombres excepcionales y condenando a las masas. Eso también puso furiosos a muchos de los lectores. La serie continuó. Parecía que ya no le importasen los delicados signos de afecto en la circulación.

Ocupó a un poeta sensitivo para describir partidos de *baseball*. Luego a un perito de arte para que tratara las cuestiones financieras. Consiguió un socialista para defender a los propietarios de fábricas y un conservador para campeón de los trabajadores. Obligó a un ateo a escribir sobre las glorias de la religión. Hizo que un disciplinado hombre de ciencias proclamase la superioridad de la intuición mística sobre el método científico. Dio al director de una gran orquesta sinfónica una magnífica renta anual para que no trabajara en nada, con la única condición de que no volvería a dirigir una orquesta.

Algunos hombres rehusaban al principio, pero se rendían cuando se hallaban al borde de la bancarrota, en pocos años, por una serie de circunstancias

inexplicables. Algunos de esos hombres eran famosos, otros oscuros. Wynand no mostraba interés en la actitud anterior de su presa. No demostraba ningún interés en los hombres de brillante éxito que habían comercializado sus carreras y no tenían convicción personal de ninguna clase. Sus víctimas tenían un solo atributo común: su inmaculada integridad.

Una vez que estaban empobrecidos, Wynand les continuaba pagando escrupulosamente, pero ya no le importaban y no quería volver a verlos. Dwight Carson se hizo dipsómano. Otros dos se tornaron adictos a las drogas. Uno se suicidó. Esto último fue demasiado para Scarret.

—¿No está pasando los límites, Gail? —le preguntó—. Es, prácticamente, un crimen.

—No del todo —dijo Wynand—; ha sido meramente una circunstancia imprevista. La causa estaba en él. Si un rayo cae sobre un árbol podrido y lo derriba, la culpa no es del rayo.

—Pero a qué llama un árbol sano?

—No existe, Alvah —dijo Wynand alegremente—, no existe.

Alvah Scarret nunca le pidió a Wynand que le explicase su nueva manía; pero, por un oscuro instinto, Scarret sospechó la razón que había detrás de aquello. Se encogió de hombros y se rió, diciendo a la gente que no había que preocuparse; no era nada más que «una válvula de escape». Solamente dos hombres comprendieron a Gail Wynand: Alvah Scarret, en parte, y Ellsworth Toohey, completamente.

Ellsworth Toohey, que deseaba evitar una pelea con Wynand, sobre todo en aquel instante, no pudo refrenar su resentimiento porque Wynand no le había elegido como víctima. Casi deseó que tratara de corromperlo, sin importarle cuáles fueran las consecuencias, pero Wynand raras veces se acordaba que existía. Wynand nunca había temido a la muerte. A través de los años, el

pensamiento del suicidio se le había ocurrido, más que como una intención, como una de las tantas posibilidades de la vida. Lo examinó indiferentemente, con cortés curiosidad, como examinaba cualquier posibilidad, y después lo olvidó. Había conocido momentos de vacío cansancio cuando su voluntad lo abandonaba, pero se había curado pasando varias horas en la galería de arte.

De este modo llegó a la edad de cincuenta y un años, y entonces sin que nada nuevo hubiera ocurrido, se encontró una noche sin deseos de dar un paso más.

Gail Wynand, sentado al borde de la cama, se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas y el revólver en la mano.

—«Sí —se dijo a sí mismo—, hay una respuesta en alguna parte, pero no quiero conocerla. No quiero conocerla.»

Y porque sentía un tormento de miedo en la raíz del deseo de examinar su vida, supo que no moriría aquella noche. Desde el momento que tenía miedo de algo, estaba aferrado a la vida; aunque esto pudiera significar que se encaminaba hacia un desconocido desastre. El pensamiento de la muerte no le decía nada. El pensamiento de la vida le daba una escasa limosna...la sugestión del miedo. Movi6 su mano, pesando el arma. Se sonrió con una débil sonrisa de burla. «No — reflexionó—, esto no es para ti. Todavía no. Tú tienes todavía el sentimiento de no querer morir insensatamente. Te has alejado de esta idea. Aún esto es un residuo... de algo.»

Dejó el revolver sobre la cama, sabiendo que el instante había pasado y que ya no habría peligro para él. Se levantó. No sintió júbilo, se sintió cansado; pero había vuelto a su curso normal. No le quedaba ningún problema, salvo el de terminar el día tranquilamente e irse a dormir. Bajó a su estudio para beber algo.

Cuando encendió la luz vio el regalo de Toohey

sobre el escritorio, grande, vertical. Lo había visto antes y se había preguntado: «¿Qué diablos será?» Pero lo había olvidado por completo.

Se sirvió una bebida y la sorbió con lentitud. El cajón era demasiado grande para escapar al campo de su visión, y conforme bebía, trataba de conjeturar lo que podía contener. Era demasiado alto y delgado para ser una pieza de mueble. No se podía imaginar qué cosa material le podía haber enviado Toohey. Había esperado algo menos tangible, un sobre pequeño que contuviese la sugestión de alguna suerte de chantaje. Tanta gente había intentado lo mismo sin éxito, que pensó que Toohey tendría más sentido.

Cuando terminó de beber el contenido del vaso, no había encontrado aún una explicación plausible acerca del cajón. Eso lo fastidió como un obstinado problema de palabras cruzadas. Tenía un equipo de herramientas en un cajón del escritorio. Lo buscó y abrió la caja. Era la estatua de Dominique Françon hecha por Steven Mallory.

Gail Wynand se encaminó a su escritorio y colocó las tenazas que tenía, como si fuesen de frágil cristal. Después volvió el rostro para contemplar la estatua de Dominique Françon. Permaneció una hora mirándola.

Luego fue al teléfono y marcó el número de Toohey.

—¿Diga? —dijo la voz de Toohey. Su ronca impaciencia confesaba que había sido despertado de un profundo sueño.

—Está bien. Venga —dijo Wynand, y colgó.

Toohey llegó media hora más tarde. Era su primera visita a la casa de Wynand. El mismo Wynand acudió al sonar el timbre, vestido todavía con pijama. Se introdujo en su estudio sin decir palabra, y Toohey le siguió.

El cuerpo desnudo de mármol, con la *cabeza* echada para atrás en una exaltación, hizo que la habitación se pareciera a un lugar que había desaparecido: al templo de Stoddard. Los ojos de Wynand se posaron en Toohey

con interrogación, con una mirada de ira sofocada.

—¿Usted quiere, naturalmente, saber el nombre del modelo? —preguntó Toohey con acento de triunfo en la voz.

—¡Diablo, no! —contestó Wynand—. Quiero conocer el nombre del escultor.

Le llamó la atención que a Toohey no le gustara la pregunta; había algo más que desengaño en su rostro.

—¿El escultor? —dijo Toohey—. Espere..., déjeme ver... Creo que no lo sé... Es Steven... o Stanley... o algo así...Sinceramente, no lo recuerdo.

—Si estuvo interesado hasta comprarla, debería haber preguntado por el nombre del escultor y no olvidarlo.

—Lo averiguaré, señor Wynand.

—¿Dónde consiguió esto?

—En una casa de artículos de arte, en una de esas que hay en la Segunda Avenida.

—¿Cómo llegó allá?

—No sé. No pregunté. La compré porque conocía a la modelo —repuso Toohey.

—Está mintiendo. Si eso fuera todo lo que vio en ella, no se habría tomado el atrevimiento que se tomó. Usted sabe que nunca he permitido a nadie ver mi galería. ¿Creía que le iba a permitir que contribuyera a ella? Nadie ha osado ofrecerme un obsequio de esta naturaleza. Usted no se hubiera arriesgado a menos que estuviese seguro, terriblemente seguro de que era una gran obra de arte. Seguro de que yo la aceptaría. Eso me hubiese vencido. Y lo ha hecho.

—Estoy encantado de escuchar eso, señor Wynand.

—Si lo desea, le diré también que me indigna que esto venga de usted. Me indigna que usted haya podido apreciarlo. Usted es un perito en arte mejor de lo que yo creía.

—Tal como es, tendré que aceptarlo como un cumplimiento y agradeceré, señor Wynand.



—Bueno, ¿qué quería de mí? Me dejó entrever que me traería esto siempre que concediese una entrevista a la señora de Peter Keating.

—No, señor Wynand. Yo le he hecho el regalo porque pensé que comprendería que ésta es la esposa de Peter Keating.

Wynand miró a la estatua y después a Toohey.

—¡Oh, qué estúpido! —dijo Wynand suavemente.

Toohey lo miró fijo, perplejo.

—¿De modo que empleó esto como una lámpara roja en una ventana? —Wynand pareció aliviado; no creyó oportuno mantener la mirada de Toohey. Esto es mejor, Toohey. Usted no es tan inteligente como creía.

—Pero, señor Wynand, ¿qué...?

—¿No se dio cuenta que esta estatua sería el camino mas seguro para anular cualquier posible deseo que yo tuviese de la señora de Keating?

—Usted no la ha visto, señor Wynand.

—¡Oh, probablemente será más hermosa! Puede ser más hermosa que la estatua, pero no puede tener lo que el escultor le ha dado. ¿No le parece que uno odiaría a esa mujer al ver ese mismo rostro, pero sin ningún significado, como una muerta caricatura?

—Usted no la ha visto.

—¡Oh, es verdad, la veré! Ya le dije que se saldría con su antojo. Que ella me hable por teléfono y que concierte una entrevista.

—Gracias, señor Wynand.

—Además, usted me ha mentido al decir que no conoce el nombre del escultor. Pero es demasiado molesto hacérselo decir. Ella me lo dirá.

—Estoy seguro de que ella se lo dirá. Aunque, ¿por qué le habría de mentir yo?

—Dios lo sabe. A propósito, si se trata de un escultor sin importancia, usted pierde su empleo por esta causa.

—Después de todo, señor Wynand, tengo un

contrato.

—¡Oh, cuidado con las uniones de trabajadores, Elsie! Y ahora, creo que tendría que desearme buenas noches e irse de aquí.

—Sí, señor Wynand; le deseo buenas noches.

Wynand lo acompañó hasta el vestíbulo. En la puerta le dijo:

—Usted es un mal negociante, Toohey. No sé por qué está tan ansioso de que yo conozca a la señora Keating. No sé qué gana con tratar de conseguir un trabajo para esa señora Keating; pero, cualquiera que sea, no puede ser tan valiosa como para que tenga que separarme de una cosa como ésta.

## II

—¿Por qué no te pusiste tu brazaletes de esmeraldas? —preguntó Peter Keating—. La que llaman novia de Gordon Prescott dejó a todo el mundo con la boca abierta con su estrella de zafiros.

—Lo siento, Peter. Me lo pondré la próxima vez.

—Fue una fiesta hermosa. ¿Lo pasaste bien?

—Yo siempre lo paso bien.

—Yo lo pasé... Solamente... ¡Oh, Dios mío! ¿Quieres saber la verdad? —No.

—Dominique, estaba mortalmente aburrido. Vicent Knowlton es como un dolor de muelas. Es un *snob* del diablo. No puedo soportarlo. —Y agregó prudentemente—: No se lo demostré, ¿no?

—No. Te portaste muy bien. Te reíste de todos sus

chistes... aun cuando nadie se reía.

—¡Ah! ¿Te diste cuenta? Es un buen sistema.

—Sí, me di cuenta.

—Tú piensas que no debería haberlo hecho ¿no?

—No te he dicho eso.

—Piensas que es... bajo, ¿no?

—No pienso que nada sea bajo.

Se inclinó hacia delante en el sillón, lo que hizo que su mentón le incomodara, pero no se preocupó por cambiar de posición. El fuego crepitaba en la chimenea del *living*. Él había apagado todas las luces salvo la de una lámpara con pantalla de seda amarilla; pero ni aún así logró crear una atmósfera de descanso íntimo; parecía que el lugar estaba desierto, como un departamento vacío con las luces apagadas. Dominique se sentó en el otro extremo de la habitación. Su delgado cuerpo se amoldaba dócilmente a los contornos de la silla de respaldo recto. No parecía tiesa, pero sí poco natural, para estar cómoda. Se hallaban solos, pero ella estaba sentada como una dama en una función pública, como un maniquí hermosamente vestido y expuesto en un escaparate, frente a una esquina muy concurrida.

Habían regresado al hogar después de un té en la casa de Vincent Knowlton, un distinguido joven de la sociedad, nuevo amigo de Keating. Fue una cena agradable y disponían de la noche. No tenían ningún otro compromiso social hasta el día siguiente.

—Tú no deberías haberte reído de la teosofía cuando le hablaste a la señora Marsh —dijo él—. Ella cree en la teosofía.

—Lo siento, tendré más cuidado. Él esperaba que ella iniciara una conversación sobre algún tema, pero quedó muda. Pronto recordó que ella nunca había empezado a hablar en los veinte meses de matrimonio. Se dijo a sí mismo que era ridículo e imposible; trataba de recordar alguna vez en que ella se le hubiese dirigido. Por supuesto, lo había hecho. Recordaba que le

había preguntado una vez: «¿A qué hora estarás de vuelta esta noche?» y «¿Quieres incluir a los Dixon en la cena del martes?», y muchas cosas como aquéllas.

La miró. No parecía aburrida. Estaba allí, como si su compañía tuviera un gran interés; no buscaba un libro, no estaba ausente con ningún pensamiento lejano. Lo miraba directamente, no para indagar sus ideas, sino como si estuviese esperando que iniciara una conversación. Él se daba cuenta de que siempre lo miraba fijamente, como en aquel instante, y ahora se preguntaba si le gustaba o no. «Sí», se contestó; esto le permitía no tener celos, ni siquiera de sus pensamientos ocultos. No, no le gustaba, no tenía ninguna escapatoria para ninguno de los dos.

—Acabo de leer *El cálculo biliar galante* —dijo—. Es un libro maravilloso. Es el producto de un cerebro deslumbrante, un Puck con lágrimas en el rostro un *clown* de corazón de oro que sostiene por un momento el trono de Dios.

—He leído lo mismo en la sección bibliográfica del *Banner* del domingo.

—Yo leí el libro mismo. Tú lo sabes.

—Dichoso tú. Resulta amable para el autor que hayas dispuesto de tiempo para leerlo, sobre todo cuando sabías por adelantado lo que pensarías de él.

—No sabía, pero he estado de acuerdo con el crítico.

—El *Banner* tiene los mejores críticos.

—Es verdad. Naturalmente. De modo que no hay nada malo en estar de acuerdo, ¿no es así?

—De ningún modo. Yo siempre estoy de acuerdo.

—¿Con quién?

—Con todo el mundo.

—¿Te estás riendo de mí, Dominique?

—¿Me has dado motivo para eso?

—No. No veo que te haya dado motivo.

—Entonces, mal puedo estar riéndome.

Él esperó. Escuchó un camión que pasaba

retumbando por la calle y cuyo ruido duró unos segundos, pero cuando se extinguió el ruido tuvo que hablar otra vez.

—Dominique, me gustaría saber qué piensas.

—¿De qué?

—De... de... —Buscaba un tema importante y terminó con—: ...de Vincent Knowlton.

—Pienso que es un hombre digno de que se le bese.

—¡Por amor de Dios, Dominique!

—Lo siento. Es mala educación. Está mal, desde luego. Bueno, mira: Vincent Knowlton es hombre a quien resulta agradable conocer. Las viejas familias merecen una gran consideración y debemos tener tolerancia con las opiniones de los otros, porque la tolerancia es la mayor de las virtudes; por eso sería justo forzar tus puntos de vista sobre Vincent Knowlton, y si tú le halagas en lo que le gusta, le satisfará ayudarte, porque es una persona humana.

—Eso es más sensato —dijo Keating. Se sentía cómodo con un lenguaje inteligible—. Creo que la tolerancia es muy importante porque... —Se detuvo. Terminó con una voz hueca—: Tú dijiste exactamente lo mismo que antes.

—Te diste cuenta —dijo Dominique. Lo dijo sin tono de interrogación, indiferentemente, como un simple hecho. No era sarcasmo, él deseaba que lo fuera; el sarcasmo le habría concedido un reconocimiento personal, el deseo de herirlo; pero la voz de ella no expresó nunca ninguna relación personal con él en los veinte meses.

Peter contemplaba el fuego. Era lo que lo hacía feliz; sentarse a contemplar soñadoramente el *fuego*, en su propio hogar, en su propia casa. Era lo que siempre había oído y leído. Contemplaba las llamas fijamente, para forzarse a una obediencia, a una verdad establecida. Un minuto más de contemplación y sería dichoso, pensó concentrándose, pero nada ocurrió.

Pensó en lo convincente que sería la descripción de aquella escena para que envidiasen sus amigos la plenitud de su felicidad. ¿Por qué no podía convencerse a sí mismo? Tenía todo lo que había querido. Había querido superioridad... y desde el año último era jefe indiscutible en su profesión. Había querido fama..., y tenía cinco gruesos álbumes de recortes. Había querido riqueza..., y tenía bastante para asegurarse el lujo para el resto de su vida. Tenía todo lo que los demás deseaban. ¿Cuántas personas luchaban y sufrían para realizar lo que él ya había logrado? ¿Cuántos soñaban y morían por esto, sin alcanzarlo? «Peter Keating es la persona más afortunada de la tierra.» ¿Cuan a menudo había oído aquello?

El último año había sido el mejor de su vida, pues había agregado a sus posesiones lo imposible: Dominique. Había sido tal la alegría, que se reía cuando sus amigos le preguntaban: «Peter, ¿cómo lo hiciste?» Sentía un gran placer en presentarla a los extraños y decir, por lo bajo: «Mi esposa», y luego observar la mirada de envidia estúpida que lanzaban. Una vez, en una gran fiesta, un elegante borracho le había preguntado haciendo un guiño que demostraba sus intenciones equívocas: «Diga, ¿conoce a esa magnífica criatura que está allí?» «Apenas —había contestado Keating—. Es mi esposa.»

A menudo se decía, contento de sí mismo, que su matrimonio había resultado mucho mejor de lo que esperaba. Dominique era una esposa ideal, dedicada completamente a sus intereses, procurando agradar a sus clientes, entreteniendo a los amigos, dirigiendo el hogar. Nada había cambiado en su existencia; ni sus horas, ni sus platos favoritos, ni siquiera la disposición de los muebles. Ella no había traído nada consigo, excepto su ropa; no había agregado a la casa ni un solo libro, ni un cenicero. Cuando él exponía sus puntos de vista sobre cualquier tema, Dominique no discutía, siempre estaba

de acuerdo con él. Con toda gracia, como algo natural, siempre se colocaba en segundo plano, desapareciendo en su subordinación. Él había temido que fuera un torrente que lo levantase y lo aplastara contra alguna roca desconocida, pero ni siquiera había encontrado un riachuelo que se juntara a su pacífico río. Era más bien como si el río siguiese su curso, y alguien viniera a nadar en su corriente. No, no, nadar era demasiado, eso significaba un corte, una acción violenta, era apenas flotar en las aguas detrás. Si se le hubiera ofrecido poder para determinar la actitud que Dominique debía seguir después del casamiento, habría pedido que se comportara exactamente como lo hacía.

Solamente sus noches lo dejaban miserablemente insatisfecho. Ella se sometía siempre que él la deseaba, pero ocurría siempre como la primera noche: tenía en sus brazos un cuerpo indiferente, sin reacción, sin respuesta a sus deseos. Se decidía a no volver a tocarla, pero su deseo retornaba, subía con la constante presencia de su belleza. Se sometía, aunque no a menudo, sino cuando ya no podía resistir más.

Fue su madre la que manifestó lo que él no se confesaba acerca de su matrimonio.

—Yo no lo puedo resistir —dijo seis meses después de la boda—. Si se enojara conmigo una vez siquiera, si me insultara, si me tirara cualquier cosa a la cara, todo sería mejor. Pero yo no puedo soportar esto.

—¿Qué, mamá? —preguntó él con un frío sentimiento de pánico.

—No vale la pena, Peter —repuso ella.

Su madre, cuyos argumentos, opiniones y reproches él no era capaz de contener, no dijo una palabra más acerca de su casamiento. Alquiló un piso y se mudó. Los visitaba a menudo y era siempre cortés con Dominique con un aire extraño y abatido de resignación. Él se había dicho a sí mismo que se pondría contento si se libraba de su madre, pero no estaba

contento.

Sin embargo, no podía determinar qué era lo que Dominique había hecho para inspirar aquel temor que iba creciendo en él. No podía encontrar una palabra o un gesto que reprocharle; durante veinte meses siempre había sido igual. No podía soportar el quedarse solo con ella, aunque no quería huirle y ella tampoco se lo hubiera impedido.

—¿No vendrá nadie esta noche? —preguntó con displicencia, separando la vista del fuego.

—No —respondió ella y se sonrió, sirviendo la sonrisa como concesión añadida a las palabras próximas—. ¿Quieres que te deje solo, Peter?

—¡No! —Era casi un grito. «No debo parecer tan desesperado», pensó, al ver que en voz alta le decía—. Por supuesto que no. Estoy encantado de estar solo una noche con mi esposa.

Sentía que un oscuro instinto le decía que tenía que resolver aquel problema; aprender a hacer llevaderos los momentos que estaban juntos.

—¿Qué te gustaría hacer esta noche, Dominique?

—Lo que tú quieras. —¿Quieres ir al cine?

—¿Quieres ir tú?

—¡Oh, no sé! Para matar el tiempo.

—Está bien. Matemos el tiempo.

—No. ¿Por qué tenemos que matarlo? Eso parece terrible —dijo Peter.

—Lo es.

—¿Por qué tenemos que huir de nuestro propio hogar? Quedémonos aquí.

—Sí, Peter.

Esperó. «Pero el silencio —pensó él— es también una fuga, una fuga peor.»

—¿Quieres jugar una partida?

—¿Te gusta?

—¡Oh!, mata el ti... —se detuvo. Dominique se sonrió—. Dominique —le dijo contemplándola—, eres



muy hermosa. Eres siempre tan... tan inmensamente hermosa. Quisiera decírtelo siempre.

—Me gusta escuchar lo que piensas de mí, Peter.

—Me gusta mirarte. Siempre recuerdo lo que dijo Gordon Prescott. Dijo que eres un ejercicio perfecto de las matemáticas estructurales de Dios. Y Vincent Knowlton dijo que eres una mañana de primavera. Y Ellsworth... Ellsworth dijo que eras un reproche a cualquiera otra forma femenina. —¿Y Ralston Holcombe?

—¡Oh, no tiene importancia! —repuso, y volvió a mirar al fuego.

«Sé por qué no puedo sufrir este silencio —pensó—. Es porque para ella resulta indiferente que yo hable o no; como si yo no existiese y nunca hubiese existido..., más inconcebible que la propia muerte... no haber nacido nunca...» Sintió de pronto un deseo desesperado que pudo identificar: el deseo de ser algo real para ella.

—Dominique, ¿sabes qué he estado pensando? —preguntó con ansiedad.

—No. ¿Qué has estado pensando?

—Desde hace tiempo estoy pensando en ello, sin decírselo a nadie, y nadie me lo ha sugerido; es una idea propia.

—Está muy bien. ¿Qué es?

—Pienso que me gustaría mudarme al campo y comprar una casa para nosotros. ¿Te gustaría eso?

—Me gustaría mucho, tanto como a ti. ¿Quieres hacer el proyecto de tu casa?

—Diablos, no. Bennett la diseñará de prisa para mí. Hace todas nuestras casas de campo. Es un genio para eso.

—¿Te gustaría viajar en tren a la ciudad?

—No, creo que será un terrible prejuicio, pero tú sabes que todo el que es alguien viaja actualmente. Siempre me considero como un proletario cuando tengo que decir que vivo en la ciudad.

—¿Te gustaría ver árboles y tener un jardín y una extensión de tierra en torno tuyo?

—¡Oh, eso es una insensatez! ¿Cuándo tendría tiempo? Un árbol es un árbol. Cuando ves un documental acerca de bosques has visto a todos los árboles.

—¿Te gustaría trabajar en el jardín? La gente dice que es muy agradable trabajar uno mismo la tierra.

—¡Dios mío, no! ¿Qué clase de terreno piensas que vamos a tener? Tendremos un jardinero, un buen jardinero, para que los vecinos admiren el lugar.

—¿Te dedicarás a algún deporte?

—Sí, eso me gustaría.

—¿A cuál?

—Creo que el mejor sería el golf. Imagínate, pertenecer a un *country club* donde se es uno de los principales hombres del grupo, es diferente a los ocasionales encuentros de fines de semana. Y la gente que uno encuentra es diferente. De una clase social más elevada. Y las amistades que se hacen... —Se sorprendió a sí mismo y agregó enojado—: Además, pasearé a caballo.

—Me gusta ir a caballo. ¿Y a ti?

—Nunca he tenido mucho tiempo para eso. Sacude los órganos despiadadamente. Pero ¿quién diablos es Gordon Prescott para creerse que es el único hombre cabal del mundo que cuelga sus retratos en traje de montar en la sala de dibujo?

—Supongo que tratarás de aislarte.

—Bueno, no creo en las islas desiertas. Creo que la casa tendrá que estar a la vista de una carretera importante, de manera que se la pueda indicar como la propiedad de Keating. ¿Quién diablos es Claude Stengel para tener una casa de campo, mientras yo vivo en un piso alquilado? Empezó al mismo tiempo que yo y mira dónde está él y dónde estoy yo. ¿Por qué, si él se puede considerar afortunado si dos hombres y medio lo

conocen, tiene que arrimar su auto en Westchester y...?

Se detuvo. Ella lo miraba, pero su rostro estaba sereno.

—¡Diablos! —gritó—. Si no quieres mudarte al campo, ¿por qué no lo dices?

—Quiero hacer con el mayor gusto todo lo que tú quieras, Peter. Acepto cualquier idea que tengas.

Se quedó silencioso un largo instante.

—¿Qué haremos mañana por la noche? —preguntó antes de que pudiera detenerse.

—Mañana por la noche tenemos a los Palmer para cenar —repuso.

—¡Oh, Cristo! —se lamentó—. ¡Son tan aburridos! ¿Por qué tenemos que tenerlos?

Se quedó hojeando el calendario, como si se tratase de una fotografía cuyo foco fuese el calendario y su propia figura confusa estuviese en el fondo.

—Tenemos que invitar a los Palmer —dijo ella— para que podamos conseguir el trabajo del edificio que van a hacer para la nueva tienda. Tenemos que conseguir ese encargo para poder invitar a los Eddington para la cena del sábado. Los Eddington no tienen trabajo que darnos, pero están en la guía social. Los Palmer te aburren y los Eddington te tratan con desdén, pero tú tienes que halagar a la gente que te desprecia para impresionar a los que desprecias tú.

—¿Qué necesidad tienes de decir cosas como ésas?

—¿Quieres mirar el calendario, Peter?

—Bueno, es lo que todo el mundo hace. Es por lo que todo el mundo vive.

—Sí, Peter, casi todo el mundo.

—Si no lo apruebas, ¿por qué no lo dices?

—¿He dicho acaso que no lo apruebo?

Se corrigió con tino:

—No —admitió—. No, tú no has... Pero es por el modo que tienes de decir las cosas.

—¿Hubieras preferido que lo dijese de un modo más

complicado... como lo hice en el caso de Vincent Knowlton?

—Hubiera preferido... —Después gritó—: ¡Hubiera preferido que expresaras una opinión, por Dios!, siquiera una vez.

Ella le preguntó, con el mismo tono monótono: —¿La opinión de quién? ¿La de Gordon Prescott? ¿La de Ralston Holcombe? ¿La de Ellsworth Toohey?

Se volvió a mirarla, apoyando la mano en la silla, con intento de levantarse. Las cosas empezaron a tener forma entre ellos. Keating tuvo la primera intuición de las cosas que la determinarían.

—Dominique —dijo razonablemente—, es eso. Ahora ya sé. Sé qué ha ocurrido durante todo este tiempo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Espera. Es muy importante, Dominique, nunca me has dicho lo que piensas, ni siquiera una vez. Sobre ninguna cosa. Nunca has expresado un deseo, de ninguna clase.

—¿Qué mal hay en ello?

—Es... como la muerte. Tú no eres real. Eres solamente un cuerpo. Mira, Dominique, tú no lo sabes. Trataré de explicártelo. ¿Comprendes lo que significa la muerte? ¿Cuando un cuerpo no puede moverse, cuando no tiene... ni voluntad, ni significado? ¿Comprendes? La nada. La nada absoluta. Es cierto, tu cuerpo se mueve... pero nada más. Lo otro, lo íntimo... ¡Oh!, no me interpretes mal, no voy a hablar de religión, pero no hay otra palabra, de manera que te diré: tu alma... tu alma no existe. Ni voluntad ni sentimiento. Tu yo real no existe.

—¿Cuál es mi yo real? —preguntó. Por primera vez había mirado atentamente, sin compasión, pero con atención al menos.

—¿En qué consiste la realidad de un ser? —siguió él envalentonado—. No es solamente el cuerpo..., es el alma.

—¿Qué es el alma?

—Tú misma. Lo que está en tu interior.

—¿Lo que piensa y juzga y toma las decisiones?

—Sí, sí, eso es. Y lo que siente. Tú has... renunciado a ella, Dominique.

—¿De manera que hay dos cosas a las que uno no puede renunciar: los propios sentimientos y los propios deseos?

—¡Sí! ¡Ah, comprendes! De manera que eres como un cadáver para todos los que te conocen. Una especie de muerta que camina. Es peor que cualquier crimen activo. Es...

—¿Una negación?

—Sí, precisamente, una negación. No estás presente aquí. Nunca lo has estado. Si me dijese que las cortinas de esta habitación son horribles y si las desgarrases y pusieses en su lugar algo que te gustara..., algo que fuera real, aquí, en esta habitación, sería diferente; pero nunca lo has hecho. Nunca le has dicho a la cocinera qué postre te gustaría en la cena. Tú no estás aquí. No estás viva. ¿Dónde está tu yo?

—¿Dónde está el tuyo, Peter? —preguntó ella con tranquilidad.

Él permaneció inmóvil con los ojos muy abiertos. Ella sabía que sus pensamientos en aquel instante eran claros e inmediatos como una percepción visual, que el acto de pensar era ver una procesión de años que estaban detrás de él.

—No es cierto —dijo al fin con voz hueca—. No es cierto.

—¿Qué no es cierto?

—Lo que tú has dicho.

—No he dicho nada. Te he hecho una pregunta.

Sus ojos le rogaban que hablase para negarle. Dominique se levantó, se puso delante de él y la rígida erección de su cuerpo fue un signo de vida, la vida que él había echado de menos, deseando que se manifestase

positivamente y no en forma de juez.

—Has comenzado a ver, ¿no es cierto, Peter? Te lo diré más claro. Tú nunca quisiste que yo fuera real. Nunca has querido que nadie lo sea, pero quisiste que demostrara serlo. Quisiste una actriz que te ayudase a representar... hermosa actriz, complicada, retorcida, todo trajes y palabras. Todo palabras. No te gustó lo que dije de Vincent Knowlton. Pero te gustó cuando dije lo mismo expresado bajo la capa de sentimientos virtuosos. No quisiste creerme. Tan sólo quisiste convencerte de que me creías. ¿Mi alma real? Solamente es real cuando es independiente... ¿Has descubierto eso o no? Es real cuando elige cortinas y postres; cortinas, postres, religión y el aspecto de los edificios: tienes razón en cuanto a esto. Pero tú nunca has querido eso. Querías un espejo. La gente no quiere nada más que espejos en derredor, para que la refleje mientras ella los refleja a su vez. Reflejos de reflejos y ecos de ecos. Sin principio ni fin. Sin centro ni propósito. Te di lo que querías. Me transformé en lo que eres tú, en lo que son tus amigos, en lo que se empeña en ser la mayor parte de la humanidad..., pero sin disfraz. No he ido en busca de grandilocuentes comentarios bibliográficos para ocultar mi falta de opinión; dije simplemente que no tenía capacidad de juzgar. No pedí proyectos en préstamo para ocultar mi impotencia creadora; no creé nada. ¿Le llamas muerte a eso? Esa clase de muerte la he impuesto sobre ti y sobre todos los que nos rodean; pero tú, tú no has hecho eso. La gente se siente cómoda contigo, te quiere, goza con tu presencia. Les has economizado una vacía muerte porque te la has impuesto a ti mismo.

Él no dijo palabra. Se alejó y volvió a sentarse, esperando. Después se levantó, dio algunos pasos hacia ella y pronunció:

—Dominique... —Entonces se arrodilló ante ella, apretando la cabeza contra sus rodillas—. Dominique,

no es verdad que no te haya amado nunca. Te amo, siempre te he amado. Había dos personas, tú y otro, un hombre que siempre me hizo sentir la misma cosa, no precisamente temor, no, sino como un alto muro que había que subir, como una voz de orden que obligaba a ascender no sé dónde pero que producía un sentimiento de ascenso; siempre he odiado a ese hombre, pero a ti siempre te quise; ésta es la razón por la que me casé contigo; deberías perdonarme, no tendrías que haberte tomado una venganza como ésta, como ésta, no, Dominique, Dominique, yo no puedo defenderme, yo...

—¿Quién es el hombre a quien odias?

—No interesa.

—¿Quién es?

—Nadie. Yo...

—Nómbralo.

—Howard Roark.

Ella se quedó muda un largo rato. Después puso su mano sobre sus cabellos. El ademán tenía la forma de una delicadeza.

—Nunca quise vengarme contigo, Peter —dijo con suavidad.

—Entonces, ¿por qué?

—Me casé contigo por mis propias razones. Actué como todo el mundo quiere que uno actúe. Solamente que no puedo hacer nada a medias. Los que lo hacen, tienen una grieta interna. La mayoría de la gente tiene muchas. Se engañan a sí mismos sin saber por qué. Yo nunca me he mentido. De modo que tenía que hacer lo que todos ustedes hacen, pero de modo firme y completo. Quizá te haya destruido. Si me preocupase, diría que lo siento, porque no era ése mi propósito.

—Dominique, te amo, pero tengo miedo porque tú has cambiado algo en mí desde que nos casamos, desde que lo aprobé. Aunque ahora te perdiera, no volvería a ser lo que antes fui; tú me has quitado algo que yo tenía...

—No. Te he quitado algo que nunca tuviste. Te concedo que es peor.

—¿Qué?

—Se dice que lo peor que uno puede hacerle a un hombre es matarle su propia dignidad, pero no es cierto. La dignidad es algo que no se puede matar. Lo peor es matar la pretensión del hombre a la dignidad.

—Dominique, no... no quiero seguir hablando.

Ella bajó los ojos hacia el rostro que estaba junto a sus rodillas, y él vio la piedad que había en ellos, y en un instante supo qué cosa terrible es la verdadera piedad, pero huyó de tal conocimiento, porque de golpe cerró su mente ante las palabras de las cuales quería huir.

Dominique se inclinó y le besó en la frente. Era el primer beso que le daba.

—No quiero que sufras, Peter —le dijo suavemente—. Esto, ahora, es real, es mi yo, son mis propias palabras: no quiero que sufras, no puedo sentir ninguna otra cosa, pero esto lo siento.

Él le besó la mano.

Cuando levantó la cabeza, ella lo miraba como sí por un momento fuese su marido.

—Peter —dijo—, si no puedes continuar soportando ser lo que eres ahora...

—Te quiero —dijo él.

Estuvieron silenciosos, juntos, durante mucho tiempo. Keating no sentía tensión en el silencio.

El teléfono sonó.

No fue el sonido lo que destruyó aquel instante, fue la ansiedad con la cual Keating saltó y corrió para atenderlo. Ella oía su voz a través de la puerta abierta; era una voz indecente en su consuelo.

—¿Hola?... ¡Hola, Ellsworth!... No, nada... Libre como un pájaro... Seguro, venga enseguida, venga en seguidita... De acuerdo.

—Es Ellsworth —dijo al llegar al *living*. Su voz era



alegre y tenía una toque de insolencia—. Quiere venir. Ella no contestó nada.

Él se ocupó enseguida en vaciar los ceniceros, recogió diarios, agregó un innecesario tronco al fuego, encendió más lámparas y silbó una tonada de una opereta cinematográfica.

Cuando oyó el timbre, corrió a abrir la puerta.

—¡Qué bien !—dijo Toohey al entrar—. Un fuego y ustedes dos. ¡Hola, Dominique! Espero no incomodar.

—Usted no incomoda nunca —dijo Keating—. No puedo decirle cuánto me alegra verlo. —Acercó su silla al fuego—. Siéntese aquí, Ellsworth. ¿Qué quiere tomar? Cuando escuché su voz en el aparato... bueno, quería saltar y gritar como un cachorro.

—No sacuda la cola. No, gracias, no quiero beber. ¿Cómo lo ha pasado, Dominique?

—Ni más ni menos que como hace un año.

—¿Pero no como hace dos años?

—No. ¿Qué hacíamos hace dos años por esta fecha? —preguntó Keating idílico.

—No se habían casado —dijo Toohey—. Período prehistórico. Déjame recordar. ¿Qué ocurría entonces? Creo que se estaba terminando el templo de Stoddard.

—Así es —dijo Keating.

—¿Sabe algo de su amigo Roark..., Peter? —pregunto Toohey.

—No. No creo que trabaje desde hace un año o más. Está acabado esta vez.

—Sí, así creo yo también... ¿Qué ha estado haciendo, Peter?

—No mucho... ¡Oh, he terminado de leer *El cálculo biliar galante!*

—¿Le gustó?

—¡Sí! Creo que es un libro muy importante, porque es cierto que no existe esa cosa llamada el libre albedrío. No podemos evitar lo que somos o lo que hacemos. No depende de nosotros. Nadie debe ser

culpado por nada. Todo está en el pasado y... y en las glándulas. Si usted es bueno, no es mérito suyo: tuvo suerte con sus glándulas. Si es malo, nadie tendría que castigarlo... Ha sido desdichado y nada más. —Decía esto en tono desafiante, con una violencia inapropiada para una discusión literaria. No miraba ni a Toohey ni a Dominique, se dirigía a la habitación y a lo que la habitación había presentado.

—Sustancialmente correcto —respondió Toohey—. Para ser lógicos, sin embargo, no deberíamos pensar en castigos para los que son malos. Desde el momento que padecen por faltas que no son propias, desde que son desdichados y deficientes, deberían merecer una compensación de alguna especie, más bien como un premio.

—¡Claro que sí! —gritó Keating—. Eso es... eso es lógico.

—Y justo —agregó Toohey,

—¿Ha llevado el *Banner* al punto que quería? —preguntó Dominique.

—¿A qué se refiere?

—A *El cálculo biliar galante*.

—¡Oh! No, no creo que lo haya hecho. Todavía falta. Siempre existen imponderables.

—¿De qué hablaban? —preguntó Keating.

—Chismes profesionales —repuso Toohey. Alargó las manos hacia el fuego y se retorció los dedos graciosamente—. A propósito, Peter, ¿hace algo referente a Stoneridge?

—Que se vaya al diablo.

—¿Qué le pasa?

—Sabe bien qué me pasa. Usted conoce a ese bastardo mejor que yo. ¡Presentarse un proyecto como éste, que es un verdadero maná en el desierto actual, y que sea ese Wynand el que tenga que ver con él!

—¿Qué le pasa con el señor Wynand?

—¡Oh, vamos, Ellsworth! Sabe bien que si fuera

cualquier otro, yo tendría ese trabajo —e hizo crujir los dedos—. No tendría necesidad de pedirlo, porque el propietario mismo vendría a verme, sobre todo cuando un arquitecto como yo está, prácticamente, sin hacer nada, en comparación con el trabajo que tendría que hacer nuestra oficina. ¡Pero el señor Gail Wynand, no! Cualquiera diría que es el Lama para quien resulta alérgico el aire que los arquitectos respiran.

—¿Debo colegir que ha intentado algo?

—¿Está bromeando conmigo, Ellsworth? Daría mi brazo derecho por conseguirlo.

—Eso no sería aconsejable. Después no podría hacer proyectos ni siquiera pretenderlo. Sería preferible renunciar a algo menos tangible.

—Daría mi alma.

—¿La darías, Peter? —preguntó Dominique.

—¿Qué piensa que hay que hacer, Ellsworth? —preguntó Keating

—Nada más que una sugerencia práctica. ¿Quién ha sido antes su corredor más efectivo y el que le consiguió algunos de sus mejores trabajos?

—Supongo que Dominique.

—Exacto. Y ya que no puede llegar hasta Wynand, ni le sería provechoso si lo consiguiese, ¿no cree que Dominique es la única persona capaz de persuadirlo?

Keating lo miró fijamente.

—¿Está loco, Ellsworth?

Dominique se inclinó hacia delante. Parecía interesada.

—Por lo que he oído —dijo ella—, Gail Wynand no hace favores a una mujer, a menos que sea hermosa, y si es hermosa, no lo hace como favor.

Toohy la miró, subrayando que el hecho no admitía dudas.

—Es estúpido —dijo Keating, enojado—. ¿Cómo podría verlo?

—Hablándole por teléfono a su oficina y

proponiéndole una entrevista —repuso Toohey.

—¿Quién le dijo que se la va a conceder?

—Él mismo.

—¿Cuándo?

—Anoche, tarde. O, para ser más exacto, esta mañana.

—¿Ellsworth! —dijo Keating atónito, y agregó—; No lo creo.

—Yo sí —dijo Dominique—; de lo contrario, Ellsworth no habría iniciado esta conversación. —Le sonrió a Toohey—: ¿De modo que Wynand dijo que me vería?

—Sí, querida.

—¿Cómo arregló eso?

—¡Oh, con un argumento muy convincente! Sin embargo, sería aconsejable no retrasarlo. Debería hablarle por teléfono mañana, si tiene interés en hacerlo.

—¿Por qué no hablarle ahora mismo? —dijo Keating—. Pero quizá sea demasiado tarde. No. Mañana. La primera cosa que haga mañana será hablarle.

Ella lo contempló con los ojos entornados y no dijo nada.

—Hace mucho tiempo que usted está interesada por la carrera de Peter —dijo Toohey—. ¿No le gustaría emprender una hazaña difícil como ésta por amor a Peter?

—Si Peter quiere que lo haga...

—¿Si yo quiero que lo hagas? —gritó Keating—. ¿Están locos los dos? Es la oportunidad de mi vida, la...

—Vio que los dos lo miraban con curiosidad—. ¡Oh, porquería! —dijo de repente.

—¿Cuál es la porquería, Peter? —preguntó Dominique.

—¿Te vas a detener en un montón de chismes? La esposa de cualquier arquitecto se arrastraría con pies y manos en una ocasión como ésta para...

—A la esposa de ningún otro arquitecto se le ofrecería esta oportunidad —dijo Toohey—. Ningún arquitecto tiene una esposa como Dominique. Usted siempre se ha sentido orgulloso de esto, Peter. Dominique puede defenderse por sí misma en cualquier circunstancia.

—No hay ninguna duda.

—Está bien, Ellsworth —dijo Dominique—, Le hablaré a Wynand mañana.

—Ellsworth, usted es maravilloso —dijo Keating sin mirarla.

—Creo que me gustaría tomar algo ahora —dijo Toohey—. Tendremos que celebrarlo.

Cuando Keating salió corriendo a la cocina, Toohey y Dominique se miraron el uno al otro.

Él sonrió. Miró hacia la puerta por la cual había salido Keating; entonces empezó a asentir con la cabeza, apenas divertido.

—Usted lo esperaba —dijo Dominique.

—Por supuesto.

—¿Cuál es el propósito real, Ellsworth?

—Quiero ayudar a Peter a conseguir Stonerigde. Es realmente un trabajo importantísimo.

—¿Por qué tantas ansias de enviarme con Wynand?

—¿No cree que sería una experiencia interesante en lo que atañe a los dos?

—No está satisfecho de la forma en que se ha producido mi matrimonio, ¿verdad, Toohey?

—Del todo, no. Un cincuenta por ciento nada más. Bueno, nada es perfecto en este mundo. Uno llega hasta donde puede y después trata de ir más lejos.

—Usted estaba muy ansioso de que Peter se casara conmigo, y sabía mejor que Peter y yo cuál sería el resultado.

—Peter no lo sabía.

—Bueno, resultó el cincuenta por ciento. Ha colocado a Keating donde quería. El arquitecto más

sobresaliente del país no es nada más que barro pegado a sus zapatos ahora.

—Nunca me gustó su estilo de expresarse, pero siempre ha sido exacto. Yo habría dicho: que ahora es un alma que mueve la cola. Su estilo es más delicado.

—¿Y el otro cincuenta por ciento, Ellsworth? ¿Un fracaso?

—Casi total. Culpa mía. Tendría que haber sido más inteligente y darme cuenta de que un hombre como Peter Keating ni siquiera siendo su marido podría destruirla a usted.

—Es usted demasiado franco.

—Ya le dije una vez que era el único método eficaz con usted. Además, no han sido necesarios dos años para descubrir lo que yo quería de este matrimonio.

—¿Así que cree que Wynand terminará la empresa?

—Quizá. ¿Qué piensa usted?

—Creo que, en realidad, soy un personaje secundario. ¿Qué tiene contra Wynand?

Se rió, pero la risa lo traicionó, pues no esperaba la pregunta.

Dominique dijo despectivamente:

—No muestre que se ha asombrado, Ellsworth.

—Está bien. Estamos conversando sinceramente. No tengo nada particular contra el señor Wynand. Desde hace tiempo estoy planeando su entrevista con él. Si quiere saber detalles secundarios, le diré que hizo algo que me fastidió ayer por la mañana. Es demasiado observador, de modo que pensé que era el momento oportuno.

—Y se presentó Stoneridge.

—Y se presentó Stoneridge. Yo sé que esta parte le interesará. Usted nunca se habría vendido para salvar el honor de su país, para salvar su alma o la vida de un hombre que haya amado, pero se venderá para conseguir un trabajo para Peter Keating, que no lo merece. Vale la pena pensar que quedará por usted o por

Gail Wynand al final. Yo tendré interés en verlo.

—Todo muy bien, Ellsworth.

—¿Todo? ¿Hasta lo que se refiere a un hombre a quien amó?

—Sí.

—¿No se hubiera vendido por Roark? Aunque, por supuesto, no le gusta que le mencionen ese nombre.

—Howard Roark —dijo ella con indiferencia.

—Tiene muchísimo valor, Dominique.

Keating volvió trayendo una bandeja con *cocktails*. Tenía ojos febriles y hacía demasiados gestos. Toohey levantó la copa diciendo:

—¡Por Gail Wynand y por el *New York Banner!*

### III

Gail Wynand subió y la encontró a mitad de camino de su oficina.

—Mucho gusto, señora Keating.

—Mucho gusto, señor Wynand.

Le alcanzó una silla, pero cuando ella se sentó no se dirigió él a la mesa para hacer lo mismo; se quedó estudiándola profesionalmente, valorándola. Su actitud implicaba una necesidad por sí mismo evidente, como si ella conociera la causa y no hubiera nada impropio en su conducta.

—Usted parece una versión estilizada de su propia versión estilizada —dijo—. Generalmente, cuando uno ve los modelos de las obras de arte tiende a hacerse ateo, pero esta vez hay un empate entre el escultor y

Dios.

—¿Qué escultor?

—El que hizo su estatua.

Wynand sospechaba que había alguna historia detrás de la estatua y, por algo en su rostro, una tensión que contradecía la indiferencia del compuesto autodominio, tuvo la seguridad de que así era.

—¿Dónde y cuándo vio esa estatua, señor Wynand?

—En mi galería de arte esta mañana.

—¿Dónde la consiguió?

Le tocó el turno de mostrar azoramiento:

—¿Pero no lo sabe?

—No.

—Su amigo, Ellsworth Toohey, me la regaló.

—¿Para obtener esta entrevista?

—No por un motivo tan directo como el que usted cree, pero en esencia... sí.

—Eso no me lo ha dicho.

—¿Le importa que tenga esa estatua?

—No, de un modo especial.

—Esperaba que dijese que estaba encantada.

—No lo estoy.

Se sentó sin ceremonia.

—Me imaginé que usted había perdido la pista de la estatua y que la ha estado buscando.

—Durante dos años.

—Usted no puede tenerla —dijo, y agregó, observándola—: Usted podría conseguir Stoneridge.

—Cambiaré de opinión. Estoy contenta de que Toohey se la haya regalado.

Wynand sintió una amarga impresión de triunfo... y de desengaño, al pensar que podía leer los pensamientos de ella, aunque tales pensamientos eran demasiado aparentes, después de todo.

—¿Por qué le consiguió esta entrevista?

—Porque usted es la penúltima persona del mundo a quien me hubiera gustado darle la estatua. Toohey es la



última.

Él perdió la sensación de triunfo. Era algo que una mujer que tuviera interés en Stoneridge no debía haber dicho, ni siquiera pensado.

—¿No sabía que Toohey la tenía?

—No.

—Tendríamos que entendernos sobre nuestro común amigo. Ellsworth Toohey. No me gusta ser una prenda y no creo que a usted le gustaría que la indujesen a serlo. Hay muchas cosas que el señor Toohey no me quiso decir, el nombre del escultor, por ejemplo.

—¿No se lo dijo?

—No.

—Steven Mallory.

—¿Mallory?... ¿No es el que intentó...? —Se rió a carcajadas.

—¿Qué le pasa?

—Toohey me dijo que no podía recordar el nombre. «Ese» nombre.

—¿El señor Toohey todavía le puede causar asombro?

—Varias veces lo ha logrado en los últimos días. Hay sutileza en individuos como él. Una especie muy difícil. Casi me gusta su artificio.

—No comprendo su gusto.

—¿En ningún terreno? ¿Ni en escultura... ni en arquitectura?

—En arquitectura estoy segura de que no.

—¿No es esto lo más inoportuno que ha dicho?

—Probablemente.

La miró fijo y le dijo:

—¿Qué interesante es usted!

—No creía serlo.

—Ése es su tercer error.

—¿El tercero?

—El primero fue respecto a Toohey. En estas circunstancias uno debería esperar que lo elogiase. Que

lo citase. Que se apoyase en su gran prestigio en cuestiones arquitectónicas.

—Pero podría suponer que usted conoce a Toohey, lo que habría acabado con cualquier oportunidad.

—Pensaba decirle eso si me hubiese dado la oportunidad que no me quiso dar.

—Hubiera sido más entretenido.

—¿Esperaba estar entretenida?

—Lo estoy.

—¿Con la estatua? —Era el único punto débil que le había descubierto a ella.

—No. —La voz de ella era dura—. No por la estatua.

—Dígame cuándo fue hecha y para quién.

—¿Es otra cosa que el señor Toohey olvidó?

—Aparentemente.

—¿Recuerda un escándalo que hubo acerca de un edificio llamado el templo de Stoddard? Hace dos años de esto; Usted se hallaba ausente en esa época,

—El templo de Stoddard... ¿Cómo sabe dónde estaba yo hace dos años? Espere, ¿el templo de Stoddard? ¡Recuerdo! ¡Una iglesia sacrílega o algo por el estilo que produjo un escándalo de aullidos entre la brigada bíblica!

—Sí.

—Sí... —Le detuvo. Su voz sonó dura y desagradable, como la de ella—. Tenía la estatua de una mujer desnuda.

—Sí.

—Comprendo.

Se quedó un momento silencioso. Después dijo con voz áspera, como temiendo una ira cuyo objeto Dominique no podía adivinar:

—Estaba en Bali en esa época. Siento que todo Nueva York haya visto la estatua antes que yo. Pero no leo los diarios cuando viajo. Hay orden de echar a todo hombre que lleve a bordo del yate un diario de Wynand.

—¿Ha visto alguna fotografía del templo de Stoddard?

—No. ¿Era el edificio digno de la estatua?

—La estatua fue casi digna del edificio.

—Ha sido destruido, ¿no?

—Sí, con ayuda de los diarios de Wynand.

Levantó los hombros:

—Recuerdo que Alvah Scarret se entretuvo mucho con eso. Una gran historia. Lamento no haberla presenciado. Pero Alvah estuvo muy bien. Incidentalmente, ¿cómo sabe que yo estaba ausente, y por qué el hecho de mi ausencia ha quedado en su memoria?

—Es la historia que me costó el empleo que tenía con usted.

—¿Su empleo? ¿Conmigo?

—¿Sabía que mi nombre era Dominique Françon?

Bajo la chaqueta, sus hombros hicieron un movimiento hacia delante: era sorpresa... e impotencia. La miró fijo; después de un minuto, dijo:

—No.

Dominique sonrió indiferente:

—Parece que Toohey quería complicar las cosas, para ambos, todo lo que fuera posible.

—Que se vaya al diablo Toohey. Eso tiene que ser aclarado. No tiene sentido. ¿Usted es Dominique Françon?

—Era.

—¿Usted trabajó aquí, en este edificio?

—Durante seis años.

—¿Por qué no la he conocido antes?

—Estoy segura de que no conoce a ninguno de sus empleados.

—Creo que comprende lo que le quiero decir.

—¿Quiere que lo manifieste por usted?

—Sí.

—¿Por qué no he tratado de conocerlo antes?

—Sí.

—Porque no tenía deseos.

—Eso, precisamente, carece de sentido.

—¿Tendré que pasar por alto esto, o comprenderlo?

—Le ahorraré la elección. Con la belleza que posee y con el conocimiento de la reputación que se dice que yo tengo, ¿por qué no intentó una verdadera carrera en el *Banner*?

—No quise hacer carrera en el *Banner*.

—¿Por qué?

—Quizá por la misma razón que hace que usted prohíba los diarios de Wynand en su yate.

—Es una buena razón —contestó tranquilamente. Después le preguntó, al acaso, otra vez—: Veamos: ¿por qué fue echada? Escribió contra lo que nosotros sosteníamos, ¿no?

—Traté de defender el templo de Stoddard.

—¿No sabía hacer otra cosa mejor que tratar de ser sincera en el *Banner*?

—Pensaba decirle eso a usted si hubiese tenido ocasión.

—¿Se está burlando?

—No, entonces no. Me gustaba trabajar aquí.

—Es la única persona que dice eso en esta casa.

—Debo de ser una de las dos.

—¿Quién es la otra?

—Usted mismo, señor Wynand.

—No esté demasiado segura de eso. —Al levantar la cabeza vio la insinuación de risa que había en sus ojos y le preguntó—: ¿Dijo eso a propósito para arrancarme una declaración?

—Sí, creo que sí —repuso plácidamente.

—Dominique Françon... —dijo sin dirigirse a ella—. Me gustaba su trabajo. Casi desearía que hubiera venido a pedir su antiguo empleo.

—Estoy aquí para conversar acerca de Stoneridge.

—¡Ah, sí, por supuesto! —Se echó hacia atrás, para

gozar escuchando un largo discurso persuasivo. Pensó que sería interesante escuchar los argumentos que expondría y cómo actuaría en su papel de peticionaria—. Bueno, ¿qué me ya a decir acerca de eso?

—Me gustaría que le diese ese trabajo a mi marido. Comprendo, desde luego, que no hay ninguna razón por la cual tenga que hacerlo, a menos que yo conviniera en someterme a usted en cambio. Si considera que es una razón suficiente, estoy resuelta a hacerlo.

La miró en silencio, tratando de evitar que su rostro expresara cualquier atisbo de reacción personal. Ella se quedó contemplándolo, levemente asombrada de su examen, como si sus palabras no hubiesen merecido una atención especial. Él buscaba esforzadamente alguna otra impresión en el rostro de ella que no fuera el aspecto incongruente de una pureza imperturbable.

—Eso es lo que quería sugerirle —repuso él—, pero no tan crudamente, y tampoco en nuestro primer encuentro.

—Le he evitado tiempo y mentiras.

—¿Quiere mucho a su marido?

—Lo desprecio.

—¿Tiene una gran fe en su genio artístico?

—Creo que es un arquitecto de tercera clase.

—Entonces, ¿por qué está haciendo esto?

—Me divierte.

—Yo creía que era el único que actuaba con tales móviles.

—No debería pensarlo. No creo que encuentre que la originalidad sea una virtud deseable, señor Wynand.

—Realmente no le debe preocupar si su marido consigue Stoneridge o no.

—No.

—¿Y no tiene deseos de ponerse de acuerdo conmigo?

—En ninguna forma.

—Yo debería admirar a una mujer que se impone un

acto semejante. Sólo que no es un acto.

—No lo es. Por favor, no empiece a admirarme. He tratado de evitarlo.

Cuando él reía, no tenía necesidad de hacer ningún movimiento visible con sus músculos faciales. La sugestión de la burla estaba siempre allí y solamente convergía en un foco más accesible por instantes, para retornar a la imperceptibilidad otra vez.

—Como hecho evidente, su motivo principal soy yo, después de todo. El deseo de entregármeme. —Él vio su mirada que ella no pudo evitar y agregó—: No, no goce con el pensamiento de que yo he caído en tan grande error. No se lo quise decir del modo habitual, sino en su opuesto sentido exacto. ¿No dijo usted que me consideraba la penúltima persona del mundo? Usted no quiere Stoneridge. Usted quiere venderse por el motivo más bajo a la persona más baja que pueda encontrar.

—No esperaba que lo comprendiese —replicó sencillamente.

—Usted quiere expresar (los hombres lo hacen, a veces, pero las mujeres no) por medio del acto sexual su total desprecio por mí.

—No, señor Wynand, por mí misma.

La línea fina de la boca de él se movió débilmente, como si sus labios hubiesen tomado forma para articular una revelación personal, una involuntaria revelación y, por ende, una debilidad, y esa expresión se mantuvo tenazmente mientras decía:

—La mayor parte de las personas hace esfuerzos para convencerse de su propio respeto.

—Sí.

—Y por supuesto, la búsqueda del propio respeto es una prueba de que se carece de él.

—Sí.

—¿Ve lo que significa la búsqueda del propio desprecio?

—¿Que carezco de él?

—Y que nunca lo conseguirá.

—Tampoco esperaba que usted lo comprendiera.

—No diré nada más, o dejaría de ser la penúltima persona del mundo y resultaría inadecuada para su propósito. —Se levantó—. ¿Debo decirle formalmente que acepto su oferta?

Ella inclinó su cabeza en señal de asentimiento.

—A propósito —dijo Wynand—, no me importa a quién tenga que elegir para construir Stoneridge. Nunca he encontrado un buen arquitecto para las casas que he edificado. Le doy al público lo que él quiere. Estaba decidido a hacer una selección esta vez, porque estoy cansado de los chapuceros que han trabajado para mí, y es difícil decidir sin normas y sin razón. Estoy completamente seguro de que usted me disculpará por decirle esto. Le estoy realmente agradecido por haberme dado un motivo mucho mejor que el que yo esperaba encontrar.

—Estoy contenta de que no diga que siempre admiró la obra de Peter Keating.

—Usted no me ha dicho que esté orgullosa de unirse a la lista distinguida de las amantes de Wynand.

—Puede estar satisfecho de mi admisión, si lo desea; pero creo que nos llevaremos bien.

—Así será. Al menos, me han dado una nueva experiencia; hacer lo que he hecho siempre, pero honestamente. Le empezaré a dar mis órdenes ahora. No pretenderá darles otro nombre.

—Admito que son órdenes.

—Me acompañará en un crucero de dos meses en mi yate. Saldremos dentro de diez días. Cuando volvamos, podrá, si lo desea, regresar a su casa con su marido... y con el contrato para la construcción de Stoneridge.

—Muy bien.

—Me gustaría conocer a su marido. ¿Quieren cenar conmigo el martes por la noche?

—Sí, si usted lo desea.

Cuando ella se levantó para irse, le preguntó:

—¿Quiere que le diga la diferencia que hay entre usted y su estatua?

—No.

—Pero quiero decírsela. Causa espanto ver que los mismos elementos han sido usados en dos composiciones con temas opuestos. Todo lo suyo que hay en la estatua es un tema de exaltación, pero su propio tema es el sufrimiento.

—¿Sufrimiento? No tengo conciencia de haberlo demostrado.

—No lo ha demostrado. Eso es lo que quiero decir. Ninguna persona feliz puede ser tan impermeable al dolor.

Wynand le habló por teléfono a su comprador de artículos de arte y pidió que dispusiera una exposición privada de la obra de Mallory. No quiso conocer a Mallory en persona; nunca quería conocer a aquellos cuyo trabajo le gustaba. El comerciante en artículos de arte ejecutó la orden con toda rapidez. Wynand compró cinco de las obras que vio y pagó más de lo que el comerciante pensaba pedirle.

—El señor Mallory quisiera saber —dijo el comerciante— qué es lo que le ha llamado la atención.

—Vi una de sus obras —replicó él.

—¿Cuál de ellas?

—No interesa.

Toohey esperaba que Wynand lo llamase después de la entrevista con Dominique, pero no lo llamó. Tres días después, al encontrar a Toohey por casualidad en la redacción, le preguntó en voz alta:

—Señor Toohey, ¿han intentado matarlo tantas personas que usted no puede recordar sus nombres?

Toohey se sonrió y dijo:

—Estoy seguro de que eso le gustaría a muchos.

—Usted halaga a sus semejantes —dijo Wynand.



Peter Keating miraba con enormes ojos el brillante salón del restaurante. Era el sitio más distinguido de la ciudad y el más costoso. Keating se deleitaba pensando que estaba allí como invitado de Wynand.

Trataba de no mirar la elegancia afable de Wynand, que se sentaba al otro lado de la mesa. Le bendecía por haberles dado aquella cena en un lugar público. Le gente examinaba boquiabierta a Wynand — discretamente y con ejercitado disimulo, pero boquiabierta de cualquier modo— y su curiosidad se extendía a los dos invitados.

Dominique estaba sentada entre los dos hombres. Llevaba un traje de seda blanca con largas mangas. Era un traje de monja que producía el efecto llamativo de un traje de noche sólo por el hecho de ser tan flagrantemente inadecuado para tal propósito. No lucía joyas. Su cabello de oro parecía una caperuza. La blanca seda opaca, al moverse el cuerpo, se estremecía en planos angulosos revelando con fría inocencia aquel cuerpo, objeto de un sacrificio ofrecido públicamente, más allá del ocultamiento o del deseo. Keating lo encontró sin atractivos, pero advirtió que Wynand la admiraba.

Alguien, alto y corpulento, desde una mesa distante, miraba, insistente y fijamente, en dirección a donde se hallaban los tres. Después la forma voluminosa se puso en pie y Keating reconoció a Ralston Holcombe que se dirigía hacia ellos.

—Peter, ¡estoy encantado de verle! —dijo Holcombe estrechándole la mano, inclinándose ante Dominique y demostrando, intencionadamente, que no conocía a Wynand—. ¿Dónde se han escondido? ¿Por qué no le vemos? —Hacía tres días que habían almorzado juntos.

Wynand se había levantado y se inclinó hacia delante, cortésmente. Keating titubeaba, pero con evidente desagrado dijo:

—El señor Wynand; el señor Holcombe.

—Pero ¿el señor Gail Wynand? —preguntó Holcombe con espléndida inocencia.

—Señor Holcombe, si viera en la vida real a uno de los hermanos Smith, los de la marca de pastillas para la tos, ¿los reconocería? —preguntó Wynand.

—¡Caramba!, supongo que sí —replicó Holcombe pestañeando.

—Mi cara, señor Holcombe, es una cara igualmente conocida.

Holcombe murmuró unas pocas y benévolas generalidades y huyó.

Wynand se sonrió afectuosamente:

—No debía haber temido presentarme al señor Holcombe, señor Keating, aunque él sea arquitecto.

—¿Miedo, señor Wynand?

—Innecesario, puesto que todo está resuelto. ¿No le ha dicho su esposa que Stoneridge es suyo?

—Yo... no, no me ha dicho... no sabía... —Wynand sonreía y su sonrisa permaneció estática mientras Keating se sentía impulsado a continuar conversando hasta que algún signo lo detuviera—. Yo no había esperado... no tan pronto... desde luego; yo creía que esta cena podía ser un signo... que lo ayudara a decidirse... —Se le escapó involuntariamente—: ¿Usted da siempre sorpresas como ésta... así como ésta?

—Siempre que puedo —replicó Wynand con gravedad.

—Haré todo lo posible por merecer el honor que me ha concedido y para realizar la obra de acuerdo con sus deseos.

—No lo dudo.

Aquella noche se había dirigido pocas veces a Dominique. Toda su atención estaba concentrada en Keating.

—El público ha sido generoso con los esfuerzos que he realizado —dijo Keating—, pero haré de Stoneridge

mi mayor proeza.

—Es una promesa importante, si uno toma en cuenta la lista sobresaliente de sus obras.

—Nunca hubiera esperado que mis obras fuesen suficientemente importantes como para llamar su atención, señor Wynand.

—Yo las conozco muy bien. El edificio Cosmo-Slotnick, que es puro Miguel Ángel. —El rostro de Keating se relajó con un placer increíble; sabía que Wynand era una gran autoridad en arte y que no haría tales comparaciones ligeramente—. El edificio del Banco Prudential, que es genuino. La tienda Slotten, que ha sido plagiada a Cristóbal Wren. —El rostro de Keating cambió—: ¡Mire qué ilustre compañía obtengo al precio de uno solo! ¿No es un gran negocio?

Keating sonrió, con el rostro tirante, y dijo:

—He oído hablar de su brillante sentido del humor, señor Wynand.

—¿Ha oído hablar de mi estilo descriptivo?

—¿Qué quiere decir con eso?

Wynand se había vuelto y miraba a Dominique como si estuviera inspeccionando un objeto inanimado.

—Su esposa tiene un hermoso cuerpo, señor Keating. Sus hombros son demasiado delgados, pero forman una proporción admirable con el resto de ella. Sus piernas son demasiado largas, pero eso le da esa elegancia de líneas que tiene un buen yate. Sus senos son hermosos, ¿no le parece?

—La arquitectura es una profesión cruda, señor Wynand —dijo Keating tratando de sonreír—. No le prepara a uno para esa clase superior de...

—¿No me comprende, señor Keating?

—Si no supiese que es un perfecto caballero, podría interpretarlo mal; pero usted no puede engañarme.

—Eso es precisamente lo que quiero hacer.

—Aprecio los cumplidos, señor Wynand; pero no soy tan engreído como para pensar que debemos hablar

de mi esposa.

—¿Por qué no, señor Keating? Se considera de buen tono hablar de las cosas que uno tiene, o tendrá, en común.

—Señor Wynand..., no comprendo.

—¿Tendré que ser más explícito?

—No, yo...

—¿No? ¿Abandonaremos el asunto Stoneridge?

—¡Oh, hablemos de Stoneridge! Yo...

—Pero si estamos hablando, señor Keating...

Keating echó una ojeada a la habitación en que se hallaban. Pensó que cosas así no podían suceder en semejante lugar; la fastidiosa magnificencia las hacía monstruosas, hubiera preferido un sótano húmedo. Pensó: «La sangre sobre el pavimento de piedra está bien; pero no sobre la alfombra de un salón...»

—Ahora me doy cuenta de que es una broma, señor Wynand.

—Ha llegado mi turno de admirar su sentido del humor, señor Keating.

—Cosas así... como ésta, no se hacen...

—Eso no es lo que usted quiere decir, señor Keating. Quiere decir que se hacen, pero no se habla de ellas.

—No pensaba...

—Lo pensó antes de venir aquí. No le importó. Le concedo que me estoy portando abominablemente, que estoy rompiendo con todas las reglas de la caridad. Ser sincero resulta extremadamente cruel.

—Por favor, señor Wynand... dejémoslo. No sé lo que... tengo que hacer.

—Es simple. Tiene que darme una bofetada. —Wynand trató de ocultar la risa—. Usted pensaba hacerlo hace unos minutos.

Keating advirtió que las palmas de sus manos estaban húmedas y que trataba de soportar el peso de ellas poniéndoselas sobre la servilleta que tenía en las rodillas. Wynand y Dominique comían lenta y

placenteramente, como si estuviesen en otra mesa. Pensó que ninguno de los dos eran cuerpos humanos; algo se había desvanecido; la luz de los candelabros de la sala era un resplandor de rayos X que atravesaba algo más profundo que los huesos. Eran almas, pensó, sentadas ante una cena, almas que estaban metidas dentro de trajes de noche, que carecían de forma intermediaria de la carne, que lo aterrorizaban en su desnuda revelación, que lo aterrorizaban porque esperaba ver torturadores; pero lo que vio fue una gran inocencia. Se preguntaba lo que verían ellos, qué contenían sus propios trajes, si su forma física había desaparecido.

—¿No? —dijo Wynand—. ¿No necesita hacer eso, señor Keating? Naturalmente, no tiene que hacerlo. Ni siquiera decir que no quiere nada de eso. A mí no me importa. Allá está el señor Ralston Holcombe, al otro lado de la habitación. Puede construir Stoneridge tan bien como usted.

—No comprendo qué me quiere decir, señor Wynand —murmuró Keating. Sus ojos estaban fijos en la salsa de tomate que contenía su plato de ensalada. Era suave y movediza y esto lo trastornaba.

Wynand se dirigió a Dominique:

—¿Recuerda nuestra conversación acerca de cierta búsqueda, señora? Le dije que era una búsqueda en la cual usted nunca tendría éxito. Mire a su marido. Es un experto..., sin esfuerzo. Es la manera de afrontar las cosas. Haga usted lo mismo. No me diga que no puede. Lo sé; usted es una aficionada, querida.

Keating pensó que debía hablar otra vez, pero no podía mientras tuviera la ensalada delante. El terror procedía del plato, no del monstruo fastidioso que estaba enfrente; el resto de la habitación era cálido y seguro. Se inclinó hacia delante, y su codo empujó el plato fuera de la mesa.

Dijo unas palabras que expresaban su pesar. La

figura de alguien apareció, hubo corteses palabras de disculpa y el revoltijo desapareció de la alfombra.

Keating oyó una voz que decía: «¿Por qué hace usted esto?» Vio que dos rostros se dirigían hacia él y se dio cuenta que él mismo había pronunciado las palabras.

—El señor Wynand no quiere torturarte, Peter —dijo Dominique con calma—. Lo está haciendo por mí, para ver hasta dónde puedo soportar.

—Es verdad, señora —dijo Wynand—. Es parcialmente cierto. La otra parte es para justificarme a mí mismo.

—¿Ante los ojos de quién?

—Ante los suyos. Y ante los míos, quizá.

—¿Necesita hacerlo?

—A veces. El *Banner* es un diario despreciable, ¿no? Bueno, he pagado con mi honor el privilegio de tener una posición desde donde me pueda divertir observando cómo actúa el honor en las otras personas.

Su propia ropa, pensó Keating, no contenía nada; porque los dos rostros no lo tomaban en cuenta ya. Estaba seguro; su lugar en la mesa estaba vacío. Se preguntaba, desde una grande e indiferente distancia, por qué los dos se miraban, tranquilamente, el uno al otro, no como enemigos ni como verdugos, sino como camaradas.

Dos días antes de partir, Wynand habló por teléfono, de noche, con Dominique.

—¿Podría venir en seguida? —le preguntó y, al no escuchar respuesta, agregó—: Me imagino que no estará pensando eso. Cumplo con lo convenido. Estará bien segura. Me gustaría verla esta noche.

—Convenido —replicó ella, y se asombró al oír un tranquilo «muchas gracias».

Cuando la puerta del ascensor se abrió en el vestíbulo de su casa, Wynand la estaba esperando, pero no la dejó salir; se unió a ella en el ascensor.

—No quiero que entre en mi casa. Vamos al piso de

abajo.

El ascensorista lo miró sorprendido.

El ascensor se detuvo y se abrió ante una puerta cerrada. Wynand la hizo pasar a la galería de arte, siguiéndola él. Dominique recordó que era un lugar adonde ningún extraño había entrado. Ella no hizo ningún comentario y él no dio tampoco ninguna explicación.

Durante horas anduvo por las vastas habitaciones, contemplando los tesoros increíbles de belleza. Había una gruesa alfombra y no se sentía el ruido de los pasos ni el ruido de la ciudad. Él iba detrás, deteniéndose cuando ella lo hacía. Sus ojos se dirigían, con los de Dominique, de un objeto a otro. Ella pasó delante de la estatua del templo de Stoddard sin detenerse.

No la apremiaba para que se quedara ni para que se retirase; era como si le hubiese cedido el lugar de dueña. Ella fue la que decidió la partida, y Wynand la siguió hasta la puerta. Entonces le preguntó:

—¿Por qué quería que yo viera esto? No me da una opinión mejor de usted. Quizá peor.

—Exacto si yo hubiera pretendido eso; pero no es así; quería, simplemente, que viera todo esto.

#### IV

El sol se había puesto cuando bajaron del automóvil. Sobre la extensión del cielo y del mar —un cielo verde sobre una lámina de mercurio— quedaban vestigios de fuego en los bordes de las nubes y en las guarniciones

de bronce del yate. El yate era como una blanca línea en movimiento, un cuerpo sensitivo que se esforzaba contra la curva quietud.

Dominique contemplaba las letras de oro: *I DO*<sup>1</sup> sobre la delicada y blanca curva.

—¿Qué significa el nombre?

—Es una contestación para ciertas personas que han muerto hace tiempo, aunque quizá sean las únicas inmortales. Mire, la frase que oía más a menudo en mi niñez era: «Usted no manda aquí.»

Ella recordaba haber oído decir que Wynand nunca había contestado antes a la pregunta. Le había respondido de súbito; parecía que no tenía conciencia de haber hecho una excepción. Ella percibió en él una actitud extraña y nueva, un aire de serena determinación.

Cuando subieron a bordo, el yate empezó a moverse como si los pasos que daba Wynand en cubierta le hubiesen servido de contacto. Wynand estaba junto a la barandilla, sin apoyarse en ella, y dirigía su mirada a lo lejos, a la costa oscura que se levantaba y caía sobre el cielo, alejándose de ellos. Se volvió hacia Dominique. Ella no notó en sus ojos como si la mirase en aquel momento, sino que parecía como si la hubiese estado mirando durante todo el tiempo.

Cuando bajaron, entraron juntos en el camarote.

—Por favor, dígame si desea alguna cosa —dijo él, y salió por la puerta interna. Dominique vio que conducía a su dormitorio. Wynand cerró la puerta y no regresó.

Dominique paseó ociosamente por el camarote. Un leve reflejo la seguía por las superficies lustrosas de color pálido. Se tendió en un sillón bajo, con los tobillos cruzados, los brazos colocados detrás de la cabeza, y observó cómo el trozo de cielo visible desde la tronera

---

<sup>1</sup> En inglés tiene significado de afirmación enérgica.



se iba tornando de verde en azul oscuro. Alargó el brazo y encendió una luz. El azul se desvaneció y se transformó en un círculo negro. El camarero anunció la cena, Wynand llamó a su puerta y la acompañó al comedor. Su talante la dejó perpleja: estaba alegre, pero la serenidad de su alegría sugería una seriedad especial.

—¿Por qué me dejó sola? —le preguntó cuando ya estaban sentados a la mesa.

—Pensé que quería estar sola.

—¿Para acostumbrarme a la idea?

—Sí, si quiere expresarlo así.

—Estaba acostumbrada a ella antes de ir a su oficina

—Sí, naturalmente. Perdóneme por suponer alguna debilidad en usted. La conozco mejor. A propósito, no me ha preguntado hacia dónde vamos.

—Eso sería una debilidad.

—Es verdad. Me alegra que no se preocupe, porque nunca tengo un destino definido. Este barco no es para ir a determinados lugares, sino para alejarse de ellos. Cuando me detengo en un puerto, es sólo por el placer de dejarlo. Siempre pienso: «Aquí hay otro sitio más que no me puede retener.»

—Yo solía viajar mucho y siempre sentía lo mismo. Me decían que es porque odio a la humanidad.

—No será tan tonta como para creerlo, ¿no?

—No sé.

—Seguramente usted habrá comprendido esa estupidez particular. Me refiero a la que pretende que el cerdo, la criatura que acepta cualquier cosa, es el símbolo del amor a la humanidad. A propósito, la persona que ama a todo el mundo y se siente como en su hogar en cualquier parte, es la que verdaderamente odia al género humano. No espera nada de los hombres, de manera que ninguna forma de depravación le resulta ultrajante.

—¿Quiere decir las personas que dicen que hay algo bueno en el peor de nosotros?

—Hablo de las personas que tienen la asquerosa insolencia de sostener que aman igualmente al hombre que hizo su estatua y al que hace un ratón Mickey de goma para venderlo en las esquinas. Hablo de las personas que aman a los hombres que prefieren el ratón Mickey a su estatua, y hay muchas de esta especie. Hablo de las personas que aman con igual fervor a Juana de Arco y a las dependientas de las tiendas de Broadway. Hablo de las que aman con la misma exaltación su belleza y a las mujeres que van en el Metro, esas que no pueden cruzar las piernas y muestran la carne públicamente, colgando debajo de las ligas. Hablo de las personas que aman igualmente los ojos limpios, fijos, temerarios de un hombre que mira por un telescopio y la mirada ausente de un imbécil. ¿Es usted la que odia a la humanidad, señora Keating?

—Está diciendo todo aquello que, hasta donde llegan mis recuerdos, desde que empecé a ver y a pensar, ha estado... —Se detuvo.

—La han estado torturando. Naturalmente. Uno no puede amar al hombre sin odiar a la mayor parte de los seres que pretenden llevar ese nombre. O lo uno, o lo otro. No se ama a Dios y al mismo tiempo la indiferencia sacrílega, salvo cuando no se sabe que el sacrilegio ha sido cometido porque se desconoce a Dios.

—¿Qué diría si le doy la respuesta que generalmente me da la gente, que amor es perdón?

—Le diría que es una indecencia de la cual usted no es capaz, aun cuando usted piense que es una experta en tales cuestiones.

—O que el amor es piedad.

—Cállese. Es desagradable oír cosas semejantes. Oírseles a usted resulta más odioso, aun en broma.

—¿Cuál es su respuesta?

—El amor es reverencia y culto y gloria y la mirada puesta en lo alto. No es un vendaje para llagas sucias. Pero no se sabe esto. Los que hablan de amor más

promiscuamente son los únicos que nunca lo han sentido. Hacen una especie de guiso insulso de simpatía, compasión, desprecio, indiferencia general, y a eso le llaman amor. Una vez que se siente lo que significa amar, la pasión plena para la elevación plena, tal como usted y yo lo conocemos, se es incapaz de algo inferior.

—¿Cómo usted y yo lo conocemos?

—Es lo que sentimos cuando contemplamos algo como su estatua. No hay perdón en esto ni piedad. Y yo mataría a un hombre que me asegurase que la hay. Pero vea: cuando ese hombre mira su estatua, no sentirá nada. Eso, o un perro con una pata rota, es lo mismo para él. Hasta siente que se torna algo más noble al vendar la pata del perro que si contemplara su estatua. De modo que si busca un destello de grandeza, si anhela exaltación, si busca a Dios y se niega a lavar las heridas, la llaman enemiga de la humanidad, porque ha cometido el crimen de conocer un amor que la humanidad no merece.

—Señor Wynand, ¿leyó lo que escribí y que motivó mi expulsión?

—No. No lo leí entonces. No me atrevo a hacerlo ahora.

—¿Por qué?

Él seguía ignorante del asunto. Dijo sonriendo: —Y de ese modo vino a verme y me dijo: «Usted es la persona más vil de la tierra; poséame para que me desprecie a mí misma. Yo carezco de aquello por lo cual la mayoría de la gente vive. Ellos encuentran soportable la vida, pero yo no.» ¿Ve usted lo que me ha mostrado ahora?

—No esperaba que lo comprendiera.

—No. No podía verlo el director del *New York Banner*, desde luego. Eso se comprende. Lo esperaba una hermosa prostituta, amiga de Ellsworth Toohey.

Se rieron juntos. Dominique pensó que era extraño que pudieran conversar sin esfuerzo, como si él hubiese

olvidado el propósito de su viaje. Su calma se había transformado en un contagioso sentimiento de paz entre ambos.

Ella observaba en qué forma sobriamente exquisita servían la cena. Contemplaba el mantel blanco en contraste con el rojo oscuro de las paredes de caoba. Todas las cosas del yate tenían un aire que le hacía pensar que aquél era el primer lugar verdaderamente lujoso donde había entrado. El lujo era secundario, algo que constituía el fondo de todo y tan íntimamente unido a todo lo que se le podía pasar por alto. Pero el hombre mismo humillaba su propia riqueza. Ella había conocido a muchos poderosos rígidos y reverentes ante lo que representaba el fin último. El esplendor de aquel lugar no era el objetivo del hombre que estaba sentado a la mesa. Ella se preguntaba cuál sería su objetivo.

—Este barco le sienta bien a usted —dijo ella, y vio en los ojos de él una mirada de placer y de gratitud.

—Gracias... ¿Es como la galería de arte?

—Sí. Solamente que menos excusable.

—No quiero que me encuentre excusas —dijo Wynand simplemente y sin reproche.

Habían terminado de cenar. Ella esperó la invitación inevitable, pero no llegó. Él se quedó fumando y hablando del yate y del océano.

La mano de Dominique descansaba sobre el mantel casualmente cerca de la de Wynand. Vio que él la miraba. Quería apartarla, pero se esforzó por dejarla allí. «Ahora será», pensó.

Wynand se puso de pie.

—¿Vamos a cubierta?

Estaban apoyados en la baranda y miraban hacia la oscuridad. El espacio no se veía, pero se percibía en la calidad del aire que azotaba los rostros. Pocas estrellas daban realidad al cielo desierto. Unos pocos destellos de blanco fulgor en el agua daban vida al océano. Wynand estaba con el cuerpo despreocupadamente inclinado,

apoyado en un montante, con el brazo levantado. Ella miraba los destellos que flotaban formando la cresta de las olas, encuadradas por la curva de su cuerpo. Aquello también le sentaba a él.

—¿Puedo citar otra viciosa sensación que usted nunca ha sentido?

—¿Cuál?

—Nunca ha pensado cuan pequeño se siente uno cuando mira el océano.

Él rió.

—Nunca. Ni mirando los planetas ni los picos de las montañas ni el Gran Cañón del Colorado. ¿Por qué tendría que pensar así? Cuando miro el océano, siento la grandeza del hombre. Siento la magnífica capacidad del hombre que creó ese barco para conquistar todo el espacio sin sentido. Cuando contemplo los picos de las montañas, pienso en los túneles y en la dinamita. Cuando contemplo los planetas, pienso en los aeroplanos.

—Sí, y ese sentido especial de sagrado arrobamiento que los hombres dicen que experimentan en la contemplación de la naturaleza... yo nunca lo he recibido de la naturaleza, sino de... —Se detuvo.

—¿De qué?

—De los edificios —murmuró—. De los rascacielos.

—¿Por qué no quería decirlo?

—No... sé.

—Yo daría la puesta de sol más hermosa por la vista de las líneas de los rascacielos de Nueva York, particularmente cuando uno no ve los detalles y sí solamente las formas. Las formas y los pensamientos que la han creado. El cielo sobre Nueva York y la voluntad del hombre hecha visible. ¿Qué otra clase de sentimientos necesitamos? Y después me hablan de peregrinaciones a algún santuario húmedo de la jungla donde se va a rendir homenaje en un templo desmoronado, a un monstruo de piedra receloso, con

una gran panza, creado por algún salvaje con lepra. ¿Quieren ver el genio y la belleza? ¿Buscan un sentido de lo sublime? Que vayan a Nueva York, a las costas del Hudson; que contemplen y se arrodillen. Cuando miro la ciudad a través de mi ventana, no tengo la sensación de mi pequeñez, pero tengo la impresión de que si hubiera guerra y amenazara todo eso, me arrojaría yo mismo al espacio, sobre la ciudad, para proteger esos edificios con mi cuerpo.

—Gail, no sé si estoy escuchando a usted o a mi misma.

—¿No se acaba de escuchar a sí misma?

Dominique se sonrió.

—Realmente, no. Pero no voy a contradecirle, Gail.

—Gracias, Dominique. —Su voz era suave y atenta—. Pero no estamos hablando de usted ni de mí. Estábamos hablando de otras personas. —Wynand se apoyó en la baranda y habló contemplando los reflejos del agua—. Es interesante especular sobre las razones que hacen que los hombres tengan tantas ansias de degradarse a sí mismos. Es como esa idea de sentirse pequeños ante la naturaleza. No es un absurdo, es prácticamente una institución. ¿Se ha dado cuenta de lo virtuoso que se siente un hombre cuando habla de esto? Mire, parece que dijera: «Estoy encantado de ser un pigmeo, mire cuán virtuoso soy.» ¿Ha oído con qué alegría se cita a alguna celebridad que manifiesta que no se siente tan grande cuando contempla las cataratas del Niágara? Es como si estuviera saboreando, con completa alegría, que lo mejor de ellos no es nada más que el polvo delante de la fuerza brutal de un terremoto. Como si se pusieran a cuatro patas, frotando su frente contra el barro ante la majestad de un huracán. Pero ése no es el espíritu que domina al fuego, al vapor, la electricidad, que cruza el océano en balandros, que construye aeroplanos y presas... y rascacielos. ¿Qué es lo que temen? ¿Qué es lo que tanto odian, aquellos que

gustan de arrastrarse? ¿Y por qué?

—Cuando pueda responder a eso —dijo ella—, haré la paz con el mundo.

Él continuó hablando de sus viajes por los continentes que estaban más allá de la oscuridad que los rodeaba, la oscuridad que hacía del espacio una suave cortina que presionaba contra sus párpados. Ella esperó. Se abstuvo de contestar. Le brindó una oportunidad para aprovechar los breves silencios, para pronunciar las palabras que ella esperaba. Él le dijo:

—¿Está cansada, querida?

—No.

—Le traeré una silla de cubierta, si se quiere sentar.

—No, me gusta estar de pie aquí.

—Hace un poco de frío.

Ella escuchaba la velocidad del navío en el ruido del agua, contemplaba la espuma susurrante de protesta contra la estela que cortaba una larga herida a través de la superficie.

—¿Cuándo bajaremos? —preguntó ella.

—No bajaremos.

Lo dijo con tranquilidad, con una sencillez extraña, como si se sintiera importante ante un hecho que no podía alterar.

—¿Quiere casarse conmigo? —le pregunto.

Dominique no pudo evitar la conmoción. El lo había previsto y sonreía con calma, comprendiendo.

—Sería mejor no decir nada más. —Habló con precaución— Pero usted prefiere oírlo, porque ese silencio entre nosotros es más de lo que tengo derecho a esperar. Usted no quiere decirme mucho, pero yo he hablado por usted esta noche, de manera que déjeme hablar por usted nuevamente. Me ha elegido como símbolo de su desprecio por los hombres. No me ama. No me quiere conceder nada. Yo soy solamente un instrumento de su propia destrucción. Sé todo eso, lo acepto y quiero que se case conmigo. Si quiere cometer

un acto indecible, como venganza contra el mundo, tal acto no debe ser venderse a su enemigo, sino casarse con él. No casa bien lo peor de usted con lo peor de él, sino lo peor de usted con lo mejor de él. Usted lo ha probado una vez, pero su víctima no era digna de ese propósito. Vea, estoy defendiendo mi caso con sus propios términos. Lo que sean los míos, lo que quiero encontrar en ese matrimonio no tiene ninguna importancia para usted, de manera que sólo yo lo consideraré. Usted no tiene por qué saberlo. No tiene por qué considerarlo. No le exijo promesas ni le impongo obligaciones. Podrá dejarme cuando quiera. De paso, dado que no le interesa, le diré que la amo.

Ella estaba con un brazo extendido detrás de Wynand, con los dedos aferrados a la baranda.

—No quería eso —dijo.

—Ya sé; pero, si es curiosa, le diré que ha cometido un error. Me ha permitido que contemple la persona más pura que he visto jamás.

—¿No es ridículo eso, después de la manera de conocernos?

—Dominique, he empleado mi vida en tirar de los hilos del mundo. Lo he visto todo. ¿Piensa que puedo creer en la pureza, a menos que venga entretejida en alguna forma terrible como la que usted ha elegido? Pero lo que yo siento no debe afectar su decisión.

Ella se quedó mirándole, mirando con incredulidad a todas las horas que habían dejado atrás. Su boca tenía la forma de la dulzura. Él lo notó. Dominique pensó que cada palabra que él había dicho había sido pronunciada en su propio lenguaje, que esta oferta y la forma que el le dio pertenecían a su propio mundo, de modo que quedaba destruido su propósito al hacer imposible una degradación con un hombre que se expresaba así. Ella quiso aproximarse, decírselo todo, encontrar un instante de libertad en su comprensión y después pedirle que no la viese nunca más.



Entonces Dominique recordó.

Wynand advirtió el movimiento de su mano. Sus dedos no se apoyaban firmemente en la baranda, traicionando una necesidad de apoyo, dando importancia al momento; descansaban y se cerraban en la baranda como si estuviera empuñando riendas, porque la ocasión no requería ningún esfuerzo serio.

Recordó el templo de Stoddard. Pensó en el hombre que estaba en presencia suya, que hablaba de pasión por la elevación plena: que hablaba de proteger los rascacielos con su cuerpo... y vio un retrato en la primera hoja del *New York Banner* contemplando la casa Enright con el encabezamiento: «¿Está contento, señor superhombre?»

—¿Casarme con usted? ¿Para llegar a ser la esposa de los diarios de Wynand?

Advirtió el esfuerzo de su voz para contestarle:

—Si usted quiere llamarlo así...

—Me casaré con usted.

—Gracias, Dominique.

Ella esperó con indiferencia.

Cuando Wynand se volvió hacia ella, habló como había hablado durante todo el día, con voz tranquila, con tono de alegría:

—Abreviaremos el crucero. Nos tomaremos nada más que una semana, quiero tenerla aquí algún tiempo. Saldrá para Reno al día siguiente de nuestra llegada. Yo me encargaré de su marido. Va a tener Stoneridge y, como no quiere otra cosa, puede irse al diablo. Nos casaremos el día que usted regrese.

—Sí, Gail; ahora bajemos.

—¿Quiere bajar?

—No, pero no quiero que nuestro casamiento tenga importancia.

—Yo quiero que sea importante, Dominique. Por eso no la quiero tocar esta noche. Hasta que nos casemos. Sé que es insensato. Sé que una ceremonia

nupcial no tiene ningún significado para ninguno de los dos, pero la única anormalidad posible entre nosotros es ser convencionales. Por eso lo quiero. No tengo ningún otro modo de hacer una excepción.

—Como quiera, Gail.

Después la atrajo hacia él y la besó en la boca. Era la consumación de sus palabras, la manifestación última, una manifestación de tal intensidad que ella trató de mantenerse rígida para no corresponder, para no sentir que su cuerpo correspondía, forzada a olvidar todo, menos el hecho físico de un hombre que la estaba abrazando. La dejó ir. Ella notó que lo había advertido. Wynand se sonrió y dijo:

—Estás cansada, Dominique. Buenas noches. Quiero quedarme aquí un momento.

Dominique se alejó sumisamente y descendió a su camarote.

## V

—¿Qué pasa? ¿No voy a conseguir Stoneridge? — preguntó Peter Keating.

Dominique entró en el *living*. Él la siguió, aguardando en la puerta abierta. El ascensorista entró con los equipajes. Dominique, quitándose los guantes, dijo:

—Tendrás Stoneridge, Peter. El señor Wynand mismo te dirá el resto. Quiere verte esta noche, a las ocho y media, en su casa.

—¿Para qué diablos?

—Él te lo dirá.

Golpeaba suavemente los guantes contra la palma de la mano, con un leve ademán de terminación, como un punto al final de una frase. Volvió a dejar la habitación, pero él le obstaculizó el camino.

—No me preocupa —dijo Keating—, no me importa un comino. Puedo jugar a tu manera. Te crees grande, ¿verdad? ¿Nada más que porque os comportáis como conductores de camiones, tú y el señor Wynand? Al diablo la decencia, al diablo los sentimientos de las personas. Bueno, yo también puedo hacer eso. Los utilizaré a los dos y sacaré lo que pueda del asunto, y eso es todo lo que me interesa. ¿Te gusta así? No hay ninguna satisfacción cuando el gusano no quiere que lo hieran. ¿Estropeo así la diversión?

—Creo que eso es mucho mejor, Peter. Estoy encantada.

Keating se mostró incapaz de conservar la misma actitud cuando entró en el estudio de Wynand por la noche. No podía evitar el temor al ser recibido en la casa de Wynand. Al tiempo que cruzó la habitación para sentarse frente a la mesa, sintió un gran peso y le llamó la atención que sus pies, que le pesaban como los pies con plomo de un buzo, no hubiesen dejado rastros en la suave alfombra.

—Lo que tengo que decirle, señor Keating, es casi innecesario decírselo. —Keating nunca había oído hablar a un hombre de un modo tan conscientemente medurado. Pensó, inmediatamente, que era como si Wynand tuviera un puño cerrado en la boca y dirigiese cada sílaba—. Cualquiera palabra de más que diga, resultará ofensiva —prosiguió—, de manera que seré muy breve. Voy a casarme con su esposa. Ella se va para Reno mañana. Aquí está el contrato para construir Stoneridge. Lo he firmado. Junto a él va un cheque por doscientos cincuenta mil dólares. Es una adición a lo que recibirá por su trabajo de acuerdo con el contrato.

Le estimaré que no haga comentario de ninguna clase. Me doy cuenta de que podría haber obtenido su consentimiento por menos, pero no quiero discusiones. Sería intolerable si fuéramos a regatear sobre esto. Además, le ruego que acepte y demos por terminado el asunto.

Extendió el contrato sobre la mesa, Keating vio el rectángulo azul pálido del cheque adherido a la parte superior de la hoja por medio de un broche. El broche brillaba como plata a la luz de la lámpara.

Keating no alargó la mano para tocar el cheque, Dijo, moviendo el mentón terriblemente, para dar forma a las palabras:

—No quiero. No doy mi consentimiento en absoluto.

Vio una mirada de asombro —casi de amabilidad— en el rostro de Wynand.

—¿No quiere? ¿Tampoco quiere Stoneridge?

—¿Stoneridge, sí! —La mano de Keating se levantó y arrebató el papel—. ¡Quiero esto sólo! ¿Por qué habría de irse con esto? ¿Por qué me tendría que preocupar?

Wynand se levantó. Dijo con alivio y pesar en la voz:

—Esta bien, señor Keating. Por un momento casi había justificado usted su casamiento. Dejemos las cosas como estaban. Buenas noches.

Keating no se fue a su casa. Se fue a la de Neil Dumont, su nuevo dibujante y su mejor amigo. Neil Dumont era un joven larguirucho y anémico, de familia distinguida, con los hombros aplastados bajo el peso de antepasados demasiado ilustres. No era un buen dibujante, pero tenía amistades; era obsequioso con Keating en la oficina, y Keating lo era con él cuando dejaban el trabajo.

Encontró a Dumont en la casa. Juntos fueron a buscar a Gordon Prescott y a Vincent Knowlton, para pasar una noche de juerga. Keating no bebió mucho, pero lo pagó todo, incluso más de lo necesario. Parecía

ansioso por encontrar algo que pagar. Dio propinas exorbitantes y de continuo preguntaba: «¿Somos amigos? ¿No somos amigos? ¿Somos, verdad?» Contemplaba los vasos que les rodeaban y observaba las luces que danzaban en el líquido. Miraba los tres pares de ojos, borrosos, pero que en ocasiones se dirigían hacia él con desprecio.

Aquella noche, con su equipaje listo en la habitación, Dominique fue a ver a Steven Mallory. No había visto a Roark desde hacía veinte meses. Iba a ver a Mallory de vez en cuando. Mallory sabía que aquellas visitas eran desahogos de una lucha que ella no quería mencionar; sabía que no quería ir y que las raras noches que lo hacía eran como tiempo arrancado de su vida. Nunca le hacía ninguna pregunta y siempre estaba encantado de verla. Conversaba tranquilamente, con un sentimiento de camaradería tal que los hacía semejantes a una vieja pareja de esposos; como si él hubiese poseído su cuerpo y el asombro hubiese desaparecido desde largo tiempo, no quedando nada más que una intimidad serena. Steven nunca había tocado su cuerpo, pero la había poseído con una posesión más profunda cuando había hecho su estatua, y ya no podían desatar el vínculo especial que los había atado.

Él se sonrió cuando al abrir la puerta la vio.

—¡Hola, Dominique!

—¡Hola, Steven! ¿Interrumpo?

—No. Entre.

Tenía el estudio en un gran salón desordenado de un viejo edificio. Dominique había advertido un cambio desde la última visita. El ambiente tenía un aire de sonrisa, como un aliento contenido largo tiempo y puesto al fin en libertad. Vio muebles de segunda mano, una alfombra oriental de raro tejido, ceniceros de jade, piezas de escultura que procedían de excavaciones históricas, todo lo que había soñado tener y que, con la repentina ayuda de Wynand, había comprado. Las

paredes parecían extrañamente desnudas frente al alegre desorden. No tenía cuadros. Un dibujo estaba colgado en la pared: el proyecto original del templo de Stoddard, de Roark.

Dominique lo recorrió todo con la vista, notando cada objeto y la razón de su presencia. Mallory arrimó dos sillas junto a la chimenea y se sentaron.

—Clayton (Ohio) —dijo brevemente.

—¿Haciendo qué?

—Un nuevo edificio para la tienda Janer. Cinco pisos, en la calle principal.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo por aquí?

—Un mes.

Era la primera pregunta que contestaba cada vez que ella iba, aunque no se la formulase. Su simple confianza le evitaba la necesidad de darle explicaciones o pretextos; su manera de hablar no necesitaba ningún comentario.

—Parto mañana, Steven.

—¿Por mucho tiempo?

—Seis semanas. A Reno.

—Encantado.

—Prefiero no decirle qué haré ni cuándo volveré. No le va a gustar.

—Trataré... si es algo que a usted le gusta.

—Es lo que me gusta.

Un tronco conservaba todavía su forma sobre la pila de carbones de la chimenea, estaba recortado en pequeños cuadrados y brillaba sin llama, como una sólida hilera de ventanas iluminadas. Mallory se agachó y arrojó un tronco nuevo sobre el carbón. Rajó la hilera de ventanas por en medio y esto produjo chispas que saltaron contra los ladrillos cubiertos de hollín.

Él habló de su trabajo y ella escuchaba como si fuese una emigrante que escuchase el idioma de su terruño por breves instantes.

—¿Cómo está él, Steven? —preguntó en una pausa.

—Como siempre. Usted sabe que él no cambia. Pateó el tronco. Unos cuantos carbones rodaron hacia fuera. Los empujó para atrás.

—A menudo pienso que es el único de nosotros que ha alcanzado la inmortalidad. No quiero decir en el sentido de la fama y tampoco quiero decir que no morirá nunca, pero él la está viviendo. Creo que es lo que la concepción realmente significa. Usted sabe que los hombres quieren ser eternos, pero mueren con cada día que pasa. Cuando los encuentra, no son los mismos de la última vez. En cada hora que suena matan algo de sí mismos. Cambian, niegan, se contradicen, y a eso le llaman crecimiento. Al fin no queda nada, nada que no haya cambiado o que no haya sido traicionado, como si no hubiera existido nunca una entidad, sino sólo una sucesión de adjetivos que se van marchitando alternativamente en una informe masa. ¿Cómo pueden esperar una permanencia que no han tenido un solo instante? Pero Howard, uno puede imaginar que existe para siempre.

Dominique miraba al fuego, que daba a su rostro una apariencia ilusoria de vida. Después de un momento, él preguntó:

—¿Le gustan las cosas nuevas que tengo?

—Me gustan y me gusta que las tenga.

—No le dije lo que me pasó desde que la vi la última vez. Es completamente increíble. Gail Wynand...

—Sí, ya lo sé.

—¿Lo sabe? Entretanto, ¿qué diablos hizo que Wynand me descubriera?

—Sé también eso. Se lo diré cuando vuelva.

—Tiene un criterio pasmoso. Pasmoso para él. Adquiere lo mejor.

—Es verdad.

Entonces, sin ninguna transición, hizo otra pregunta, y él supo que no se refería a Wynand.

—Steven, ¿nunca le ha preguntado por mí?

—No.

—¿Usted le ha hablado de mis venidas aquí?

—No.

—¿Por mí, Steven?

—No, por él.

Steven tuvo la impresión de que ya le había dicho todo lo que quería saber.

Dominique, al levantarse, dijo:

—Tomemos té. Dígame dónde están las cosas. Yo lo prepararé.

Por la mañana temprano Dominique salió para Reno. Como Keating estaba todavía dormido, no lo despertó para despedirse.

Cuando él abrió los ojos, antes de mirar el reloj se dio cuenta de que ella se había ido por el silencio que había en la casa. Pensó que ella habría dicho: «Buena suerte», pero no sintió que no lo dijera. Lo que sentía era una frase vaga, insulsa, sin tema, un «no vale la pena» que no se refería ni a él ni a Dominique. Estaba solo, y no tenía necesidad de pretender nada. Estaba echado en la cama, boca arriba, con los brazos caídos desganadamente. Sentía que era un fin y una muerte, pero no se refería a la pérdida de Dominique.

Se levantó y se vistió. En el cuarto de baño encontró una toalla que ella había usado. La recogió, la apretó contra el rostro y la mantuvo así largo rato, sin dolor, pero con una emoción extraña, incomprensible, recordando que la había amado solamente dos veces, la noche que Toohey telefoneó y en aquel momento. Después separó las manos y dejó que la toalla se deslizara al suelo, como agua que se escurriera entre sus dedos.

Fue a su oficina y trabajó como de costumbre. Nadie sabía nada de su divorcio y tampoco sentía deseos de



informar a nadie. Neil Dumont le hizo un guiño y le dijo:

—Me parece, Peter, que estás medio enojado.

Keating se encogió de hombros y le volvió la espalda. La vista de Dumont le ponía malo.

Dejó la oficina temprano. Un instinto vago, como si fuera hambre primero, y que tomó forma después, lo empujaba. Quería ver a Ellsworth Toohey. Cuando entro sintió una vaga alegría por su propio dominio porque parecía que Toohey no había notado nada en su rostro.

—Peter! —dijo Toohey ligeramente—. Su sentido de la oportunidad deja mucho que desear. Me sorprende en la peor noche posible. Ocupado como el diablo. Pero no se moleste por eso. ¿Para qué son los amigos sino para molestar? Siéntese, siéntese. Estaré con usted dentro de un minuto.

—Lo siento, Ellsworth... Pero...

—Hágase cuenta de que está en su casa. Perdóneme un minuto, ¿quiere?

Keating se sentó y esperó mientras Toohey escribía notas a máquina. El ruido irritó a Keating como si fuese una sierra que atravesara sus nervios.

Media hora más tarde apartó los papeles y le sonrió a Keating.

—Ya está —dijo. Keating hizo una leve inclinación hacia delante—. Espere, que tengo que hablar por teléfono.

Marcó el número de Gus Webb.

—¡Hola, Gus! —dijo jovialmente—. ¿Cómo le va, propagandista ambulante?

Keating nunca le había oído a Toohey aquel tono de descuidada intimidad, aquel tono especial de fraternidad. Oyó que la penetrante voz de Webb contestaba algo y se reía en el receptor. El receptor continuaba escupiendo rápidos sonidos, como una garganta que se aclara. No se reconocían las palabras,

sino su tono, de abandono e insolencia, con fuertes chillidos de alegría a cada momento.

Toohey se echó hacia atrás en la silla, escuchando y sonriéndose.

—Sí —dijo—. Usted lo ha dicho, muchacho... Más cierto que el diablo... —Se echó hacia atrás, y colocó su zapato, puntiagudo y brillante, sobre el borde de la mesa—. Escuche, muchacho, quería decirle que por un tiempo ande con cuidado respecto al viejo Baset. Seguramente le gusta su trabajo, pero no lo asuste mientras tanto. Nada de trabajo rústico, ¿entiende? Conserve su gran cavidad bucal bien hermética... Sabe bien que tengo autoridad para decírselo... Está bien... Esa es la cosa, muchacho... Ah, ¿lo hizo? Bueno, ángel querido... Bueno, adiós... ¡Ah!, Sígame, Gus, ¿ha oído algo de la dama inglesa y del fontanero? —siguió una historia. El receptor daba alaridos roncós al final—. Bueno, cuide sus pasos y su digestión, ángel querido. Buenas noches.

Toohey colgó el receptor y dijo: —Veamos, Peter. —Se desperezó, se puso en pie, llegó hasta donde estaba Keating y se quedó delante de él, balanceándose sobre sus pequeños pies. Sus ojos eran brillantes y amables—. Veamos, Peter, ¿qué le pasa? —¿Se ha aplastado el mundo contra su nariz?.

Keating metió la mano en el bolsillo interior y sacó un cheque amarillo, arrugado y muy manoseado. Tenía la firma de Keating y la cantidad de diez mil dólares para Ellsworth M. Toohey. El ademán con el cual se lo entregó no era el de un donante, sino el de un mendigo.

—Por favor, Ellsworth aquí... tome esto... para algún fin benéfico..., para el Taller de Estudios Sociales o para cualquier cosa que usted desee... Usted sabrá mejor... Para cualquier fin benéfico... —dijo Keating vacilante.

Toohey tomó el cheque con la yema de los dedos, como si fuera un penique sucio, inclinó hacia un lado la cabeza, apretando los labios en un gesto de estimación y

lo arrojó sobre la mesa.

—Magnífico, Peter. Muy hermoso. ¿Con qué motivo?

—¿Recuerda, Ellsworth, lo que dijo una vez: que no tenía importancia lo que éramos ni lo que hacíamos si ayudábamos a los otros? ¿Eso es todo lo que cuenta? Eso es bueno, ¿no? ¿Es limpio?

—No lo he dicho una vez. Lo he dicho un millón de veces.

—¿Y es realmente cierto?

—Naturalmente que es cierto. Si tiene el valor de aceptarlo.

—Usted es mi amigo, ¿no? Usted es el único amigo que tengo. Yo... no he sido ni siquiera cordial conmigo mismo, pero usted lo es. Quiero decir que lo es conmigo, ¿no es así, Ellsworth?

—Por supuesto. Lo que es de mayor valor que su propia amistad consigo mismo, y pese a que es una idea extraña, es perfectamente correcta.

—Usted comprende. Nadie más comprende. Y usted me quiere.

—Devotamente, siempre que tenga tiempo.

—¿Cómo?

—Su sentido del humor, Peter. ¿Dónde está su sentido del humor? ¿Qué le pasa? ¿Un dolor de vientre? ¿Una indigestión espiritual?

—Ellsworth, yo...

—¿Sí?

—No lo puedo decir... ni siquiera a usted.

—Es un cobarde, Peter.

Keating lo miraba fijamente, desamparado; la voz había sido severa y suave; él no sabía si debía sentir dolor, humillación o confianza.

—Ha venido a decirme que no importa lo que usted hace, y después se hace pedazos por algo que ha hecho. Siga, sea hombre y diga que no importa. Diga que usted no interesa. Diga eso. Demuestre un poco de coraje.

Olvide su pequeño yo.

—Yo no soy importante, Ellsworth. No soy importante. No quiero ser importante.

—¿De dónde procede ese dinero? —Vendí a Dominique.

—¿De qué me está hablando? ¿Del viaje?

—Sólo que me parece que no es a Dominique a quien he vendido —repuso Keating.

—¿Por qué se preocupa así...?

—Se ha ido a Reno.

—¿Qué?

No pudo comprender la violencia de la reacción de Toohey, pero estaba demasiado cansado para sorprenderse. Le dijo todo cómo había ocurrido y no necesitó mucho tiempo para decirlo.

—¿Tonto del diablo! No debería haberlo permitido.

—¿Qué podía hacer? ¿Contra Wynand?

—Pero ¡permitirle que se case con ella!

—¿Por qué no, Ellsworth? Es mejor que...

—No creí que él nunca hubiese..., pero... ¡Oh, que se vaya al diablo, soy todavía más tonto que usted!

—Pero es mejor para Dominique si...

—¡Al diablo su Dominique! ¡Es en Wynand en quien estoy pensando!

—Ellsworth, ¿qué le pasa...? ¿Qué le importa?

—Cállese. Déjeme pensar.

En un momento, Toohey se encogió de hombros, se sentó junto a Keating y le pasó el brazo por la espalda.

—Lo siento, Peter. Le pido disculpas. He sido inexcusablemente rudo con usted. Comprendo cuanto siente. Sólo que no lo debe tomar demasiado en serio. No tiene importancia. —Hablaba automáticamente. Su espíritu estaba ausente. Keating no lo advirtió. Él oyó las palabras. Eran como el manantial en el desierto—. No tiene importancia. Usted no es nada más que un ser humano. Es todo lo que quiere ser. ¿Quién es el mejor? ¿Quién tiene derecho a arrojar la primera piedra? Todos

somos humanos. No tiene importancia —repitió Toohey.

—¡Dios mío! —dijo Alvah Scarret—. No puede hacerlo. ¡Menos con Dominique Françon!

—Lo hará —respondió Toohey—. Tan pronto como ella regrese.

Scarret se quedó sorprendido de que Toohey lo invitase a almorzar, pero las nuevas que había oído borraron la sorpresa por una más grande y más dolorosa.

—Me agrada mucho Dominique —dijo Scarret dejando a un lado su plato, pues se le había quitado el apetito—. Siempre me ha agradado. Pero ¿saber que va a ser la esposa de Gail Wynand!

—Ésos son exactamente mis sentimientos —dijo Toohey.

—Yo siempre le aconsejé que se casara. Da importancia. Un apoyo de respetabilidad. Y a él le hace falta. Siempre ha patinado sobre hielo muy delgado. Hasta ahora le ha ido bien. Pero ¿con Dominique!

—¿Por qué cree tan inapropiado ese casamiento?

—Bueno...Bueno, ¿noes...? ¡Diablo, usted sabe que no estaba bien!

—Yo lo sé. ¿Usted lo sabe? —Mire, ella es una mujer muy peligrosa. —Lo es. Ésa es su premisa menor. Su premisa mayor es: él es un hombre peligroso. —Bueno..., en cierto modo..., sí.

—Mi estimado director, usted comprende muy bien. Pero hay veces que es necesario formular las cosas. En beneficio de la futura cooperación. Usted y yo tenemos mucho en común, aunque usted ha estado poco dispuesto a admitirlo. Somos dos variaciones de un mismo tema, ¿podemos decirlo así? Pero nuestro querido jefe es completamente de otro tono. *Un leit motiv* enteramente diferente, ¿no es así Alvah? Nuestro

querido jefe es un accidente en nuestro medio. Los accidentes son fenómenos inciertos. Usted se ha pasado años sentado a la orilla de su asiento observando a Gail Wynand, ¿verdad? De manera que sabe exactamente de qué estoy hablando. Usted sabe también que Dominique Françon no es tampoco nuestro tono. Y usted no quiere que esa influencia especial entre en la vida de nuestro jefe. ¿Tengo que manifestar el resultado con más sencillez?

—Usted es un hombre inteligente, Ellsworth —dijo Scarret pesadamente.

—Eso es evidente desde hace años.

—Yo le hablaré. Es mejor que usted no lo haga; lo odia a usted, si me perdona que se lo diga. Pero no creo que pueda persuadirle, de cualquier modo. Mucho menos si está decidido.

—No creo que lo consiga. Puedo probar, si quiere, aunque será inútil. No podemos impedir este matrimonio. Una de mis buenas condiciones es que admito la derrota cuando debe ser admitida.

—Pero entonces, ¿por qué usted...?

—¿Le dije esto? Como una primicia, Alvah. Una información por anticipado.

—Yo la aprecio, Ellsworth. Se lo aseguro.

—Sería una muestra de prudencia continuar apreciándola. Los diarios de Wynand, Alvah, no se van a dar fácilmente por vencidos. En la unión está la fuerza. Su estilo.

—¿Qué quiere decir?

—Las perspectivas no son halagüeñas, amigo mío. De manera que sería mejor mantenernos unidos.

—Sí, yo estoy con usted, Ellsworth. Siempre lo he estado.

—Es inexacto, pero dejémoslo pasar. Sólo nos interesa lo presente. Y lo futuro. Como una prueba de comprensión mutua, ¿por qué no se desembaraza de Jimmy Kearns en la primera oportunidad?

—Tengo idea que ha estado ocupándose en esto desde hace meses. ¿Qué le pasa con Jimmy Kearns? Es un muchacho brillante. El mejor crítico teatral de la ciudad. Tiene una buena inteligencia. Ágil como un látigo. Muy prometedor.

—Tiene una inteligencia... propia. No creo que usted necesite ningún látigo salvo el suyo. Creo que debe ser prudente con las promesas.

—¿A quién pondré en su puesto?

—A Jules Fougler.

—¡Oh, diablos, Ellsworth!

—¿Por qué no?

—Ese viejo... No se lo podemos dar.

—Usted puede si quiere. Y mire el nombre que tiene.

—Pero es el viejo... más imposible.

—Bueno, no lo tome. Discutiremos esto en otro momento. Pero deshágase de Jimmy Kearns.

—Mire, Ellsworth; no quiero favoritos; todos son iguales para mí. Le daré un puntapié a Jimmy Kearns si usted quiere. Sólo que no veo qué importancia tiene que ver con lo que estamos hablando.

—Usted no lo ve —dijo Toohey—. Ya lo verá.

—Gail, lo que yo quiero es que usted sea feliz —dijo Alvah Scarret aquella noche sentándose en un confortable sofá en casa de Wynand—. Usted sabe eso. No pienso en otra cosa.

Wynand estaba tendido en un canapé, con una pierna inclinada, el pie descansando sobre la rodilla de la otra. Fumaba y escuchaba en silencio.

—Conozco a Dominique desde hace años —dijo Scarret—. Mucho antes que usted oyese algo de ella. La quiero. La quiero, se podría decir, como un padre. Pero debe admitir que no es la mujer que su público esperaba que fuese la esposa de Gail Wynand. Wynand callaba.

Su esposa es una estatua pública. Automáticamente. Una propiedad pública. Sus lectores tienen derecho a

pedir y a esperar ciertas cosas de ella, un valor simbólico, si sabe lo que quiero decir. Como la reina de Inglaterra, hasta cierto punto. ¿Cómo quiere que Dominique viva conforme a esa norma? ¿Cómo espera que conserve alguna especie de apariencia? Es la persona más salvaje que conozco. Tiene una terrible reputación. Pero lo peor de todo, piénselo, Gail, ¡un divorcio! ¡Y aquí nosotros estamos gastando toneladas de buen papel impreso luchando por la santidad del hogar y la pureza del sexo femenino! ¿Cómo le va a hacer tragar ese bocado a su público? ¿Cómo le voy a presentar a su esposa?

—¿No le parece que sería mejor terminar esta conversación, Alvah?

—Sí, Gail —respondió Alvah mansamente.

Scarret esperó, como si después de una violenta disputa estuviera ansioso por una componenda.

—Ya está, Gail —gritó contento—. Ya sé lo que podemos hacer. Repondremos a Dominique en el diario, le haremos escribir una sección distinta de la que tenía, una columna sobre el hogar. Consejos para la casa, la cocina, los chicos y todo eso. Destruirá la maledicencia. Demostrará que es una buena ama de casa, a pesar de los errores juveniles. Para hacer que las mujeres la perdonen. Tendremos una sección especial: las recetas de la señora Gail Wynand. Algunos retratos de ella nos serán útiles, ¿sabe?, vestidos de algodón, delantales y el pelo arreglado en la forma más conveniente.

—Cállese, Alvah, antes que le abofetee —dijo Wynand sin levantar la voz.

—Sí, Gail. Scarret hizo un movimiento como para levantarse.

—Quédese, no he terminado.

Scarret aguardó obedientemente.

—Mañana por la mañana —dijo Wynand— enviará una nota a cada uno de nuestros diarios. Les dirá que busquen en el archivo los retratos de Dominique



Françon que puede tener alguna relación con su antigua sección. Les dirá que destruyan los retratos. Les dirá que de aquí en adelante cualquier mención de su nombre o la publicación de su retrato en cualquiera de mis diarios les costará el puesto, y será responsable toda la redacción en pleno. Cuando llegue el momento oportuno, haré aparecer el anuncio de mi matrimonio en todos nuestros diarios. Eso no se puede evitar. Tendrá que ser el anuncio más breve que se pueda componer. Nada de comentarios. Ni historias. Ni retratos. Hágalo saber y asegúrese de que ha sido bien interpretado. Se trata del puesto de cualquiera, incluso el suyo si esto no se cumple.

- ¿Ninguna información... cuando se case?
- Ninguna información, Alvah.
- ¡Dios mío! ¡Es una noticia! Los otros diarios...
- No me importa lo que hagan los otros diarios.
- Pero ¿por qué, Gail?
- No lo podría comprender.

Dominique, sentada junto a la ventana, escuchaba el ruido del tren. Contemplaba la campiña de Ohio, que pasaba bajo la desfalleciente luz del día. Su cabeza estaba apoyada en el respaldo y sus manos caían verticalmente a los lados del blando asiento. Se identificaba con la estructura del coche y era conducida como una ventana, el suelo o las paredes del compartimiento.

No tenía conciencia de ningún propósito. No tenía meta en su viaje, sino el viaje por sí mismo, sólo por el movimiento y por el ruido metálico del movimiento que la rodeaban. Sintió lasitud y vacío, perdiendo su identidad en un decaimiento sin dolor, contenta de alejarse y no dejar nada definitivo, salvo aquella campiña que se veía por la ventana.

Cuando el movimiento disminuyó y a través de los cristales vio el letrero de un edificio de la estación, tuvo conciencia de lo que había estado esperando. Supo por qué había tomado aquel tren y no otro más rápido, por qué había estudiado cuidadosamente el horario de sus paradas, aunque pareciera una columna de nombres sin sentido para ella. Tomó su maleta, su abrigo y su sombrero. Corrió. No tuvo tiempo de vestirse, temerosa de que el suelo la arrastrara lejos de allí. Corrió por el estrecho pasillo del coche, y bajando los escalones, saltó al andén. Sintió el choque del frío invernal en su escote. Se quedó mirando el edificio de la estación. Oyó que el tren se ponía en movimiento, martillando al marchar.

Se puso el abrigo y el sombrero. Marchó por el andén hasta la sala de espera sobre un suelo de madera lleno de pelotitas de goma de mascar, a través de las pesadas olas de calor de una estufa de hierro. Se dirigía a la plaza.

Vio en el cielo una última franja de amarillo sobre las líneas bajas de los tejados. Vio un trecho de pavimento de ladrillo y pequeñas casas que se apoyaban una contra otra, un árbol desnudo de ramas retorcidas, esqueletos de maleza en la abertura sin puerta de un garaje abandonado; frentes de oscuros negocios, una tienda en una esquina, todavía abierta, con un escaparate que llegaba al suelo, mal iluminado.

Nunca había estado allí, pero sentía que el lugar proclamaba su posesión cerrándose en ella con ominosa intimidad. Era como si cada oscura masa ejerciese una succión, como el empuje de los planetas en el espacio, describiendo su órbita. Colocó la mano sobre una boca para apagar incendios y sintió que el frío se le colaba por los guantes, hasta su cuerpo. Era la forma que tenía la ciudad de aferrarla, una penetración directa, que ni su ropa ni su espíritu podían detener. La paz de lo inevitable quedaba. Solamente que ahora tenía que actuar, pero las acciones eran simples, estaban previstas

de antemano. Le preguntó a un transeúnte: «¿Dónde está el nuevo edificio de la tienda Janer?» Caminó pacientemente por calles oscuras. Pasó por desolados céspedes invernales y por porches hundidos, por terrenos baldíos donde los yerbajos susurraban entre latas vacías; pasó por tiendas cerradas y un lavadero que emanaba vapores; pasó por una ventana sin cortinas por donde se veía un hombre que leía un diario sentado junto a la chimenea y en mangas de camisa. Dobló esquinas y cruzó calles, sintiendo los guijarros bajo la fina suela de los zapatos. Algunos raros transeúntes miraban, asombrados, su aire de forastera elegancia. Ella sintió deseos de decirles: «¿No comprenden? Pertenezco a este lugar más que ustedes.» Se detenía de vez en cuando cerrando los ojos, pues se le hacía difícil el respirar.

Llegó a la calle principal y acortó el paso. Había pocas luces, automóviles arrimados diagonalmente al borde de la calzada, un cine, un escaparate que exhibía ropa interior rosada entre utensilios de cocina. Caminaba erguida, mirando hacia delante.

Vio un reflejo luminoso junto a un viejo edificio, sobre una pared de ladrillos amarillos, sin ventanas, cubierta por el polvo de una estructura vecina que había sido derribada. La luz procedía de un foco. Ella se dio cuenta de que aquél era el lugar. Deseaba que no fuese. Si trabajaban hasta tarde, debía de ser allí. No quería verlo aquella noche. Hubiera querido ver sólo el lugar y el edificio, no estaba dispuesta para más; hubiese deseado verlo al día siguiente, pero de momento no podía detenerse. Caminaba hacia la excavación. Estaba en una esquina, a la vista de la calle, sin empalizada. Oyó el martilleo triturante del hierro, vio el brazo de una grúa, las sombras sobre los montones de tierra fresca, amarillos bajo la luz. No pudo ver los tabloncillos que conducían a la acera, pero oyó el sonido de los pasos y después a Roark subiendo hacia la calle. Iba sin

sombrero y con la chaqueta abierta.

Roark se detuvo y la miró. Dominique pensó que estaba erguido, que todo era simple y natural, que ella estaba mirando aquellos ojos grises y aquel cabello anaranjado, como si siempre los hubiese estado mirando. Se asombró de que Roark se dirigiese rápidamente hacia ella, de que su mano la tomase del brazo con demasiada firmeza y que él dijese:

—Mejor será que te sientes.

Entonces supo que no podía haberse detenido si aquella mano no le hubiese aferrado el brazo. Roark le tomó la maleta. La condujo por el lado oscuro de la calle y la hizo sentar en el umbral de una casa desocupada. Dominique se apoyó en la cerrada puerta. Él se sentó al lado. Mantenía firme su mano en el brazo, no como una caricia, sino como un freno para ambos.

Pasado un instante, dejó caer la mano. Ella supo que estaba segura, que podía hablar.

—¿Ése es tu nuevo edificio?

—Sí. ¿Has venido caminando desde la estación?

—Sí.

—Es un trecho largo.

—Creo que lo es.

Pensó que no se habían saludado y que era lo justo. Aquello no era una reunión, no era nada más que un momento de algo que no había que interrumpir. Pensó cuan extraño hubiera resultado si él le hubiese dicho: «¡Hola!» Uno no se saluda a sí mismo cada mañana.

—¿A qué hora te levantaste hoy?

—A las siete.

—Yo también estaba en Nueva York. En un auto, yendo al Gran Central. ¿Dónde te desayunaste?

—En un comedor ambulante.

—¿De esos que andan toda la noche?

—Sí, especialmente para los chóferes.

—¿Vas a menudo?

—Siempre que quiero tomar una taza de café.

—¿Y te sientas al mostrador? ¿Y hay gente en torno tuyo mirándote?

—Me siento al mostrador cuando tengo tiempo. Hay gente alrededor. No creo que me miren mucho.

—¿Y después te marchas a trabajar?

—Sí.

—¿Vas a pie todos los días? ¿Por estas calles? ¿Pasas delante de alguna ventana? De manera que si uno quisiese llegar y abrir la ventana...

—La gente no mira por las ventanas aquí.

Desde la altura donde se hallaban podían ver las excavaciones del otro lado de la calle, la tierra, los obreros, las columnas de acero que se levantaban con un brillo de áspera luz.

—Has hecho dos casas de campo en los dos últimos años.

—Sí. Una en Pensilvania y otra cerca de Boston.

—Eran casas sin importancia.

—Baratas, si eso es lo que quieres decir. Pero muy interesantes para hacerlas.

—¿Cuánto tiempo te quedarás aquí?

—Un mes más.

—¿Por qué trabajas de noche?

—Es un trabajo que urge.

Al otro lado de la calle la grúa se movía balanceando su largo brazo en el aire. Dominique vio que el la observaba y advirtió que no estaba pensando en ello, pero en sus ojos existía la respuesta instintiva, algo físicamente personal, una intimidad que no tenía ninguna relación con el edificio.

—Roark...

No habían pronunciado sus respectivos nombres. Tenía el placer apasionado de una rendición largo tiempo dilatada: pronunciar el nombre y tener que oírlo.

—Roark esto es la cantera nuevamente.

Se sonrió.

—Si tú quieres, sólo que no lo es.

—¿Después de la casa Enright? ¿Después del edificio Cord?

—Yo no pienso de ese modo.

—¿Cómo piensas?

—Me gusta hacerlo. Cada edificio es como una persona: único e irrepetible.

Roark miraba a la calle. No había cambiado. Existía en él el antiguo sentido de agilidad, de facilidad en el movimiento, en la acción, en el pensamiento. Dominique dijo, sin empezar ni terminar la frase:

—...haciendo edificios de cinco pisos el resto de tu vida...

—Si es necesario, sí, pero no creo que vaya a ser así.

—¿Qué esperas?

—No espero nada.

Ella cerró los ojos, pero no pudo ocultar su boca, que tenía amargura, enojo y dolor.

—Roark, si hubieses estado en la ciudad no hubiera podido verte.

—Lo sé.

—Pero estabas en otro lugar, en el agujero sin nombre de un sitio como éste. Tenía que ver el lugar. Tenía que verlo.

—¿Cuándo regresas?

—¿Sabes que no he venido a quedarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Temes los comedores ambulantes y las ventanas.

—No vuelvo a Nueva York por ahora.

—¿No?

—No me has preguntado nada. Únicamente si he venido caminando desde la estación.

—¿Qué quieres que te pregunte?

—Vi el nombre de la estación y bajé del tren —dijo ella con voz apagada—. No pensaba venir aquí. Iba a Reno.

—¿Y después de eso?

—Me casaré otra vez.

—¿Conozco a tu novio?

—Has oído hablar de él. Se llama Gail Wynand.

Le miró los ojos. Hubiera querido reír, porque nunca hubiera esperado un golpe semejante. Pero no se rió. Roark se acordó de Henry Cameron, de Cameron, que decía: «No tengo respuesta que darles. Dejo que los vea usted. Usted les dará la respuesta. A todos ellos, a los diarios de Wynand, a lo que hace posible los diarios de Wynand y a lo que está detrás de todo ello.»

—Roark.

Él no contestó.

—Es peor que Peter Keating, ¿verdad?

—Mucho peor.

—¿Quieres impedírmelo?

—No.

Roark no la había tocado desde cuando le soltó el brazo, y aquel toque hubiera podido hacerlo en una ambulancia. Dominique movió la mano y la hizo descansar en la de él. Roark no retiró la suya ni se mostró indiferente. Dominique se inclinó, sosteniendo la mano de Roark, y sin levantarla de la rodilla la besó. Su sombrero cayó al suelo. Roark contemplaba su rubia cabeza sobre sus rodillas y sentía que su boca besaba su mano una y otra vez. Sus dedos apretaban los de ella como contestación, pero aquella era la única respuesta.

Levantó la cabeza y miró a la calle. Una ventana iluminada colgaba a lo lejos, detrás de un enrejado de ramas desnudas. Casas desnudas se extendían en la oscuridad y había árboles en las estrechas aceras.

Dominique advirtió su sombrero en los escalones de abajo y se agachó para recogerlo. Se apoyó, con la mano sin guante, en el escalón. La piedra era vieja, gastada, tersa y helada. Sintió satisfacción al tocarla. Quedó inclinada un momento, con la mano apoyada en la piedra, para sentir aquellas gradas, sin importarle cuántos pies las habían pisado, para sentirlas.

—¿Dónde vives, Roark?

—En una fonda.

—¿Qué clase de habitación?

—Simplemente en una habitación.

—¿Qué hay en ella? ¿Cómo están las paredes?

—Empapeladas. Descoloridas.

—¿Qué muebles?

—Una mesa, sillas, una cama.

—No; dímelo con pormenores.

—Hay un ropero; después un cofre para los dibujos; la cama en el rincón, junto a la ventana; una mesa amplia al otro lado...

—¿Junto a la pared?

—No; la puse atravesando el rincón, frente a la ventana... Trabajo allí. Hay una silla, un sillón, una lámpara y un porta-revistas que nunca uso. Creo que eso es todo.

—¿No hay alfombras? ¿Ni cortinas?

—Creo que hay algo en las ventanas, y hay también una especie de alfombra. El suelo está muy limpio, es de una hermosa madera vieja.

—Esta noche, en el tren, pensaré en tu habitación.

Él contemplaba el otro lado de la calle.

—Roark, déjame que me quede contigo esta noche.

—No.

Ella seguía con su mirada la máquina rechinante. Después de un momento preguntó:

—¿Cómo conseguiste este trabajo?

—El propietario vio mis edificios en Nueva York y le gustaron.

Un hombre salió de la hondonada, los vio en la oscuridad y dijo:

—¿Está ahí, jefe?

—Sí —contestó Roark.

—Venga aquí un minuto, ¿quiere?

Roark cruzó la calle. Dominique no podía oír la conversación, pero oía que Roark decía jovialmente:



«Eso es fácil.» Y después ambos bajaron los tablones al hoyo. El hombre se quedó indicando, explicando. Roark echó la cabeza hacia atrás para mirar la armazón de acero que subía; la luz le daba completamente en el rostro y ella vio su mirada de concentración, sin sonrisa, pero una expresión que a ella le producía un sentimiento gozoso de competencia, de razón disciplinada de la acción. Se inclinó, cogió un pedazo de madera, sacó un lápiz. Estaba con un pie sobre un montón de tablones, la madera apuntalaba en su rodilla, y dibujó algo en ella rápidamente, explicándole al obrero, que asintió satisfecho. Dominique no podía oír las palabras, pero sentía la calidad de la relación que había entre Roark y el obrero y entre todos los hombres que estaban allí; era un sentido extraño de lealtad y de fraternidad, pero no era lo que siempre había oído designar con esas palabras. Roark terminó, entregó la tabla al obrero y ambos se rieron de algo. Después volvió a sentarse en los escalones con ella.

—Roark, quiero quedarme aquí, contigo, todos los años que podamos.

Él la miró atentamente, aguardando.

—Quiero vivir aquí. —Su voz tenía el sonido de la presión del agua contra una presa—. Quiero vivir como tú vives. No tocaré mi dinero: se lo daré a alguien, a Steven Mallory si tú quieres, o a alguna de las instituciones de Toohey. Tendremos una casa aquí, como cualquiera de éstas, y yo cuidaré de ti; no te rías, puedo hacerlo; cocinaré, lavaré tu ropa, fregaré el suelo. Y tú abandonarás la arquitectura.

Roark no se rió. Ella no vio otra cosa que una atención inmóvil, dispuesto a seguir escuchándola.

—Roark, por favor, trata de comprender. No puedo soportar lo que te están haciendo, lo que van a hacerte. Tú y la construcción y lo que sientes por ella es demasiado grande. No puedes continuar así mucho tiempo. No puedes durar. No te dejarán. Te encaminas

hacia algún terrible desastre. No puedes terminar de otra manera. Toma algún trabajo sin importancia, como el de la cantera. Viviremos aquí. Tendremos poco y no daremos nada. Viviremos sólo para lo que somos y para lo que sabemos.

Roark se rió. Ella oyó en el sonido de su risa una sorprendente consideración para ella, un intento de no reír; pero no pudo soportar la risa.

—¡Dominique! —La manera con que pronunció el nombre se clavó en ella y le fue más fácil escuchar las palabras que siguieron—: Me gustaría poderte decir que fue una tentación, al menos, por un momento. Pero no fue. —Y agregó—: Si fuera muy cruel, lo aceptaría, nada más que para ver cuan pronto me rogarías que volviera a construir edificios.

—Sí..., probablemente.

—Cásate con Wynand y quédate con él. Será mejor que lo que estás haciendo ahora.

—¿Te molesta... si nos quedamos sentados aquí un momento más... y no hablamos de eso...? Hablemos como si todo estuviera bien... Un armisticio de media hora, entre años... Dime qué has hecho de cada media hora desde que estás aquí, todo lo que puedas recordar...

Conversaron como si la escalera de la casa desocupada fuera un aeroplano que se cernía en el espacio, sin que se viera la tierra ni el cielo. Roark ya no miraba a través de la calle. Después miró su reloj de pulsera y dijo:

—Hay un tren para el Este dentro de una hora. Iré contigo hasta la estación.

—¿Te parece que vayamos caminando hasta allí?

—Sí.

Se levantó.

—¿Hasta cuándo..., Roark?

La mano de Roark se movió en dirección a la calle.

—Hasta que dejes de odiar todo esto, hasta que dejes de temerlo, hasta que aprendas a no advertirlo.

Marcharon juntos a la estación. Dominique escuchaba el ruido de los pasos de él junto a los suyos, por las calles abiertas. Detenía su mirada a lo largo de las paredes, que desfilaban como garras.

Pasaron por un terreno baldío. El viento arrastró una vieja hoja de papel contra las piernas de Dominique. Se adhirió a ellas con una insistencia que parecía consciente, como la perentoria caricia de un gato. Pensó que todas las cosas de aquella ciudad tenían ese derecho íntimo con ella. Se inclinó, cogió el diario y empezó a doblarlo para guardarlo.

—¿Qué estás haciendo?

—Algo para leer en el tren —replicó estúpidamente.

Le arrancó el diario de las manos, lo arrugó, y lo arrojó entre las malezas.

Había una sola luz en el desierto andén de la estación. Esperaron. Roark miraban la vía por donde debía aparecer el tren; cuando los carriles se estremecieron anunciando la llegada, cuando el blanco globo del farol de tope surgió a lo lejos y estuvo un rato en el cielo, sin acercarse, pero ampliándose, creciendo con velocidad, él no se volvió hacia Dominique.

El rayo impetuoso arrojó su sombra en el andén, barrió los tablones y desapareció. Por un instante ella vio, al resplandor, la línea alta y recta de su cuerpo. La locomotora pasó y los vagones traquetearon lentamente. Roark miró hacia las ventanillas. Dominique no pudo ver de su rostro más que el perfil.

Cuando el tren se detuvo, se volvió hacia ella. No se dieron la mano ni se dijeron palabra. Estuvieron erguidos, mirándose uno al otro por un momento, como ante un toque de atención. Era casi un saludo militar. Después, Dominique cogió la maleta y subió al tren.

## VI

CHUCK. — ¿Y por qué no una rata almizclera? ¿Por qué tiene uno que imaginarse superior a una rata almizclera? La vida palpita en todas las pequeñas criaturas del campo y de los bosques. La vida que canta un eterno dolor. El viejo dolor. El Cantar de los cantares. Nosotros no comprendemos, pero ¿quién se preocupa de comprender? Solamente los contadores públicos y los pedicuros. También los carteros. Nosotros sólo amamos. El más dulce misterio del amor. Eso es todo. Denme amor y manden por la chimenea, de un empellón, a todos los filósofos. Cuando María recogió la rata almizclera perdida, su corazón estalló y el amor y la vida penetraron en él. Las ratas almizcleras imitan bien los abrigos de visón, pero éste no es el asunto. El asunto es la vida.

JAKE (*entrando precipitadamente*). —Decidme: ¿quien tiene un sello de Correos con el retrato de George Washington?

TELÓN

Ike cerró de golpe el manuscrito y aspiró una gran bocanada de aire. Su voz estaba ronca después de dos horas de lectura en voz alta. Él solo había leído su obra de un tirón. Miró al auditorio, la boca sonriendo burlona, las cejas levantadas insolentemente, pero con ojos implorantes.

Ellsworth Toohey, sentado en el suelo, se rascaba la espalda contra el respaldo de una silla y bostezaba. Gus Webb, echado boca abajo, en medio de la habitación, se volvió. Lancelot Clokey, el corresponsal del exterior,

alargó la mano hasta su refresco y se lo tomó. Jules Flougler, el nuevo crítico teatral del *Banner*, continuó sentado, inmóvil; durante dos horas no se había movido. Lois Cook, la dueña de la casa, levantó los brazos, retorciéndoselos, y dijo:

—¡Jesús! Ike es terrible.

Lancelot Clokey dijo:

—Querida Lois, ¿dónde guarda el *gin*? No sea tan miserable. Usted es la peor ama de casa que conozco.

Gus Weeb habló:

—No comprendo la literatura. No es productiva y significa una pérdida de tiempo. Los autores deberían ser liquidados.

Ike se rió estridentemente:

—Una inmundicia, ¿eh? —Agitaba el manuscrito—. Una super inmundicia. ¿Para qué creen que lo escribí? Para demostrarles quién puede escribir un mayor fracaso. No oirán una obra peor en la vida.

No era una reunión solemne del Consejo de Escritores Estadounidenses, sino una reunión extraoficial. Ike les había pedido a algunos amigos que se reunieran para escuchar su última comedia. A los veintiséis años llevaba escritas once obras, pero no había representado ninguna.

—Haría mejor en dejar el teatro, Ike —le dijo Lancelot Clokey—. Escribir es un asunto serio y no para cualquier bastardo descarriado que quiera intentarlo.

El primer libro de Lancelot Clokey —un relato de aventuras personales en países extranjeros— estaba ya, en su décima semana, entre la lista de libros más vendidos.

—¿Por qué no, Lance? —dijo Toohey dulcemente.

—Está bien —replicó Clokey—. Está bien. Deme algo de beber.

—Es terrible —dijo Lois Cook, apoyando cansadamente la cabeza—. Es perfectamente terrible. Tan terrible que es maravilloso.

—¡Córcholis! —dijo Gus Weeb—. ¿Por qué se me habrá ocurrido venir aquí?

Ike arrojó a la chimenea el manuscrito, que dio contra la pantalla y cayó abierto, con las finas páginas aplastadas.—Si Ibsen puede escribir dramas, ¿por qué no puedo hacerlo yo? El es capaz y yo soy incapaz, pero ésa no es una razón suficiente.

—En un sentido general, no —dijo Lancelot Clokey—, aunque sea una porquería.

—No debería decírmelo, ya que yo mismo lo he dicho antes.

—Es una gran obra —dijo una voz.

La voz era lenta, nasal, aburrida. Había hablado por primera vez aquella noche y todos se volvieron para mirar a Jules Fougler. Un caricaturista había dibujado una vez un famoso retrato de él, que consistía en dos círculos combados: uno grande y otro pequeño. El grande era su estómago; el pequeño, su labio inferior. Llevaba un traje de buena confección. Usaba guantes en todo tiempo y también bastón. Era un eminente crítico teatral.

Jules Fougler alargó el bastón, aferró el manuscrito con el gancho del puño y lo arrastró por la habitación hasta sus pies. No lo recogió pero repitió, mirándolo:

—Es una gran obra.

—¿Por qué? —preguntó Lancelot Clokey.

—Porque yo lo digo —repuso.

—¿Es una broma, Jules? —preguntó Lois Cook.

—Yo nunca bromeo —añadió Jules Fougler—. Es vulgar.

—Mándame un par de entradas para el estreno —dijo despectivamente Lancelot Clokey.

—Ocho dólares con ochenta centavos por dos entradas la noche del estreno —dijo Jules Fougler—. Será el mayor éxito teatral de la temporada.

Jules Fougler se volvió y observó que Toohey lo estaba mirando. Toohey se sonrió, pero su sonrisa no

era ligera y despreocupada; era un comentario de aprobación a algo que consideraba muy serio. La mirada de Fougler fue despectiva cuando se dirigió a los otros, pero se apaciguó un instante comprensivo cuando descansó en Ellsworth Toohey.

—¿Por qué no se incorpora al Consejo de Escritores Estadounidenses, Jules? —le preguntó Toohey,

—Soy individualista. No creo en las organizaciones. Además, ¿es necesario?

—No, no es necesario en ningún modo —contestó Toohey alegremente—. No es por usted, Jules. No hay nada que se le pueda enseñar.

—Lo que me gusta en usted, Ellsworth, es que uno no necesita darle explicaciones.

—Diablos, ¿para qué explicarse aquí? Somos seis de una misma clase.

—Cinco —objetó Fougler—. No me gusta Gus Webb.

—¿Por que? —preguntó Gus sin ofenderse.

—Porque no se lava las orejas —repuso Fougler, como si la pregunta hubiese sido hecha por una tercera persona.

—¡Ah! ¿Por eso? —dijo Gus.

Ike se había levantado y estaba mirando a Fougler, no muy seguro de si debería tomar aliento.

—¿Le gusta mi obra, señor Fougler? —preguntó al final, con voz tímida.

—No he dicho que me guste —contestó Fougler firmemente—. Creo que hiede. Ésta es la razón de que sea grande.

—¡Oh! —dijo Ike, y se rió.

Parecía aliviado. Miró todos los rostros, con una mirada de triunfo disimulado.

—Sí —dijo Fougler—. Nuestros motivos son idénticos.

—Usted es un gran tipo, Jules.

—Señor Fougler, por favor.

—Usted es un gran tipo, señor Fougler, y el bastardo más notable del mundo.

Fougler daba vueltas a las páginas del manuscrito, que estaba a sus pies, con la punta del bastón.

—Su escritura a máquina es atroz, Ike.

—No soy mecanógrafo. Soy un artista creador.

—Podría hacerse de una secretaria después del estreno. Estaré obligado a felicitarle, aunque no sea más que por impedir que abuse de una máquina como ésta. La máquina de escribir es un espléndido instrumento, pero no para ser maltratado.

—Está bien, Jules —dijo Lancelot Clokey—. Todo es muy agudo e inteligente. ¿Por qué quiere, realmente, esa basura?

—Porque es una basura como usted dice.

—No es lógico, Lance —dijo Ike—. Al menos, no lo es en un sentido cósmico. No es nada escribir una buena obra y que se la elogien. Cualquiera puede hacer eso. Cualquiera que tenga talento, y el talento es tan sólo un accidente glandular. Pero escribir una pieza de porquería y que se la alaben...; bien, haga usted algo igual.

—Lo ha hecho —dijo Toohey.

—Es cuestión de opinión —agregó Lancelot Clokey.

Se llevó a la boca la copa vacía y sorbió hasta el último pedazo de hielo.

—Ike comprende las cosas mucho mejor que usted, Lance —dijo Jules Fougler—. Ha demostrado ser un verdadero pensador en esas pocas palabras. Que, de paso, fueron mejores que toda su obra.

—Escribiré mi próxima obra sobre eso —dijo Ike.

—Ike ha manifestado sus razones —continuó Fougler—. Y las mías. Y también las tuyas, Lance. Examine mi caso, si quiere. ¿Qué hazaña es para un crítico alabar una buena obra? Ninguna. El crítico no es entonces nada más que un mensajero glorificado entre el autor y el público. ¿Qué me importa a mí todo esto?



Estoy harto. Tengo derecho a imponer mi propia personalidad sobre la gente. De otra manera me frustraría, y no creo en mi frustración. Pero si un crítico es capaz de lanzar una obra perfectamente sin valor, ¿perciben la diferencia? Por esta razón la transformaré en un éxito fuera de lo común. ¿Cuál es el título de su pieza, Ike?

—*No es piel de su trasero* —respondió.

—¡Por favor!

—Ése es el título.

—¡Convertiré *No es piel de su trasero* en un éxito sin precedentes!

Lois Cook se rió a carcajadas.

—Hacen mucho ruido por cualquier cosa —dijo Gus Webb, echado perezosamente en el suelo, con las manos detrás de la cabeza.

—Ahora, si quiere considerar su propio caso, Lance —continuó Jules Fougler—, ¿cuál es la satisfacción que tiene un corresponsal al relatar los sucesos del mundo? El público lee toda clase de crisis internacionales y usted se puede considerar afortunado si nota que su trabajo es de segunda categoría. Pero usted es tan bueno como cualquier general, almirante o embajador. Usted tiene derecho a hacer que la gente tenga conciencia de lo que es usted. Para eso ha hecho una cosa sabia. Ha escrito una notable colección de inmundicias, sí, inmundicias, pero moralmente justificadas. Un libro inteligente. Ha empleado las catástrofes del mundo como fondo para su propia e indecente personalidad. «¡Cómo se emborracha Lancelot Clokey en una conferencia internacional! ¡ Qué bellezas conquistó Lancelot Clokey durante una invasión! ¡Cómo padece de disentería Lancelot Clokey en un país hambriento!» Bueno, ¿y por qué no, Lance? Un éxito, ¿verdad? Toohey lo lanzó, ¿no?

—El público aprecia trabajos de gran interés humano —dijo Lancelot, mirando furiosamente dentro

de la copa.

—¡Oh, basta de comedia, Lance! —gritó Lois Cook—. ¿Para quién está representando aquí? Usted sabe muy bien que no es por ningún interés humano, sino simplemente por Ellsworth Toohey.

—No olvide lo que le debo a Ellsworth —dijo Clokey malhumorado—. Ellsworth es mi mejor amigo. Sin embargo, él no lo hubiera hecho si no hubiese tenido un buen libro con que hacerlo.

Durante ocho meses Lancelot Clokey había estado con un manuscrito en las manos ante Ellsworth Toohey, como ahora Ike estaba delante de Fougler, no creyendo cuando Toohey le decía que su libro encabezaría la lista de los libros más vendidos. Pero la venta de doscientos mil ejemplares había colocado a Clokey en imposibilidad de reconocer la verdad.

—Bueno, lo hizo con *El cálculo biliar galante* —dijo Lois Cook, plácidamente—, y nada peor había sido publicado. Yo debía saberlo. Pero él lo hizo.

—Y casi perdí mi puesto al hacerlo —dijo Toohey indiferentemente.

—¿Qué hace con sus bebidas, Lois? —dijo Clokey—. ¿Las economiza para bañarse con ellas?

—Está bien, secante —respondió, levantándose perezosamente.

Lois cruzó la habitación, cogió del suelo una botella sin terminar, bebió el resto; salió y volvió con un surtido de costosas bebidas. Clokey e Ike corrieron a servirse ellos mismos.

—Creo que es injusta con Lance, Lois —le dijo Toohey—. ¿Por qué no escribió una autobiografía?

—Su vida no valía la pena de haber sido vivida, mucho menos de ser recordada.

—Sí; pero ésa es la razón por la cual hizo que estuviera en la lista de los autores más vendidos.

—¿Me lo dice a mí?

—Me gusta decírselo a cualquiera.

Había muchas sillas cómodas, pero Toohey prefería quedarse en el suelo. Estaba echado boca abajo, apuntalando su torso con los codos, y se apoyaba con placer, cambiando su peso de un codo al otro, sus piernas extendidas en la alfombra. Parecía que gozara ilimitadamente.

—Me gusta decírselo a cualquiera. El mes próximo voy a lanzar la biografía de un dentista de pueblo que es, sin duda, una persona realmente notable, porque no hay un solo día notable en su vida y ninguna frase notable en el libro. Le gustará, Lois. ¿Se imagina un tonto macizo que desnuda su alma como si fuera una revelación?

—La gente humilde —dijo Ike tiernamente—. Amo a la gente humilde. Debemos amar a la gente humilde.

—Téngala presente para su próxima obra —dijo Toohey.

—No puedo. Está en esta obra.

—¿Cuál es la gran idea, Ellsworth? —dijo Clokey.

—Es simple, Lance. Cuando uno es una nulidad total, y no hace nada más sobresaliente que comer, dormir, charlar con los vecinos, se torna en un hecho digno de orgullo de sugestión para el mundo y de estudio diligente para millones de lectores. El hecho de construir una catedral resulta difícil de recordar o enunciar. Una cuestión de perspectiva y de relatividad. La distancia alcanzable entre los extremos de cualquier capacidad es limitada. En el área de la percepción sonora de la hormiga no está el trueno.

—Habla como un burgués decadente, Ellsworth —dijo Gus Webb.

—Baje la voz, amor mío —repuso Toohey sin resentimiento.

—Es completamente maravilloso —dijo Lois Cook—, salvo que lo ha hecho demasiado bien, Ellsworth. Usted me hará fracasar en los negocios. Después de esto, si quiero alcanzar notoriedad, tendré

que escribir algo que sea realmente bueno.

—No es de este siglo, Lois —replicó Toohey—. Y quizá tampoco del próximo. Más tarde de lo que usted cree.

—¡Pero usted no ha dicho nada...! —gritó de súbito Ike, preocupado.

—¿Qué es lo que yo no he dicho?

—No ha dicho quién va a representar mi comedia.

—Deje eso de mi cuenta —dijo Jules Fougler.

—Me olvidé de agradecersele, Ellsworth —dijo Ike solemnemente—. De manera que ahora se lo agradezco. Hay cantidad de piezas teatrales feas, pero ustedes han elegido la mía. Usted y el señor Fougler, :

—Esa fealdad es inútil, Ike.

—Bueno, eso es algo.

—Es mucho.

—¿Cuánto, por ejemplo?

—No hable demasiado, Ellsworth —dijo Gus Webb—. Ya ha tenido su desahogo.

—Tápese los oídos, querido. Me gusta hablar. ¿Un ejemplo, Ike? Supongamos que a mí no me gustara Ibsen.

—Ibsen es bueno —dijo Ike.

—Seguramente que es bueno; pero suponga que a mí no me gusta. Suponga que quisiera impedir a la gente que viera sus dramas. No serviría para nada que les dijese eso. Pero si yo les diese la idea: de que usted es tan grande como Ibsen, bien pronto serían incapaces de advertir la diferencia.

—¡Jesús!, ¿puede usted?

—Es solamente un ejemplo, Ike.

—Pero sería maravilloso.

—Sí, sería maravilloso. Y entonces no habría motivo para que fuesen a verlo. Entonces no importarían ni los escritores ni aquellos para quienes se escribe.

—¿Cómo es eso, Ellsworth?

—Mire, Ike, en el teatro no hay espacio para Ibsen y

para usted. Comprende esto, ¿verdad?

—Es una manera de hablar..., sí.

—Bueno, usted quiere que yo le consiga espacio, ¿verdad?

—Toda esa discusión inútil ya ha sido terminada antes mucho mejor —dijo Gus Webb—. Sean más breves. Yo creo en la economía funcional.

—Gus es rudo, pero profundo —dijo Ike—. Le quiero.

—¡Váyase al diablo! —replicó Gus.

El criado de Lois Cook entró en la habitación. Era un hombre majestuoso, de edad madura y estaba correctamente vestido de frac. Anunció a Peter Keating.

—¿Peter? —dijo Lois Cook alegremente—. ¡Caramba! Hágale entrar, hágale entrar en seguida.

Keating entró y se paró, alarmado, cuando vio la reunión.

—Saludos a todos —dijo vivamente—. No sabía que tenía visitas, Lois.

—No son visitas. Entre, Peter. Siéntese. Tome lo que quiera. Usted conoce a todos.

—¡Hola, Ellsworth! —dijo, posando la mirada en Ellsworth como apoyo.

Toohey agitó su mano, se puso en pie en seguida y se sentó en un sofá, cruzando las piernas. Todo el mundo se arregló automáticamente, con un súbito afán de sentarse con más corrección, de juntar las rodillas y cerrar la boca. Sólo Gus Webb permaneció como antes.

Keating parecía frío y hermoso. Traía a la habitación sin ventilar la frescura de una caminata por las calles, pero sus movimientos eran lentos y cansados.

—Lamento molestar, Lois. No tenía nada que hacer y me sentía tan terriblemente solo, que pensé venir aquí.

—Pasó por encima de la palabra «solo», arrojándola con una sonrisa despectiva—. Terriblemente cansado de Neil Dumont y de la manada. Quería una compañía más elevada, un alimento espiritual.

—¡Soy un genio! —exclamó Ike—. Me representaran una comedia en Broadway. A mí y a Ibsen. Ellsworth acaba de decirlo.

—A usted le gustará, Peter —dijo Lancelot—. Es algo realmente grande.

—Es una obra maestra —agregó Jules Fougler—. Espero que será digno de ella, Peter. Es una de esas obras cuyo éxito depende de lo que el auditorio sea capaz de llevar consigo al teatro. Si usted tiene una tendencia positivista, el alma seca y una imaginación limitada, no vaya. Pero si usted es un ser humano real, con un corazón grande, un corazón lleno de risa, que ha conservado incorrupta la capacidad para la emoción pura de su infancia, encontrará en ella una experiencia inolvidable.

—Si no sois como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos —repitió Ellsworth Toohey.

—Gracias, Ellsworth —agregó Jules Fougler—. Ése será el tema de mi crónica.

Keating miró a Ike y a los otros con curiosidad. Todos parecían remotos y puros, muy por encima de él en el refugio de sus sabidurías; pero sus rostros le ofrecían una sonrisa cordial y una invitación benévola.

Keating bebió el sentido de la grandeza que ellos tenían, ese alimento espiritual que andaba buscando, y sintió que se elevaba por intermedio de ellos. Vio que aquella grandeza era real para él. Un circuito se estableció en la habitación y se cerró el círculo. Todos tenían conciencia de ello, todos menos Peter Keating.

Ellsworth Toohey salió en apoyo de la arquitectura moderna.

En los últimos diez años, mientras la mayoría de las nuevas residencias eran edificadas como fieles copias, los principios de Henry Cameron habían ganado el

campo de los edificios comerciales: las fábricas, los edificios para oficinas, los rascacielos. Era una victoria pálida, falseada; un compromiso repugnante que consistía en omitir columnas y tímpanos para permitir que una pequeña superficie de la pared permaneciese desnuda, disculpándose de una forma, buena por casualidad, para terminar con un borde de volutas griegas simplificadas. Muchos plagiaron las formas de Cameron, pero pocos comprendieron el pensamiento. La única parte de su argumento, que era irresistible para los propietarios de los nuevos edificios, era la que se refería a la economía financiera: él ganó esa meta.

En los países de Europa, especialmente en Alemania, había crecido en poco tiempo una nueva escuela de construcción. Consistía en levantar paredes y una cúspide chata encima, con pocos huecos. Esto se llama nueva arquitectura. La libertad de reglas arbitrarias por la cual Cameron había luchado, la libertad que imponía una nueva y grande responsabilidad, en el arquitecto creador, resultó una mera eliminación de todo esfuerzo, hasta del esfuerzo de dominar los estilos históricos. Resultó una rígida disposición de nuevas reglas, la disciplina de una incompetencia consciente, pobreza creadora transformada en sistema, la mediocridad jactanciosamente confesada.

«Un edificio crea su propia belleza y su exorno se deriva de las reglas de su motivo y de su estructura», había dicho Cameron. «Un edificio no necesita belleza ni ornamento ni motivo», decían los nuevos arquitectos. Resultaba fácil afirmarlo. Cameron y pocos hombres más habían abierto la senda y la habían pavimentado con sus vidas. Otros hombres de los cuales había mayor número, los hombres que habían estado seguros de copiar el Partenón, vieron el peligro y encontraron el camino de su salvación: marchar por la senda de Cameron para llegar a un nuevo Partenón, a un Partenón

más fácil, con la estructura de un embalaje de vidrio y concreto. La palmera había sido perforada por los hongos que habían venido a nutrirse de ella, a deformarla, a ocultarla, a empujarla a la jungla común.

La jungla encontró sus palabras.

En *Una Vocecita*, con el subtítulo de *Nado con la corriente*, Ellsworth Toohey escribió:

«Hemos titubeado bastante tiempo antes de reconocer el poderoso fenómeno conocido con el nombre de Arquitectura Moderna. Tal precaución es necesaria para cualquiera que esté en la posición de mentor del gusto público. Demasiado a menudo, manifestaciones anómalas pueden ser confundidas con un amplio movimiento popular, y uno debe tener cuidado antes de adjudicarles una significación que no merecen. Pero la Arquitectura Moderna se ha ganado el fallo favorable del tiempo, ha respondido a las demandas de las masas y estamos encantados de saludarla.

»No parece inoportuno expresar el reconocimiento a los iniciadores de este movimiento, tales como el difunto Henry Cameron. En algunos de sus trabajos se pueden encontrar ecos premonitorios de la nueva grandeza. Pero, como todos los iniciadores, estaba limitado todavía por los prejuicios heredados del pasado por la sentimentalidad de la clase media de la cual procedía. Sucumbió a la superstición de la belleza y del exorno, aunque éste fue de su propia invención y, por consiguiente, inferior a las formas históricas establecidas.

»Le tocó al esfuerzo de un amplio movimiento colectivo llevar la Arquitectura Moderna a la plenitud y a la verdad de su expresión. Ahora se la puede ver propagar en todo el mundo, no como el caos de fantasías individuales, sino como una disciplina organizada, coherente, que hace al artista exigencias severas, entre ellas la de subordinarse a la naturaleza



colectiva de su arte.

«Las reglas de esta nueva arquitectura han sido formuladas en el vasto proceso de la creación popular. Son tan estrictas como las reglas del clasicismo. Exigen simplicidad, sin adornos, como la franqueza de un hombre común íntegro. Así como en la época que pasa, la de los banqueros internacionales, cada edificio debe tener una cornisa ornamentosa, así, ahora, la época que se aproxima ordena que cada edificio tenga un tejado plano.

«Así como la era imperialista requería un pórtico romano en cada casa, así la era de la humanidad requiere que cada casa tenga ventanas en las esquinas, símbolo de la distribución de la luz solar igual para todos.

»La mente alerta verá la elocuente significación social de las formas de la nueva arquitectura. Bajo el viejo sistema de explotación, a los elementos sociales más útiles —los obreros— nunca se les permitió darse cuenta de su importancia; sus funciones prácticas se conservaban ocultas y disfrazadas; de esta manera, un amo tenía sirvientes vestidos con fantásticas libreas con galones de oro. Esto se vio reflejado en la arquitectura de ese período: los elementos funcionales de un edificio —sus puertas, sus ventanas, sus escaleras— estaban ocultas bajo las volutas de una ornamentación insustancial. Pero en un edificio moderno son precisamente esos elementos útiles —símbolos del trabajo— totalmente puestos en evidencia. ¿No oímos en esto la voz de un mundo nuevo en el cual los obreros se encontrarán a sí mismos?

«Llamaremos la atención sobre la nueva planta de la Cassett Brush Company, que pronto estará terminada, considerándola el ejemplo mejor de la Arquitectura Moderna de los Estados Unidos. Es un pequeño edificio, pero en sus modestas proporciones sintetiza toda la sencillez inflexible de la nueva disciplina y presenta un

ejemplo vigorizante de la grandeza de lo pequeño. Fue proyectado por Augustos Webb, joven arquitecto de gran porvenir.»

Pocos días más tarde, al encontrarse con Toohey, Peter Keating le preguntó, molesto.

—Dígame, Ellsworth, ¿qué quiso decir con eso?

—¿Qué?

—Sobre la arquitectura moderna.

—Quise decir que yo opino así. ¿Qué le pareció mi artículo?

—¡Oh, pienso que es magnífico! Muy convincente. Pero, dígame, Ellsworth, ¿por qué..., por qué eligió a Gus Webb? Después de todo yo he hecho algunas cosas modernas en los últimos años. El edificio Palmer es bastante desnudo y el edificio Mowry no tiene más que el tejado y las ventanas, y el almacén Sheldon era...

—Vamos, Peter, no sea así. Me he portado bastante bien con usted. Déjeme que de cuando en cuando dé a otro un empujón.

En el almuerzo al que había ido a hablar de arquitectura, Peter Keating dijo:

—Pensando en mi carrera hasta la fecha, llego a la conclusión de que he trabajado sobre un principio verdadero: el principio de que el cambio constante es una necesidad en la vida. Desde el momento que los edificios son una parte indispensable de la vida, se sigue que la arquitectura debe cambiar constantemente. Nunca he tenido ningún prejuicio arquitectónico, mas he insistido en conservar mi espíritu abierto a todas las voces de los tiempos. Los fanáticos que predicaban que todas las construcciones debían ser modernas, son tan estrechos de espíritu como los obstinados conservadores que exigen que no empleemos nada más que estilos históricos. Yo no me disculpo por aquellos edificios que construí de acuerdo con la tradición clásica. Fueron una respuesta a una necesidad de una época. Ni me disculpo tampoco por los edificios que diseñé en estilo moderno.

Representan el mundo mejor que viene. En mi opinión, en la realización humilde de este principio está el premio y la alegría de ser arquitecto.

Cuando la noticia de la elección de Peter Keating para edificar Stoneridge fue hecha pública, hubo una complaciente publicidad en los círculos profesionales y muchos elogiosos comentarios de estímulo. Él trató de volver a hallar el placer que tales manifestaciones le causaban antes, pero fracasó. Sintió algo que se parecía a la alegría, pero fue corto y marchito.

El esfuerzo para diseñar Stoneridge le pareció una carga demasiado pesada para levantarla. Tampoco explicó las circunstancias por las cuales lo había obtenido; aquello también se había esfumado de su mente. Simplemente, no podía atreverse a la tarea de diseñar el gran número de casas que Stoneridge requería. Se sentía muy cansado. Se sentía cansado, cuando se despertaba por la mañana, y todo el día estaba esperando que llegase la hora de acostarse.

Le pasó Stoneridge a Neil Dumont y a Bennett. — Adelante—les dijo cansado—,hagan lo que quieran.

—¿Qué estilo, Peter? —preguntó Dumont. — Háganlo en algún estilo clásico. Los pequeños propietarios no lo aceptarán de otro modo, pero simplifíquelo un poco, de acuerdo con los comentarios de los diarios. Denle toques históricos y un sentido moderno. Como quieran. A mí no me importa.

Dumont y Bennett continuaron trabajando. Keating cambió en los bocetos unas pocas líneas del tejado y algunas ventanas. Los proyectos preliminares fueron aprobados por la oficina de Wynand. Keating no sabía si los había aprobado Wynand en persona, pues no había vuelto a verlo.

Dominique había estado un mes fuera cuando Guy Françon anunció su retiro. Keating le había hablado del divorcio sin darle ninguna explicación. Françon había acogido la noticia con tranquilidad.

—Lo esperaba —dijo—. Está bien, Peter. Probablemente no será culpa de usted ni de ella. Desde entonces no había vuelto a mencionarlo. Ahora tampoco dio ninguna explicación a su retiro. Dijo solamente:

—Ya le dije, hace tiempo, que esto llegaría. Estoy cansado. Bueno, suerte, Peter.

La responsabilidad de la firma sobre sus hombros y la perspectiva de su nombre solitario en la puerta de la oficina le produjo incomodidad a Keating. Necesitaba un socio. Eligió a Neil Dumont. Neil tenía elegancia y distinción. Era otro Lucio Heyer. La firma se transformó en Peter Keating y Cornelio Dumont. El acontecimiento fue festejado entre pocos amigos, pero Keating no asistió. Había prometido ir, pero lo olvidó, pues tuvo un solitario fin de semana en el campo cubierto de nieve, y no recordó la celebración hasta el día siguiente.

Stoneridge fue el último contrato firmado por la sociedad Françon y Keating.

## VII

Cuando Dominique descendió del tren en Nueva York, Wynand estaba esperándola. No le había escrito ni había sabido nada de él durante las semanas de su residencia en Reno. A nadie había hecho saber su retorno, pero Wynand estaba en el andén con un aire de determinación que significaba que había estado en contacto con sus abogados y había seguido todos los pasos del procedimiento del divorcio. Sabía cuándo había sido pronunciada la sentencia, la hora en que ella

había tomado el tren y el número del compartimiento.

No se adelantó hacia ella cuando la vio. Dominique fue hasta donde estaba él, porque sabía que le gustaba verla andar, aunque no fuese mayor el espacio que entre los dos mediaba. No sonreía, pero su rostro tenía la bella serenidad que puede transmutarse en sonrisa sin ninguna transición,

—¡Hola, Dominique!

Ella no había pensado en Wynand mientras estuvo ausente, ni con insistencia, ni con un sentimiento personal de su realidad; pero ahora sentía un inmediato reconocimiento, un sentido de unión con algo conocido y que se ha necesitado.

—Dame el resguardo del equipaje, vendré a buscarlo más tarde. Mi automóvil está ahí.

Dominique le entregó el resguardo y él se lo metió en el bolsillo. Sabían que tenían que volver y subir para salir, pero no se decidieron y se quedaron mirándose uno al otro.

Wynand hizo un esfuerzo por romper el silencio. Ella apenas se sonrió.

—Si tuviera derecho, te diría que habría soportado la espera sólo porque me miraras como lo haces. Pero no pretendo tener tal derecho ni lo diré.

Dominique rió.

—Te quiero —dijo Gail, con voz inexpresiva, como si las palabras fueran una manifestación de dolor y no se las dirigiese a ella.

—Estoy encantada de estar nuevamente contigo, Gail. No sabía que lo estaría, pero lo estoy.

—¿De qué modo, Dominique?

—No sé. Es una especie de contagio tuyo, creo. Una especie de determinación y de paz.

Después advirtieron que se estaban diciendo cosas en medio de un andén lleno de gente, entre personas y equipajes que pasaban corriendo.

Salieron a la calle, hacia el automóvil. Ella no

preguntó adonde iban ni se preocupó tampoco. Se sentó al lado de él, en silencio. Se sentía dividida, la mayor parte de su ser estaba arrastrado por un deseo de no resistir, y una pequeña parte se maravillaba de esto. Sintió un deseo de dejarse llevar por él, un sentimiento de confianza sin valoración; no era una confianza feliz, pero era confianza. Después de un momento advirtió que tenía su mano en la de Wynand; la longitud de sus dedos enguantados, adheridos a la longitud de los de Wynand; sólo la mancha desnuda de su muñeca presionaba la piel de Wynand. No sabía cuándo le había cogido él la mano; le pareció muy natural, y comprendió que era lo que había querido que hiciera desde que le vio; pero no se podía permitir a sí mismo desear tal cosa.

—¿Adonde vamos, Gail?

—A conseguir la licencia. Después a la oficina del juez. A casarnos, Dominique.

Se incorporó lentamente, mirándole. No retiró su mano, pero sus dedos se pusieron rígidos, conscientes, separándose de él.

—No —contestó.

Se sonrió y mantuvo su sonrisa durante un largo rato, con precisión fija y deliberada. Él la contemplaba tranquilamente.

—Quiero una verdadera boda, Gail. Quiero que sea en el hotel más suntuoso de la ciudad. Quiero invitaciones impresas, invitados, multitud de invitados, celebridades, flores, resplandor de luces, cámaras de cine. Quiero la boda que el público espera de Gail Wynand.

El liberó sus dedos, simplemente, sin resentimiento. Miró abstraído un instante, como si estuviese resolviendo un problema de aritmética, no muy difícil.

—Está bien. Eso requerirá una semana para disponerlo. Podría haberlo hecho esta noche, pero si quieres invitaciones impresas, debemos darles a los

invitados por lo menos una semana de tiempo. De otro modo parecería anormal, y tú quieres una boda de Gail Wynand, común. Ahora te llevaré al hotel, allí puedes vivir una semana. Como no había proyectado esto, no he hecho reservar habitaciones. ¿En dónde quieres vivir?

—En tu casa.

—No.

—En el «Nordland».

Se inclinó hacia delante y le dijo al chofer:

—Al «Nordland», John.

En el vestíbulo del hotel, le dijo a Dominique:

—Te veré dentro de una semana en el «Noyes Belmont», a las cuatro de la tarde. Las invitaciones irán a nombre de tu padre. Avísale a tu padre que me pondré en contacto con él. Yo me encargaré de todo lo demás.

Se inclinó al saludarla, sin cambiar de actitud; su calma tenía todavía la misma cualidad peculiar hecha de dos cosas: el dominio sobre sí mismo de un hombre tan seguro de su capacidad para dominarse que parecía natural, y una curiosidad infantil para aceptar los acontecimientos como si no estuvieran sujetos a ningún cambio.

Dominique no le vio durante aquella semana. Esperaba impacientemente.

Le volvió a ver cuando estuvieron juntos frente al juez, que pronunciaba las palabras de la ceremonia matrimonial ante el silencio de seiscientas personas en el salón de baile, iluminado con reflectores, del «Noyes Belmont Hotel».

El ambiente que ella había querido fue tan perfectamente logrado, que resultó su propia caricatura. No era un acompañamiento nupcial, sino un prototipo impersonal de vulgaridad derrochadora y exquisita. Wynand había comprendido su deseo y lo obedeció escrupulosamente; había rechazado el alivio de la exageración, no había puesto en escena el

acontecimiento con crueldad, pero lo realizó a la manera precisa que Gail Wynand, el propietario de diarios, lo habría elegido si hubiese deseado casarse en público. Pero Gail Wynand no había querido casarse públicamente

Se puso de acuerdo con la escena, y cuando entró Dominique vio que miraba a la multitud de invitados como si no se hubiese dado cuenta de que aquella multitud era apropiada para la *première* de la Gran Ópera o para un final en una fiesta real de beneficencia, y no el solemne acompañamiento para el más solemne momento de su vida. Estaba correcto, incomparablemente distinguido.

Después Dominique estuvo con él, mientras la multitud se transformaba en un silencio pesado y en una mirada glotona que los seguía, y ellos dos contemplaban juntos al juez. Dominique llevaba un largo traje negro con un ramo de jazmines naturales, obsequio de Wynand, sujeto con una cinta negra a su muñeca. Su rostro, bajo el halo de un sombrero de encaje negro, estaba levantado hacia el juez, que hablaba lentamente, dejando suspendidas sus palabras, una por una, en el aire.

Dominique miró a Wynand. Él no la miraba; tampoco miraba al juez. Entonces advirtió que Gail parecía estar solo en la habitación. Él captó aquel momento e hizo de él, del resplandor, de la vulgaridad, un silencioso ámbito propio. No había querido la ceremonia religiosa, a la que no respetaba, y pudo haber tenido menos respeto por la fórmula que recitaba delante de él un funcionario del Estado, pero hizo de la ceremonia un acto de religión pura. Dominique pensó que si se hubiese casado con Roark en tal ambiente, Roark habría estado igual. Después, la burla de la monstruosa recepción que siguió lo dejó inmune. Posó con ella para gran cantidad de cámaras de los diarios y respondió amablemente a todas las preguntas de los



reporteros, una multitud especial, más numerosa, dentro de la multitud. Se quedó con ella estrechando un círculo de manos reunidas que se desplegó delante de ellos durante horas. Wynand parecía insensible a las luces, a los montones de azucenas, a los sonidos de la orquesta, al río de gente que fluía sin cesar y se abrió en un delta cuando llegó el champaña; insensible a los invitados que habían ido allí llevados por el aburrimiento, por un odio envidioso, por una sumisión repugnante a una invitación hecha por un hombre peligroso, por una curiosidad hambrienta de escándalo. Parecía no darse cuenta de que todos tomaban su inmolación pública como justo tributo a ellos.

Dominique observaba atentamente. Quería que Wynand se divirtiera con todo aquello, aunque fuera un solo instante. Que lo aceptara y se incorporase, siquiera una vez, para mostrar el alma del *New York Banner* en su propio elemento. No vio la aceptación. Vio, a veces, un rasgo de dolor; pero aun el dolor no le llegaba completamente. Y ella se acordó del único hombre que conocía y que había hablado del sufrimiento que derriba, pero sólo hasta cierto punto.

Cuando la corriente se llevó las últimas felicitaciones, estaban en libertad para irse, según las reglas de la práctica. Pero Wynand no se movió. Dominique comprendió que esperaba su decisión. Se alejó de él y se sumergió en la corriente de los invitados; sonreía, se inclinaba y escuchaba las tonterías ofensivas, con una copa de champaña en la mano. Vio a su padre en el tropel. Estaba orgulloso y pensativo, parecía perplejo. Había recibido el anuncio matrimonial con calma y le había dicho: «Te deseo que seas feliz, Dominique. Lo quiero de todo corazón. Espero que sea un hombre adecuado para ti.» El tono con que pronunció tales palabras, decía que no estaba seguro.

Vio a Ellsworth Toohey entre la multitud. Él se dio cuenta de que Dominique lo miraba y en seguida se

volvió. Ella deseaba reírse a carcajadas, pero el incidente de Ellsworth Toohey, que la cogió de sorpresa, no parecía de bastante importancia para reírse en semejante ocasión.

Alvah Scarret se abrió camino para llegar hasta Dominique. Hacía un gran esfuerzo por tener una expresión conveniente, pero su rostro parecía hosco y ofendido. Murmuró algo rápidamente sobre sus deseos de felicidad, pero después dijo, en forma perceptible y con vivo enojo:

—Pero ¿por qué, Dominique? ¿Por qué?

Dominique no podía creer que Alvah se permitiese la crudeza de decir lo que la pregunta significaba; por ello le preguntó con frialdad:

—¿A qué se refiere, Alvah?

—Al veto, se entiende.

—¿Qué veto?

—Bien sabe a qué veto me refiero. Yo, a mi vez, le pregunto, ahora que todos los diarios de la ciudad están aquí representados, todos los condenados, incluso los peores pasquines, todos los servicios telegráficos, todos, menos el *Banner*. ¡Todos menos los diarios de Wynand! ¿Qué le voy a decir al público? ¿Cómo les voy a explicar esto? ¿Es justo que le hagan una cosa así a un antiguo compañero de trabajo?

—Hágame el favor de repetirlo, Alvah.

—¿Acaso usted ignoraba que Gail no quiso permitir a ninguno de nuestros muchachos aquí? ¿Que nosotros no tendremos mañana ninguna información, ni una crónica extensa, ni una foto, nada más que dos líneas en la página dieciocho?

—No —contestó ella—, no lo sabía.

Alvah se quedó sorprendido con el súbito gesto de Dominique al alejarse de él. Ella le entregó la copa de champaña, al primero que encontró a mano, a quien confundió con un mozo. Se acercó a Wynand.

—Vamos, Gail.

—Sí, querida.

Dominique se sintió incrédula en la sala de la casa de Wynand al pensar que aquel sitio era su hogar y que a ella le parecía lo más natural.

Él la observaba. No demostró ningún deseo de hablar ni de tocarla; tan sólo quería observarla allí, en su casa, sobre la ciudad, como si no debiera compartir ni siquiera con ella el significado de aquel momento. Dominique se paseó lentamente por la habitación. Se quitó el sombrero, se apoyó contra el borde de la mesa. Se preguntó por qué había desaparecido delante de él su hábito de hablar poco; por qué se sentía impulsada a la franqueza sencilla, como nunca le había ocurrido con nadie más.

—Te saliste con la tuya, después de todo, Gail. Te casaste como querías.

—Sí, así lo creo.

—Era inútil tratar de torturarte.

—Realmente, sí. Pero no me importaba mucho.

—¿No te importaba?

—No. Si era lo que tú querías, era cuestión de mantener mi promesa.

—Pero odiabas eso, Gail.

—Totalmente. Sólo el primer momento fue duro, cuando me lo dijiste en el automóvil. Después estaba más bien contento.

Habló tranquilamente, armonizando con la franqueza de Dominique.

—¿Por qué?

—¿No advertiste tu propio error si es que fue error? No te hubieras interesado en hacerme sufrir si te hubiese sido completamente indiferente.

—No. No fue un error.

—Sabes perder, Dominique.

—Creo que me he contagiado de ti, Gail. Y hay algo que quiero agradecerte.

—¿Qué?

—Que hayas prohibido la noticia de nuestra boda en los diarios de Wynand.

Wynand la miró de una manera especial; después se sonrió.

—No está en tu modo de ser el que me agradezcas eso.

—No parece tuyo el que hayas hecho tal cosa.

—Tenía que hacerlo. Pero creí que te enojarías.

—Tendría que haberme enojado. Pero no. Te lo agradezco.

—¿Puede uno sentir gratitud por la gratitud? Es un poco difícil de expresar, Dominique; pero eso es lo que siento.

Ella miró la suave luz en las paredes circundantes. La iluminación era parte de la sala y le daba a las paredes la apariencia de ser algo más que materia y color.

—Gail, no te preocupes por lo que vamos a hacer ahora. ¿Vamos a viajar? ¿Vamos a tener luna de miel?

Es curioso, no se me había ocurrido. Pensé en la boda y nada más. Como si mis funciones terminaran allá y tú te hicieras cargo de lo demás.

—Pero esta vez no es en favor mío. La pasividad no es un buen síntoma. Para ti, al menos.

—Quizá...si estuviera contenta con ello.

—Quizá. Aunque no durara. No, no iremos a ninguna parte. A menos que tú quieras ir.

—No.

—Entonces nos quedaremos aquí. Otra manera peculiar de hacer una excepción. Tu manera y la mía. Salir, para ambos, ha sido siempre correr. Esta vez no correremos.

—Sí, Gail.

Cuando la tomó y la besó, su brazo estaba entre el cuerpo de ella y el suyo, su mano en su propio hombro. Dominique sintió que su mejilla tocaba el ramo de jazmines marchitos sujetos a su muñeca; el perfume de

las flores estaba intacto todavía, como una sugestión de primavera.

Cuando entró en el dormitorio, Dominique advirtió que no era el lugar que había visto fotografiado en incontables revistas. La caja de cristal había sido demolida. La habitación edificada en su lugar era una sólida bóveda sin ninguna ventana. Estaba iluminada y tenía aire acondicionado, y ni la luz ni el aire procedían del exterior.

Se echó en la cama y apretó sus manos en las sábanas, suaves y frías, y no movió los brazos para acariciarlo, pero esta rígida indiferencia no le produjo a él ningún enojo inútil. Comprendió y se rió. Ella le oyó decir, con voz ruda, desconsiderada, divertida:

—No está bien, Dominique,

Y se dio cuenta de que la barrera ya no estaría entre ellos, que no tendría poder para sostenerla. Sentía en su cuerpo la respuesta, una respuesta que era de hambre, de aceptación, de placer. Pensó que no se trataba de deseo, ni del acto sexual, sino de aquel hombre que era la fuerza de la vida, y que la mujer no podía responder de otra manera; que aquel hombre tenía el deseo de la vida, el poder principal, y que aquel acto era sólo su manifestación más simple y que ella no respondía al hecho ni al hombre, sino a la tuerza que había dentro de él.

—¿Qué? —preguntó Toohey—, ¿Ha comprendido ahora la cuestión, Scarret?

Estaba apoyado descuidadamente, contra el respaldo de la silla de Scarret, y éste, sentado, contemplaba un cesto lleno de correspondencia que estaba a un lado de la mesa.

—Miles —suspiró Scarret—, miles, Ellsworth. Tendría que ver lo que dicen. ¿Por qué no hizo publicar

ninguna información de la boda? ¿Le daba vergüenza? ¿Qué tenía que esconder? ¿Por qué no se casó por la iglesia como un hombre decente? ¿Cómo se pudo casar con una divorciada? Eso es lo que miles de personas le preguntan, y él no ha mirado las cartas aún. ¡ Gail Wynand, el hombre al que ellos llaman el sismógrafo de la opinión pública!

—Así es —dijo Toohey—. Un hombre de esa clase.

—Aquí hay un ejemplo. —Scarret tomó una carta y leyó en voz alta:

Soy una mujer respetable y madre de cinco hijos, y no pienso que pueda educar a mis hijos con su diario. Lo he recibido durante catorce años, pero ahora que usted demuestra ser un hombre que carece de decencia, capaz de burlarse de la sagrada institución del matrimonio, cometiendo adulterio con una mujer caída y además esposa de otro hombre y haciéndolo ella con traje negro, como verdaderamente debería hacerlo. No leeré más su diario, porque usted no es un hombre adecuado para los chicos, y estoy desengañada de usted. Sinceramente, señora de Thomas Parker.

—Se la leí y no hizo más que reírse.

—¡Aja! —dijo Toohey.

—¿Qué se le ha metido en la cabeza?

—No es lo que se le ha metido en la cabeza, Alvah. Es algo que ha salido al fin.

—A propósito, ¿sabía usted que muchos diarios desenterraron las viejas fotografías de la estatua desnuda de Dominique, de aquel maldito templo, y la publicaron con la crónica del casamiento, para demostrar el interés de la señora Wynand por el arte? Los bastardos. ¡Están encantados de vengarse de Gail! ¡Lo están cargando! ¿Quién les habrá proporcionado eso?

—No podría decirlo.

—Bueno, por supuesto no es nada más que una tormenta en un vaso de agua. Se olvidará todo en pocas

semanas. No creo que haga mucho daño.

—No. Este incidente solo, no. En sí mismo no tiene importancia.

—¿Eh? ¿Está prediciendo algo?

—Esas cartas lo predicen, Alvah. No las cartas en sí, sino el hecho de que él no las quiera leer.

—¡Oh, no vale la pena entontecerse! Gail sabe cómo y cuándo debe detenerse. No haga una montaña de una... —Levantó la vista hasta Toohey y cambió de voz—: ¡Cristo! Sí, Ellsworth, usted tiene razón. ¿Qué vamos a hacer?

—Nada, amigo. Por un tiempo, nada.

Toohey se sentó sobre la mesa de Scarret y con la punta de su zapato puntiagudo jugó con los sobres del cesto, levantándolos y haciéndolos crujir. Había tomado la agradable costumbre de entrar en la oficina de Scarret a todas horas. Scarret había empezado a depender de él.

—Dígame, Ellsworth— le preguntó de súbito Scarret—¿es usted realmente fiel al *Banner*?

—Alvah, no me hable en dialecto. Nadie está tan encadenado como yo.

—No, quiero decir... Bueno, usted ya sabe lo que quiero decir.

—No tengo la más mínima idea. ¿Quién es desleal a su pan con manteca?

—Sí, así es, Sin embargo, usted sabe, Ellsworth, cómo lo estimo; sólo que nunca estoy seguro de cuándo habla mi lenguaje y cuándo habla el suyo.

—No se meta en complejidades psicológicas. Lo enredará todo. ¿Qué tiene en la cabeza?

—¿Por qué escribe todavía en *Nuevas Fronteras*?

—Porque me pagan.

—¡Oh, vamos, eso es una bagatela para usted!

—Es una revista de prestigio. ¿Por qué no habría de escribir en ella? Ustedes no tienen mi exclusividad.

—No, y no me importa para quién escribe usted en sus horas libres, pero *Nuevas Fronteras* ha estado muy

extrañada últimamente.

—¿Respecto a qué?

—A Gail Wynand.

—¡Oh, chismes, Alvah!

—No, señor, no son chismes. Simplemente usted no se ha informado; sospecho que lo ha leído, pero tengo instinto para esas cosas y lo sé. Sé cuando un muchacho inteligente acierta un disparo y cuando una revista es seria.

—Usted está nervioso, Alvah, y exagera: *Nuevas Fronteras* es una revista liberal y Gail no ha sido nunca muy popular en el periodismo, usted lo sabe. No lo ha perjudicado, ¿verdad?

—Eso es diferente. No me gusta cuando hay un sistema detrás, un propósito especial como un conjunto de tretas pequeñas que gotean inocentemente y forman pronto una pequeña corriente y se cumple lo propuesto...

—¿Se le están despertando manías persecutorias, Alvah?

—No me gusta. Estaba bien cuando la gente hablaba de sus yates, de sus mujeres y hacía un poco de escándalo con las elecciones municipales, pues nunca llegó a probarse nada —agregó rápidamente—; pero no me gusta esa nueva expresión que la gente está adquiriendo en nuestro país: «Gail Wynand, el explotador; Gail Wynand, pirata del capitalismo; Gail Wynand, la enfermedad de una época.» Eso es también inmundicia, Ellsworth, pero en esa inmundicia hay dinamita.

—No es nada más que la manera moderna de decir cosas viejas. Además, yo no puedo ser responsable de la orientación de una revista porque publique un artículo de vez en cuando.

—Sí pero... No es eso lo que yo oigo.

—¿Qué oye?

—Oigo decir que usted la costea.



—¿Quién? ¿Yo? ¿Con qué?

—Bueno, usted mismo no, pero oigo decir que consiguió a un tal Romy Pickering, un lebrél del alcohol, para que le diera una inyección de cien mil dólares precisamente cuando *Nuevas Fronteras* se iba por el camino de todas las fronteras.

—¿Qué diablos! Fue por salvar a Ronny de las cloacas más lujosas de la ciudad. El muchacho estaba perdido. Le di un propósito de vida más elevado y puso cien mil dólares para un uso mejor que el que le habrían dado las coristas que, seguramente, se los habrían sacado.

—Sí, pero usted podía haberle atado una cuerda al regalo, podía haber deslizado palabras al oído de los redactores para que dejaran en paz a Gail o de «otro modo».

—*Nuevas Fronteras*, no es el *Banner*. Es una revista de principios. No se le imponen condiciones a los redactores ni se les dice «de otro modo».

—¿A quién engaña con ese juego, Ellsworth?

—Bueno si se trata de darle quietud a su mente, le diré algo que usted no ha oído todavía. No es para darlo a la publicidad, fue hecho mediante un grupo de apoderados. ¿Sabía usted que le hice comprar a Mitchell Layton una buena cantidad de acciones del *Banner*?

—¿No!

—Sí.

—¿Ellsworth, es grande! ¿Mitchell Layton? Podemos emplear una reserva como ésa y... Espere un minuto. ¿Mitchell Layton?

—Sí. ¿Qué hay de malo con Mitchell Layton?

—¿No es ese muchacho que no podía digerir la herencia del abuelo?

—El abuelo le dejó una enorme fortuna.

—Sí, pero él está medio chiflado. Ha sido yogui, después vegetariano, luego perteneció a la Iglesia unitaria, después fue partidario del desnudismo... y

ahora se ha ido a Moscú a edificar el palacio del proletariado.

—¿Qué hay con eso?

—¡Pero, Jesús!... ¿un rojo entre nuestros accionistas?

—Mitch no es rojo. ¿Cómo puede ser rojo con un cuarto de millón de dólares? No es nada más que una pálida rosa de té. Más bien amarilla. Pero un muchacho de gran corazón.

—Pero... ¡en el *Banner*!

—Creo que usted no es un asno, Alvah. ¿No ve? Le he hecho poner su dinero en un diario bueno, sólido y conservador. Eso lo curará de sus chifladuras y lo pondrá en la buena senda. Después de todo, ¿qué daño puede haber? ¿No lleva sus diarios su querido Gail?

—¿Sabe Gail eso?

—No. Gail no ha sido tan vigilante en estos últimos años como solía ser, y lo mejor que podría hacer es no decírselo. ¿Ve el camino por donde va Gail? Necesitará una pequeña presión, y usted necesitará el dinero. Sea amable con Mitch Layton. Puede convenirle.

—Así es.

—¿Ve? Mi corazón está tranquilo. He ayudado a una pequeña revista liberal como es *Nuevas Fronteras*, pero he traído una cantidad más sustancial de dinero a una gran fortaleza de archí conservadurismo como es el *New York Banner*.

—Está bien y es una gran honradez de su parte, si se considera que usted es un izquierdista.,

—¿Puede hablar ahora de mi deslealtad?

—Creo que no. Supongo que estará usted con el viejo *Banner*.

—Claro que estoy. Porque amo el *Banner* hice todo lo que hice por él. Hubiera dado mi vida por el *New York Banner*.

## VIII

Si uno recorre una isla desierta, se mantiene anclado al resto de la tierra, pero en su casa, con el teléfono desconectado, Wynand y Dominique no tenían ningún sentido de los cincuenta y cinco pisos que había debajo, y les parecía que su hogar estaba anclado en el espacio; no en una isla, sino en un planeta. La ciudad resultaba una abstracción con la cual no se podía establecer ninguna comparación posible, como el cielo; era un espectáculo para ser admirado, pero sin ninguna relación directa con sus vidas.

Hasta dos semanas después de la boda no salieron de su casa. Ella podía haber apretado el botón del ascensor y quebrar el aislamiento cuando lo hubiera deseado, pero no lo había hecho. No tenía deseos de resistir ni de sorprenderse ni de averiguar. Era el encanto y la paz.

Wynand se quedaba sentado, conversando durante horas cuando ella quería. Se quedaba encantado del silencio, si ella así lo prefería y de contemplarla como a los objetos de su galería de arte, con la misma mirada, distante e imperturbable. Contestaba a todas las preguntas que ella le hacía. Él nunca preguntaba. Nunca manifestaba lo que sentía. Cuando Dominique deseaba estar sola, no la llamaba. Una noche que estaba sentada leyendo en su habitación, lo vio junto al helado parapeto del oscuro jardín, en medio de la estría de luz que procedía de la ventana, sin volverse para contemplar la casa.

Cuando terminaron las dos semanas, él volvió al trabajo, a la oficina del *Banner*, pero el sentido del aislamiento quedó, como una cuestión establecida y que debía ser preservado en los futuros días. Volvía por la

noche al hogar y la ciudad dejaba de existir.

Wynand nunca se lo dijo, pero ella se dio cuenta de que no quería que saliese de la casa ni acompañada por él ni sola. Era una quieta obsesión que no quería demostrar. Cuando volvía a la casa, le preguntaba: «¿Has salido?» y nunca «¿Dónde has estado?» No eran celos; el «dónde» no tenía importancia. Cuando quería comprar un par de zapatos, Wynand le hacía enviar sendas colecciones de tres zapaterías para que eligiese, prohibiéndole visitar cualquier establecimiento, y había edificado una sala para proyecciones cinematográficas para cuando ella quería ver alguna película.

Dominique obedeció en los primeros meses. Cuando se dio cuenta de que le gustaba aquel aislamiento, lo rompió de golpe. Le hizo aceptar invitaciones y por su parte invitó gente a su casa. Él consintió sin protestar.

Pero mantenía un muro que ella no podía romper; era el muro que había erigido entre su esposa y sus diarios. El nombre de Dominique nunca aparecía en sus páginas. Impidió todo intento de llevar a la señora de Gail Wynand a la vida social, de encabezar comités, de fomentar campañas de beneficencia, de apoyar cruzadas generosas. No titubeó en abrirle la correspondencia si llevaba algún membrete que le indicase que la carta era contraria a sus propósitos, para destruirla sin contestarla, sin decirle siquiera a ella que la había destruido.

Dominique se encogía de hombros y no decía nada.

Sin embargo, al parecer, no compartía el desprecio que sentía por sus diarios. No le permitía discutirlos. Dominique no podía descubrir lo que pensaba de ellos ni lo que sentía. Una vez, cuando ella comentó un editorial ofensivo, él le dijo fríamente:

—Nunca he pedido excusas por el *Banner*. Nunca lo haré.

—Pero esto es realmente terrible, Gail

—Pensé que al casarte conmigo sabías que era

propietario del *Banner*. No esperes que lo cambie o que lo sacrifique. No lo haría por nadie en el mundo.

Dominique se rió:

—No te lo hubiera pedido, Gail.

Él, como contestación, se quedó serio.

En la oficina del *Banner* trabajaba con nueva energía, con una especie de acceso, un estado feroz que sorprendía a los hombres que lo habían conocido en sus años más ambiciosos. Cuando era necesario se quedaba toda la noche en la oficina, como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. No cambió sus métodos ni su orientación. Alvah Scarret le observaba satisfecho.

—Nos habíamos equivocado con él, Ellsworth —le dijo Scarret a su constante compañero—, es el mismo Gail, Dios le bendiga. Está mejor que nunca.

—Mi querido Alvah —dijo Toohey—, nada tan sencillo como lo que usted piensa ni tan prematuro.

—Pero es feliz. ¿No ve que es feliz?

—Ser feliz es lo más pernicioso que le podía ocurrir. Y como humanitario que soy, al fin, pienso esto por su propio bien.

Sally Brent decidió ser más lista que su jefe. Sally Brent era una de las más orgullosas posesiones del *Banner*; una mujer imponente, de edad madura, que se vestía como un figurín del siglo xxi y que escribía como una camarera. Tenía gran cantidad de admiradores personales entre los lectores del *Banner*. Su popularidad la hizo presuntuosa.

Sally Brent decidió publicar una nota acerca de la señora de Gail Wynand. Era justamente, su tipo de nota y estaba dispuesta a realizarla. Logró la admisión en la casa de Wynand empleando la táctica necesaria para conseguir ser recibida en los lugares donde a uno no le quieren, táctica que conocía como buena empleada de Wynand. Hizo su dramática entrada de costumbre. Llevaba un traje negro con un girasol natural en el hombro —su adorno característico, que se había

transformado ya en su marca de fábrica—y le dijo a Dominique, hipando:

—Señora Wynand, he venido a ayudarla a decepcionar a su marido. —Después le hizo un guiño, como expresando su perversidad, y le explicó—: Nuestro querido señor Wynand ha sido injusto con usted, querida, al privarla de su justa fama y por una razón que no puedo comprender. Pero usted y yo sabremos enmendarle la plana. ¿Qué puede hacer un hombre cuando las muchachas como nosotras nos unimos? Él no sabe qué buen ejemplar es usted. De manera que cuéntame usted, yo lo redactaré, y será tan bueno que no podrá dejar de publicarlo.

Dominique estaba sola en la casa y se sonreía de un modo que Sally Brent no había visto antes, de modo que no se le ocurrían los adjetivos precisos a su acostumbrado espíritu de obsesión. Dominique le dio la información. Le dio la información exacta que Sally había soñado.

—Sí, por supuesto, yo preparo un desayuno —dijo Dominique—. Su plato favorito es jamón y huevos, jamón y huevos, simplemente... ¡Oh, sí, señorita; soy muy feliz! Abro los ojos por la mañana y me digo a mí misma: «No puede ser cierto, no es tan fácil llegar a ser la esposa del gran Gail Wynand, que ha podido elegir a las bellezas más atractivas del mundo.» Estuve enamorada de él durante años. Fue un sueño, un sueño hermoso e imposible. Y ahora es como un sueño que se ha realizado... Por favor, señorita Brent, dé este mensaje a todas las mujeres de los Estados Unidos: «La paciencia siempre es premiada y el romance de amor siempre anda por las esquinas.» Creo que es un pensamiento hermoso y quizás ayude a muchas otras jóvenes como me ha ayudado a mí... Sí, todo lo que quiero en la vida es hacer feliz a Gail, compartir sus alegrías y dolores, ser una buena esposa y una buena madre.

Alvah Scarret leyó el relato y le gustó tanto que perdió toda prudencia.

—Publíquelo, Alvah —le apremió Sally Brent—; la prueba está en su mesa. Lo aprobará. ¡Cómo no lo va a aprobar!

Aquella noche, Sally Brent fue echada del diario. Recibió una indemnización por el valioso contrato —cuya vigencia aún tenía tres años— y se le comunicó que no debía volver a pisar el edificio del *Banner* bajo ningún pretexto.

Scarret protestó con pánico:

—Gail, ¡no puede echar a Sally! ¡A Sally, nada menos!

—Cuando no pueda echar a alguien, cerraré mi diario y haré volar el edificio —dijo Wynand con calma.

—Pero ¡su público! ¡Perderemos su público!

—¡Que se vaya al diablo su público!

Aquella noche, durante la cena, Wynand sacó del bolsillo un arrugado rollo de papel —la prueba de la crónica— y lo arrojó a la cara de Dominique sin decirle una palabra. Le golpeó la mejilla y cayó al suelo. Ella lo recogió y lo desenrolló. Vio de qué se trataba y se rió a carcajadas.

Sally Brent escribió el artículo sobre la vida amorosa de Gail Wynand en tono alegre, intelectual, en los términos de un estudio sociológico, pero con tal material que ninguna revista importante lo habría aceptado. Fue publicado en *Nuevas Fronteras*.

Wynand le regaló a Dominique un collar diseñado de acuerdo con un modelo especial que había ordenado. Estaba hecho de diamantes sin engaste visible, muy espaciados, unidos con cadenas de platino apenas visibles. Cuando se lo abrochó en torno al cuello, parecían gotas de agua caídas al azar, formando un modelo original que representaba un manojo.

Ella permaneció un rato ante el espejo. Se quitó de los hombros el vestido de fiesta y dejó que las gotas de

lluvia brillaran en su piel.

—Ese relato de la señora Bronx que mató a la joven querida de su marido es bastante sólido, Gail. Pero creo que hay algo más inmundo todavía y es la curiosidad de la gente que disfruta leyendo esas cosas. Y aún hay otra cosa más sucia y es la gente que fomenta esas curiosidades. Realmente, gracias a esa señora, cuyas piernas de pata de piano y cuyo rostro abotagado aparecen en sus retratos, ha sido posible este collar. Es un collar hermoso. Me lo pondré con orgullo.

Wynand se sonrió. El súbito brillo de sus ojos tenía un extraño matiz de desafío.

—Es un modo de verlo —dijo—. Hay otro. Me gusta pensar que he tomado lo que más rechaza el espíritu humano, la mente de esa mujer y la de la gente a la que le gusta leer lo que se escribe sobre ella, para hacer con eso este collar para tu cuello. Me parece que soy un alquimista que he realizado tan grande purificación.

Ella vio que, de acuerdo con su mirada, aquello no era una excusa ni un lamento ni una expresión de resentimiento. Era una mirada extraña, ella lo había advertido antes; una mirada de simple adoración. E hizo que ella aprendiese que hay una etapa del culto que hace al adorador objeto de reverencia.

A la noche siguiente estaba sentada delante del espejo cuando él entró en su gabinete. Cuando Wynand se inclinó para besarla en la nuca, vio un cuadrado papel adherido a un triángulo del espejo. Era la copia descifrada del cablegrama que había terminado con su carrera en el *Banner*. «Eche a esa perdida. G. W.»

Wynand levantó los hombros, quedándose erguido detrás de ella.

—¿Cómo conseguiste eso?

—Me lo dio Ellsworth Toohey. Pensé que valía la pena conservarlo. Por supuesto, no sabía que llegaría a ser tan apropiado.



Él inclinó gravemente la cabeza, reconociendo ser su autor, y no dijo nada más.

Dominique creyó que a la mañana siguiente no iba a encontrar el cablegrama, pero él no lo había tocado. Ella no lo quitó. Quedó extendido en el ángulo del espejo. Cuando Gail la abrazaba, Dominique veía que sus ojos se dirigían a menudo al cuadrado papel. Ella no podía adivinar lo que pensaba.

Una asamblea de propietarios de diarios lo hizo salir de Nueva York en la primavera por una semana. Era su primera separación. Cuando volvió, Dominique lo sorprendió porque fue a recibirlo al aeropuerto. Estaba alegre y gentil, su talante comportaba una promesa que él nunca había esperado.

Cuando penetró en la casa y se tendió en un diván, Dominique comprendió que deseaba quedarse allí, para sentir la reconquistada seguridad de su propio mundo. Vio que sus ojos se entregaban a ella sin defensa, y se mantuvo erguida, diligente.

—Sería mejor que te vistieras, Gail. Tenemos que ir al teatro esta noche.

Se sentó. Se sonrió poniendo de relieve las sesgadas arrugas de su frente. Ella experimentó un sentimiento de admiración frío hacia él: el dominio era perfecto, todo, menos las arrugas.

—Muy bien. ¿Corbata negra o blanca?

—Blanca. Tengo entradas para *No es piel de su nariz*. Fue muy difícil conseguirlas.

Era demasiado, demasiado ridículo originar entonces una disputa entre ellos. Él la desbarató riéndose francamente, con disgusto irreprimible.

—¡Dios mío, Dominique, pero no para ver esa obra!

—¿Por qué, Gail? ¡ Es el acontecimiento más grande de la ciudad! Tu propio crítico, Jules Fougler... —él dejó de reír; comprendió— dijo que era la comedia más grande de nuestra época. Ellsworth Toohey dijo que era la voz joven del nuevo mundo que llegaba. Alyah

Scarret manifestó que no estaba escrita con tinta, sino con la leche de la bondad humana. Sally Brent, antes que tú la echaras, dijo que la hizo reír con un nudo en la garganta. Ya ves, es el protegido del *Banner*. Estaba segura de que querrías verla.

—Sí, por supuesto —respondió él.

Se levantó y se fue a vestir.

*No es piel de su nariz* se representó muchos meses. Ellsworth Toohey había manifestado en su sección que el título de la obra había sufrido un ligero cambio «como concesión al melindre de la clase media que todavía manda en nuestro teatro. Es un ejemplo contra la libertad del artista. No escuchen más esa vieja conseja de que constituimos una sociedad libre. Originalmente el título de esta hermosa comedia fue una línea del lenguaje popular, con la elocuencia simple, valiente de la expresión del pueblo».

Wynand y Dominique se sentaron en el centro de la fila cuatro y escucharon la obra sin mirarse. Lo que se representaba en el escenario era algo trillado y tosco, pero la tendencia que ocultaba lo hacía temible. Había en su insustancialidad tediosa de las palabras un tono que los actores habían absorbido como si fuese una infección; estaba en sus rostros afectados, en la astucia de sus voces, en sus ademanes desordenados. Era un tono de insustancialidad manifestada en forma de revelaciones que pedían insolentemente ser aceptadas como tal; un tono que no era de presunción inocente, sino de consciente descaro, como si el autor conociese la naturaleza de su obra y se jactase de su poder para hacerla aparecer como sublime ante el espíritu de los oyentes, y así destruir la capacidad para lo sublime de ellos. La obra justificó el veredicto de los que la habían apadrinado; causó risa, resultó divertida; era un chiste indecente; su acción no transcurría en el escenario sino en el auditorio. Era como un pedestal del cual hubiesen sacado un dios, para colocar en su lugar, no a Satanás

con una espada, sino un vagabundo sorbiendo una botella de «Coca-Cola».

Había en los espectadores un silencio atento y enigmático. Cuando alguien reía, los demás se unían a la risa, con el alivio de saber que se estaban divirtiendo. Jules Fougler trató de no ejercer influencia sobre nadie; había aclarado, simplemente y por anticipado, que el que fuera incapaz de comprender la obra era, fundamentalmente, un hombre indigno. «No vale la pena dar explicaciones —había dicho—. O se es capaz de saborearlo, o no.»

En el entreacto, Wynand oyó que una mujer imponente decía: «Es maravillosa. No la comprendo, pero tengo la impresión de que es algo importante.»

—¿Quieres que nos vayamos, Gail?

—No, nos quedaremos hasta el final.

Fue silencioso en el automóvil hasta su casa. Cuando entraron en el salón, se quedó dispuesto a oír y aceptar lo que fuera. Por un instante Dominique sintió el deseo de evitárselo. Sentíase vacía y cansada. No quería herirle, quería buscar su amparo.

Después volvió a pensar lo mismo que había pensado en el teatro. Pensó que la comedia era una creación del *Banner*, era lo que el *Banner* había alimentado, sostenido y hecho triunfar. Y era el *Banner* el que había comenzado y terminado la destrucción del templo de Stoddard... El *New York Banner*, 2 noviembre de 1930, *Una Vocecita*, *Sacrilegio*, por Ellsworth M. Toohey: *Las iglesias de nuestra infancia*, por Alvah Scarret. «¿Es usted feliz, señor Superhombre...?» —Y aquella destrucción no era un acontecimiento que había ocurrido hacía tiempo, no era una comparación entre dos entidades que no admitían mutua comparación, un edificio y una comedia; no era una casualidad ni era una cuestión de personas, de Ike, de Fougler, de Toohey, de ella misma... y de Roark. Era una contienda sin tiempo, una lucha entre dos abstracciones, entre la que había

creado el tiempo y aquella que había hecho posible la comedia; dos fuerzas que, de súbito, se le aparecían al desnudo; dos fuerzas que luchaban desde que comenzó el mundo y que todas las religiones habían conocido — siempre existieron Dios y el Demonio—, sólo que los hombres se habían equivocado con respecto a la forma del Demonio: no era único y grande; había demonios inmundos y pequeños. El *Banner* había destruido el templo de Stoddard para dar cabida a esa comedia.

—¿Qué ocurre..., Dominique?

Oyó la voz de Wynand, suave y llena de ansiedad. Nunca se había permitido poner en evidencia su ansiedad. Ella recogió el sonido como un reflejo de su propio rostro, de lo que él había visto en su rostro.

Permaneció erguida y segura de sí misma y con un gran silencio interior.

—Estoy pensando en ti, Gail. —Wynand estaba esperando—. ¿Sí, Gail? ¿La pasión total, para la elevación plena? —Se rió, dejando que sus brazos se balancearan como habían hecho antes los actores—. Dime, Gail, ¿tienes un sello de dos centavos con el retrato de George Washington? ¿Cuántos años tienes, Gail? ¿Has trabajado duramente? Tu vida está más que cumplida a medias, la has visto premiada esta noche. Tu hazaña, coronada. Claro está que ningún hombre es igual a su pasión más elevada. Ahora, si te esfuerzas, algún día te elevarás al nivel de esa comedia. —Él permanecía callado, oyéndola con resignación—. Pienso que deberías adquirir un manuscrito de esa obra y colocarlo en el centro de tu galería. Creo que deberías bautizar tu yate, y llamarlo *No es piel de su nariz*. Creo que tendrías que llevarme...

Gail Wynand exclamó:

—¡Cállate!

—...incluirme en el reparto y hacerme representar el papel de María, todas las noches. María, la que adopta la rata almizclera abandonada y...

—Cállate, Dominique.

—Entonces, habla. Quiero oírte hablar.

—Nunca me he justificado ante nadie.

—Bueno, entonces jáctate. Sería lo mismo.

—Ya que quieres saberlo, esa obra me ha producido asco. Creo que deberías saberlo. Ha sido peor que la señora Bronx.

—Mucho peor.

Wynand observó que algo había llegado hasta ella; no podía decir si era una respuesta de sorpresa o de enojo. No sabía cómo reconocía ella sus palabras y continuó:

—Me ha causado asco, pero así se han hecho muchas cosas en el *Banner*. Esta noche ha sido peor porque había una cualidad que estaba más allá de lo habitual. Una malignidad especial. Pero esto es popular entre los tontos y es medio legítimo del *Banner*. El *Banner* ha sido creado para beneficio de los tontos. ¿Qué más quieres que admita?

—Lo que has sentido esta noche.

—No completamente un infierno, porque tú estabas a mi lado. Esto es lo que querías, ¿no? Hacerme sentir el contraste. Sin embargo, te has equivocado. Miraba al escenario y pensaba que aquello era lo que le gustaba a la gente, tal es su espíritu; pero te encontraba a ti, te tenía a ti y por ese contraste el dolor tuvo dignidad. Sufría como tú deseabas, pero era un dolor que se avivó hasta cierto punto y entonces...

—¡Cállate! —gritó Dominique—. ¡Cállate, Gail condenado!

Ambos se quedaron asombrados. Él fue el primero en cambiar de actitud. Sabía que ella necesitaba amparo y la tomó por los hombros. Dominique lo apartó. Se dirigió a la ventana y se quedó contemplando la ciudad, los edificios, que se extendían abajo, entre la luz y la oscuridad.

—Lo siento, Gail —dijo después con voz monótona.

Gail no contestó—. No tenía derecho a decirte esas cosas. —Hablaba sin volverse; con los brazos levantados se apoyaba en el marco de la ventana—. Estamos en paz, Gail. Me he cobrado con la misma moneda, si tú prefieres. Yo inicié la guerra.

—No quiero que te cobres. —Habló serenamente—. ¿Qué pasó, Dominique?

—Nada.

—¿Qué te hicieron pensar mis palabras? No fue lo que yo dije, fue otra cosa. ¿Qué significaron para ti las palabras «un dolor que se avivó sólo hasta cierto punto»? Fue esa frase. ¿Qué pasó? —Ella continuaba contemplando la ciudad. A lo lejos pudo ver la parte superior del edificio Cord—. Dominique, he visto lo que puedes soportar. Debe de ser algo terrible. Yo debo saberlo. No hay nada imposible. Yo puedo ampararte contra eso y contra cualquier cosa que sea.

—Ella no contestó—. No fue sólo ese drama tonto, hubo algo peor para ti esta noche. Vi tu rostro en el teatro. Y después aquí lo mismo. ¿Qué es?

—Gail —dijo ella amablemente—, ¿me perdonas?

Dejó transcurrir un momento. No estaba preparado para eso.

—¿Qué tengo que perdonarte?

—Todo. Y esta noche.

—Ése fue tu privilegio. La condición con la cual te casaste. Vengarte del *Banner*.

—No, no quería vengarme del *Banner*.

—¿Por qué no quieres vengarte?

—No puedo ser vengada.

En el silencio oyó sus pasos, que atravesaban la habitación detrás de ella.

—Dominique, ¿qué fue?

—¿El dolor que se aviva hasta llegar a cierto punto? Nada. Sólo que no tienes derecho a decirlo. Los hombres que lo tienen, pagan por ese derecho un precio que tú no puedes pagar.

—Eso no fue todo.

—Creo que tenemos mucho en común. Hemos cometido la misma traición en alguna parte. No, ésta es una fea palabra... Sí, creo que es la palabra exacta. Es la única que tiene el sentido de lo que quiero decir.

—Dominique, tú no puedes sentir eso.  
Su voz parecía extraña. Ella se volvió.

—¿Por qué?

—Porque eso fue lo que sentí esta noche. Traición.

—¿Hacia quién?

—No sé.

—Eso es todo lo que quiero decir, Gail.

—¿Por qué tendrías que sentirlo? El *Banner* no es tu hijo.

—El mismo pecado toma distintas formas.

Después él cruzó la habitación y la tomó en sus brazos.

—Tú no conoces el significado de las palabras que yo empleo. Nos parecemos mucho, pero no en eso. Yo hubiera preferido que continuases espetándome insultos, en lugar de que trataras de compartir mis ofensas.

Ella apoyó su mano en la mejilla de Wynand y sus dedos le tocaron las sienes.

—¿Quieres decirme ahora qué era? —preguntó él.

—Nada. Traté de hacer más de lo que podía. Tú estas cansado, Gail. ¿Por qué no subes? Déjame aquí. Quiero contemplar la ciudad. Después iré.

Dominique estaba apoyada en la barra del yate, con sus sandalias sobre la cálida cubierta. El sol le daba en las desnudas piernas, el viento agitaba su fino traje blanco. Miraba a Wynand, que estaba tendido en una silla de cubierta, delante de ella.

Pensó en el cambio que, a bordo, había notado otra vez en él. Lo había estado observando en los meses del crucero de verano. Una vez le vio ganar una carrera a un compañero de viaje y el cuadro se quedó grabado en su mente: una figura alta, blanca, que se arrojaba en un rápido esfuerzo de seguridad; su mano se aferró a la baranda, arriesgando, deliberadamente, el peligro de una súbita interrupción y consiguiendo un nuevo impulso. No era el propietario corruptor del imperio popular. Era un aristócrata a bordo de un yate. «Se parece —pensó— a la idea que uno se hace de joven de la aristocracia: una clase, brillante de alegría, carente de toda culpa.»

Lo contemplaba ahora mientras reposaba en la silla de cubierta. Pensó que la lasitud era atractiva solamente en aquellos en que no es un estado natural. Se asombraba de él. Gail Wynand era famoso por su extraordinaria capacidad, pero no era meramente la fuerza de un aventurero ambicioso la que había creado una cadena de diarios; aquello —la calidad que ahora veía en él allí, lo que estaba tendido bajo el sol, como una respuesta—, era más grande: era una causa primera, una facultad fuera de la dinámica universal.

—Gail —dijo de súbito, involuntariamente,

Wynand abrió los ojos y la miró.

—Desearía haber registrado tu llamada —dijo perezosamente—. Te asombrarías al ver cómo sonó. Aquí desapareció demasiado rápidamente. Me gustaría escucharla otra vez en el dormitorio.

—La repetiré allí, si tú quieres.

—Gracias, querida. Y te prometo no exagerar ni atreverme demasiado. Tú no me quieres. Tú nunca has querido a nadie.



—¿Por qué piensas de ese modo?

—Si amases a un hombre, no se trataría de una boda circense y de una noche atroz en el teatro. Le harías probar el infierno.

—¿Cómo sabes eso, Gail?

—¿Por qué no me has quitado la vista de encima desde que nos conocimos? Porque no soy el mismo Wynand del que habías oído hablar. Ya ves, te quiero. Y el amor es una cuestión excepcional. Si tú amases, hubieras querido que te destrozaran, que te pisotearan, que te dieran órdenes, que te dominaran, porque sería lo imposible, lo inconcebible en tus relaciones con la gente. Ése sería el único don, la gran excepción que hubieras querido ofrecer a un hombre a quien amaras. Pero no sería fácil para ti...

—Si eso es cierto, entonces tú...

—Entonces yo me torno amable y humilde, para asombro tuyo, porque soy el peor canalla viviente.

—No creo eso, Gail.

—¿No? ¿No soy más que la penúltima persona del mundo?

—No.

—En efecto, querida, lo soy.

—¿Por qué piensas eso?

—No lo quiero pensar, pero pienso ser sincero. Éste ha sido mi único lujo personal. No cambies tu modo de pensar acerca de mí. Sigue viéndome como me veías antes de conocernos.

—Gail, no es eso lo que quieres.

—No tiene importancia lo que quiera yo. No quiero nada, a excepción de poseerte. Sin una correspondencia tuya. Tiene que ser sin correspondencia. Si empiezas a contemplarme demasiado cerca, verás cosas que no te gustarán nada.

—¿Qué cosas?

—¡Tú eres tan hermosa, Dominique! Tal como un accidente de Dios, y no hay persona que pueda

corresponderte ni interior ni exteriormente.

—¿Qué cosas, Gail?

—¿Sabes de qué estás enamorada en realidad? De la integridad. De lo imposible. Lo puro, lo consistente, lo razonable, la fe en sí mismo, el estilo propio como una obra de arte. Eso sólo se puede encontrar en el campo del arte. Pero tú quieres encontrarlo en la carne. Estás enamorada de eso. Ya ves, yo nunca he tenido ninguna integridad.

—¿Cómo estás seguro de eso, Gail?

—¿Has olvidado el *Banner*?

—¡Al diablo el *Banner*!

—Está bien, al diablo el *Banner*. Resulta agradable oírte decir eso. Pero el *Banner* no es el síntoma mayor. Que yo no haya practicado ninguna clase de integridad, no es tan importante. Lo verdaderamente importante es que no haya sentido ninguna necesidad de ello. Odio esa concepción. Odio la presuntuosidad de esa idea.

—Dwight Carson... —dijo ella.

Wynand advirtió el tono de disgusto de su voz.

—Sí, Dwight Carson. El hombre que yo compré. El individualista que se transformó en glonficador de la masa e, incidentalmente, en dipsómano. Yo hice eso. Es todavía peor que el *Banner*, ¿no es verdad? A ti te gusta recordarlo, ¿no?

—Pero seguramente habrás oído bastantes gritos en contra. Todos los gigantes del espíritu a quienes he doblegado. No creo que nadie se haya dado cuenta de lo mucho que he gozado al hacer eso. Es una especie de concupiscencia. Me son indiferentes las babosas como Ellsworth Toohey o mi amigo Alvah Scarret, y los dejo en paz; pero, ¡que vea a un hombre de una dimensión más elevada...! Haré de él una especie de Toohey. Tengo que hacerlo. Es como una apetencia sexual.

—¿Por qué?

—No sé.

—A propósito, tú no comprendes bien a Ellsworth

Toohey.

—Posiblemente. No esperes que gaste esfuerzo en descubrir esa concha de caracol.

—Te contradices a ti mismo.

—¿Cómo?

—¿Por qué no te propusiste destruirlo?

—La excepción a la regla, Dominique. Te quiero. Tenía que quererte. ¡Ah, si hubieses sido hombre!

—¿Por qué, Gail?

—Te explicaré: el poder es lo único que he anhelado. El saber que no hay un solo hombre viviente al cual no le pueda obligar a hacer lo que quiera. Cualquier cosa que yo quiera. El hombre al cual no pudiera vencer, me destrozaría. Pero he pasado años para darme cuenta de que estoy bien seguro. Dicen que no tengo sentido del honor, que lo he pasado todo por alto en la vida. No es mucho lo pasado por alto, o que he pasado por alto... no existe.

Hablaba en un tono de voz común, pero se dio cuenta de que Dominique escuchaba con la concentrada atención necesaria para no perder una sola sílaba de aquel murmullo.

—¿Qué te pasa, Dominique? ¿En qué piensas?

—Te estoy escuchando, Gail.

No dijo que escuchaba sus palabras y la causa que las provocaba. Era tan claro que lo escuchaba como una cláusula agregada a cada frase, aún cuando Wynand no tenía conocimiento de lo que ella estaba confesando.

—Lo peor que hay en la gente deshonesto es creer que es honesta —dijo él—. Conozco una mujer que nunca ha mantenido una convicción tres días consecutivos, pero cuando le dije que no tenía integridad, apretó los labios y me dijo que su idea de integridad difería de la mía, porque parece que nunca había robado un centavo. Odio la idealidad imposible que tú amas tan apasionadamente, Dominique.

—¿La odias?

—Me divertiría muchísimo probártelo.

Se encaminó hacia él y se sentó a su lado, sintiendo bajo sus desnudas piernas las tablas, suaves y calientes. Wynand se asombraba de que ella lo mirara tan suavemente. Frunció el ceño. Dominique sabía que algún reflejo de lo que había comprendido quedaba en sus ojos, y apartó la vista.

—Gail, ¿por qué me dices todo eso? No querrás que yo piense como tú.

—No. No es eso. ¿Para qué te digo esto ahora? ¿Quiero la verdad? Porque hay que decirlo. Porque quiero ser sincero contigo. Sólo contigo y conmigo. Pero no tendría coraje para decírtelo en ningún otro lugar. Ni en casa. Ni en la tierra. Solamente aquí, porque parece que esto no sea real. ¿No es cierto?

—Sí.

—Esperé que aquí lo aceptaras y todavía pienso en mí como cuando pronunciaste mi nombre de una manera que quiero recordar.

Dominique apoyó la cabeza en la silla, su rostro contra las rodillas de Gail, su mano caída, sus dedos entrelazados sobre la madera brillante de la cubierta. No quería demostrar lo que realmente había oído decir a él un momento antes.

Ocurrió una noche, estando ya avanzado el otoño, en que se hallaban juntos en el parapeto del jardín de la terraza, contemplando la ciudad. Las largas cúspides de ventanas iluminadas eran como corrientes que estallan en el cielo negro, fluyendo en gotas solitarias para aumentar el gran lago de fuego que había abajo.

—Allí están, Dominique, los grandes edificios. Los rascacielos. ¿Recuerdas? Fueron el primer eslabón entre nosotros. Los dos estábamos enamorados de ellos.

Ella pensó que sentiría resentimiento al decirlo, pero no sintió nada.

—Sí, Gail. Estoy enamorada de ellos.

Contempló los verticales hilos de luz que constituían

el edificio Cord, apartó sus dedos del parapeto, justo para tocar el sitio de su forma invisible en el cielo distante. No sintió reproche al hacerlo.

—Me gusta ver a un hombre parado al pie de un rascacielos —dijo Wynand—. El hombre ha hecho esa increíble masa de piedra y de acero. Esto no lo empequeñece, al contrario, lo hace más grande que la estructura. Lo que amamos en estos edificios, Dominique, es la facultad creadora, lo heroico del hombre.

Wynand observó los signos eléctricos que resplandecían en disciplinados espasmos sobre el río negro. Después señaló una luz confusa, a lo lejos, hacia el Sur, un débil reflejo azul.

—Ése es el edificio del *Banner*. ¿Lo ves allí? Esa luz azul. He hecho muchas cosas, pero he omitido una, la más importante. No hay edificio Wynand en Nueva York. Algún día edificaré una nueva casa para el *Banner*. Será la construcción más grande de la ciudad y llevará mi nombre. Empecé en un miserable cuchitril y el diario se llamaba la *Gazette*. No era nada más que un diario de chismes para gente asquerosa. Pero ya entonces pensé en el edificio Wynand que algún día se levantaría. He pensado en eso desde hace años.

—¿Por qué no lo has edificado?

—No había llegado el momento.

—¿Por qué?

—Tampoco ahora estoy dispuesto. No sé por qué. Sé sólo que se trata de algo muy importante para mí. Será el símbolo final. Reconoceré el momento oportuno cuando llegue.

Se volvió para mirar hacia el Oeste, a una confusión de luces esparcidas.

—Allí nací yo —indicó—. Hell's Kitchen. —Ella escuchaba atentamente; raras veces hablaba él de sus comienzos—. Tenía dieciséis años cuando estaba sobre un tejado y contemplaba la ciudad, como ahora. Y

decidí lo que sería.

La calidad de su voz se transformó como si fuera una línea que subrayara, diciendo: «Toma nota de esto, es muy importante.» Sin mirarlo, Dominique pensó en lo que había esperado y que le daba la clave de Wynand. Hacía años, pensando en él, se había preguntado cómo afrontaba un hombre así su vida y su trabajo. En su interior, algo había comprendido, conoció el uso de esa clave y esto la hizo hablar.

—Gail, echa a Ellsworth Toohey.

Se volvió a ella perplejo.

—¿Por qué?

—Gail, escúchame. —Su voz tenía una ansiedad que nunca había mostrado al hablar con él—. Nunca he querido detener a Toohey. Nunca lo he ayudado. Pensaba que era lo que merecía el mundo. No he tratado de evitar nada de él... ni de nadie. Nunca pensé que el *Banner*, que es lo que mejor le cuadra, sería lo que yo iba a querer salvar de él.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Gail, cuando me casé contigo no sabía si iba a sentir lealtad hacia ti. Esto contradice todo lo que he hecho, contradice más de lo que puedo decirte; es una especie de catástrofe para mí, un punto decisivo; no me preguntes por qué, me llevaría años el comprenderlo. Y sé solamente que esto es lo que te debo. Echa a Ellsworth Toohey. Échalo antes de que sea demasiado tarde. Has echado a otros menos indignos y mucho menos peligrosos. Echa a Toohey, atácalo y no descanses hasta destruir su última partícula.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué piensas en eso ahora?

—Porque sé lo que él está buscando.

—¿Qué es lo que busca?

—El dominio sobre los diarios de Wynand.

Él se rió a carcajadas. No era una risa de burla ni de indignación, era de alegría pura que festejaba una broma inocente.

—Gail... —siguió ella, impotente.

—¡Oh, por Dios, Dominique! Siempre he respetado tus opiniones.

—Tú nunca has comprendido a Toohey.

—No me preocupo por comprenderlo. ¿Me imaginas persiguiendo a Ellsworth Toohey? ¿Un tanque para destruir una chinche? ¿Por qué tengo que echar a Elsie? Es de los que me producen dinero. A la gente le gusta leer sus charlas. Yo no puedo echar una trampa para cazar tontos como ése. Para mí es tan valioso como un papel atrapamoscas.

—Ése es el peligro. Al menos, en parte.

—¿Su maravilloso éxito? He tenido escritoras cursis más populares y mejores. Cuando tenía que echar a alguna, significaba el fin de ellas. Su popularidad terminaba en las puertas del *Banner*, pero el diario continuaba.

—No es su popularidad, es su naturaleza especial. No puedes combatirlo en su terreno. No eres nada más que un tanque y ésa es una arma demasiado pura e inocente. Es una arma franca, que marcha al frente y aplasta a todo o recibe todos los contragolpes. Pero él es un gas corrosivo. De esos que destruyen los pulmones. Creo que hay un secreto en el centro del mal y que él lo tiene. No sé lo qué es. Sé cómo lo emplea y sé lo que busca.

—¿El mando de los diarios de Wynand?

—El mando de los diarios de Wynand como medio para llegar a un fin.

—¿Qué fin?

—El dominio del mundo.

—¿Qué es eso, Dominique? ¿Qué clase de broma es ésa y para qué? —replicó él con disgusto paciente.

—Lo digo seriamente, Gail. Lo digo con toda seriedad.

—El dominio del mundo, querida, pertenece a hombres como yo. Los Toohey de esta tierra no pueden

ni soñar con él.

—Trataría de explicártelo, pero es muy difícil. Lo más difícil de explicar es lo claro y evidente, que las personas han decidido no ver. Pero si escuchas...

—No escucharé, perdóname; la idea de que Ellsworth Toohey puede ser una amenaza para mí, es ridícula. Discutirla en serio, es ofenderme.

—Gail, yo...

—No querida, no quiero que comprendas las cosas del *Banner*. No quiero que intervengas en esas cosas. Olvídalo, déjame el *Banner* a mí.

—¿Es un ruego, Gail?

—Es un ultimátum.

—Está bien.

—Olvídale. No adquieras sentimientos de horror por ningún hombre de la talla de Ellsworth Toohey. No te corresponde.

—Está bien, Gail. Entremos. Hace demasiado frío para ti, que estás sin abrigo.

Wynand rió amablemente. Era un interés que nunca había mostrado en presencia de él. Le tomó la mano y se la colocó contra su rostro.

Durante varias semanas, cuando estaban juntos, hablaron muy poco y nunca acerca de sí mismos. Pero no era un silencio de enojo, era el silencio de una comprensión demasiado delicada para ser expresada con palabras. Querían estar juntos en una habitación, por la noche, sin decirse nada, y contentos de sentir cada uno la presión del otro. Se miraban y se sonreían, la sonrisa era como una caricia.

Una noche, Dominique advirtió que él quería hablar. Estaba sentada junto al tocador. Wynand llegó y se apoyó en la pared al lado de ella. Miró sus manos y su espalda desnuda, pero ella sentía como si no la mirara, como si estuviese contemplando algo más grande que la belleza de su cuerpo, más grande que el amor que sentía por ella: se estaba contemplando a sí mismo, y esto —



ella lo supo— era el único tributo incomparable.

«Respiro por necesidad, para combustible de mi cuerpo, para mi supervivencia... No te he dado mi sacrificio ni mi piedad; te he dado mi yo y mi necesidad desnuda...» Ella escuchaba las palabras de Roark, a Roark, que hablaba con la voz de Gail Wynand, y no le pareció que traicionaba a Roark empleando las palabras de su amor para el amor de otro nombre.

—Gail —dijo con amabilidad—, algún día tendré que pedirte que me perdones por haberme casado contigo.

—Quería que tú fueses la cadena que me atara al mundo. Tú, en cambio, has asumido mi defensa. Y eso hace mi conducta deshonesto.

—No. Ya te dije que no aceptaría ningún motivo por tu elección.

—Pero lo has cambiado todo en mí. ¿O yo lo he cambiado? No sé. Hemos hecho algo extraño para nosotros. Te he dado lo que quería perder. El sentido y la exaltación de la vida. Y tú, tú me has dado todo lo que yo habría hecho. ¿Sabes cuan parecidos somos?

—Eso lo supe desde el principio.

—Pero habría sido imposible. Gail, quiero quedarme contigo ahora por otro motivo. Para esperar una correspondencia. Creo que cuando te comprenda, me comprenderé a mí misma. Hay una pregunta. Hay un nombre para las cosas afines que tenemos. Sé que esto es muy importante.

—Probablemente. Supongo que querría comprenderlo. Pero no puedo. No me preocupa nada ahora. Aún no puedo sentir temor.

Ella levantó la mirada y dijo serena:

—Tengo miedo, Gail.

—¿De qué, adorada?

—De lo que estoy haciendo.

—¿Por qué?

—No te quiero, Gail.

—No me preocupo por eso...

Ella dejó caer la cabeza y él bajó la vista hacia su cabello, que era como un yelmo de bruñido metal.

—Dominique.

Ella levantó el rostro dócilmente.

—Te quiero, Dominique. Te quiero tanto que nada me puede importar, ni siquiera tú misma. ¿Comprendes esto? Sólo mi amor, no mi respuesta. Ni aun tu indiferencia. Nunca he tomado mucho al mundo. No he querido mucho. Realmente, nunca he querido nada. Ni de una manera total, ni con esa especie de deseo que se transforma en un ultimátum «sí» o «no», y del que uno no puede aceptar el «no» sin cesar de existir. Eso es lo que eres para mí. Pero cuando se llega a esta etapa, no es el objeto el que interesa, es el deseo. Tú no, pero yo sí. La facultad para desear así es la única cosa digna de ser sentida y honrada. Nunca experimenté eso antes. Dominique, nunca he sabido decir «mía» acerca de ninguna cosa. No en el sentido en que hablo de ti. Mía. ¿Lo llamaste un sentido de exaltación? Tú dijiste eso. Tú comprendes. No puedo sentir temor. Te amo, Dominique. Te amo, déjame que te lo diga: te amo.

Se acercó y arrancó el telegrama del ángulo del espejo. Lo arrugó, retorció sus dedos lentamente con un movimiento de opresión. Estuvo escuchando crujir el papel. Su mano quedó inmóvil un instante, con los dedos extendidos, oblicuamente, como se habían abierto.

#### CUARTA PARTE

#### HOWARD ROARK

#### I

Las hojas corrían aguas abajo, temblando al sol. No eran verdes, salvo unas pocas, que esparcidas en la corriente, se quedaban como gotas solitarias de un verde tan brillante y puro que hería los ojos; las demás no eran de color, sino de luz, la sustancia del fuego en el metal, chispas vivas sin contornos. Y parecía como si la floresta fuera una extensión de luz que hirviese lentamente para producir aquel color, aquel verde que se elevaba en pequeñas burbujas, la esencia condensada de la primavera. Los árboles se tocaban, inclinándose sobre el camino, y las ramas del sol en el suelo se movían con la agitación de las ramas, como una caricia consciente. El adolescente soñaba que no había de morir. Pensó que no moriría si la tierra era siempre así. No moriría si podía oír la esperanza y la promesa como una voz con hojas y troncos de árboles y rocas en lugar de palabras. Pero supo que si la tierra le parecía así, era solamente porque no había visto ningún signo humano durante horas. Estaba solo; iba en bicicleta por un olvidado sendero entre las colinas de Pensilvania, donde nunca había estado, donde podía sentir la fresca maravilla de un mundo no hollado.

Era un hombre muy joven. Acababa de graduarse en el colegio en aquella primavera de 1935, y quería decidir si la vida era digna de ser vivida. No sabía que ésa era la pregunta que tenía en su mente. No pensaba en morir. Pensaba solamente en encontrar alegría y razón en el sentido de la vida, y eso nadie se lo había ofrecido en ninguna parte.

No le habían gustado las cosas que le habían enseñado en el colegio. Le habían instruido acerca de la responsabilidad social, de la vida al servicio de los demás y del sacrificio personal. Todo el mundo había dicho que aquello era hermoso e inspirador.

Él no se había sentido inspirado. No había sentido nada absolutamente.

No podía decir lo que quería de la vida. Allí lo

sentía, en aquella soledad silvestre. Pero no contemplaba la naturaleza con la alegría de la salud animal, como una escena propia y final; la contemplaba con la alegría de un hombre sano, como un desafío, como herramientas, como medios y como material. De modo que sintió rabia por encontrar exaltación sólo en la soledad; porque aquel gran sentido de esperanza tenía que perderse cuando retornase entre los hombres y al trabajo entre los hombres. Pensó que no era justo, que el trabajo del hombre debería ser un escalón más alto, un progreso sobre la naturaleza y no una degradación. No quería despreciar a los hombres; quería amarlos y admirarlos. Pero temía la vista de la primera casa, la primera sala de billar o de cine que encontrase en el camino.

Siempre había querido escribir música y no podía darle otra identidad a lo que buscaba. «Si quieres saber lo que es —se dijo a sí mismo— escucha las frases del "Primer Concierto" de Chaikowsky o el último movimiento del "Segundo Concierto" de Rachmaninoff. Los hombres no han encontrado palabras para expresarlo, ni el hecho ni el pensamiento, pero han hallado la música. Que yo vea eso en un solo acto del hombre en el mundo. Que lo vea transformado en realidad. Que sea la respuesta a la promesa de esa música.

En el amplio valle que se extendía debajo de él, a lo lejos, en el temprano crepúsculo de la mañana, vio una ciudad. Pero no era sólo una ciudad. Las ciudades no son así. Se paró un instante no para buscar preguntas o explicaciones, sino para contemplar.

Había casas pequeñas sobre la superficie de las colinas que estaban enfrente, descendiendo hacia el llano. Sabía que las colinas no habían sido tocadas, que ningún artificio había alterado la belleza natural de las graduadas pendientes. Sin embargo, algún poder había sabido cómo construir en aquellas superficies, de tal

manera que las casas resultasen inevitables y no se pudiese imaginar las hermosas colinas sin ellas, como si los siglos y las series de cambios que produjeron aquellas superficies, en la lucha de las grandes fuerzas ciegas, hubieran esperado su expresión final, como si hubiesen sido un camino para un fin y ese fin fueran aquellos edificios, formando parte de las colinas, conformados por las colinas, aunque dominándolas, al darles un significado.

Las casas eran de simple piedra rústica, como las rocas que sobresalían de los verdes contornos de las coimas, y de vidrio, de grandes láminas de vidrio empleadas para que el sol fuera invitado a completar las estructuras, y para que el crepúsculo se tornara así parte de la construcción. Había muchas casas, todas pequeñas; estaban separadas unas de otras y ninguna de ellas era igual; pero constituían variaciones de un mismo tema; era una sinfonía ejecutada con una imaginación inextinguible, como si se pudiese escuchar todavía el eco de la fuerza que se había desatado sobre ellas, como si aquella fuerza hubiese corrido desenfrenada, desafiándose a sí misma, pero sin lograr nunca llegar a su fin. La música, pensó, la promesa de la música que había invocado, el sentido de ella que se había hecho real; lo tenía delante de sus ojos; no lo veía; lo oía en coros; pensó que había un lenguaje común del pensamiento, vista y oído; ¿eran las matemáticas la disciplina de la razón? La música era matemática y la arquitectura era música en piedra; se dio cuenta de que estaba aturdido porque el sitio que yacía allá abajo no podía ser real.

Vio árboles, césped, caminos que se retorcían sobre las colinas, gradas hechas en piedra. Vio fuentes, piscinas de natación, campos de tenis... y ningún signo de vida. El lugar estaba deshabitado.

Esto le chocó, como no le había chocado el espectáculo. En cierta manera parecía propio: no era una

parte de la existencia conocida. Por el momento no tenía deseos de saber lo que era.

Después de un instante, miró en torno, y vio entonces que no estaba solo. A pocos pasos de donde se hallaba vio un hombre sentado en una piedra, contemplando el valle. Parecía que estaba embebido en la contemplación del espectáculo y no lo oyó acercarse. El nombre era alto, delgado y de cabello rojizo.

Se dirigió hacia el hombre que se volvió para mirarle. Tenía los ojos grises y serenos. El muchacho comprendió que ambos sentían lo mismo y que le podía hablar como no le habría hablado a ningún desconocido en ningún otro sitio.

—¿Eso es real? —preguntó el joven señalando hacia abajo.

—Desde luego —replicó el hombre.

—¿No es una decoración, alguna especie de truco?

—No. Es un lugar de veraneo. Acaba de ser terminado. Será inaugurado dentro de pocas semanas.

—¿Quién lo construyó?

—Yo.

—¿Cómo se llama usted?

—Howard Roark.

—Gracias —dijo el muchacho. Se dio cuenta de que los ojos fijos que lo miraban comprendieron lo que significaba aquella palabra. Howard Roark inclinó la cabeza como un reconocimiento. Haciendo rodar su bicicleta por la orilla, el joven tomó la senda por el declive de la colina, hacia el valle y hacia las casas que yacían en él.

Roark lo siguió con la vista. Nunca había visto al muchacho ni lo volvería a ver. No supo que le había dado a alguien la valentía necesaria para enfrentarse con la vida.

Roark nunca comprendió por qué lo habían elegido para construir las residencias para veraneo de Monadnock Valley.

Hacía un año y medio que había ocurrido, en el otoño de 1933. Había oído hablar del proyecto y había ido a ver a Caleb Bradley, jefe de una vasta compañía que había comprado el valle y que se estaba encargando de muchas construcciones. Fue a ver a Bradley, más como un deber que con alguna esperanza, tan sólo para agregar otra negativa a la larga lista de negativas. Desde el templo de Stoddard no había edificado nada en Nueva York.

Cuando entró en la oficina de Bradley se dio cuenta de que debía olvidar a Monadnock Valley porque aquel hombre nunca le daría el trabajo. Caleb Bradley era bajo, gordinflón, con una hermosa cara entre hombros redondos. La cara parecía discreta e infantil, sin que se le notara la edad; lo mismo podía tener cincuenta que veinte años; ojos azules, inexpresivos, astutos y aburridos.

Pero a Roark le era difícil olvidar a Monadnock Valley, de manera que habló de ello, olvidando que sus palabras eran superfluas. El señor Bradley lo escuchó evidentemente interesado, pero no por lo que Roark estaba diciendo. Roark casi podía sentir una tercera entidad presente en la habitación. El señor Bradley habló poco, no hizo más que prometerle tomarlo en consideración y ponerse en contacto con él. Pero después dijo algo extraño. Le preguntó con una voz que estaba desprovista de cualquier matiz que significara aprobación o crítica:

—Usted es el arquitecto que edificó el templo de Stoddard, ¿no es así, señor Roark?

—Sí —contestó éste.

—Es extraño que no se me haya ocurrido pensar en usted —agregó.

Roark se fue pensando que lo extraño hubiera sido

que el señor Bradley pensase en él.

Tres días más tarde Bradley le telefoneó y lo invitó a ir a su oficina. Roark fue y se encontró con otras cuatro personas: el directorio de la Monadnock Valley Company. Cuatro hombres elegantemente vestidos cuyos rostros eran herméticos como el del señor Bradley.

—Haga el favor de decirles a estos caballeros lo que me dijo a mí, señor Roark —le dijo Bradley amablemente.

Roark explicó su plan. Si lo que ellos querían construir era un sitio veraniego común, para la gente de ingresos modestos —conforme habían anunciado—, entonces podían darse cuenta de que la peor maldición de la pobreza era la escasez de vida privada, solamente los muy ricos o los muy pobres podían gozar de sus vacaciones de verano. Los muy ricos porque tenían lugares propios; y los muy pobres porque no les importaba el contacto y el olor de la carne de los otros en las playas y en las salas de baile populares. La gente de buen gusto y pocos ingresos no tenían donde ir si no encontraban placer estando en el rebaño. ¿Por qué a causa de su pobreza debían tener el instinto del rebaño? ¿Por qué no ofrecer a esa gente un lugar donde, con poco costo, pudiesen tener lo que querían o lo que necesitasen por una semana o por un mes? Él había visto Monadnock Valley. Se podía hacer. No había que tocar las colinas, ni volar nada para nivelarlo todo después. Ni hacer un inmenso hormigero de hotel, sino casas pequeñas, ocultas unas de otras, cada una residencia privada donde la gente pudiera encontrarse o no, según le pluguiese. No construir una inmensa piscina de natación sino muchas privadas, tantas como la compañía pudiera. Él les podría demostrar cómo se podía hacer todo barato. No hacer una pista de tenis para los que gustan de exhibirse, sino muchas pistas privadas, no hacer un lugar adonde se fuese a conocer



una «compañía refinada» y buscar un marido en dos semanas, sino un lugar para la gente que iba a gozar de la propia presencia.

Los hombres lo escuchaban en silencio. Él vio que se dirigían miradas de vez en cuando. Tuvo la impresión de que eran las miradas que cambia la gente cuando no se puede reír a carcajadas del que habla. Pero no debió ser así, porque dos días después de aquella entrevista firmó el contrato para construir el lugar de veraniego de Monadnock Valley.

Roark pedía la firma de Bradley para cada proyecto que salía de la oficina; se acordaba del templo de Stoddard. El señor Bradley firmaba gustoso estaba de acuerdo con todo; lo aprobaba todo. Parecía que estuviera encantado de dejar que Roark hiciera las cosas a su gusto; pero aquella complacencia vehemente tenía un doble sentido característico como si el señor Bradley estuviese complaciendo a un niño...

Poco sabía del señor Bradley. Se decía que había hecho una fortuna en el negocio de propiedades, en la zona de Florida. Su compañía actual parecía manejar fondos ilimitados y se mencionaban los nombres de muchos ricos accionistas que estaban detrás de él. Roark nunca los conoció. Los cuatro caballeros no volvieron a aparecer, salvo para hacer breves visitas al lugar de la construcción, por la cual demostraban escaso interés. El señor Bradley se encargaba de todo, mas, salvo la vigilancia estrecha que ejercía sobre el presupuesto, daba la impresión de que nada le gustase tanto como dejar que Roark lo tuviera todo a su cargo.

En los dieciocho meses que siguieron, Roark no tuvo tiempo para asombrarse del señor Bradley. Estaba construyendo su trabajo más importante.

El último año vivió en el lugar de la construcción, en una barraca levantada apresuradamente en una colina desnuda, un recinto de madera con una cama, una estufa y una mesa grande. Sus antiguos dibujantes fueron

nuevamente a trabajar con él, algunos abandonando mejores trabajos en la ciudad para vivir en barracas y tiendas de campaña, para trabajar en barracas hechas de tablas desnudas a guisa de oficina arquitectónica.

Había tanto que construir, que ninguno pensó en malgastar sus esfuerzos para hacer su propio refugio. No se dieron cuenta, hasta mucho más tarde, de que habían omitido las comodidades, y entonces les parecía imposible, porque el año que pasaron en Monadnock Valley quedaba en sus espíritus como un tiempo extraño en que la tierra hubiera detenido su movimiento, como si se hubiesen vivido doce meses seguidos en primavera. No pensaron en la nieve, en los helados grupos de tierra, en el viento que silbaba por las rendijas, en las delgadas mantas sobre los catres de campaña, en los dedos tiesos extendidos sobre las estufas por la mañana, antes de que pudiesen tener un lápiz firmemente. Sólo recordaban los sentimientos que constituyen el significado de la primavera; la respuesta que uno da a las primeras hojas, al primer botón en la rama de los árboles, al primer azul del cielo; la respuesta al canto, no de la hierba, de los árboles o del azul del cielo, sino al gran sentido del principio, del progreso triunfante, de la certidumbre de una proeza que nada podría detener. No percibían el sentimiento de la juventud, del movimiento, del propósito de realización de las hojas o de las flores, sino de los andamiajes de madera, de las excavadoras, de los bloques de piedra y de las láminas de vidrio que se levantaban sobre la tierra.

Era un ejercicio y una cruzada, pero ninguno pensaba en estas palabras, salvo Steven Mallory, que hacía las fuentes y todas las esculturas de Monadnock Valley. Pero él fue a vivir al lugar mucho antes de lo necesario. Una batalla es un concepto inexacto. No hay gloria en la guerra y no hay belleza en las cruzadas de los hombres; pero aquello era una batalla, era un ejército

y una guerra y la más alta experiencia en la vida de todo hombre que tomaba parte en ello. ¿Por qué? ¿Dónde estaba la raíz de la diferencia y la ley que lo explicase?

No habló a nadie de ello, pero vio el mismo sentimiento en el rostro de Mike, cuando éste llegó con la cuadrilla de electricistas. Mike no dijo nada, pero le hizo un guiño a Mallory en señal de comprensión. «Le dije que no se atormentara por cualquier prueba que fuera —le dijo una vez Mike sin preámbulos—. Él no puede perder, ya sean canteras o no canteras, juicios o no juicios. No podrían vencer, Steven, aunque todo el mundo se pusiera en contra.»

Pero realmente habían olvidado el mundo, pensó Mallory. Aquélla era una nueva tierra, la propia. Las colinas se elevaban al cielo, que los rodeaba como un muro de protección. Y tenían, además, otro muro de protección: el arquitecto que se movía entre ellos, ya fuera entre la nieve o entre la hierba de las colinas, entre los cantos rodados o entre las pilas de tablones, desde las mesas de dibujo y las grúas hasta lo alto de las paredes.

Después veía al señor Bradley, que iba a visitar el lugar, riendo sin motivo y partiendo nuevamente. Entonces, Mallory sentía rabia y temor, sin razón.

—Howard —le dijo Mallory una noche, mientras ambos estaban sentados junto al fuego de ramas secas que ardían en la colina del campamento—: esto es el templo de Stoddard otra vez.

—Sí —dijo Roark—. Creo que sí, pero no me puedo imaginar de qué modo ni qué es lo que buscan.

Roark había querido alquilar una de las casas y pasar el verano allí, el primer verano de la existencia de Monadnock Valley; pero antes de que el lugar fuese inaugurado, recibió un telegrama de Nueva York:

*Le dije que lo haría ¿verdad? Me costó cinco años para desembarazarme de mis amigos y de mis hermanos, pero el «Aquitania» es ahora mío... y suyo.*

*Venga a terminarlo.* KENT LANSING.

De modo que volvió a Nueva York para ver la piedra y el polvo de cemento que había de quitar al armatoste de la Sinfonía Inconclusa, para ver las grúas balanceando vigas junto al Central Park, para ver cubiertas las aberturas de las ventanas y los amplios albergues extendiéndose sobre los techos de la ciudad. Para ver el «Aquitania Hotel» brillando por la noche sobre la línea del horizonte del parque.

Había estado muy ocupado en los últimos dos años. Monadnock Valley no había sido el único trabajo. De diferentes Estados, de diferentes lugares del país le habían llegado ofertas: casas particulares, pequeños edificios para oficinas, negocios modestos. Los había proyectado quitando horas al sueño, en los trenes y aeroplanos que lo conducían de Monadnock Valley a las ciudades distantes. La historia de cada nuevo encargo que recibía era la misma: «Estuve en Nueva York y me gustó la casa Enright.» «Vi el edificio Cord.» «Vi una fotografía del templo que deshicieron.» Era como si una corriente subterránea corriera por el país y estallase en saltos súbitos que aflorasen a la superficie, al azar, en lugares imprevisos. Eran trabajos pequeños, baratos, pero Roark seguía ocupado.

Aquel verano, una vez que Monadnock Valley estuvo terminado, no tuvo tiempo para preocuparse del futuro destino de aquellas construcciones, pero Steven Mallory sí se preocupaba.

—¿Por qué no ponen anuncios, Howard? ¿Por qué ese súbito silencio? ¿Lo ha advertido? Hablaban mucho sobre sus grandes proyectos, mucha propaganda impresa... antes de que comenzáramos. Hubo cada vez menos mientras lo estábamos haciendo. ¿Y ahora? El señor Bradley y compañía se han tornado sordomudos. Ahora que convendría una verdadera orgía de publicidad. ¿Por qué?

—No podría decirlo —repuso Roark—. Soy

arquitecto y no agente de alquileres. ¿Por qué se preocupa? Hemos hechos nuestro trabajo; que ellos hagan el suyo a su manera.

—Es una manera extraña. ¿Vio sus anuncios, los pocos que se han colocado? Dicen todo lo que usted les dijo del descanso, de la paz, del aislamiento; pero ¿cómo lo dicen! ¿Cree usted que esos carteles pueden producir algún efecto? «Vayan a Monadnock Valley y se aburrirán mortalmente.» Así suenan, en realidad, como si se propusieran alejar a la gente.

—No leo los anuncios, Steven.

Pero al mes de la inauguración todas las casas de Monadnock Valley estaban alquiladas. La gente que iba era una mezcla extraña: hombres de sociedad y mujeres que podían haber ido a lugares más elegantes; jóvenes escritores y artistas desconocidos; ingenieros, periodistas y obreros. De pronto, espontáneamente, la gente empezó a hablar de Monadnock Valley. Había necesidad de un lugar como aquél; era una necesidad que nadie había tratado de satisfacer. El sitio se transformó en lugar de moda, pero era una moda que no había alcanzado a los diarios, porque estos no lo habían descubierto aún. El señor Bradley no tenía agentes de publicidad; el señor Bradley y su compañía habían desaparecido. Una revista publicó por su cuenta cuatro páginas de fotografías de Monadnock Valley y envió un periodista para que se entrevistara con Howard Roark. A fines del verano las casas fueron arrendadas por anticipado para el año siguiente.

Una mañana, temprano, en los primeros días de octubre, la puerta de la oficina de Roark se abrió, y entró Mallory corriendo. La secretaria trató de detenerle porque Roark estaba trabajando y no permitía que le interrumpiesen. Pero Mallory la apartó y entró, dándole un golpe a la puerta. La secretaria advirtió que llevaba un diario en la mano.

Roark levantó la vista y dejó caer el lápiz. Vio que la

cara de Mallory tenía el mismo aspecto que cuando disparó el arma contra Ellsworth Toohey.

—Bien, Howard, ¿quiere saber por qué le dieron Monadnock Valley a usted?

Arrojó el diario sobre la mesa. Roark vio el encabezamiento de la crónica en la tercera página: «Caleb Bradley, arrestado».

—Aquí está —dijo Mallory—. No lo lea. Le dará asco.

—Está bien, Steven. ¿De qué se trata?

—Las vendieron al doscientos por ciento.

—¿Quién lo hizo? ¿De qué?

—Bradley y su pandilla. Monadnock Valley. —

Mallory habló con una precisión forzada, rencorosa, torturándose a sí mismo—. Al principio pensaron que era poco valioso. Compraron las tierras prácticamente por nada; creyeron que no era un lugar de veraneo; lejos de los caminos, sin líneas de ómnibus ni cines próximos; creyeron que no era momento oportuno y que el público se iría. Hicieron poco ruido y vendieron las acciones a un grupo de ricos tontos, lo cual era nada menos que un enorme fraude. Vendieron ganando el doscientos por ciento. Las vendieron al doble de lo que costaba la edificación. Estaban seguros de que sería un fracaso. No creían que fuera a producir ganancias. Tenían tramado un hermoso ardid para cuando el negocio fuera a la quiebra. Estaban preparados para todo, excepto para que se transformara en el éxito que resultó. Y no pueden continuar porque tienen que pagar a los que respaldan el negocio dos veces la renta que el lugar da cada año. Está dando bastante ganancia. Ellos pensaron que habían urdido un fracaso seguro. ¿No comprende, Howard? ¡Lo eligieron como al peor arquitecto que pudieron encontrar!

Roark echó la cabeza atrás y se echó a reír.

—¡Váyase al diablo, Howard! ¡No es tan gracioso!

—Siéntese, Steven, no se altere. Parece que usted

acabara de ver un campo íntegro de cuerpos descuartizados.

—Lo he visto. He visto algo peor. He visto la raíz. He visto lo que hace posible tales campos. ¿Qué piensan los tontos de semejante horror? ¿Guerras, crímenes, incendios, terremotos? ¡Al diablo todo eso! Esto es el horror, el de esta información. Es lo que los hombres deben de temer: combatir y definir como la vergüenza peor de sus existencias. Howard, pienso en todas las explicaciones que se dan del mal, y en todos los remedios que se han ofrecido a lo largo de los siglos. Ninguno de ellos ha dado resultado. Ninguno de ellos ha explicado ni curado nada. Pero la raíz del mal, la bestia babosa, está ahí, Howard, en esa información. Piense que los hombres que se lo ordenaron creían que era lo peor que podían construir, si a usted le asignaron el trabajo más importante que ha hecho, por hacerle una inmunda burla, es porque hay algo malo, algo terriblemente malo, en el mundo.

—¿Cuándo dejará de pensar en eso? ¿Del mundo y de mí? ¿Cuándo aprenderá a olvidarlo? ¿Cuando aprenderá también Dominique...?

Se interrumpió. No habían mencionado aquel nombre durante cinco años. Él vio los ojos de Mallory atentos y ofendidos. Mallory se dio cuenta de que sus palabras habían herido a Roark, lo habían herido tanto como para forzarlo a admitir la herida. Pero Roark se volvió y le dijo deliberadamente:

—Dominique solía pensar exactamente como usted.

Mallory nunca había hablado de lo que sospechaba del pasado de Roark. El silencio de ellos a ese respecto implicaba que Mallory lo comprendía, que Roark lo sabía y que no lo debían comentar. Pero Mallory le interrogó:

—¿Todavía espera que ella vuelva? La esposa de Gail Wynand... que se vaya al diablo.

—¡Cállese, Steven! —dijo Roark sin énfasis.

—Discúlpeme —murmuró Mallory.

Roark se dirigió a su mesa y dijo con su voz de siempre:

—Váyase a su casa, Steven y olvídense de todo lo de Bradley. Pleitearán entre ellos, pero no nos llevarán ante los tribunales, y ellos no destruirán Monadnock. Olvídelo y váyase, que tengo que trabajar.

Retiró con el codo el diario de la mesa y se inclinó sobre el papel de dibujo.

Se produjo un escándalo al revelarse los métodos financieros ocultos en el asunto de Monadnock Valley.

Hubo un juicio, algunos caballeros fueron enviados a la cárcel y los accionistas cambiaron la administración. Roark no se vio envuelto en el asunto. Estaba muy ocupado y se olvidó de leer los diarios las alusiones al juicio. El señor Bradley afirmó —como excusa ante sus socios— que jamás hubiera pensado que un sitio veraniego construido sobre un plan disparatado e inconexo iba a tener tanto éxito. «Hice todo lo que pude, elegí al loco peor que encontré.»

Después Austen Heller escribió un artículo sobre Howard Roark y Monadnock Valley. Habló de todos los edificios que Roark había diseñado y tradujo en palabras lo que Roark había intentado expresar en los edificios, sólo que no eran ya las palabras acostumbradas y serenas de Austen Heller; era un grito feroz de admiración y de indignación. «¡Y que Dios nos condene si la grandeza tiene que ser alcanzada por medio del fraude!»

El artículo ocasionó una controversia violenta en los círculos artísticos.

—Howard —le dijo un día Mallory, algunos meses más tarde—, usted es famoso.

—Sí —contestó Roark; lo suponía.

—Las tres cuartas partes de ellos no saben de qué se trata, pero han oído que la otra cuarta parte defiende su nombre; de manera que ellos creen, ahora, que lo deben



pronunciar con respeto. De esa parte, los cuatro décimos son los que lo odian, tres décimos son los que creen que deben expresar una opinión en cualquier controversia, dos décimos son los que juzgan confiados y encabezan cualquier «descubrimiento» y un décimo lo forman los que comprenden en realidad. Pero se ha descubierto que hay un Howard Roark y que es arquitecto. El boletín de la CAA se refiere a usted como a un talento grande, pero indómito, y el Museo del Futuro ha colgado fotografías de Monadnock, de la casa Enrigh, del edificio Cord y del «Aquitania» bajo hermosos cristales junto al sitio donde tienen a Gordon L. Prescott. Y sin embargo..., estoy contento.

Kent Lansing dijo una noche: «Heller ha hecho un gran trabajo. No desprecie al hombre medio. Es necesario. Alguien tiene que decirle las cosas. Para toda gran carrera son necesarios dos hombres: el hombre grande y el que (más raro casi) es lo suficientemente grande para ver la grandeza y decirla.»

Ellsworth escribió: «La paradoja, en todo este ruido ridículo, es que Caleb Bradley sea víctima de una gran injusticia. Su ética puede ser censurada, pero su estética es intachable. Ha demostrado un juicio más profundo en cuestiones arquitectónicas que el reaccionario y anticuado Austen Heller, que de pronto se ha tornado crítico de arte. Caleb Bradley ha sido martirizado por el mal gusto de los inquilinos. En opinión de esta columna, su condena debería ser conmutada en reconocimiento a su criterio artístico. Monadnock Valley es un fraude, pero no solamente un fraude financiero.»

Hubo un débil eco de la fama de Roark entre los sólidos caballeros ricos, que eran la fuente más firme de los trabajos arquitectónicos. Los hombres que habían dicho: «¿Roark? Nunca he oído hablar de él», ahora decían: «¿Roark? Es demasiado sensacional».

Pero había hombres impresionados por el simple hecho de que Roark hubiese construido un lugar que

había hecho ganar mucho dinero a unos propietarios que no querían ganarlo; esto era más convincente que las discusiones artísticas abstractas. Y éste era el décimo que comprendía. Al año siguiente de terminar Monadnock Valley, Roark construyó dos casas particulares en Connecticut, un cine en Chicago y un hotel en Filadelfia.

En la primavera de 1936, una ciudad del Oeste terminó los planes de una Exposición Mundial que debía celebrarse al año siguiente, una exposición internacional que se llamaría *La Marcha de los Siglos*. El comité, compuesto por distinguidos dirigentes políticos encargados del proyecto, eligió un consejo, formado por los arquitectos mejores del país, para planear la exposición. Los líderes políticos querían mostrarse progresistas, y Howard Roark fue uno de los ocho arquitectos elegidos.

No bien recibió la invitación, Roark se presentó ante el comité y le explicó que le encantaría construir solo la exposición.

—Pero usted no puede decir eso en serio, señor Roark —manifestó el presidente—. Después de todo, con una empresa estupenda de esta naturaleza queremos lo mejor que pueda haber. Quiero decir que dos cabezas es algo mejor que una, y ocho cabezas... Usted mismo puede ver: los talentos mejores del país, los hombres más brillantes, consultas amistosas, cooperación y colaboración; eso hace las grandes obras.

—Ya lo sé.

—Entonces se puede dar cuenta... ,—Yo no trabajo por Consejos; si quieren que lo haga, tendré que hacerlo solo.

—Si rechaza una oportunidad como ésta, un lugar en la historia, una ocasión para adquirir fama mundial, prácticamente, la ocasión para la inmortalidad...

—No trabajo con cuerpos colectivos. No consulto, no coopero, no colaboro.

En los círculos arquitectónicos hubo muchos comentarios airados por la negativa de Roark. La gente decía: «¡Bastardo engreído!» La indignación era excesiva y brutal para ser una simple pieza de chismografía profesional; cada uno la tomó como un insulto personal; cada uno se sintió calificado para aconsejar, para modificar o mejorar la obra de cada hombre viviente.

«El incidente ilustra a la perfección —escribió Ellsworth Toohey—, la naturaleza antisocial de la egolatría de Howard Roark, la arrogancia del individualismo desenfrenado que ha personificado siempre.»

Entre los ocho elegidos para diseñar *La Marcha de los Siglos* estaba Peter Keating, Gordon L. Prescott, Ralston Holcombe. «Yo no trabajaré con Howard Roark —dijo Peter Keating, cuando vio los componentes del Consejo—; tendrán que elegir entre él o yo.» Se le informó que Roark había rehusado. Keating asumió la jefatura del Consejo. Las informaciones que daban los diarios acerca del progreso de la exposición se referían a «Peter Keating y a sus asociados».

Keating había adquirido unos modales insoportables en los años últimos. Daba órdenes y perdía la paciencia ante las más pequeñas dificultades; cuando se impacientaba, gritaba, a las personas, tenía un vocabulario de insultos que comportaban una malignidad cáustica, insidiosa, casi femenina. Su cara se ponía hosca.

En el otoño de 1936, Roark trasladó su oficina al piso más alto del edificio Cord. Cuando lo proyectó pensaba que algún día llevaría allí su oficina. Al contemplar la inscripción: «Howard Roark, arquitecto», en la puerta, se detenía un instante y después entraba. Su propia habitación, al final de una larga serie, tenía tres paredes de vidrio y dominaba la ciudad. Se detenía en medio de su habitación. A través de los amplios vidrios

podía ver la tienda Fargo, la casa Enright, el «Aquitania Hotel». Se dirigía a la ventana que miraba hacia el sur y permanecía largo rato allí. En lo más alto de Manhattan, a lo lejos, podía ver el edificio Dana, de Henry Cameron.

Una tarde de noviembre, al volver a su oficina, después de una inspección a una casa que estaba construyendo en Long Island, Roark entró en la sala de espera, sacudió su impermeable empapado, y notó un aire de excitación contenido en la cara de su secretaria, que había estado esperando impacientemente su retorno.

—Señor Roark, probablemente se tratará de algo grande —dijo—. He concertado una entrevista para mañana a las tres de la tarde. En su oficina.

—¿En la oficina de quién?

—En la del señor Gail Wynand. Hace media hora que llamó por teléfono.

## II

Sobre la puerta de entrada había una inscripción, una reproducción del encabezamiento del diario:

*The New York Banner*

La inscripción era pequeña, expresión de fama y de poder que no requería énfasis; era como una sonrisa fina, burlona, que justificaba la fealdad desnuda del

edificio; el edificio era una fábrica desdeñosa de toda ornamentación, salvo la que implicaba aquel nombre.

El vestíbulo era lo mismo que la boca de un horno; los ascensores conducían una corriente de combustible humano y luego la desparramaban. Los hombres no tenían prisa, pero se movían con rapidez regulada; nadie haraganeaba en aquel vestíbulo. Las puertas del ascensor sonaban como válvulas, con ritmo pulsátil en su ruido. Gotas de luz roja y verde brillaban señalando el progreso del ascensor al elevarse.

Se hubiera dicho que todo en aquel edificio estaba manejado por una autoridad informada de cada movimiento, como si el edificio estuviera vertiendo una energía canalizada; funcionando blando, calladamente, como una máquina magnífica que nadie podía destruir. Nadie prestó atención a un hombre de rojos cabellos que se había detenido en el vestíbulo.

Howard Roark levantó la vista a la bóveda de azulejos. Nunca había odiado a nadie. En alguna parte de aquel edificio estaba su propietario, el hombre que le había hecho sentir el odio más de cerca.

Gail Wynand miró el relojito que tenía sobre la mesa. Dentro de pocos minutos tenía una cita con un arquitecto. Había muchas entrevistas semejantes en su vida. Sabía lo que tenía que decir, y con un arquitecto no se requerían más que unas palabras para comprenderse.

Estaba leyendo un editorial de Alvah Scarret sobre los alimentos que el público le daba a las ardillas del Central Park y una columna de Ellsworth Toohey sobre los méritos de una exposición de pintura que habían presentado los obreros del Departamento de Sanidad. Un zumbido sonó en su escritorio, y la voz de la secretaria:

—El señor Howard Roark, señor Wynand.

—Está bien —dijo Wynand, apretando el botón.

Conforme retiró su mano, notó la hilera de botones

que había en el borde de la mesa, pequeñas perillas brillantes con un código de color propio, representando cada una el término de un cable que se extendía por alguna parte del edificio; cada cable servía para mandar en algún hombre, cada hombre mandaba a muchos hombres que estaban a sus órdenes, cada grupo de hombres contribuía a dar la forma final a las palabras que aparecían en el diario para ir a millones de hogares, para penetrar en millones de cerebros humanos. La puerta del despacho se abrió.

Wynand no estaba seguro de si se había levantado al punto, como la cortesía lo requería; pero se encontraba en aquel momento sentado, mirando al hombre que acababa de entrar. Roark no estaba seguro de haberse detenido cuando entró, de no haber avanzado mirando al hombre que se hallaba detrás de la mesa; quizá no hubiera habido interrupción en sus pasos y sólo le había parecido que se había detenido. Fue sólo un instante en que los dos olvidaron los términos de la realidad inmediata: en que Wynand olvidó el propósito para el cual había citado a aquel hombre; en que Roark olvidó que aquel hombre era el marido de Dominique; en que no existieron la puerta, ni la mesa ni la alfombra, y sólo la conciencia total, en cada uno de ellos, del hombre que tenía delante. Sólo dos pensamientos se encontraron en medio de la habitación. «Éste es Gail Wynand». «Éste es Howard Roark.»

Después Wynand se levantó; su mano hizo un ademán de simple invitación para que él se sentara en la silla que estaba junto a la mesa. Roark se aproximó y se sentó, y ambos no advirtieron que no se habían saludado.

Wynand se sonrió y dijo lo que nunca había pensado decir:

—No creo que quiera trabajar para mí.

—Quiero trabajar para usted —dijo Roark, que había ido preparado para rehusar—. ¿Ha visto las cosas

que he construido?

—Sí. —Wynand se sonrió—. Esto es diferente. No es para mi público. Es para mí.

—¿Nunca ha edificado para usted hasta ahora?

—No, si no se cuenta la jaula que tengo sobre un tejado y esta vieja fábrica del diario. ¿Me pregunta usted por qué nunca he edificado una casa para mí teniendo medios para poder erigir una ciudad a mi gusto? No sé. Creo que usted deberá saberlo.

Se olvidó de que no permitía a los hombres a sus órdenes que tuvieran la presunción de especular personalmente sobre él.

—Porque no ha sido feliz —repuso Roark.

Lo dijo simplemente, sin insolencia, como si allí no le fuese posible más que una sinceridad total. No era el principio de una entrevista; era como la continuación de algo comenzado hacía tiempo.

—Aclare eso —dijo Wynand.

—Creo que usted me comprende.

—Quiero oírle la explicación.

—La mayoría de la gente edifica conforme vive, como algo rutinario, como un accidente sin sentido; pero pocos comprenden que construir implica un gran símbolo. Vivimos en nuestros espíritus y la existencia es la intención de llevar esa vida a la realidad física y manifestarla en gesto y forma. Para el hombre que comprende esto, la casa que posee es una expresión de su vida. Si no la construye cuando tiene medios para hacerlo, es porque su vida no ha sido lo que él quería.

—¿No cree que es un absurdo decirme eso precisamente a mí?

—No.

—A mí tampoco. —Roark se sonrió—. Pero usted y yo somos los únicos que podríamos decirlo. Otra parte de su discurso dice que yo no he tenido lo que he querido, o que se me puede incluir entre los pocos que comprenden un gran símbolo. ¿Tampoco quiere

retractarse de eso?

—No.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y seis.

—Yo tenía la mayor parte de los diarios que tengo ahora cuando tenía esa edad. —Y agregó—. No lo digo como una observación personal. No sé por qué lo he dicho. Se me ocurrió simplemente.

—¿Qué es lo que tengo que construirle?

—Mi casa.

Wynand sintió que las dos palabras produjeron sensación en Roark, aparte del significado común que tenían; dedujo esto sin razón y quiso preguntarle: «¿Qué le pasa?», pero no fue posible, pues Roark no había demostrado nada realmente.

—¿Tiene razón en su diagnóstico, porque, ya ve, ahora quiero edificar mi propia casa. Para decirlo directamente, como usted lo dijo, ahora soy feliz.

—¿Qué clase de casa?

—En el campo. He comprado el terreno, quinientos acres, en Connecticut. ¿Qué clase de casa? Eso lo decidirá usted.

—¿Me eligió la señora Wynand para el trabajo?

—No; mi esposa no sabe nada de esto. Soy yo, que quiero trasladarme al campo, y ella está de acuerdo. Le pedí que eligiera arquitecto; mi mujer se llamaba Dominique Françon cuando era soltera; antes escribía sobre arquitectura, pero prefirió que lo eligiese yo. ¿Quiere saber por qué le elegí? Me ha costado mucho tiempo decidirlo. Al principio me sentía más bien extraviado. Nunca había oído nada de usted. No conocía ningún arquitecto. Lo digo literalmente; no olvido los años que he pasado en los negocios de propiedades, las casas que he edificado y los imbéciles que las hicieron. Esto no es un Stoneridge; esto es, ¿cómo lo llamó usted?, una expresión de mi vida. Después vi Monadnock. Fue la primera cosa que me hizo recordar



su nombre. Pero hice un largo examen. Anduve por el país viendo casas, hoteles y toda clase de edificios. De vez en cuando veía uno que me gustaba, y cuando preguntaba quién lo había construido, la respuesta era siempre la misma: Howard Roark. De suerte que decidí llamarle. —Y agregó—: ¿Es necesario que le diga cuánto admiro su obra?

—Gracias —dijo Roark.

—Debe saber que no quería conocerle.

—¿Por qué?

—¿Ha oído hablar de mi galería de arte?

—Sí.

—Nunca conozco a los hombres cuyas obras me gustan. La obra significa demasiado para mí. No quiero que los hombres la echen a perder. Generalmente sucede así. Son lo contrario de sus propios talentos. Usted no es así. Me gusta conversar con usted. Se lo digo porque quiero que sepa que, respeto pocas cosas en la vida, pero respeto las obras que tengo en mi galería, y sus edificios, y la capacidad del hombre que produce una obra así. Quizá sea la única creencia que tengo. —Se encogió de hombros—. Creo que he destruido, pervertido, corrompido todo lo que existe, pero nunca he tocado eso. ¿Por qué me mira así?

—Disculpe. Dígame, por favor, la casa que usted quiere.

—Quiero que sea un palacio, pero no creo que los palacios sean suficientemente lujosos. Son grandes, promiscuamente públicos. ¡Una cosa pequeña constituye el verdadero lujo! Una residencia para dos personas: mi mujer y yo. No es necesario que sea para una familia, pues no pensamos tener hijos. Tampoco pensamos tener invitados. Una habitación para huéspedes, en caso que nos fuera necesaria, y nada más. Ésa es la idea general; después le daré los detalles. El costo... lo que usted necesite. El aspecto... —Se sonrió y volvió a encogerse de hombros—. He visto sus

edificios. Lo único que quiero es que mi casa tenga la calidad de Roark.

—¿Cuál es?

—Creo que usted comprende.

—Quiero oír su explicación.

—Creo que algunos edificios son alardes bastardos y otros son cobardes, se disculpan a sí mismos en cada ladrillo, y algunos son la ineptitud eterna, remendados, malintencionados y falsos. Sus edificios tienen, sobre todo, un sentido, un sentido de alegría. No de una alegría plácida, sino de una alegría difícil, exigente. De aquella clase que al experimentarla se tiene la impresión de una hazaña. Uno mira y piensa: «Soy una persona mejor si puedo sentir eso.»

Roark dijo lentamente, pero no con el tono de una respuesta:

—Supongo que era inevitable.

—¿Qué?

—Que lo viera de esa manera.

—¿Por qué lo dice como si... lamentase que fuera capaz de verlo?

—No lo lamento.

—Escuche, no me culpe... de las cosas que antes he hecho edificar.

—No.

—Son los Stoneridge y los «Noyes Belmont Hotel» y los diarios Wynand los que me dan la posibilidad de tener una casa hecha por usted. ¿No es eso un lujo digno de realizar? ¿Importa cómo? Aquellos fueron los medios. Usted es el fin.

—No tiene por qué justificarse ante mí.

—No me jus... Sí, creo que lo estaba haciendo.

—No tiene necesidad de hacerlo. Yo no estaba pensando en lo que usted ha edificado.

Wynand preguntó:

—¿En qué estaba pensando?

—En que me considero impotente ante cualquiera

que ve lo que vio usted en mis edificios.

—¿Cree que necesita ayuda contra mí?

—No. Sólo que no me siento impotente, por regla general.

—Yo tampoco estoy acostumbrado a justificarme, por regla general. Entonces..., está bien, ¿verdad? —Sí.

—Debo decirle mucho más acerca de la casa que quiero. Supongo que un arquitecto es como un profesor, que debe saber todo de la gente que tiene que vivir en la casa, ya que lo que él les da es más personal que sus mismas ropas y que su alimento. Por favor, considérelolo con el espíritu, y perdóneme si nota que para mí es difícil decirlo, que nunca me he confesado. Ya ve, quiero esta casa porque estoy muy enamorado de mi esposa. ¿Qué le pasa? ¿Le parece que es una manifestación impertinente?

—No; continúe.

—No puedo ver a mi esposa entre las otras personas. No son celos. Es mucho más y mucho peor. No puedo soportar que ande por las calles de la ciudad. Ni compartir con ella ni siquiera las tiendas, los teatros, los taxis, las aceras. Tengo que ponerla fuera del alcance de todos. Debo sacarla del alcance de la gente para que nadie pueda tocarla en ningún sentido. Esa casa tiene que ser una fortaleza. Mi arquitecto tiene que ser mi guarda.

Roark se quedó mirándole. Tenía que mantener los ojos en Wynand para poder escucharle. Wynand sentía el esfuerzo de su mirada; no lo reconocía como un esfuerzo, sino como una fuerza; se sintió apoyado en su mirada y le pareció que todo era fácil de confesar.

—Esa casa debe ser una prisión. No tanto. Debe ser una caja de caudales. Una cripta para guardar en ella las cosas que son demasiado preciosas para exhibirlas. Pero debe ser aún más. Debe ser un mundo separado, tan hermoso que jamás echemos de menos el que hemos dejado. Una prisión sólo por el poder de su propia

perfección. Ni rejas ni terraplenes, pero que su talento esté como un muro entre nosotros y el mundo. Eso es lo que quiero de usted. Y más. ¿Ha edificado alguna vez un templo?

Por un instante Roark careció de fuerzas para responder, pero vio que la pregunta era sincera. Wynand no sabía nada.

—Sí —replicó

—Entonces piense en este trabajo como si pensase en un templo. Un templo para Dominique Wynand... Quiero que la conozca antes de proyectarlo.

—Conocí a su señora hace algunos años.

—¿La conoce? Entonces lo comprenderá bien.

—Comprendo.

Wynand vio las manos de Roark en el borde del escritorio, los largos dedos que apretaban el cristal, cerca de las pruebas del *Banner*. Las pruebas estaban dobladas sin cuidado; vio el encabezamiento *Una Vocecita* en un pliego. Miró la mano de Roark. Pensó que le gustaría tener un pisapapeles de bronce hecho así, y qué hermoso quedaría sobre la mesa.

—Ahora que ya sabe lo que quiero, empiece a trabajar. Empiece en seguida. Quiero la casa para el verano. ¡Oh, perdóneme! Es el hábito del trato excesivo con los malos arquitectos. Todavía no le he preguntado si quiere hacerla.

La mano de Roark se movió y después la retiró de la mesa.

—Sí —dijo Roark—. La haré.

Wynand vio las impresiones digitales en el cristal, precisas como si fuesen encajes y éstos estuvieran húmedos.

—¿Cuánto tiempo empleará? —preguntó Wynand.

—La tendrá en julio.

—Desde luego, usted tiene que ver el lugar. Quiero mostrárselo yo mismo. ¿Podemos ir mañana?

—Como disponga.

—Aquí, a las nueve.

—Bien.

—¿Quiere que extendamos un contrato? No tengo idea acerca de cómo prefiere trabajar. Por lo general, antes de tratar con una persona, en cualquier asunto, quiero saber todo lo que se relaciona con ella, desde el día de su nacimiento o antes. Nunca me he informado nada acerca de usted. Lo olvidé, sencillamente. No me parece necesario.

—Puedo contestar cualquier pregunta que desee.

Wynand se sonrió y sacudió la cabeza:

—No, no tengo necesidad de preguntarle nada, salvo los pormenores del negocio,

—Yo nunca pongo condiciones, excepto una: si acepta el proyecto preliminar de la casa, debe ser edificada como la he diseñado, sin ninguna reforma ulterior.

—Naturalmente. Se entiende. He oído decir que no trabaja de otro modo. Pero, ¿tiene interés en que yo haga publicidad de la casa? Sé que le resultaría útil profesionalmente, pero quiero excluir a este edificio de los diarios.

—No me interesa eso.

—¿Me promete que no entregará fotografías para que sean publicadas.?

—Lo prometo.

—Gracias. Se lo resarciré con creces. Considere que los diarios de Wynand son sus agentes de publicidad. Le haré toda la propaganda que quiera en cualquier otro trabajo suyo.

—No quiero ninguna clase de propaganda.

Wynand se rió a carcajadas.

—¿Qué cosas dice y de qué modo! No tiene idea de cómo se comportarían sus colegas en esta entrevista. No creo que tenga verdadera conciencia de que está hablando con Gail Wynand.

—La tengo —dijo Roark.

—Era mi manera de agradecerérselo. No me gusta ser siempre Gail Wynand.

—Ya lo sé.

—Voy a cambiar de tema y a hacerle una pregunta personal. Usted dijo que me iba a contestar cualquier cosa.

—Sí.

—¿Le ha gustado ser siempre Howard Roark?

Roark se sonrió. La sonrisa era alegre, de asombro, e involuntariamente despectiva.

—Ya lo ha contestado —dijo Wynand.

Después se levantó, tendiéndole la mano:

—Mañana, a las nueve.

Cuando Roark partió, Wynand se sentó a su mesa, sonriendo. Movi6 su mano hacia una de los botones, y se detuvo. Recordó que tenía que asumir unos modales distintos, los de costumbre, que no debía hablar como lo había hecho en la última media hora. Entonces comprendió cuan extraña había sido la entrevista. Por primera vez en su vida había hablado con un hombre sin sentir asco, sin la necesidad de disfrazarse que siempre había experimentado con la gente; no había tenido que hacer ningún esfuerzo: era como si hubiese hablado consigo mismo.

Apretó un botón y dijo a su secretaria:

—Dígale al jefe de archivo que me envíe todo lo que tenga acerca de Howard Roark.

—Adivine de qué se trata —dijo Alvah Scarret con voz que imploraba para que le pidiesen información.

Ellsworth Toohey agitó la mano impacientemente con un ademán negativo, sin levantar los ojos de la mesa.

—Bueno, Alvah. Estoy ocupado.

—Pero esto es interesante, Ellsworth. Es realmente interesante. Sé que usted querrá saberlo.

Toohey levantó la cabeza y lo miró (la débil contracción de fastidio en los ángulos de los ojos daba a

entender a Scarret que aquel instante de atención era concedido como un favor), y dijo con un tono de enfática impaciencia:

—Bueno, ¿qué es?

Scarret no se ofendía con los modales de Toohey. Éste lo trataba así desde hacía unos años, pero Scarret no advirtió la transición en sus relaciones; con el tiempo notó el cambio, pero era demasiado tarde para molestarse.

Scarret se sonrió como un alumno brillante que espera que el profesor lo alabe por haber descubierto un error en el propio texto del maestro.

—Ellsworth, su FBI<sup>2</sup> privada pierde terreno.

—¿De qué me está hablando?

—Apuesto a que no sabe lo que está haciendo Gail..., y usted cree estar siempre informado.

—¿Qué es lo que no sé?—Adivine quién ha estado en la oficina de Gail.

—Querido Alvah, no tengo tiempo para acertijos.

—No lo adivinaría en mil años.

—Muy bien; ya que es la única manera de desembarazarme de usted, le haré la misma pregunta: ¿Quién estuvo hoy en la oficina de Gail?

—Howard Roark.

Toohey se volvió, olvidando dominarse, y dijo con incredulidad:

—¡No!

—Sí —respondió Scarret orgulloso del efecto producido.

—¿Sí? —dijo Toohey, y reventó de risa.

Scarret trató de sonreír ansioso de unir su risa a la de Toohey, pero no estaba seguro de la causa de su diversión.

—Sí, es divertido, pero..., en realidad, ¿por qué se ríe, Ellsworth?

---

<sup>2</sup> Federal Bureau of Investigation

—¡Oh, Alvah, llevaría mucho tiempo explicárselo!

—Creía que...

—¿No tiene ningún sentido de lo espectacular, Alvah? ¿No le gustan los fuegos artificiales? Si quiere saber con qué tiene que contar, piense que las peores guerras fueron las religiosas ante sectas de la misma religión, o las guerras civiles entre hermanos de una misma raza.

—Estoy encantado de que esté tan alegre, pero pensé que era algo malo.

—Por supuesto que es malo, pero no para nosotros.

—Pero, mire, usted sabe cómo hemos insistido, sobre todo usted, en que Roark es el peor arquitecto de la ciudad, y ahora nuestro jefe lo contrata... ¿No puede resultar molesto?

—¿Eso...? ¡Oh, quizá...! ¿Qué hacía en la oficina de Wynand? ¿Acaso un trabajo?

—Es lo que no sé. No lo he podido averiguar. Nadie lo sabe.

—¿Ha oído decir algo acerca de si Wynand ha proyectado edificar algo últimamente?

—No, ¿y usted?

—No, sospecho que mi FBI está perdiendo terreno. ¡Oh, bueno! Uno hace todo lo que puede.

—Pero, mire, Ellsworth, tengo una idea. Tengo una idea que podría resultar útil para nosotros.

—¿Qué idea?

—Gail está imposible últimamente. Después de todo, usted lo predijo, Ellsworth. Usted tenía razón. Usted siempre tiene razón. Que me condenen si puedo adivinar qué ocurre: si Dominique es la causa o si hay algún otro cambio en su vida, pero algo ocurre. ¿Por qué tiene de improvisto accesos, y lee cada línea de cada edición, y pone el grito en el cielo por las cuestiones más insignificantes? Últimamente rechazó tres de mis mejores editoriales y antes jamás había hecho nada semejante. ¡Jamás! ¿Sabe lo que me dijo? «La



maternidad es maravillosa, Alvah; pero por Dios, vaya despacio con el embarazo. Hay también un límite para la depravación intelectual.» ¿Qué depravación? Se trataba del editorial más dulce que haya hecho para el Día de la Madre. Con sinceridad, yo mismo estaba conmovido. ¿Desde cuándo ha aprendido a hablar de depravación? El otro día llamó a Jules Fougler ropavejero y arrojó su artículo del domingo a la papelera, en su propia cara. Un trabajo maravilloso sobre el teatro de los obreros. ¡A Jules Fougler, nuestro mejor escritor! No hay que asombrarse si no le queda un solo amigo aquí. ¡Si antes lo odiaban, hay que oírlos ahora!

—Los he oído.

—Ha perdido firmeza, Ellsworth. No sé qué haría si no fuese por usted y por las personas encantadoras que usted eligió. Esos jovencitos suyos constituyen, prácticamente, todo nuestro actual medio de trabajo, y no nuestras viejas vacas sagradas, que se desprestigian cuando escriben. Esos brillantes muchachos harán marchar al *Banner*. Pero, Gail... Escuche: la semana pasada echó a Dwight Carson. Creo que eso es significativo: Dwight Carson era un peso muerto y un estorbo que perjudicaba, pero era el primero de aquellos favoritos especiales de Gail, de aquellos muchachos que vendieron sus almas. De suerte que me gustaba tener cerca a Dwight; era excelente, sano; era una reliquia de los mejores días de Gail. Ya siempre dije que era la válvula de escape de Gail, y cuando, de súbito, echó a Carson... no me gustó, Ellsworth, no me gustó nada. Ahora ¿qué piensa usted de Roark? ¿Qué sabemos de él? Que es un maniático, un raro, un loco; esta bien, pero ¿qué más? Que es uno de esos tontos a los cuales no se los mueve con amor, ni con dinero, ni con un cañón de dieciséis pulgadas. Es peor que Dwight Carson, peor que todo el grupo de favoritos de Wynand juntos. ¿Ve lo que le quiero decir? ¿Qué va a hacer

Gail cuando se encuentre con un hombre de éstos? Una cosa solamente; sí, yo conozco a Gail, ¡y vaya si lo conozco! Por eso me siento esperanzado. Esto es lo que le hacía falta desde hace tiempo. Un trago de su vieja medicina. La válvula de escape. Quebrará la espina dorsal de ese muchacho, y eso será bueno para Gail. Será lo mejor del mundo, y lo volverá a su estado normal. Eso es mi opinión, Ellsworth. —Esperó, pero no vio un gran entusiasmo en la cara de Toohey, y terminó, tartamudeando—: Bien; podría estar equivocado... No sé... Quizá no sea eso...

—Es precisamente eso, Alvah.

—¿Entonces cree que ocurrirá de ese modo?

—Quizá. O podría resultar peor de lo que usted se imagina; pero para nosotros ya no es de importancia, porque, mire, Alvah, por lo que concierne al *Banner*, deberíamos llegar a una decisión entre nosotros, y no debemos temer a Gail Wynand.

Cuando el muchacho llegó procedente del archivo y llevando un grueso sobre con recortes, Wynand levantó la vista y dijo:

—¿Todo eso? No sabía que fuera tan famoso.

—Sí; éste es el pleito de Stoddard, señor Wynand.

El muchacho se detuvo. No había nada de malo, excepto las arrugas en la frente de Wynand, y él no lo conocía bastante para saber qué significaban. Se preguntó qué fue lo que le hizo sentir miedo. Después de un instante, Wynand le dijo:

—Está bien. Gracias.

El muchacho depositó el sobre en la mesa y se fue. Wynand se quedó mirando el paquete hinchado de papeles descoloridos. Vio que se reflejaba en el cristal como si el volumen hubiese atravesado la superficie y hubiese echado raíces. Miró las paredes del despacho y se preguntó si contenían alguna fuerza que le impidiese abrir el sobre. Se quedó impasible un instante, absorto como la momia angulosa de un faraón. Después movió

la mano, atrajo el sobre y empezó a leer.

*Sacrilegio*, por Ellsworth Toohey. *Las iglesias de nuestra infancia*, por Alvah Scarret; editoriales, sermones, discursos, declaraciones, cartas al director, el *Banner* desatado con toda furia, fotografías, caricaturas, entrevistas, resoluciones de protesta, cartas al director.

Leyó cada palabra metódicamente, con las manos sobre el borde de la mesa, los dedos entrecruzados, sin levantar los recortes, sin tocarlos: los leía conforme iban apareciendo, moviendo sólo la mano para volver un recorte y leer el siguiente, moviendo la mano con una regularidad mecánica, levantando los dedos conforme sus ojos leían la última palabra, no dejando que el recorte quedara ante su vista un segundo más de lo necesario. Se detuvo largo rato para contemplar las fotografías del templo de Stoddard. Se detuvo aún más para mirar una de las fotografías de Roark, aquella que había captado su exaltación. «¿Está contento, señor Superhombre?» Lo arrancó del relato que ilustraba y lo metió en el cajón de la mesa. Después continuó la lectura.

El pleito, el testimonio de Ellsworth Toohey, de Peter Keating, de Ralston Holcombe, de Gordon L. Prescott, ninguna referencia al testimonio de Dominique Françon; sólo una breve cita. «La defensa de los restos.» Pocas menciones en *Una Vocecita*; después un bostezo, el recorte próximo databa de tres años después: Monadnock Valley.

Era tarde cuando terminó de leer. Su secretaria se había ido. Tuvo la sensación de las habitaciones desiertas y de los pasillos que lo rodeaban, pero oyó el ruido de las máquinas: una vibración baja, sorda. Siempre le había gustado aquello: el latido del corazón de la casa. Escuchó. Estaban imprimiendo el *Banner* del día siguiente. Durante largo tiempo permaneció inmóvil.

### III

Roark y Wynand estaban en la cúspide de una colina contemplando el terreno, que se inclinaba gradualmente en una larga curva. Árboles desnudos se elevaban en la cima y descendían a la orilla del lago, cortando el cielo con sus ramas geométricamente dispuestas. El color del cielo, de un verde azul frágil, hacía el aire más frío. El frío lavaba los colores de la tierra, revelando que no había colores, sino sólo elementos de donde procede el color; el castaño apagado era un futuro verde; el débil púrpura, un preludio del rojo vivo; el gris, un anticipo del oro.

—¿Dónde cree que debe situarse la casa? — preguntó Wynand.

—Aquí —respondió Roark.

Wynand había guiado el auto desde la ciudad y había marchado durante dos horas por las sendas de la nueva posesión, a través de desiertos senderos, a través de un bosque. Después costearon el lago hasta llegar a la colina. Ahora Wynand aguardaba mientras Roark contemplaba la campiña que se extendía a sus pies.

Cuando Roark volvió el rostro, Wynand le preguntó:

—¿Le puedo hablar?

—Naturalmente,

Roark se sonrió, divertido por aquella deferencia que no esperaba. La voz de Wynand sonaba clara y frágil como el calor del cielo que los cubría, con la misma calidad del resplandor verde helado.

—¿Por qué aceptó este encargo?

—Porque soy un arquitecto que vive de su trabajo.

—Usted sabe lo que quiero decirle.

—No estoy seguro de si lo sé.

—¿No me odia?

—No. ¿por qué?

—¿Quiere que se lo explique yo primeramente?

—¿Qué?

—Me refiero al templo de Stoddard.

Roark se sonrió.

—¿De modo que ayer hizo averiguaciones sobre mí?

—Leí nuestros recortes. —Esperó, pero Roark siguió silencioso—. Todos. —Su voz era áspera, medio desafiante, medio suplicante—. Todo lo que hemos dicho de usted. —La sinceridad del rostro de Roark lo enfureció. Prosiguió, dándole lentamente un valor pleno a cada palabra—: Le llamamos incompetente, tonto, nocivo, charlatán, estafador, ególatra.

—Deje de torturarse a sí mismo.

Wynand cerró los ojos como si Roark le hubiese dado un golpe. Al momento dijo:

—Señor Roark, usted no me conoce muy bien. Debería retener bien esto: yo no pido disculpas. Nunca pido disculpas por ninguno de mis actos.

—¿Por qué habla de disculpas si yo no le he preguntado nada?

—Me mantengo en cada uno de los términos expresados. Sostengo todas las palabras impresas en el *Banner*.

—No le he pedido que las repudie.

—Sé lo que usted piensa. Ayer se dio cuenta de que yo no sabía nada del templo de Stoddard. Había olvidado el nombre del arquitecto envuelto en este asunto. Usted dedujo, en conclusión, que yo no había dirigido la campaña en contra suya. Tiene razón, no era yo; en aquella época yo estaba ausente. Pero usted no comprende que la campaña estaba dentro del verdadero y propio espíritu del *Banner*. Está de estricto acuerdo con la función del *Banner*. Nadie es responsable sino yo. Alvah Scarret hacía sólo lo que yo le indicaba. Si yo hubiese estado en la ciudad, hubiera hecho lo mismo.

—Ése es su privilegio.

—¿No cree que lo habría hecho?

—No.

—No le he pedido cumplidos ni piedad.

—No puedo hacer lo que me está pidiendo.

—¿Qué cree que le estoy pidiendo?

—Que le dé una bofetada en la cara.

—¿Por qué no lo hace?

—No puedo demostrar una ira que no siento. No es piedad. Es mucho más cruel que todo lo que pudiera hacer. Solamente que no lo hago por ser cruel. Si le diese una bofetada me hubiera perdonado por lo del templo de Stoddard.

—¿Es usted el que pide perdón?

—No. Usted quería que lo pidiese. Usted sabe que hay un acto de perdón implícito. No es claro acerca de los acusadores. Quiere que lo perdone, o pide un pago, que es la misma cosa, y cree que con eso cerrará la cuestión. Pero, mire, yo no tengo nada que ver con eso. No soy uno de sus demandantes. No tiene importancia lo que haga o lo que piense. Usted no piensa en mí. No puedo serle útil. No soy la persona a la cual teme.

—¿Quién es?

—Usted mismo.

—¿Quién le ha dado derecho para decir eso?

—Usted.

—Bueno, continúe.

—¿Quiere saber algo más?

—Continúe.

—Lo que a usted le hiere es saber que me ha hecho sufrir. Usted desearía no haberlo hecho, y, sin embargo, hay algo a lo que teme más aún. Saber que yo no he sufrido absolutamente nada.

—Continúe.

—Saber que yo no soy ni amable ni generoso, sino simplemente indiferente. Eso lo asusta, porque sabe que las cosas como el templo Stoddard requieren siempre

una expiación, y usted ve que no sufro por ello. Está asombrado de que yo haya aceptado este trabajo. ¿Cree que mi aceptación requirió coraje? Usted necesitó un coraje mayor para llamarme. Ya ve, esto es lo que pienso en lo referente al templo de Stoddard. Para mí, ha terminado. Para usted, no.

Wynand dejó caer la mano, con la palma hacia afuera. Sus hombros se hundieron, aflojados.

—Está bien. Es cierto. Todo eso es cierto.

Después se irguió, pero con una especie de resignación tranquila, como si su cuerpo se hubiese tornado conscientemente vulnerable.

—Espero que se dé cuenta de que me ha dado una lección a su modo.

—Sí, y usted la ha aceptado. Así que ha cumplido con lo que quería. ¿Podemos decir que estamos en paz y que olvidamos el templo Stoddard?

—O usted es muy astuto, y yo me pongo muy en evidencia. En cualquiera de los dos casos, el triunfo es suyo. Nadie me ha forzado a ser tan evidente antes.

—¿Continúo haciendo lo que usted quiere?

—¿Qué le parece que quiero?

—Un reconocimiento personal de mi parte. Es mi turno de ceder, ¿verdad?

—Usted es atterradoramente sincero, ¿no?

—¿Por qué no serlo? No puedo reconocer que me haya hecho sufrir, pero en cambio reconozco que me ha causado placer. Así es. Encantado de su aprecio, Creo que se dará cuenta de que esto es en mí tan excepcional como en usted el considerarse vencido. Por regla general, no me interesa y estoy contento.

Wynand se rió a carcajadas.

—Es tan inocente y presuntuoso como un emperador. Cuando confiere honores, se exalta usted lo mismo. ¿Qué diablos le hace pensar que lo estimo?

—En cuanto a esto, no necesita ninguna explicación. Antes me reprochó por haberlo forzado a ser evidente.

Wynand se sentó en un tronco caído. No dijo nada, pero su movimiento era una invitación y una exigencia. Roark se sentó a su lado. El rostro de éste estaba sereno, pero le quedaba el rastro de una sonrisa, divertida y vigilante, como si cada palabra que escuchara no fuese un descubrimiento, sino una conformidad.

—Usted ha surgido de abajo, ¿no? —preguntó Wynand—. Procede de una familia pobre.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Porque se adivina, por la forma de tomar las cosas; sea un cumplimiento, una idea o una fortuna. Yo también procedo de lo más bajo. ¿Quién era su padre?

—Un pudelador de acero.

—El mío era estibador. ¿Hizo toda clase de trabajos raros, cuando era muchacho?

—Hice trabajos de toda clase, sobre todo en la industria de la construcción.

—Yo he hecho cosas peores. Hice de todo. ¿Qué trabajo le gustaba más?

—El de remachador en los armazones de acero.

—A mí el de limpiabotas en un *ferry-boat* del Hudson. Debería haber odiado eso, pero no. No recuerdo la gente, sólo recuerdo la ciudad. La ciudad, siempre allí, extendida en la costa, esperando como si yo estuviese atado a ella por una cinta de goma. La cinta se estiraba y me llevaba a la otra costa, pero siempre me atraía atrás y yo volvía. Tuve la impresión de que nunca podría huir de la ciudad y que ella nunca se separaría de mí.

Roark se dio cuenta, por el tono de sus palabras, de que Wynand raras veces hablaba de su infancia: las palabras eran luminosas y vacilantes, sin estar sucias por el uso; como monedas que no hubiesen circulado.

—¿Le faltó alguna vez alojamiento y tuvo hambre?

—Algunas veces.

—¿Le importaba?

—No.



—A mí tampoco. ¿Quería gritar, cuando era muchacho, al ver la pesada ineptitud que lo rodeaba, sabiendo que se pueden hacer muchas cosas, y hacerlas bien, pero careciendo del poder para ello? ¿Tenía deseos de hacer saltar las cabezas vacías que lo rodeaban? ¿Ha sentido lo que es tener que recibir órdenes de los inferiores?

—Sí.

—¿Empujaba la ira hacia dentro y la almacenaba y se hubiera hecho pedazos, si hubiera sido necesario, para llegar un día a dirigir a esa gente y a toda la gente que lo rodeaba?

—No.

—¿No? ¿O lo ha olvidado?

—No. Odio la incompetencia. Creo que es probablemente lo único que odio; por eso no he querido gobernar a la gente ni enseñarle nada. Quise hacer mis propios trabajos a mi propio modo, a costa de hacerme pedazos, de ser necesario.

—¿No le interesa mirar hacia atrás?

—No.

—Yo sí. Fue una noche. Me hirieron y me arrastré hasta llegar a una puerta; recuerdo el pavimento, rozaba mi nariz, todavía lo estoy viendo; las piedras tenían vetas y manchas blancas. Tenía que asegurarme si el pavimento cambiaba; yo no podía darme cuenta de si me movía o no, pero podía decirlo por el pavimento, veía que aquellas vetas y aquellas manchas cambiaban; tenía que alcanzar la meta próxima o la rajadura que estaba a seis pulgadas de distancia, empleaba mucho tiempo, sabía que había sangre bajo mi vientre...

La voz no tenía tono de conmiseración, era simple, impersonal, con un débil matiz de asombro.

—Me gustaría serle útil —dijo Roark.

Wynand se sonrió, lenta pero no alegremente.

—Creo que podré hacerlo. Hasta creo que sería lo natural. Hace dos días hubiera matado a cualquiera que

me hubiese tomado por un objeto que necesitaba ayuda. Por supuesto que no es esa noche la que odio de mi pasado. Ni es lo que temo recordar. Es lo menos chocante que puedo mencionar. Las otras cosas no se pueden decir.

—Ya sé. Supongo las otras cosas.

—¿Cuáles son? Dígalas.

—El templo de Stoddard.

—¿Quiere serme útil con eso?

—Sí.

—Usted es un loco de remate. No se da cuenta...

—¿No se da cuenta de que ya lo estoy haciendo?

—¿Cómo?

—Construyendo la casa para usted.

Roark vio las arrugas oblicuas en la frente de Wynand. Sus ojos parecían más blancos que de costumbre, como si el azul del iris hubiese disminuido y sólo quedasen dos óvalos blancos y luminosos en su rostro.

—Y obteniendo un gran cheque por el trabajo —respondió.

Gail vio que la sonrisa de Roark desaparecía antes de exteriorizarse totalmente. La sonrisa expresaba que aquel súbito insulto era una manifestación de sometimiento más elocuente que las palabras de confianza; la supresión de la misma decía que Roark no lo hubiera ayudado en aquel instante particular.

—Por supuesto —dijo Roark con calma.

Wynand se levantó.

—Vamos. Estamos perdiendo el tiempo. Tengo que hacer cosas más importantes en mi oficina.

En el trayecto de vuelta a la ciudad, ambos permanecieron silenciosos. Wynand dirigía el auto a noventa por hora. La velocidad formaba dos muros de confuso movimiento a los lados de la carretera, como si volaran por un corredor largo, cerrado y silencioso. Detuvo el auto a la entrada del edificio Cord para que

Roark bajara.

—Puede volver al sitio todas las veces que quiera. No es preciso que yo vaya con usted. Puede conseguir, en mi oficina, los planos y todas las informaciones que necesite. Por favor, no vuelva a verme hasta que no sea necesario. Estaré muy ocupado. Avíseme cuando estén listos los primeros bocetos.

Cuando los bocetos estuvieron listos, Roark llamo por teléfono a la oficina de Wynand. Durante un mes no había hablado con Wynand. «Espere que lo ponga en comunicación con el señor Wynand, por favor, señor Roark», dijo la secretaria. Esperó. La voz de la secretaria reapareció y le informó que el señor Wynand quería que llevase los dibujos a la oficina por la tarde, y le dio la hora. Wynand no podía contestar personalmente.

Cuando Roark entró en la oficina, Wynand le dijo:

—¿Cómo está usted? —con voz amable y solemne. En su rostro, indiferente y cortés, no quedaba ningún vestigio de intimidación.

Roark le entregó los planos de la casa y un amplio dibujo en perspectiva. Wynand estudió cada pliego. Tuvo durante largo tiempo el proyecto en sus manos. Sólo al terminar levantó la vista.

—Estoy muy impresionado, señor Roark. —La voz era ofensivamente correcta—. Quedé muy impresionado con usted desde el primer momento. He pensado sobre esto y quiero hacer un trato especial con usted.

Le dirigió fijamente la mirada, con suave énfasis, casi con ternura, como si quisiera demostrar que lo quería tratar con prudencia para conservarlo intacto para un propósito propio.

Levantó el boceto y lo sostuvo con dos dedos, dejando que la luz le diera directamente. La hoja blanca brilló un instante como un reflector que avanzara elocuentemente entre las negras líneas.

—¿Quiere ver levantada esta casa? —le preguntó

amablemente—. ¿Lo desea con mucho interés?

—Sí.

Wynand no movió la mano, sólo separó los dedos y dejó que la cartulina cayese sobre la mesa.

—Se levantará, señor Roark. Tal como está diseñada. Tal como está en el proyecto, pero con una sola condición.

Roark se echó hacia atrás, esperando atento, con las manos en los bolsillos.

—¿Quiere saber cuál es la condición, señor Roark? Muy bien, se la diré. Aceptaré esta casa con la condición de que acepte lo que le propongo. Quiero firmar un contrato según el cual usted será el único arquitecto que construya cualquier edificio que yo quiera hacer en lo futuro. Como puede darse cuenta, es una buena asignación. Me atrevo a decirle que domino el mundo de las construcciones más que cualquier otra persona en el país. Todos los hombres de su profesión han querido que se le conozca como mi arquitecto exclusivo. Le ofrezco el cargo a usted. En cambio, tendrá que someterse a ciertas condiciones. Antes de designarlas, quiero indicarle alguna de las consecuencias para el caso que usted rehusara. Conforme habrá oído decir, no quiero que me rechacen nada. Con el poder que tengo puedo proceder de dos modos. Sería fácil para mí ordenar que no se le diera ningún trabajo en ninguna parte del país. Usted tiene un séquito pequeño, pero ningún empresario en potencia puede resistir la presión que yo puedo ejercer. Usted ha perdido antes muchos períodos de su vida. No son nada comparados con el bloqueo que puedo imponerle. Tendría que volver a la cantera. ¡Oh, sí, conozco eso, en el verano de 1928, en la cantera de Françon, en Connecticut! ¿Cómo? Detectives privados, señor Roark. Tendría que volver a la cantera, sólo que las canteras estarían cerradas para usted. Ahora le diré lo que quiero de usted.

Entre todos los chismes que circulaban acerca de Wynand, nadie había hablado nunca de una expresión del rostro similar a la que tenía en aquel instante. Los pocos hombres que la habían visto no habían hablado de ella. Entre estos hombres, Dwight Carson había sido el primero. Los labios de Wynand estaban separados. Los ojos le brillaban. Era una expresión de placer sensual derivado de la lucha, la lucha de su víctima, o la suya, o ambas a la vez.

—Quiero que haga los proyectos de todas mis futuras construcciones comerciales, tal como el público quiere que se hagan. Edificaré casas coloniales, hoteles rococó, edificios para oficinas, semi griegos. Ejercitaré su talento incomparable en las formas elegidas por el gusto popular y me hará ganar dinero. Hará obedecer a su talento espectacular. Originalidad y subordinación al mismo tiempo. Eso se llama armonía. Creará en su esfera lo que el *Banner* en la mía. ¿No cree que se necesitó talento para crear el *Banner*?. Tal será su carrera futura, pero la casa que ha diseñado para mí será construida tal como la ha diseñado. Será el último edificio de Roark que se levante sobre la tierra. Nadie tendrá otro después del mío. Habrá leído algo de los antiguos gobernantes que condenaban a muerte al arquitecto que había construido su palacio para que nadie más pudiera igualar la gloria que les había dado. Mataban al arquitecto o le sacaban los ojos. Los métodos modernos son diferentes. Por el resto de su vida obedecerá al deseo de la mayoría. No intentaré ofrecerle argumentos. Estoy expresando, simplemente, una alternativa. Usted es un hombre que entiende el lenguaje llano. Tiene un dilema simple: si rehúsa, no volverá a edificar más; si acepta, edificará esta casa, que tanto desea ver erigida, y muchas otras cosas que no querrá hacer. Durante el resto de su vida construirá viviendas para renta, tales como Stoneridge. Eso es lo que quiero.

Se inclinó hacia delante, esperando una de las reacciones que bien conocía y que lo deleitaban: una mirada de ira, de indignación o de orgullo feroz.

—Bien —dijo Roark con alegría—. Encantado de hacerlo. Es fácil.

Alargó la mano, tomó un lápiz y el primer pedazo de papel que vio sobre la mesa: una carta con un imponente membrete. Dio vuelta a la carta. El movimiento de su mano era suave y seguro. Wynand contempló su rostro inclinado sobre el papel, vio la tersa frente, la recta línea de las cejas, atentas pero tranquilas a pesar del esfuerzo.

Roark levantó la cabeza y le arrojó el papel sobre la mesa.

—¿Es esto lo que usted quiere?

La casa de Wynand, dibujada en el papel, tenía Porches coloniales, un tejado a la holandesa, dos chimeneas solemnes, unas pequeñas pilastras, troneras. No era una parodia, era un serio trabajo de adaptación que cualquier profesor hubiera calificado como de gusto excelente.

—¡Por Dios, no! —El arranque fue instintivo e inmediato.

—Entonces, cálese —repuso Roark—, y que nunca le oiga sugerencias en lo referente a arquitectura.

Wynand se hundió en el sillón y se rió. Se rió un rato largo, incapaz de contenerse.

No era una risa de alegría.

Roark meneó la cabeza, fatigado.

—Usted tiene un criterio mejor que el expresado. Y esto es demasiado viejo para mí. Mi obstinación antisocial es demasiado bien conocida para que crea que alguien va a perder el tiempo tratando de tentarme.

—Sin embargo, Howard, yo lo consideraré posible. Hasta que vi esto.

—Ya lo sabía. No creía que usted pudiera ser tan tonto.

—¿Sabía usted que estaba siendo sometido a una

tentación?

—En absoluto. Porque tenía un aliado en quien podía confiar.

—¿Cuál? ¿Su integridad?

—La suya, Gail.

Wynand se quedó mirando la superficie de la mesa. Después de un momento, habló:

—Está equivocado en «eso».

—No lo creo así.

Wynand levantó la cabeza. Parecía cansado y hablaba indiferentemente.

—Ése fue su método en el pleito de Stoddard, ¿no? «La defensa ha terminado...» Me hubiera gustado estar el día de la vista para escuchar la sentencia... ¿Me echa en cara otra vez el juicio Stoddard?

—Llámelo así.

—Pero esta vez ha ganado usted. Supongo que se dará cuenta de que no me gusta mucho que haya ganado.

—Sé que no le gusta.

—No crea que era una tentación cualquiera, como cuando usted lo hace sólo por el gusto de probar a su víctima y se siente feliz al ser vencido, y sonrío y, finalmente, dice: «Éste es el hombre que yo busco.» No se imagine esto. No haga que me excuse.

—No. Yo sé lo que quería.

—Yo no habría perdido tan fácilmente antes. Esto habría sido sólo al principio. Sé que puedo probar más adelante, pero no quiero hacerlo. No porque usted se mantuviese firme hasta el fin, sino porque yo no me hubiese mantenido. No, no estoy contento y no le estoy agradecido por esto... Pero no importa...

—Gail, ¿hasta cuándo será capaz de engañarse a sí mismo?

—No me estoy engañando. Todo lo que he dicho es cierto. Pensé que lo comprendería.

—Todo lo que me dijo... sí. No me refería a eso.

—Usted se equivoca en lo que está pensando. Hace mal en quedarse aquí.

—¿Quiere echarme?

—Sabe que no puedo.

La mirada de Wynand se dirigió de Roark al proyecto de la casa que estaba sobre la mesa. Titubeó un momento, mirando la blanca cartulina, después se volvió y preguntó amable:

—¿Tengo que decirle lo que pienso del proyecto?

—Ya me lo ha dicho.

—Howard, usted me habló de la casa como expresión de la vida de uno. ¿Cree que mi vida merece una expresión como ésta?

—Sí.

—¿Es una opinión sincera?

—Mi sincera opinión, Gail. Mi más sincera opinión. Mi opinión final, sin que importe lo que pueda ocurrir entre nosotros en lo futuro.

Wynand volvió a dejar los planos sobre la mesa y se quedó estudiándolos. Cuando levantó la cabeza su rostro parecía tranquilo como de costumbre.

—¿Por qué no ha vuelto por mi oficina?

—Usted se hallaba ocupado con sus detectives.

Wynand se rió.

—¡Ah!, ¿por eso? No podía resistir mis viejos y malos hábitos y tenía curiosidad. Ahora sé todo lo que se refiere a usted, salvo de las mujeres de su vida. O ha sido muy discreto, o no ha habido muchas. No se ha encontrado ninguna información asequible en ninguna parte.

—No ha habido muchas.

—Creo que lo eché de menos a usted. Reunir los detalles de su pasado fue una especie de sustituto. ¿Por qué no volvió, realmente?

—Me dijo que no debía volver.

—¿Es siempre tan dócil para seguir las órdenes?

—Cuando lo encuentro conveniente.



—Bueno, aquí hay una orden; espero que la coloque entre las convenientes. Venga a cenar con nosotros esta noche. Llevaré el proyecto para mostrárselo a mi mujer. No le he dicho nada más de la casa.

—¿No le ha dicho nada más?

—No. Quiero que vea esto. Y quiero que se vea con ella. Sé que no ha sido buena con usted. He leído lo que escribió acerca de usted. Pero hace mucho tiempo de esto. Espero que no le importe ahora.

—No, no me importa.

—Entonces, ¿vendrá?

—Sí.

#### IV

Dominique estaba junto a la puerta de su habitación. Wynand vio la luz de las estrellas sobre los helados vidrios del *roof garden*. Vio que su reflejo modulaba las líneas del perfil de Dominique, y que un débil resplandor se posaba sobre sus párpados y en los planos de sus mejillas. Pensó que aquella era la iluminación adecuada para su rostro. Dominique se volvió hacia él, lentamente, y la luz perfiló la mata pálida de sus cabellos. Ella le sonrió, como le sonreía siempre, con un saludo tranquilo de entendimiento.

—¿Qué te pasa, Gail?

—Buenas noches, querida. ¿Por qué?

—Pareces feliz. No son éstas las palabras, pero son las que más se le aproximan.

—Liviano se le aproxima más. Me siento liviano,

con treinta años menos. Pero no lo que hubiera querido ser hace treinta años. Uno nunca lo hace. Lo que siento es un deseo de ser conducido hacia atrás, intacto, como soy ahora, volver al principio, así. Es bastante ilógico e imposible y maravilloso.

—Generalmente se siente eso cuando uno ha conocido a alguien. A una mujer casi siempre.

—Sí, pero no se trata de una mujer, sino de un hombre. Dominique, esta noche estás divina. Pero siempre te digo eso. No es eso lo que te quería decir, sino: me gusta que esta noche estés tan hermosa.

—¿Qué pasa, Gail?

—Nada. Nada más que el sentimiento de cuan fácil y poco importante resulta vivir.

Le tomó las manos y se las llevó a los labios.

—Dominique, nunca me he detenido a pensar que es un milagro que haya durado nuestro matrimonio. Ahora creo que no será roto por nada ni por nadie. —Se apoyó contra el cristal de la puerta—. Tengo un regalo para ti, no me recuerdes que ésta es la frase que empleo más a menudo. Tengo un regalo para hacértelo al final del verano. Nuestra casa.

—¿La casa? Como no habías hablado de ella durante tanto tiempo, creí que la habrías olvidado.

—No he pensado otra cosa en estos últimos meses. ¿No has cambiado de opinión? ¿Quieres mudarte de la ciudad?.

—Sí, Gail. Si tú también lo quieres. ¿Te has decidido por el arquitecto?

—He hecho más que eso. Tengo el proyecto de la casa para mostrártelo.

—¡Oh, me gustaría verlo!

—Está en mi estudio. Vamos, quiero que lo veas. Ella se sonrió y Wynand la asió de la muñeca, con una breve presión, como una caricia, como si quisiera infundirle coraje, en tanto que lo seguía. Wynand abrió la puerta del estudio y la hizo pasar primero. La luz

estaba encendida y el proyecto extendido sobre la mesa, frente a la puerta.

Dominique se detuvo, con las manos atrás, aferrado el marco de la puerta. El proyecto estaba demasiado lejos para que pudiera ver la firma, pero reconoció el trabajo y supo quién era el único ser que podía haberlo diseñado.

Movió sus espaldas, describiendo un círculo, girando lentamente como si estuviese amarrada a una estaca y hubiese perdido la esperanza de huir, y sólo su cuerpo hiciera un esfuerzo último e instintivo de protesta.

Pensó que tendida en la cama en brazos de Roark, y en presencia de Wynand, la violación hubiera sido menos terrible; aquel proyecto era más personal que el cuerpo de Roark, creado como respuesta a una fuerza de equilibrio que procedía de Wynand; era una violación de ella, de Roark, de Wynand, y, sin embargo, comprendió que era lo inevitable,

—No —murmuró—, cosas como ésta nunca son una coincidencia.

—¿Qué?

Pero ella levantó la mano, rechazando, con amabilidad, toda conversación y se acercó al fino dibujo, apagando sus pasos sobre la alfombra. Vio la firma, de finos rasgos, en un ángulo: «Howard Roark». Era menos terrible que la forma de la casa; era un débil punto de apoyo, era un saludo.

—¿Qué, Dominique?

Volvió hacia Wynand el rostro. Él advirtió su respuesta.

—Sabía que te gustaría. Perdona lo inadecuado. Esta noche nos faltan las palabras.

Ella se acercó al diván y se sentó, apoyando la espalda en los almohadones para mantenerse erguida. Se quedó mirando a Wynand. Él estaba delante de ella, apoyado en el manto de la chimenea, mirando el dibujo,

vuelto. Ella no podía desviarse del proyecto: el rostro de Wynand era como un reflejo del mismo.

—¿Lo has visto a él, Gail?

—¿A quién?

—Al arquitecto.

—Naturalmente que lo he visto. No hace una hora.

—¿Cuándo lo viste por vez primera?

—El mes pasado.

—¿Tanto tiempo hace que lo conoces?... Cada noche... cuando venías a casa... en la mesa...

—¿Quieres preguntarme por qué no te lo dije?

Quería tener el proyecto para mostrártelo. La casa la imaginé igual a ésta, pero no te lo podía explicar. No creía que nadie pudiese comprender y diseñar jamás lo que yo quería. Él lo ha hecho.

—¿Quién?

—Howard Roark.

Quería escuchar aquel nombre en boca de Gail Wynand.

—¿Cómo se te ocurrió elegirlo, Gail?

—Miré todo lo que había en el país. Todos los edificios que me gustaban habían sido construidos por él.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—Dominique, doy por sentado que no te importa ya, pero sé que he elegido al único arquitecto a quien atacaste todo el tiempo que estuviste en el *Banner*.

—¿Leíste mis artículos?

—Sí. Sin embargo, trabajaste para él una vez. La estatua, Dominique, fue hecha para su templo.

—Sí.

—Es extraño. Perdiste el puesto en el *Banner* por defenderlo. No sabía eso cuando lo elegí. No sabía nada del juicio. Había olvidado su nombre. Dominique, en cierto modo, fue él quien me dio tu persona. La estatua... de su templo. Y ahora él me va a dar la casa. Dominique, ¿por qué le odias?

—No le odiaba... Hace tanto...

—Supongo que nada de esto importa ya, ¿verdad?

Wynand señaló el proyecto.

—No lo veo desde hace años.

—Lo verás dentro de una hora. Viene a cenar.

Ella movió la mano, trazando una espiral en el brazo del diván, para convencerse de que podía hacerla.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Lo has invitado a cenar?

Wynand se sonrió; recordaba el disgusto que sentía por la presencia de invitados en la casa. Dijo:

—Esto es distinto. Lo quiero aquí. No creo que lo recuerdes bien..., si no, no estarías asombrada.

Dominique se puso en pie.

—Está bien, Gail. Iré a dar las órdenes. Después, tendré que vestirme.

Se miraron uno al otro en el salón de la casa de Wynand. Ella pensó cuan simple era todo. Él siempre había estado allí. Había sido la fuerza motriz de cada paso que ella daba en las habitaciones. La había conducido allí y ahora iba a reclamar el sitio. Ella lo contemplaba. Lo miraba como lo había visto, por la mañana, cuando se despertó en su cama por última vez. Sabía que ni su ropa ni los años se habían interpuesto entre ella y la integridad viviente de aquel recuerdo. Pensó que había sido inevitable desde el primer momento, desde el instante en que lo vio en la cantera, tenía que terminar así, en la casa de Gail Wynand; y al fin sentía la paz de la consumación, sabía que su parte en la decisión había terminado; ella había sido la única que había actuado, pero en adelante actuaría él.

Estaba erguida, con la cabeza levantada, los planos de su rostro tenían simetría militar y fragilidad femenina; sus manos colgaban a los lados, paralelas a las líneas de su traje negro.

—¿Cómo está usted, señor Roark?

—¿Cómo está usted, señora Wynand?

—Le agradezco mucho la casa que ha proyectado para nosotros. Es el más hermoso de sus edificios.

—Tenía que ser, señora Wynand, dada la naturaleza de la obra.

Dominique volvió la cabeza.

—¿Cómo encargaste el trabajo al señor Roark, Gail?

—Exactamente como te he dicho.

Pensó en lo que Roark había oído decir de Wynand, y que había aceptado. Se dirigió al asiento y los dos hombres siguieron su ejemplo. Roark dijo:

—Si le gusta la casa, debe tener presente que el primer paso fue la concepción que de ella tuvo Wynand.

—¿Está compartiendo su reputación con su cliente?

—Sí, en cierto modo.

—Creo que contradice, por lo que recuerdo, sus convicciones profesionales.

—Pero apoya mis convicciones personales.

—Nunca he comprendido eso.

—Creo en los conflictos, señora.

—¿Ha habido un conflicto en el diseñamiento de esta casa?

—El deseo de no ser influido por mi cliente.

—¿En qué modo?

—Me ha gustado trabajar para algunas personas y no me ha gustado hacerlo para otras, pero ninguna de ambas cosas interesa. Esta vez me di cuenta de que la casa sería lo que tenía que ser, sólo porque debía ser hecha por el señor Wynand. Tenía que superar eso. O más bien, tenía que trabajar con él y contra él. Era la mejor manera de obrar. La casa debía sobrepasar al arquitecto, al cliente y al ocupante futuro.

—Pero la casa... es usted, Howard —dijo Wynand—. Es usted a pesar de todo.

Cuando oyó el nombre, «Howard», el rostro de Dominique tuvo el primer signo de emoción, pero fue una emoción serena. Wynand no lo advirtió, Roark, sí.

La miró; fue su primer contacto personal. Ella no pudo leer ningún comentario; sólo una afirmación consciente del pensamiento que la había emocionado.

—Gracias por haber comprendido, Gail —contestó él.

—Es extraño —agregó Wynand—. Yo soy el hombre que más posee, ofensivamente, en todo el mundo. Hago algo con las cosas. Si yo elijo un cenicero en cualquier casa de las de a diez centavos, y lo pago y me lo meto en el bolsillo, ese cenicero se transforma en una clase especial, distinto de cualquier otro por el solo hecho de ser mío. Se produce en las cosas una calidad especial, una suerte de halo, al tomar contacto conmigo. Siento esto en todo lo que poseo. Desde mi abrigo a una linotipia; desde la sala de composición de los ejemplares del *Banner* que se venden en los puestos, a esta casa, a mi esposa. Nunca he deseado tanto ser el dueño de algo como quiero serlo de la casa que usted me construirá. Tal vez tenga celos de que Dominique viva en ella. Soy un loco en cosas como éstas. Y sin embargo, haga lo que haga, o pague lo que pague, siento que no seré el dueño; la casa será siempre suya.

—Será mía, Gail, pero en otro sentido. Usted poseerá esa casa y cualquier otra que yo haya construido. Usted es dueño de cada edificación que le ha respondido cuando se detuvo ante ella.

—¿En qué sentido?

—En un sentido personal. Lo que usted siente, precisamente, en presencia de algo que admira es una palabra; sí. La afirmación, la aceptación, el signo de admisión. Y eso sí es más que una contestación, en una especie de amén a la vida, a la tierra que sostiene ese algo, el pensamiento que lo creó, a usted mismo, porque lo puede contemplar. Pero la facultad de decir sí o no es de la esencia de toda propiedad. Es su propia propiedad y su propio yo. Su alma, si usted quiere. Su alma tiene una sola función básica, la de valorar. No puede decir sí,

sin decir yo. No existe afirmación sin el que afirma. En este sentido es suyo todo aquello a lo que concede su amor.

—En ese sentido, ¿comparte usted las cosas con otros?

—No. No se trata de compartir. Cuando escucho una sinfonía que me gusta, no tomo de ella lo que tomó el compositor. Pero si usted pronuncia ante ella su propio amén, es también suya. Y yo estoy encantado de que sea suya.

Wynand dijo sonriendo:

—Me gusta que piense así. De suerte que yo soy dueño de Monadnock, de la casa de Enright, del edificio Cord...

—Y del templo Stoddard —agregó Dominique. Ella los había escuchado. Se sentía estupefacta. Wynand nunca había hablado así con ningún invitado; Roark nunca había hablado así con ningún cliente. Percibió que aquella estupefacción podía estallar más tarde en ira o en indignación; ahora había sólo un tono incisivo en su voz, un tono que destruía lo que había oído.

Ella pensó que había tenido éxito. Wynand contestó, dejando caer la palabra pesadamente:

—Sí.

—Olvidé el templo Stoddard, Gail —dijo Roark. Había una alegría tan simple y descuidada en su voz, que ninguna dispensación solemne podía haber sido más efectiva.

—Sí, Howard —agregó Wynand sonriendo.

Dominique notó que los ojos de Roark se volvían hacia ella.

—No le he dado las gracias, señora, por haberme aceptado como arquitecto. Sé que el señor Wynand me eligió, pero que usted podía haber rechazado mis servicios. Debo decirle que estoy encantado con que no lo haya hecho.

Ella pensó: «Lo creo porque nada de lo que ocurre



puede creerse; todo lo aceptaré esta noche. Lo estoy mirando.»

Con indiferente cortesía dijo:

—¿No habrá sido un reproche, a mi juicio, el suponer que yo podría rechazar una casa que usted ha proyectado, señor Roark?

Se le ocurrió que nada de lo que ella dijese en voz alta tenía importancia.

—Howard, ¿ese sí puede ser retirado una vez concedido? —interrogó Wynand.

Dominique se quiso reír con un enojo incrédulo. Era la voz de Wynand la que había preguntado en lugar de haber sido la de ella. «Él debe mirarme cuando conteste —pensó—, él debe mirarme.»

—Nunca —repuso Roark mirando a Wynand.

—Se dicen muchas tonterías cuando se habla de la inconsciencia humana y de la fugacidad de las emociones —dijo Wynand—. Yo creo en primer término que un sentimiento que cambia nunca ha existido. Hay libros que me gustaban a la edad de dieciocho años y que todavía me gustan.

El camarero entró trayendo una bandeja con *cocktails*. En tanto asía su copa, ella observaba a Roark al coger la suya de la bandeja. «En ese instante —pensó—, el pie de la copa entre sus dedos, le produce la misma impresión que a mí el mismo hecho; tenemos esto en común.» Wynand, de pie, sosteniendo la copa, miraba a Roark con sorpresa incrédula, no como a un invitado, sino como a un propietario que casi no se da cuenta de que posee tan valiosa propiedad. Dominique pensó: «No estoy loca, sino solamente nerviosa; pero está bien, estoy diciendo algo, no sé de qué se trata, pero debe de estar bien; ambos hablan y escuchan, Gail se sonríe, debo de estar diciendo cosas convenientes.»

Se anunció la cena y ella se levantó obediente, inició la marcha hacia el comedor como un animal gracioso que se equilibra por reflejos condicionados. Se sentó a

la cabecera de la mesa, entre los dos hombres, situados frente a frente. Observó los cubiertos de plata en las manos de Roark, las piezas de metal pulido con las iniciales G. W. «He hecho esto muchas veces — pensó—. Soy la encantadora señora de Wynand. Se trataba de senadores, jueces, presidentes de compañías de seguros que se sentaban a mi derecha y estoy acostumbrada a esto. Todo porque Gail ha sido elevado, a través de años de tortura, a una posición que le ha permitido invitar a cenar a senadores y jueces, para entretenerse con ellos, todo con el objeto de que llegara una noche en que el individuo que tuviera al frente fuera Howard Roark.»

Wynand habló de periodismo, no demostró ningún desagrado en discutir el tema con Roark, y ella pronunció pocas frases cuando le pareció oportuno. Su voz tenía una simplicidad luminosa, ella se dejaba llevar sin resistencia, pues cualquier reacción, ya fuese de pena o de temor, hubiera sido superflua. Pensó, en el transcurso de la conversación, que la frase próxima de Wynand sería: «Tú has convivido con él», y ella le respondería: «Sí, es verdad», con toda sencillez. Pero Wynand raramente la miraba; cuando lo hacía, advertía en el rostro de él que el suyo estaba normal.

Después volvieron al salón y vio a Roark junto a la ventana, frente a las luces de la ciudad. «Gail construyó este lugar —pensó— como una prueba de su propia victoria, para tener siempre la ciudad delante, la ciudad en la cual miraba al fin.»

«Pero esto ha sido edificado expresamente para que el cuerpo de Roark (y creo que Gail lo sabe) obstruyera millas de esa perspectiva, dejando al margen de su figura sólo algunos puntos de fuego y algunos tubos de vidrio iluminado.» Roark estaba fumando y ella observaba cómo movía su cigarrillo, lentamente, frente al cielo negro, cómo se lo colocaba entre los labios y después lo tomaba entre los dedos extendidos y pensó:

«Son sólo chispas que se desprenden de su cigarrillo las que brillan en el espacio que está detrás de él.»

—A Gail siempre le agrada contemplar la ciudad de noche —dijo ella amablemente—. Le gustaban los rascacielos.

Entonces advirtió que había hablado en pasado y se preguntó porqué. Wynand trajo el proyecto, extendió los planos sobre la mesa y los tres se inclinaron sobre ellos. El lápiz de Roark se movía señalando los complicados rasgos geométricos de las líneas finas de los blancos pliegos. Dominique oía su voz, cerca de ella, que daba explicaciones. No hablaba de belleza ni de afirmaciones, sino de armarios, escaleras, despensas, cuartos de baño. Roark le preguntó si encontraba conveniente la disposición. Ella pensó que resultaba extraño que todos hablaran como si realmente ella viviese en aquella casa.

Cuando Roark se fue, Wynand le preguntó:

—¿Qué opinas del arquitecto?

Dominique sintió algo de disgusto y de peligro, como un súbito retorcimiento, y dijo, con un poco de temor y otro poco de deliberada provocación:

—¿No te acuerdas de Dwight Carson?

—¡Oh, olvídate de Dwight Carson!

La voz de Wynand, rechazando la seriedad, rechazando la culpa, tenía exactamente el mismo tono que la voz que había dicho: «Olvide el templo de Stoddard.»

La secretaria, en la sala de espera, miró fijamente al caballero cuyo rostro tan a menudo había visto en los diarios.

—Gail Wynand —dijo inclinando la cabeza en señal de presentación—. Me gustaría ver al señor Roark, siempre que no esté ocupado. Por favor, no le moleste si

lo está. No he sido citado.

La secretaria nunca se había imaginado que Wynand fuese a una oficina sin ser anunciado y que solicitara que se le admitiera en un tono de grave deferencia.

Anunció al cliente. Roark salió a la sala de espera, sonriente, como si no encontrase nada de extraordinario en aquella visita.

—¡Hola, Gail! Entre.

—¡Hola, Howard!

Siguió a Roark. A través de las ventanas se veía la oscuridad del atardecer, que disolvía la ciudad. Nevaba. Manchitas negras remolineaban furiosamente al trasluz.

—No quiero interrumpirle si está ocupado, Howard. No es nada importante.

Hacía cinco días, desde la fecha de la cena, que no veía a Roark.

—No estoy ocupado. Quítese el abrigo. ¿Traigo el proyecto?

—No, no quiero hablar de la casa. He venido sin ningún motivo especial. He estado en mi oficina todo el día, medio enfermo, y se me ocurrió venir aquí. ¿Qué le causa risa?

—Nada. Que usted dijo que no es nada importante.

Wynand le miró, se sonrió y asintió con la cabeza.

Se sentó al borde de la mesa, con una comodidad que nunca había sentido en su propia oficina, con las manos en los bolsillos y balanceando una pierna.

—Es casi extraordinario conversar con usted. Siempre siento como si estuviera comentando una copia al carbón de mí mismo y usted ya hubiera visto el original. Parece que usted oye un minuto antes todo lo que voy a decir. Estamos desacordes.

—¿Llama desacorde a eso?

—Quizá demasiado sincronizados. —Sus ojos se movían lentamente en torno a la pieza—. Si nosotros somos dueños de las cosas que aceptamos, entonces yo soy el dueño de esta oficina.

—Le pertenece.

—¿Sabe lo que siento aquí? No, no digo que me sienta como en mi casa, no creo que me sienta en ninguna parte como en mi casa. No diría que me siento como en los palacios que he visitado o en las grandes catedrales europeas. Me siento como cuando estaba en Hell's Kitchen, en los mejores días que pasé allí, que no fueron muchos, por cierto; a veces me sentaba como ahora, si bien en un pedazo de pared rota junto al muelle; había estrellas encima de mi cabeza, y montones de residuos alrededor; el río olía a ostras podridas... Howard, cuando mira hacia atrás, ¿no le parece como si todos sus días se hubiesen deslizado monótonamente, como una especie de ejercicio de mecanografía? ¿O había allí altos, o sea puntos en los que alcanzaba metas, y después continuaba la escritura?

—Hubo altos.

—¿Los conocía usted a veces, sabía lo que significaban?

—Sí.

—Yo no. Lo supe después, pero jamás conocí las razones. Hubo un momento: eran las doce y yo estaba detrás de una pared esperando que me mataran. Sólo sabía que iban a matarme. Ni lo que hice después ni la lucha que tuve que afrontar, sino únicamente el momento en que yo había estado esperando. No sé por qué es un punto que yo recuerdo, o por qué estoy orgulloso de él. No sé por qué se me ocurre aquí.

—No busque la razón.

—¿La conoce?

—He estado pensando en mi pasado desde que lo conocí a usted. Había pasado años sin pensar en él. No, no extraigo de ello conclusiones secretas para usted. No me disgusta mirar hacia atrás ni me causa placer. No es nada más que mirar. No es una búsqueda, ni siquiera un viaje. No es otra cosa que una manera de caminar al azar, como vagar por el campo al atardecer, cuando uno

está un poco cansado... Si hay alguna conexión con usted, es sólo un pensamiento que retorna. Me quedo pensando en que usted y yo empezamos del mismo modo. Desde el mismo punto. Desde la nada. Pienso exactamente en todo eso. Precisamente, en que «nosotros empezamos del mismo modo...» ¿Quiere decirme qué significa esto?

—No.

Wynand echó un vistazo a la habitación y vio un diario en la parte superior de un fichero.

—¿Quién diablos lee el *Banner* aquí?

—Yo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un mes.

—¿Sadismo?

—No. Curiosidad.

Wynand se puso en pie, tomó el diario y hojeó las páginas. Se detuvo en una y se rió entre dientes. La levantó: la página tenía la fotografía de los proyectos para la exposición *La Marcha de los Siglos*.

—Terrible, ¿no? Es desagradable tener que darle publicidad a esto. Pero me siento mejor cuando pienso en lo que les hizo usted a esos eminentes líderes políticos —Se sonrió alegre—. Les dijo que no cooperaba ni colaboraba.

—Pero no se trataba de una postura, Gail. Era simple sentido común. Uno no puede colaborar en el propio trabajo. Yo puedo cooperar, si así se dice, con los obreros que levantan mis construcciones, pero no puedo ayudarles a colocar los ladrillos y ellos no pueden ayudarme a proyectar la casa.

—Es lo que hubiera querido hacer. Estoy obligado a darles a esos líderes políticos espacio gratis en mis diarios. Pero está bien. Usted los ha abofeteado por mí. —Apartó el diario, sin disgusto—. Es como el almuerzo al cual tuve que asistir hoy. Una reunión nacional de anunciadores. Tuve que darles publicidad culebreando,

torciéndome, rabiando. Tanto me disgustó que creí que iba a atacarlos a ciegas o a romper a golpes la cabeza de alguno de ellos. Entonces me acordé de usted. Pensé que nada de aquello le afectaba. En ninguna forma. La reunión nacional de anunciadores no existe, por lo tanto, para usted. Es una especie de cuarta dimensión que nunca puede establecer ninguna comunicación con usted. Pensé en eso y sentí un consuelo especial.

Se apoyó en el fichero, adelantando un pie, cruzó los brazos, y habló suavemente:

—Howard, una vez tuve un gatito. Era un animalito lleno de pulgas, nada más que piel, suciedad y huesos; me siguió a casa, le di de comer y un puntapié, pero al día siguiente volvió y, al fin, me quedé con él. Entonces yo tenía diecisiete años, trabajaba en la *Gazzete*, aprendiendo el oficio que iba a desempeñar toda mi vida. Lo podía tener, pero no para siempre. A veces me sentía mal. Por las noches, generalmente. Una vez quise suicidarme. No por rabia, la rabia me hace trabajar con más ahínco. Tampoco por miedo. Por disgusto, Howard. Un disgusto que le da a uno la impresión de que todo el mundo estuviera bajo el agua, y el agua estuviera inmóvil, una agua que hubiese salido de las cloacas y lo hubiera destruido todo, hasta el cielo, hasta mi cerebro. Entonces contemplé el gatito. Pensé que él no conocía las cosas que yo odiaba, que nunca las podría conocer. Estaba limpio, limpio en un sentido absoluto, porque no tenía capacidad para comprender la fealdad del mundo. No puedo relatarle el consuelo que tuve al tratar de imaginar el estado de conciencia que había dentro de aquel pequeño cerebro, al tratar de compartirlo: una conciencia viviente, pero limpia y libre. Yo estaba en el suelo y colocaba mi rostro contra la panza del gatito y escuchaba al animal que ronroneaba. Y entonces me sentí mejor... Ésa es la cuestión, Howard. He llamado a su oficina un muelle con olor a podrido y a usted un gatito de la calle. Ésa es mi manera de rendirle

homenaje.

Roark se sonrió. Wynand notó que la risa era de agradecimiento.

—¡Cállese, Wynand! —dijo bruscamente—. No diga nada.

Gail se encaminó a la ventana y se quedó mirando hacia fuera.

—No sé por qué diablos habré hablado así. Éstos son los primeros años felices de mi vida. Lo conocí porque quise elegir un monumento a mi felicidad. Vengo aquí para buscar descanso, lo encuentro y después salgo con estas cosas... Bien, no importa... Mire qué tiempo asqueroso. ¿Ha terminado su trabajo? ¿Da por terminado el día?

—Sí.

—Vamos a cenar juntos por aquí cerca.

—Vamos.

—¿Me permite hablar por teléfono? Le diré a Dominique que no me espere a cenar.

Marcó el número, Roark se dirigió a la sala de dibujo: tenía que dar órdenes antes de irse. Pero se detuvo en la puerta. Tuvo que detenerse y oír.

—¡Hola! ¿Dominique...? Sí... Cansado... No; tú lo pareces... No iré a cenar. ¿Me disculpas, adorada?... No sé; quizá tarde... Voy a comer en el centro... No; voy a cenar con Howard Roark... ¿Dominique?... Sí... ¿Qué?... Te estoy hablando desde su oficina... Hasta luego, querida.

Volvió a colgar el receptor.

En la biblioteca de su casa, Dominique permaneció con la mano en el teléfono, como si todavía durase la conversación.

Durante cinco días y sus correspondientes noches luchó contra su solo deseo: ir a verle. Verle solo, en cualquier parte; en su casa, en su oficina, en la calle; nada más que por una palabra o una sola mirada, pero que estuviese solo. No podía ir. Su participación en la



acción había terminado. Él podía verla cuando desease. Ella se dio cuenta de que él la visitaría y de que deseaba que lo esperase. Lo había esperado, pero había concentrado todo su pensamiento en una dirección, en una oficina del edificio Cord.

Se quedó con el receptor en la mano. Ella no debía ir a aquella oficina, pero Gail podía hacerlo.

Cuando Ellsworth entró en el despacho de Wynand, adonde había sido citado, dio algunos pasos y después se detuvo. Las paredes de la habitación —la única lujosa del edificio *Banner*— estaban hechas de corcho, con paneles de cobre. Nunca habían ostentado ningún cuadro. En la pared que daba al frente a la mesa de Wynand, Ellsworth vio una fotografía ampliada: la de Roark el día de la inauguración de la casa Enright; Roark junto al parapeto del río mirando hacia arriba.

Toohey se dirigió a Wynand. Se contemplaron.

Wynand le indicó una silla y Toohey se sentó. Wynand empezó a hablar sonriente:

—Nunca pensé que podía estar de acuerdo con algunas de sus teorías sociales, señor Toohey; pero me encuentro forzado a hacerlo. Usted siempre ha denunciado la hipocresía de las clases superiores y ha predicado la virtud de las masas. Y ahora hallo que añoro las ventajas de que gozaba en mi estado de proletario. Cuando estaba en Tell's Kitchen, yo habría empezado esta entrevista diciendo: «¡Escuche, piojo!» Pero desde el momento que soy capitalista, no puedo proceder así.

Toohey esperaba y parecía curioso.

—Empezaré por decirle: escuche, señor Toohey. No sé qué es lo que le pone nervioso. No me preocupa analizar sus motivos. Mi estómago no necesita estudiantes de medicina. De manera que no haré

preguntas ni quiero escuchar explicaciones. Le diré, solamente, que desde hoy en adelante no deberá mencionar más un nombre en su columna. —Y señaló la fotografía—. Podría encargarle la publicidad a, usted mismo, y eso me causaría placer; pero prefiero prohibirle el tema en absoluto. Ni una palabra, señor Toohey. Nunca más. No mencione ahora su contrato o alguna cláusula especial del mismo. No sería aconsejable. Siga escribiendo su columna, pero recuerde su título y dedíquela a temas proporcionados al mismo. Conserve su pequeñez, señor Toohey. Muy pequeña.

—Sí, señor Wynand —contestó Toohey fácilmente—. No tengo que escribir del señor Roark más.

—Eso es todo.

—Sí, señor Wynand.

Toohey se puso en pie.

## V

Gail Wynand leía las pruebas de un editorial acerca del valor moral de crear familias numerosas. Las frases eran como goma ya mascada, mascada y vuelta a mascar, arrojada y recogida nuevamente, pasando de boca en boca, del empedrado a la suela del zapato y de ésta a la boca y al cerebro... Se acordó de Howard Roark y continuó leyendo el *Banner*. Esto le facilitaba las cosas.

«La delicadeza es la posesión mayor de una muchacha. No dejen de lavar la ropa interior cada

noche, de aprender a conversar sobre temas culturales, y tendrán todas las citas que quieran.» «Su horóscopo para mañana se muestra benéfico.» «La aplicación y la sinceridad obtendrán premios en los campos de la ingeniería, de la contabilidad y del amor.» «Las manías de la señora de Hunting Cole son el jardín, la ópera y las primeras azucareras norteamericanas. Divide su tiempo entre su hijito Kit y sus numerosas actividades de beneficencia.» «Yo soy Millie, nada más que una huérfana.» «Para el régimen de dieta completa envíe un sobre con sello de diez centavos y con su propia dirección...» Volvió las páginas pensando en Howard Roark.

«Pero esto me causa dolor —pensó—. Me duele cada vez que pienso en él. Me hace más fácil todas las cosas: la gente, los editoriales, los contratos; pero lo hace más fácil porque duele tanto. El dolor es también un estimulante. Creo que odio esta palabra. Quiero seguir repitiéndola. Es un dolor lo que quiero soportar.»

Después se sentaba frente a Roark en el estudio de su casa, y no sentía dolor, sino un deseo de reírse sin malignidad.

—Howard, todo lo que usted ha hecho en su vida es un error de acuerdo con los ideales que manifiesta el ser humano. Y aquí está usted. Y de algún modo parece una gran burla hacia todo el mundo.

Roark estaba sentado en un sillón junto a la chimenea. El resplandor del fuego se proyectaba en el estudio; la luz parecía curvarse sobre cada objeto que había en la habitación con placer consciente, orgullosa de dar importancia a su belleza, estampando su aprobación en el gusto del hombre que había dispuesto aquella escena para sí mismo.

Estaban solos. Dominique se había excusado después de la cena. Ella se había dado cuenta de que querían estar solos.

—Una burla hacia nosotros —dijo Wynand—. Hacia

cada hombre de la calle. Yo siempre mido a los hombres de la calle. Solía viajar en el Metro nada más que para ver cuántas personas llevaban el *Banner*. Solía odiarlos y a veces temerlos. Pero ahora los miro y digo: «¿Por qué, pobres tontos?» Eso es todo.

Una mañana le habló por teléfono a Roark. — ¿Puede almorzar conmigo, Howard? Nos veremos dentro de media hora en el «Nordland».

Se encogió de hombros, sonriendo, cuando vio a Roark sentado en el restaurante.

—Nada, completamente nada, Roark. Ningún motivo especial. Acabo de pasar media hora desagradable y quería quitarme el mal gusto de boca.

—Una media hora desagradable, ¿por qué?

—Me retraté con Lancelot Clokey.

—¿Quién es Lancelot Clokey? Wynand se rió a carcajadas, olvidando su afectada elegancia, olvidando la mirada asombrada del camarero.

—Ésta es la cuestión, Howard. Éste es el motivo por el cual quería almorzar con usted, porque puede decir cosas como ésa.

—Pero, ¿de qué se trata?

—¿No lee libros? ¿No sabe que Lancelot Clokey es el observador más sensible de la escena internacional que tenemos? Esto es lo que dijo el crítico de mi propio *Banner*. Lancelot Clokey acaba de ser elegido el autor del año, o algo así, por varias organizaciones. Estamos publicando su biografía en el suplemento del domingo y yo acabo de retratarme con él pasándole la mano por la espalda. Usa camisa de seda y huele a *gin*. Su segundo libro es sobre su infancia y cómo ésta le ayudó a contemplar la escena internacional. Se vendieron cien mil ejemplares. Sin embargo, usted no ha oído hablar de él. Vamos, coma. Me gusta verlo comer. Me gustaría que estuviese en la época mala; así le podría pagar este almuerzo y darme cuenta de cuan verdaderamente lo necesita.

Al finalizar el día solía ir, sin hacerse anunciar, a la oficina o a la casa de Roark. Éste tenía un departamento en la casa Enright, una unidad de cristal sobre el East River: un cuarto de trabajo, una biblioteca, un dormitorio. Él mismo había diseñado los muebles. Wynand no pudo comprender durante mucho tiempo por qué el lugar le producía una impresión de lujo, hasta que advirtió que era a causa de que los muebles pasaban inadvertidos, había sólo un espacio vacío y el lujo de una austeridad que había sido difícil de conseguir. En valor monetario era la casa más modesta en la cual Wynand había entrado como visita desde hacía veinticinco años.

—Empezamos del mismo modo, Howard —dijo, echando una mirada a la habitación de Roark—. De acuerdo con mi juicio y con mi experiencia, usted debería haber permanecido en la miseria. Pero no. Me gusta esta habitación. Me gusta sentarme aquí.

—Me gusta verlo aquí.

—Howard, ¿ha tenido alguna vez poder sobre algún ser humano?

—No. Y no lo tomaría si me lo ofrecieran.

—No puedo creerlo.

—Una vez me lo ofrecieron y lo rehusé, Gail. Wynand lo miró con curiosidad; era la primera vez que había notado un esfuerzo en la voz de Roark.

—¿Por qué?

—Debía hacerlo.

—¿Por respeto al hombre?

—Era una mujer.

—Usted es tonto de remate. ¿Por respeto a una mujer?

—Por respeto a mí mismo.

—No espere a que lo comprenda. Somos lo más opuesto que pueden ser dos personas.

—Eso lo pensé una vez. Quería creer eso.

—¿Y ahora no quiere?

—No.

—¿Desprecia todos los actos que yo he cometido?

—Al menos casi todos los que conozco.

—¿Y quiere verme aquí todavía?

—Sí, Gail. Hubo un hombre que le consideraba a usted como el símbolo del mal, que lo había destruido a él y que me destruiría a mí. Me dejó ese odio. Y había otra razón. Creo que lo odiaba a usted antes de haberlo conocido.

—Sabía eso. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—No se lo puedo explicar.

Se dirigieron juntos a la posesión de Connecticut, donde, sobre el suelo helado, habían comenzado a levantar las paredes de la casa. Wynand siguió a Roark a través de las futuras habitaciones; se apartaba y lo miraba dar instrucciones. Algunas veces Wynand iba solo. Los obreros descubrían el automóvil negro doblando por la carretera; en la cima de la colina veían la figura de Wynand, de pie, contemplando la construcción a distancia. Permanecía inmóvil frente al cielo gris, mientras copos de nieve revoloteaban perezosamente sobre el ala de su sombrero.

Un día de abril fue solo a Connecticut después de una ausencia de varias semanas. El coche volaba por el campo, no como un objeto, sino como un relámpago. No sentía traqueteos dentro de su pequeño recinto de vidrio y de cuero; le parecía que el vehículo estaba inmóvil, suspendido en el aire, mientras sus manos en el volante hacían que la tierra volara delante y él sólo tuviese que esperar que el lugar deseado girara hasta él. Le gustaba el volante del automóvil como le gustaba su despacho en el *Banner*; ambos le daban la misma sensación de un monstruoso peligro desatado bajo la experta dirección de sus dedos.

Algo cruzó por su visión una milla antes, y pensó cuan extraño resultaba que lo hubiese advertido, porque no era nada más que una mata de yerbajos que estaba

junto al camino; una milla más adelante se daba cuenta de algo más raro todavía; los yerbajos estaban verdes. «Entonces no estamos en mitad del invierno», pensó. Y notó con sorpresa que el invierno había pasado. Había estado tan ocupado en las últimas semanas, que no había tenido tiempo de advertirlo. Ahora veía una sugestión de verde, como un murmullo, que se cernía sobre los campos que lo rodeaban. Oyó tres frases en su mente, en precisa sucesión, como si fuesen engranajes trabados: «Es primavera. ¿Habré dejado muchas cosas por ver? Tengo cincuenta y cinco años.»

Eran enunciados, no emociones, y no sintió nada, ni ansiedad ni temor. Pero se dio cuenta de que era extraño que pudiese tener sentido del tiempo, pues nunca había pensado en su edad con relación a ninguna otra cosa. Nunca había definido su posición sobre un curso limitado ni había pensado en cursos ni en límites. Había sido Gail Wynand y había sido como un auto; sin embargo, los años habían pasado junto a él como aquella tierra, y el motor dentro de él había regulado la fuga de los años.

«No —pensó—, no deploro nada. Hubo cosas que pasé por alto; pero no hago preguntas, porque las he amado tal como fueron, hasta los momentos de vacío, hasta los no correspondidos; y eso que amé es lo no correspondido en mi vida, pero lo amé. Si fuera cierta esa vieja leyenda según la cual hay que presentarse delante de un juez supremo y referir las acciones de cada uno, yo ofrecería, con todo mi orgullo, no una acción realizada, sino algo que nunca hice en la tierra: nunca busqué una sanción externa. Llegaría y diría: Soy Gail Wynand, el hombre que ha cometido todos los crímenes, excepto el principal, el considerar fútil el hecho maravilloso de la existencia y buscar una justicia fuera de sí mismo. Éste es mi orgullo: que ahora, pensando en el fin, no grite, como todos los hombres de mi edad: ¿Para qué valía todo y cuál era su significado?

Yo he sido el objeto y el significado, yo, Gail Wynand. Esto es lo que viví y esto es lo que hice.»

Se dirigió hasta el pie de la colina y frenó, asustado, mirando hacia arriba. En su ausencia, la casa había tomado forma, se la podía reconocer ahora, era como en el proyecto. Sintió un ímpetu de sorpresa infantil al ver que había salido igual que en el proyecto, como si nunca hubiese creído en él. Sin embargo, elevándose en el cielo azul pálido, parecía un dibujo sin terminar: los planos de la albañilería eran como extensiones rellenas con acuarela: los andamios, desnudos como líneas de lápiz: un inmenso diseño sobre papel de color azul pálido.

Dejó el auto y subió a la cumbre de la colina. Vio a Roark entre los hombres. Se quedó fuera y observó el modo que tenía Roark de recorrer la construcción, la manera de volver la cabeza o de levantar la mano para señalar algo. Advirtió la manera que Roark tenía de pararse, separando las piernas, colocando los brazos a los lados, la cabeza levantada; una postura instintiva de firmeza, de energía mantenida sin esfuerzo, un instante que le daba a su cuerpo la nitidez estructural de su propio edificio.

Pensó que no había nada emocional en el acto de erigir un edificio; no era nada más que un trabajo mecánico, como instalar cloacas o hacer un automóvil, y por eso le causaba asombro ver que Roark sentía lo mismo que él en su galería de arte. «Él pertenece a un edificio en construcción más que a uno terminado — pensó Wynand—, más que a un estudio de arquitecto. Es su escenario conveniente, le sienta bien, como a mí el yate.»

Después que Roark salió, caminaron juntos por la cima de la colina, entre los árboles. Se sentaron en un tronco caído, contemplaron la edificación a distancia, a través de los tallos del matorral. Los tallos estaban secos y desnudos, pero tenían un aire primaveral en la alegre



insolencia de su impulso hacia arriba, en la agitación de su propósito afirmativo.

—¿Ha estado alguna vez enamorado, Roark?

Roark se volvió, lo miró y contestó serenamente:

—Todavía lo estoy.

Wynand insistió:

—Pero ¿es más grande que el amor lo que siente cuando está en una construcción?

—Mucho más grande, Gail.

—Estaba pensando en la gente que dice que la felicidad es imposible en la tierra... Mire cuan duramente tratan todos de encontrar alegría en la vida. Mire cómo luchan por eso. ¿Por qué tienen que existir seres humanos con dolor? ¿Puede alguien pretender que un ser humano exista para otra cosa que no sea para su propia alegría? Todos la quieren, pero nunca la encuentran. Me pregunto el porqué. Ellos se quejan y dicen que no comprenden el significado de la vida. Hay una clase especial de gente a la cual desprecio. A la que busca un propósito más alto o un fin universal; a la que no sabe para qué vive, que gime buscándose a sí misma. Usted lo oye en torno nuestro. Esto parece ser el lugar común oficial de nuestro siglo. Lo encuentra en cada libro que abre, en cada babeante confesión. Parece que fuera una cosa noble y digna de ser confesada. Yo creo que es la más vergonzosa.

—Mire, Gail. —Roark se levantó, rompió una gruesa rama de árbol, la conservó entre ambas manos, con el puño cerrado en cada uno de los extremos, las muñecas y las articulaciones tensas a causa de la resistencia, y dobló, lentamente, la rama hasta formar un arco—. Ahora puedo hacer con esto lo que quiera: un arco, una lanza, un bastón, una baranda. Esto es el significado de la vida.

—¿La fuerza vital?

—El trabajo. —Tiró la rama—. El material que la tierra le ofrece y lo que hace con él... ¿Qué piensa de

esto, Gail?

—Pienso en la fotografía que está en la pared de mi oficina.

Dominarse como él quería, ser paciente, hacer de la paciencia un deber activo, conscientemente ejecutado cada día, permanecer en presencia de Roark y que la propia serenidad le dijese: «Esto es lo más duro que me puedes haber pedido, pero estoy contenta si es lo que tú quieres», tal era la disciplina de la existencia de Dominique.

Ella se quedaba a un lado, como un tranquilo espectador de Roark y de Wynand. Los observaba en silencio. Había querido comprender a Wynand. Ésta era la réplica.

Aceptaba las visitas de Roark a su casa y el saber que durante las horas de aquellas noches él era propietario de Wynand y no de ella. Lo recibía como amable ama de casa, indiferente y sonriente; no como una persona, sino como un adorno de la casa. Presidía la mesa durante la cena, y después los dejaba en el estudio.

Se quedaba sentada en el salón, con las luces apagadas y la puerta abierta. Se sentaba erguida e inmóvil, sus ojos dirigidos a la rendija de luz que se veía debajo de la puerta del estudio, a través del vestíbulo. Pensaba: «Ésa es mi tarea, aun cuando esté sola, aun en la oscuridad, sin otro reconocimiento que el mío propio: mirar a esa puerta como lo miraba a él, sin quejas... Roark, si éste es el castigo que has elegido para mí, lo soportaré no como un papel, para representarlo en tu presencia, sino como un deber para ser cumplido a solas.»

Cuando Roark la miraba, sus ojos hablaban del recuerdo. La mirada decía que nada había cambiado y que nada era necesario manifestar. Ella sentía como si él hablase: «¿Por qué estás ofendida? ¿Hemos sido separados alguna vez? Tu salón, tu marido y la ciudad que temes, ¿son reales ahora, Dominique?

¿Comprendes? ¿Has empezado a comprender?» «Sí», diría ella súbitamente, en voz alta, confiada en que la palabra estaría de acuerdo con la conversación del momento y sabiendo que Roark la tomaría como su respuesta. No había elegido un castigo para ella. Era una disciplina impuesta a los dos, la prueba última. Dominique comprendió su propósito cuando comprobó que su amor por él estaba puesto a prueba por la habitación, por Wynand, por el afecto de ella y de Roark hacia Wynand, por aquella situación imposible, por el forzado silencio...; las barreras le demostraban que ninguna barrera podía existir. No la veía a solas. Esperaba. No podía visitar el lugar de la construcción. Le había dicho a Wynand: «Veré la casa cuando esté terminada.» Nunca le hacía preguntas acerca de Roark. Dejaba que sus manos se apoyasen en los brazos del sofá, para que no le fuese negado el consuelo en caso de una violenta conmoción; sus manos eran como un barómetro de resistencia cuando Wynand volvía tarde, por la noche, y le decía que había pasado las horas en el departamento de Roark, en el departamento que ella nunca había visitado.

Una vez no pudo más y le preguntó:

—¿Qué es eso, Gail? ¿Una obsesión?

—Supongo. —Y agregó—: Es extraño que él no te guste.

—Nunca he dicho eso.

—Lo veo. No me sorprende, a decir verdad. Es tu manera de ser. Te disgusta porque es, precisamente, el tipo de hombre que te debería gustar... No te ofendas por mi obsesión.

—No me ofendo.

—Dominique, ¿podrías comprenderlo si te digo que te quiero más desde que lo conocí? Hasta cuando te tengo en mis brazos (quiero que lo sepas), hasta cuando te tengo en mis brazos es todo mejor que antes. Siento un derecho más grande sobre ti.

Habló con la sencilla confianza que había crecido entre ellos en los tres últimos años. Dominique se quedó mirándolo como siempre; su mirada tenía una ternura sin burla y una tristeza sin piedad.

—Comprendo, Gail. —Después de un instante le preguntó—: ¿Qué significa para ti? ¿Una reliquia?

—Un cilicio —contestó Wynand.

## VI

—El mal básico del mundo moderno —dijo Ellsworth Toohey— es la falacia intelectual de considerar que la libertad y la compulsión son opuestos. Para resolver los problemas gigantescos que agitan al mundo en nuestros días, debemos esclarecer nuestra confusión mental. Debemos adquirir una perspectiva filosófica. En esencia, libertad y compulsión son la misma cosa. Les pondré un ejemplo: las luces del tránsito restringen la libertad de cruzar una calle cuando uno lo desea. Pero esa restricción le da la libertad de no ser atropellados por un camión. Si se les asignara un trabajo y se les prohibiera abandonarlo, se restringiría la libertad de sus carreras, pero se les daría la libertad de no temer la falta de empleo. Las dos son inseparables. Sólo aceptando la compulsión total podemos realizar nuestra libertad total. —Así es —chilló Mitchell Layton. Era un chillido real, agudo, alto. Llegó con la rapidez alarmante de una sirena que anuncia un incendio. Sus invitados se quedaron mirándole.

Estaba sentado en un sofá tapizado de su salón,

medio tendido, las piernas y el vientre hacia delante, como un chico terrible que ostenta su mala postura. Todo lo que se refería a Mitchell Layton era aproximado, nunca llegaba a ser completo: su cuerpo había principiado a ser alto, pero cambió de opinión dejándolo con un torso largo sobre rechonchas piernas; su cara tenía huesos delicados, pero la carne le había jugado una mala pasada, hinchándose, no lo bastante para terminar en obesidad, pero lo suficiente para sugerir permanentes paperas.

Mitchell Layton había heredado un cuarto de millón de dólares y había pasado los treinta y tres años de su vida tratando de enmendar aquello.

Ellsworth Toohey, con traje de etiqueta, estaba apoyado negligentemente. Su indiferencia tenía un aire de graciosa despreocupación e impertinencia, como si la gente que lo rodeaba no mereciera otra cosa.

—Eso está bien —dijo Mitchell Layton beligerante, como si esperara que alguien no estuviese de acuerdo—. La gente hace mucho ruido acerca de la libertad. Creo que es una palabra vaga, de la cual se ha abusado con exceso. No estoy seguro de que sea una bendición de Dios. Creo que la gente sería mucho más feliz en una sociedad regulada que tuviese un molde definitivo y una forma unificada, como una danza popular. Y también rítmica. Se necesitaron generaciones para desarrollarla y no se permite que ningún idiota pueda cambiarla. Eso es lo que necesitamos. Una forma y un ritmo. También belleza.

—Ésa es una comparación adecuada, Mitch —dijo Ellsworth Toohey—. Siempre le he dicho que tiene espíritu creador.

—Quiero decir que lo que hace desdichada a la gente no es una sola elección, sino muchas —agregó Mitchell Layton—. Al tener que decidir, siempre hay que decidir partiendo de algún punto. Pero en una sociedad con un molde, un hombre se puede sentir

seguro. Nadie podría venir a molestarlo para hacer nada, salvo trabajar, naturalmente, en beneficio de la comunidad.

—Son los valores espirituales los que cuentan —dijo Homer Slottern—. Uno tiene que estar en la época y mantenerse en contacto con el mundo. Éste es un siglo espiritual.

Homer Slottern tenía cara grande y ojos soñolientos. Los botones de su camisa eran rubíes y esmeraldas combinados, como pedazos de ensalada que hubiesen caído sobre su blanca camisa almidonada. Era dueño de tres grandes tiendas.

—Tendría que existir una ley que obligase a todo el mundo a estudiar los místicos de las edades —dijo Mitchell Layton—. Todo ha sido escrito en las pirámides de Egipto.

—Es verdad —dijo Homer Slottern—. Hay mucho que decir respecto al misticismo, por una parte, y por otra respecto al materialismo dialéctico...

—No se contradicen —enunció Mitchell Layton, despectivamente—. El mundo futuro los combinará.

—En realidad —dijo Toohey— los dos son manifestaciones superficialmente diferentes de la misma cosa. De la misma idea.

Sus lentes producían un centelleo, como si emitieran luz.

—Todo lo que yo sé es que el altruismo es el único principio moral —agregó Jessica Pratt—, el principio más noble, y un deber sagrado mucho más importante que la libertad. El desinterés es el único camino para llegar a la felicidad. Se debería fusilar a todo aquel que se negase a ser desinteresado. Ayudarlos a salir de su desgracia. No pueden ser felices. Jessica Pratt habló con agudeza. Tenía cara gentil avejentada. Su cutis, empolvado torpemente, daba la impresión de que si uno lo tocase con el dedo quedaría manchado de blanco.

Jessica Pratt tenía un antiguo apellido. Carecía de

dinero y sólo una gran pasión: el amor por su hermana menor, Renée. Habían quedado huérfanas siendo pequeñas y ella había dedicado su vida a la educación de su hermanita. Lo había sacrificado todo, no se había casado, había luchado, conspirado, tramado, defraudado a través de los años, y obtuvo el triunfo casando a Renée con Homer Slottern.

Renée de Slottern estaba sentada, encorvada, en un escabel, tomando cacahuets. A cada momento extendía la mano hacia la bandeja de cristal y cogía otro. No demostraba mayor esfuerzo. Sus pálidos ojos miraban, plácidamente, como ausentes de su pálido rostro.

—Vas muy lejos, Jess —dijo Homer Slottern—. No puedes esperar que todo el mundo sea un santo.

—No espero nada —repuso Jessica Pratt dulcemente—. He dejado de esperar hace tiempo. Pero lo que todos necesitamos es educación. Yo creo que el señor Toohey comprende. Si todo el mundo estuviese obligado a tener una educación adecuada, el mundo sería feliz. Si obligamos a la gente a hacer bien, tendrán libertad para ser felices.

—Ésa es una educación perfectamente inútil —dijo Eve Layton—. Ninguna persona inteligente cree en la libertad actualmente. Es vieja. El futuro pertenece a lo social. La compulsión es una ley de la naturaleza.

Eve Layton era hermosa. Estaba bajo la luz de un candelabro, su suave cabello negro adherido a la cabeza. La seda, de color verde pálido, de su traje era viva como agua que empieza a correr, contrastando con el resto de la piel, suave y tostada. Tenía la facultad especial de hacer aparecer la seda y el perfume tan moderados como una cubierta de mesa de aluminio. Era una Venus surgiendo de un submarino.

Eve Layton creía que su misión en la vida era estar en la vanguardia no importaba de qué. Su método siempre había sido dar un salto, sin preocuparse, y caer, triunfalmente, lo más lejos posible de los demás. Su

filosofía consistía en una frase: «Puedo salirme con la mía en cualquier cosa.» En la conversación parafraseaba su dicho favorito: «¿Yo? Soy el pasado mañana.» Era una experta jinete, una corredora de carrera de automóviles, piloto arrojado, campeona de natación. Cuando notó que el énfasis del día se había trasladado al reino de las ideas, dio otro salto, como si lo hiciese a través de una zanja. Aterrizó bien al frente, lo más adelante posible. Una vez que hubo aterrizado se sorprendió de encontrar gente que discutía su proeza. Nadie había discutido nunca sus otras hazañas. Adquirió una cólera impaciente contra aquellos que estaban en desacuerdo con sus puntos de vista políticos. Era un tema de discusión personal. Debía de tener razón desde el momento en que ella era el pasado mañana.

Su marido, Mitchell Layton, la odiaba.

—Es una discusión perfectamente válida —dijo él—. No todos pueden ser tan completos como tú, querida. Debemos ayudar a los demás. Es el deber moral de los líderes intelectuales. Lo que quiere decir que deberíamos dejar de asustarnos por ese espantajo de la palabra compulsión. No hay tal compulsión cuando se trata de una buena causa. Cuando es en nombre del amor. Pero no sé cómo se lo podremos hacer comprender al país. ¡Los yanquis tan jactanciosos!

No podía perdonar a su país porque le había dado un cuarto de millón de dólares y al mismo tiempo no le quiso dar respeto en proporción igual. La gente no tomaba en cuenta sus opiniones sobre arte, literatura, historia, biología, sociología, metafísica; como tomaba en cuenta sus cheques. Se quejaba de que la gente lo identificase demasiado con el dinero, y lo odiaba porque no lo identificaba lo bastante.

—Hay mucho que decir en favor de la compulsión —manifestó Homer Slottern—, siempre que sea democráticamente planeada. El bien común siempre debe estar primero, se quiera o no.



La posición de Homer Slottern se componía de dos partes; eran contradictorias, pero esto no le preocupaba, ya que permanecían en su mente sin ser expresadas. Él creía, primero, que las teorías abstractas eran tonterías y que si el cliente las quería de esta clase particular había que satisfacerlo y además era un buen negocio. Segundo, se sentía molesto de haber abandonado lo que la gente llamaba la vida espiritual, por el afán de ganar dinero. Quizá los hombres como Toohey tuviesen una ventaja en eso. ¿Y si le quitasen las tiendas? ¿No sería realmente más fácil vivir como administrador de grandes almacenes del Estado? ¿No le daría el sueldo de un administrador todo el prestigio y la comodidad de que gozaba ahora sin la responsabilidad de ser propietario?

—¿Es cierto que en una sociedad futura cualquier mujer vivirá con el hombre que quiere? —preguntó Renée Slottern. Había comenzado como una pregunta, pero la atenuó. En realidad, no quería saberlo. Sentía simplemente un asombro insulso al pensar en lo que significaría poseer el hombre que uno quiere verdaderamente y cómo conseguiría ese deseo.

—Es estúpido hablar de elección personal —dijo Eve Layton—. Está pasado de moda. No existe tal cosa denominada persona. Sólo existe una entidad colectiva. Es evidente por sí misma.

Ellsworth Toohey se sonrió y no dijo nada.

—Tiene que hacerse algo por las masas —declaró Mitchell Layton—. Deben ser dirigidas. No saben lo que es bueno para ellas. No alcanzo a comprender por qué nosotros, gentes de cultura y de posición, comprendemos tan bien el gran ideal del colectivismo y estamos dispuestos a sacrificar nuestras ventajas personales, en tanto que los trabajadores de este país simpatizan tan poco con el colectivismo.

—¿No lo puede comprender? —dijo Toohey. Sus lentes relampaguearon.

—Estoy aburrida de esto —expuso Eve Layton, recorriendo la habitación, mientras la luz formaba estrías en su espalda.

La conversación pasó al arte y a las figuras más conocidas del día en cada campo.

«Lois Cook dice que se debería libertad a las palabras de la opresión de la razón, ya que la estrangulación que la razón ejerce en las palabras es como la explotación de las masas por los capitalistas. Se debe permitir que las palabras negocien con la razón, a través de regateos colectivos. Esto es lo que ella dice. Es muy divertida y renovadora.»

«Ike —¿cuál es su apellido?— asegura que el teatro es instrumento de amor. No es justo —dice él— que se coloque una obra en el escenario: hay que colocarla en el corazón del auditorio.»

«Jules Fougler dijo en el *Banner* del último domingo que en el mundo futuro el teatro sería totalmente innecesario. Agregó que la vida cotidiana de un hombre común es tan obra de arte como la mejor tragedia de Shakespeare. En lo futuro, los dramaturgos no serán necesarios. La crítica observará, simplemente, la vida de las masas y valorará sus puntos de vista artísticos para el público. Eso es lo que manifestó Jules Fougler. No sé si estoy de acuerdo con él, pero mira las cosas desde un ángulo nuevo e interesante.»

«Lancelot Clokey declara que el Imperio británico está condenado; que no habrá guerra porque los obreros de todo el mundo la impedirán. Son los banqueros internacionales y los fabricantes de armas los que comienzan las guerras, pero ahora han sido echados a puntapiés del comando. Lancelot Clokey declaró que el universo es un misterio y que su madre es su mejor amiga. Agregó que el primer ministro de Bulgaria toma arenques en el desayuno.»

«Gordon L. Prescott afirma que cuatro paredes y el techo constituyen toda la arquitectura. El suelo es

optativo. Todo el resto es ostentación capitalista. Manifestó que no debería permitir edificar a nadie en parte alguna, hasta tanto cada habitante del globo tuviese un techo bajo el que cobijarse... Bien, ¿qué se dice de los patagones? Nuestra tarea es enseñarles a querer un techo. Prescott llama a esto interdependencia transespacial.»

Ellsworth Toohey se puso alerta cuando oyó la voz malhumorada de Mitchell Layton, que decía:

—¡Oh, sí, el *Banner* que se vaya al diablo...! Está perdiendo terreno —continuó Mitchell Layton—. Va definitivamente cuesta abajo. ¡Buen negocio hice con él! Es la única vez que Ellsworth Toohey se ha equivocado.

—Ellsworth nunca se equivoca —dijo Eve Layton.

—Sí se equivocó esta vez. Fue él quien me aconsejó que comprara parte de esa hoja inmunda. —Vio los ojos de Toohey pacientes como terciopelo, y agregó—: No me quejo, Ellsworth. Está bien. Hasta me puede ayudar a rebajar en algo el impuesto sobre la renta. Pero ese trasto asqueroso y reaccionario marcha cuesta abajo sin duda.

—Tenga un poco de paciencia, Mitch —dijo Toohey

—¿No le parece que tendría que vender mis acciones para evitar perder más?

—No, Mitch; no pienso así,

—De acuerdo, si usted lo dice. Puedo permitírmelo. Puedo permitirme cualquier cosa.

—Pero yo no puedo —gritó Homer Slottern con vehemencia sorprendente—. Estamos llegando a una situación en que uno no puede poner anuncios en el *Banner*. No es por su circulación... eso va bien... pero hay una sensación en el aire... una sensación extraña... He pensado renunciar a mi contrato, Ellsworth. —¿Por qué?

—¿No sabe nada de la campaña con la consigna: «Nosotros no leemos a Wynand»?

—He oído algo.

—Está encabezada por alguien que se llama Gus Webb. Pegan carteles en los cristales de los autos que están parados en las letrinas públicas. Silban los noticiarios de Wynand en los cinematógrafos. No creo que sea un grupo numeroso, pero... La semana pasada una infeliz mujer tuvo un acceso de furia en mi tienda de la Quinta Avenida, y nos llamó enemigos de los trabajadores, porque poníamos anuncios en el *Banner*. Se puede dejar pasar esto, pero parece serio cuando uno de nuestros más viejos clientes, una suave anciana de Connecticut, republicana desde tres generaciones atrás, viene a decirnos que quizá cancele su crédito, porque alguien le había dicho que Wynand es un dictador.

—Gail Wynand no conoce nada de política salvo la especie más primitiva —subrayó Toohey—. Todavía piensa en los términos del Club Democrático de Hell's Kitchen. Había cierta inocencia en la corrupción política de aquellos días, ¿no les parece?

—No me preocupa. No es de eso que estoy hablando. Digo que el *Banner* se ha transformado en una suerte de riesgo. Perjudica los negocios. Uno debe ser muy prudente en nuestros días. Usted se relaciona con gente mala y antes de que se dé cuenta empiezan una campaña de calumnias y lo salpican a usted también. Yo no puedo permitirme tales cosas. —No es una calumnia enteramente injustificada. —No me interesa. Me importa un pito si es cierta o no. ¿Por qué tengo que perjudicarme por Gail Wynand? Si hay un sentimiento público contra él, mi obligación es alejarme cuanto antes. No soy el único. Somos un grupo que pensamos lo mismo. Jim Ferris, de Ferris y Symes; Bill Shultz, de Vimo Flakes; Bud Harper, de Toddleer Togs, y... ¡caramba!, usted los conoce a todos, son todos amigos suyos, forman nuestro grupo, el de los comerciantes liberales. Todos queremos arrancar del *Banner* nuestros anuncios.

—Tenga un poco de paciencia, Homer. Yo no me apresuraría. Cada cosa a su tiempo. Hay algo que se llama momento psicológico.

—De acuerdo. Seguiré su opinión. Pero hay... hay un peligro en el aire que se tornará mayor algún día.

—Quizá. Ya le diré cuándo será.

—Yo creía que Ellsworth Toohey trabajaba en el *Banner* —dijo Renée de Slottern, ausente y enigmática.

Los demás se volvieron hacia ella con indignación y piedad.

—Usted es una ingenua, Renée —dijo Eve Layton.

—Pero, ¿qué ocurre en el *Banner*?

—Bueno, chica, no te preocupes por las cosas sucias de la política —le advirtió Jessica Pratt—. El *Banner* es un diario malvado. El señor Wynand es un hombre muy perverso. Representa los intereses egoístas de los ricos.

—Creo que es un buen mozo —agregó Renée—. Creo que tiene *sex appeal*.

—¡Oh, por Dios! —gritó Eve Layton.

—Después de todo, Renée tiene derecho a expresar su opinión —observó Jessica Pratt con rabia súbita.

—Alguien me dijo que Ellsworth es el presidente de la Unión de Empleados de Wynand —manifestó Renée.

—¡Oh, querida, no! Nunca presido nada. No soy más que miembro del grupo. Como un redactor cualquiera.

—¿Hay una Unión de Empleados de Wynand? —preguntó Homer Slottern.

—Al principio era sólo un club —explicó Toohey—, pero el año pasado se transformó en gremio.

—¿Quién lo organizó?

—¿Cómo decirlo...? Fue más o menos espontáneo. Como todos los movimientos de masas.

—Creo que Wynand es un bastardo —declaró Mitchell Layton—. ¿Quién cree ser? Uno va a una asamblea de accionistas y él nos trata como a lacayos. ¿No es mi dinero tan bueno como el suyo? ¿No soy

propietario de una parte de su maldito diario? Le podría enseñar algunas cosas referentes al periodismo. Yo tengo ideas. ¿Por qué tiene tanta arrogancia? ¿Porque hizo él mismo su fortuna? ¿Es tan excéntrico porque procede de Hell's Kitchen? No es culpa de los demás si no han tenido la suerte de nacer en Hell's Kitchen para poder elevarse. Nadie comprende la desventaja terrible que es haber nacido rico. Porque la gente da por sentado que si uno no hubiera nacido rico, habría sido incapaz de serlo. Quiero decir que si yo hubiese tenido suerte, hubiera sido dos veces más rico que él y tres veces más famoso. Pero él es tan engreído que no se da cuenta de esto.

Nadie dijo una palabra. Observaron la inflexión nerviosa que se elevaba en la voz de Mitchell Layton. Eve Layton miró a Toohey silenciosamente, en busca de amparo. Toohey se sonrió y dio un paso hacia delante.

—Me avergüenzo de usted, Mitchell dijo.

Homer Slottern quedó boquiabierto. Ninguno censuraba a Mitchell Layton en esa cuestión, en ninguna cuestión.

El labio inferior de Mitchell Layton desapareció.

—Estoy avergonzado de usted, Mitch —repitió Toohey gravemente—, por haberse comparado con un hombre tan despreciable como Wynand.

La boca de Mitchell Layton se aflojó en el equivalente de algo tan amable como una sonrisa.

—Es cierto —dijo humildemente.

—No; usted nunca podría ser comparado a Wynand por su espíritu sensitivo y su instinto humanitario. Eso es lo que lo tiene sujeto y no el dinero, ¿Quién se preocupa del dinero? La edad del dinero ha pasado. Es su naturaleza, demasiado fina para la competencia brutal de nuestro sistema capitalista. Pero eso también está pasando.

Era tarde cuando Toohey se fue. Se sentía alborozado y decidió ir caminando hasta su casa. Las

calles de la ciudad estaban impresionadamente desiertas y la masa oscura de los edificios se erguía al cielo confiada y sin protección. Recordaba lo que una vez le había dicho a Dominique: «Una pieza complicada de mecánica como es nuestra sociedad... y con apretar el dedo en un lugar... el centro de gravedad... usted puede hacer que esto se desmorone en un montón de chatarra...» Echaba de menos a Dominique. Le hubiera gustado que hubiese estado allí para oír la conversación.

Aquello que no había compartido, bullía en su interior. Se detuvo en medio de una calle silenciosa. Echó atrás la cabeza y se rió a carcajadas contemplando la cima de los rascacielos.

Un agente de policía le dio unos golpecitos en la espalda, preguntándole:

—¿Qué le pasa, señor?

Toohey vio un traje azul ajustado y botones sobre un ancho pecho, un rostro impassible, duro y paciente, un hombre tan resuelto y firme como los edificios que lo rodeaban.

—¿Cumpliendo con su deber, oficial? —le preguntó Toohey, con los ecos de su risa vibrando en la voz—. ¿Protegiendo la ley, el orden, la decencia y las vidas humanas?

El agente se rascó la nuca.

—Debería detenerme, oficial.

—Está bien, compañero, está bien. Siga. Todos tomamos un poquito de más alguna vez.

Cuando partió el último pintor, Keating empezó a sentir una sensación desoladora y un entumecimiento en los brazos. Se quedó en el vestíbulo mirando al cielo raso. Bajo el áspero lustre de la pintura pudo distinguir todavía los rastros del cuadrado de donde había sido sacada la escalera, abertura que después había sido cerrada nuevamente. La vieja oficina de Guy Françon no existía. A la firma de Keating & Dumont le quedaba un solo piso ahora.

Recordó la escalera y cómo subió los escalones de roja felpa cuando por primera vez llevaba un proyecto entre los dedos. Se acordó de la oficina de Guy Françon, con reflejos de brillantes mariposas. Recordó los cuatro años durante los cuales aquella oficina había sido la suya.

Comprendía muy bien lo que le había pasado a la firma en los últimos años; comprendía muy bien en tanto que los obreros removían la escalera y cerraban la abertura en el techo. Pero era, sobre todo, aquel cuadrado que se notaba debajo de la pintura blanca lo que le daba realidad y conclusión.

Hacía ya tiempo que se había resignado a marchar cuesta abajo. No había hecho esa elección —eso habría significado una decisión categórica—; había ocurrido, simplemente, y él había dejado que ocurriese. Había sido simple y casi sin dolor, como una somnolencia que sumergiese a uno en algo así como un bien acogido sueño. El dolor embotado nacía al querer comprender lo que había ocurrido.

Hubo la exposición *La Marcha de los Siglos*, pero eso sólo no podía tener importancia. *La Marcha de los Siglos* se había inaugurado en mayo. Fue un fracaso. «¿Por qué —se dijo Keating—, por qué no decir la palabra exacta? No fracaso: un terrible fracaso.» «El título de esta aventura hubiera sido apropiado —había escrito Ellsworth Toohey— si presumiésemos que los siglos han andado a caballo.» Todo lo que se escribió



sobre la exposición había sido del mismo tenor.

Keating recordó con nostálgica amargura cuan conscientemente habían trabajado él y los otros siete arquitectos diseñando aquellos edificios. Era cierto que no había hecho mucho en lo que concierne al proyecto mismo. Habían trabajado en armonía, entre conferencia y conferencia, haciéndose concesiones mutuas con verdadero espíritu colectivo, sin que ninguno tratara de imponer sus puntos de vista personales o sus ideas egoístas. Hasta Ralston Holcombe había olvidado el Renacimiento. Habían hecho edificios modernos, más modernos que cualquiera que se hubiese visto, más modernos que la tienda de Slotern. Él no creía que «los edificios se parecían a las espirales de pasta dentífrica que se forman cuando alguien pisa un tubo», o «versiones estilizadas del intestino delgado» conforme había escrito un crítico.

Pero parecía que el público pensaba así, suponiendo que el público pensara algo. Él no lo podía decir. Sabía solamente que las entradas para *La Marcha de los Siglos* se regalaron en los teatros, y que la sensación de la exposición, la salvación financiera, fue algo llamado Juanita Fay, que bailaba con un pavo real vivo por único vestido.

Pero ¿qué importaba si la exposición había fracasado? Esto no había afectado a los otros arquitectos que componían el consejo. Gordon L. Prescott estaba más fuerte que nunca. «No ha sido eso», se dijo Keating. Ya había empezado antes de la exposición. No podía decir cuándo.

Podía haber muchas explicaciones. La depresión económica había castigado a todos; algunos se habían recobrado en cierto grado, pero Keating y Dumont, no. Con el retiro de Guy Françon algo se había ido de la firma y de los círculos de donde se proveían de clientes. Keating se daba cuenta de que en la carrera de Françon había habido arte y competencia y una propia e ilógica

energía, aunque el arte consistiese sólo en su trato social y la energía estuviera dirigida a cazar con trampas a los millonarios indecisos.

No podía ver rasgos de racionalidad en las cosas a las cuales la gente respondía ahora. El líder de la profesión —en una mínima proporción, pues no había quedado proporción grande en ninguna cosa— era Gordon L. Prescott, presidente del Consejo de Constructores Estadounidenses; pragmatismo de la arquitectura y del planeamiento social, que ponía los pies sobre las mesas de los salones, asistía a cenas de etiqueta con pantalones cortos y criticaba en voz alta la comida. La gente de sociedad decía que le gustaba un arquitecto que fuera liberal. La C.A.A. todavía existía con una dignidad arrogante y herida, pero la gente se refería a ella como el «Hogar de los Ancianos». El Consejo de Constructores Estadounidenses dirigía la profesión. Siempre que el nombre de un arquitecto aparecía en la columna de Ellsworth Toohey, era el de Augusto Webb. A los treinta y ocho años, Keating oía que se hablaba de él como de algo pasado de moda.

Había desistido de su intento de comprender las razones. Sabía oscuramente que la explicación del cambio que se engullía al mundo era preferible ignorarla. En su juventud había sentido un desprecio cordial por las obras de Guy Françon y de Ralston Holcombe, y emularlas le había parecido nada más que un inocente charlatanismo. Pero sabía que Gordon L. Prescott y Gus Webb representaban un fraude aún más insolente y más repugnante. Por una vez Keating no podía seguir a la gente; resultaba claro, aun para él, que el favor público había dejado de construir un reconocimiento al mérito, y que más bien había llegado a construir un sello de vergüenza.

Se guiaba todavía por la inercia. No podía permitirse el lujo de continuar con su amplio piso de oficinas y no utilizaba la mitad de las habitaciones, pero las

conservaba y cubría el déficit con dinero de su propio bolsillo. Había que continuar. Había perdido una gran parte de su fortuna personal en la desastrosa especulación de la Bolsa, pero tenía lo suficiente como para asegurarse comodidad para el resto de la vida. Ésto no le preocupaba; el dinero había cesado de atraer su atención como lo más importante. Lo que temía era la inactividad, era el signo de interrogación asomado más allá, si llegaba a faltarle la rutina del trabajo.

Caminaba lentamente, con los brazos apretados contra el cuerpo, la espalda encorvada como si estuviese soportando un frío permanente. Iba aumentando de peso. Su cara estaba hinchada, y como la mantenía baja, la arruga de una papada se aplastaba contra el nudo de su corbata. Le quedaba un rasgo de belleza, que lo hacía aparecer peor, como si las líneas de su rostro hubiesen sido dibujadas sobre un papel secante y se hubiesen extendido confusamente. Los hilos grises de sus sienes se hacían visibles. Bebía a menudo, sin alegría.

Le había pedido a su madre que volviese a vivir con él. Y había vuelto. Se pasaban largas horas sentados en la salita, sin decirse palabra, sin resentimiento, tratando de adquirir confianza mutua. La señora Keating no le hacía sugerencias ni reproches. En cambio tenía una ternura nueva, producto del pánico, en sus maneras con el hijo. Ella quería preparar su desayuno, aun cuando tuviesen una criada; le preparaba su plato favorito, panqueques franceses, los cuales le habían gustado mucho cuando tenía nueve años y estuvo enfermo de sarampión. Cuando él advertía sus esfuerzos y hacía algún comentario agradable, ella asentía con la cabeza, pestañeando, y se alejaba preguntándose por qué se sentía tan dichosa, y si era así, por qué se le llenaban los ojos de lágrimas.

Una vez preguntó: «¿Eres feliz, Peter?» Él la contempló y vio que no se reía, que tenía los ojos muy abiertos y asustados. Y como no le pudo contestar, ella

gritó: «Pues tienes que ser feliz, Peter, tienes que serlo. De otro modo, ¿para qué he vivido?» Él hubiera querido levantarla, tenerla en sus brazos y decirle que tenía razón, y después se acordó de Guy Françon, que le había dicho el día de su casamiento: «Quiero que se sienta orgulloso de mí, Peter... Quiero tener la sensación de que esto ha tenido algún significado.» Después no se pudo mover. Se sentía en presencia de algo que no podía aferrar, que nunca debió permitir en su mente. Se alejó de su madre.

Una noche, ella le dijo sin preámbulos: «Peter, creo que deberías casarte. Creo que te hallarías mejor si estuvieses casado. » Él no supo qué contestar, y mientras intentaba decir algo alegre, su madre agregó: «Peter, ¿por qué no... por qué no te casas con Catherine Halsey?» Él sintió que la cólera le llenaba de lágrimas los ojos, sintió la presión de los párpados hinchados mientras se volvía, lentamente, a su madre; vio su figura pequeña y rechoncha delante de él, tiesa e indefensa, con una especie de orgullo desesperado que se le ofrecía para recibir cualquier golpe que le quisiera dar, absolviéndolo por adelantado, y supo que era la decisión más valiente que ella jamás había intentado. La cólera se fue, porque sintió un dolor más agudo que la sensación que había recibido y levantó una mano para dejarla caer con desgana, para dejar que el ademán abarcara todo. Y dijo solamente: «Mamá, no...»

En los fines de semana, no siempre... pero sí una o dos veces al mes, desaparecía de la ciudad. Nadie sabía adonde iba. La señora Keating se preocupaba pero no le hacía preguntas. Sospechaba que había una mujer por medio, y que no era una buena mujer, porque de lo contrario no se sentiría malhumorado y silencioso con respecto a este asunto. La señora Keating temía que hubiese caído en las garras de una voraz prostituta de la peor laya, que tuviera bastante influencia para casarse con él.

Keating iba a una choza que había alquilado en las colinas de una oscura aldea. En la cabaña tenía pintura, pinceles y tela. Se pasaba el día en las colinas, pintando. No podía decir por qué había recordado aquella ambición innata de su juventud, que su madre había condenado para encauzarlo en la carrera de arquitectura. No podía decir por qué proceso el impulso se había tornado irresistible, pero había encontrado aquella cabaña y le gustaba ir allí.

No podía decir que le gustara pintar. No sentía placer ni consuelo, era una tortura que se infligía a sí mismo; pero, de cualquier modo eso no importaba. Se sentaba en un banquillo de lona frente a un pequeño caballete y contemplaba el espacio que no obstruían las colinas, los bosques, el cielo. Por toda concepción tenía un dolor sereno, una humilde e insoportable ternura por el espectáculo de la tierra que lo rodeaba, y un estilo rígido, paralizado, como único medio de expresión. Continuaba. Ensayaba. Miraba las telas y advertía que, en su infantil rudeza, nada captaba. No tenía importancia. Nadie iba a verle. Las apilaba cuidadosamente en un rincón de la choza y cerraba la puerta con llave al volver a la ciudad. No tenía placer ni orgullo en hacer esto ni siquiera una solución; era sólo un sentimiento de paz que experimentaba al sentarse frente al caballete.

Trataba de no pensar en Ellsworth Toohey. Un oscuro instinto le decía que podía conservar una precaria tranquilidad de espíritu hasta tanto no tocara ese punto. Podía haber una explicación en la conducta de Toohey hacia él, pero prefería no formularla.

Toohey se había separado de él. Lo aceptaba y se decía a sí mismo que Toohey estaba atareado. El silencio público de Toohey hacia él era aplastante. Se decía a sí mismo que Toohey tenía cosas más importantes que escribir. La crítica de Toohey sobre la *Marcha de los Siglos* había sido un golpe. Se decía a sí

mismo que su trabajo lo merecía. Aceptó toda censura. Podía dudar de sí mismo, pero no dudar de Ellsworth Toohey.

Fue Neil Dumont el que le obligó a pensar otra vez en Toohey. Neil hablaba con petulancia sobre el estado del mundo, sobre los que gritan después que la leche se ha derramado, acerca del cambio como ley de la existencia, la adaptabilidad y la importancia de comenzar nuevamente, desde abajo. Keating comprendía, de su largo y confuso discurso, que los negocios, como ellos los habían conocido, ya estaban terminados; que el Gobierno se encargaría de ellos, le gustase o no, que el negocio de constructor estaba muriendo y que pronto el Gobierno sería el único constructor y que más valía que se decidieran a trabajar con el Gobierno si querían lograr algo.

—Mira a Gordon L. Prescott —dijo Neil Dumont— qué excelente monopolio para proyectar viviendas y oficinas de Correos ha conseguido. ¡Mira a Gus Webb, cómo se está introduciendo en la confusión!

Keating no contestó. Neil Dumont le estaba arrojando sus propios pensamientos inconfesados, él sabía que los tenía que afrontar pronto y había tratado de relegar ese momento.

No quería pensar en Cortland Homes.

Cortland Homes era un barrio de casas baratas que debían construirse en Astoria, en la margen del East Ríver. Fue como un gigantesco experimento para viviendas de poco alquiler, que sirviera de modelo al país y al mundo entero. Keating había oído que todos los arquitectos conversaban de esto desde hacía más de un año. La suma ya había sido aprobada y había sido escogido el lugar; faltaba el arquitecto. Keating no quería admitir la desesperación con que quería obtener Cortland y las pocas esperanzas que tenía de ello.

—Escucha, Peter; nosotros debemos llamar al pan, pan y al vino, vino —dijo Neil Dumont—. Estamos

patinando, compañero, tú lo sabes. Duraremos un año o dos, a costa de nuestra reputación. ¿Y después? No es culpa de nosotros. Es porque la empresa privada ha muerto y se está sepultando. Es un proceso histórico. La ola del futuro. De modo que podríamos salir a flote, mientras sea posible. Hay un proyecto bueno, magnífico, que espera a los hombres que sean lo bastante inteligentes para conseguirlo: ¡Cortland Homes!

Ahora lo oía expresar. Keating se preguntó por qué. El nombre le sonó como el golpe sordo de una campana.

—¿Qué quieres decirme, Neil? —Cortland Homes. Ellsworth Toohey. ¿Sabes ahora lo que quiero decir? Escucha: todos se ríen de esto. Todos dicen que si fueran los preferidos de Toohey como tú, conseguirían Cortland Homes así —e hizo crujir sus dedos—, así, y nadie alcanza a comprender qué estás esperando. Tú sabes que es un amigo de Toohey el encargado de esa exhibición especial de casas.

—No es cierto. No es él. No tiene ninguna posición oficial. Nunca ha tenido ninguna posición oficial.

—¿A quién estás engañando? La mayoría de los muchachos que cuentan en las oficinas son sus amigos. Que me condenen si yo sé cómo encajó entre ellos, pero lo ha hecho. ¿Qué te pasa, Peter? ¿Tienes miedo de pedirle un favor a Toohey?

No había retirada. No podía admitir que tuviese miedo de pedirle un favor a Ellsworth Toohey,

—No —dijo con voz sorda—. No tengo miedo, Neil. Yo... Tienes razón, Neil. Le hablaré a Ellsworth.

Ellsworth Toohey estaba tendido en un diván, vestido con una bata. Su cuerpo tenía la forma de una letra X; los brazos extendidos sobre la cabeza, a lo largo de las almohadas, las piernas abiertas como una horquilla. La bata era de seda estampada con la marca de fábrica de los polvos Coty, cisnes blancos sobre un fondo anaranjado; parecía osado y alegre,

supremamente elegante en su consumada necedad. Bajo la bata llevaba un pijama, arrugado, de color verde. Sus pantalones flotaban sobre las finas varillas de los tobillos.

Los ojos de Toohey eran cordiales, divertidos, animosos. Toohey había contestado personalmente al teléfono y al punto le había concedido la entrevista. Keating reflexionó: «Es bueno que a uno lo reciban así, sin ceremonias. ¿Qué temía yo? ¿De qué dudaba? Somos buenos amigos.»

—¡Oh, querido —dijo Toohey bostezando—, estoy tan cansado! Llega un momento, en cada día, que uno siente la necesidad de tenderse como cualquier haragán. Llego a casa y siento que no podría conservar la ropa un minuto más. Con algunas personas hay que estar tiesos y solemnes, pero con usted no es necesario.

—Naturalmente.

—Piense que dentro de un momento he de tomar un baño. No hay nada como un baño caliente para sentirse como un parásito. ¿Le gustan los baños calientes, Peter?

—¿Porqué?... Sí...,supongo que sí...

—Se está poniendo gordo, Peter. Pronto parecerá repugnante en una bañera. Se está poniendo gordo y parece enfermizo. Es una mala combinación. Absolutamente mala desde el punto estético. La gente gorda debería ser feliz y alegre.

—Yo... yo estoy bien, Ellsworth. Es sólo que...

—Usted solía tener buen aspecto. No debió perderlo. La gente se va a aburrir con usted.

—No he cambiado, Ellsworth. —De pronto se esforzó por decir—: Realmente no he cambiado. Soy el mismo que cuando proyecté el edificio Cosmo-Slotnick.

Miró a Toohey lleno de esperanzas. Creyó que era una insinuación bastante directa para que Toohey comprendiese; Toohey comprendía cosas mucho más sutiles. Esperaba ser secundado, pero Toohey continuó contemplándolo con ojos dulces y perdidos.



—Peter, ésa es una manifestación carente de filosofía. El cambio es el principio básico del universo. Todo cambia. Las estaciones, las hojas, las flores, los pájaros, las morales, los hombres y los edificios. Es el proceso dialéctico, Peter.

—Sí naturalmente. Las cosas cambian, demasiado pronto en forma muy graciosa. Uno no se da cuenta y, de pronto, una mañana, allá está el cambio. Recuerde: hace pocos años Lois Cook y Gordon L. Prescott e Ikey Lance eran completamente desconocidos.

Y ahora ¿por qué, Ellsworth, están todos en auge y son todos sus amigos? Hacia cualquier parte que uno dirija la vista, si se oye algún nombre famoso es siempre el de alguno de sus muchachos. Usted es sorprendente, Ellsworth. ¿Cómo puede hacer eso... en tan pocos años...?

—Es mucho más simple de lo que parece. Es porque usted piensa en personalidades. Piensa que se ha hecho por fragmentos. Pero, querido, la vida de cien agentes de publicidad no serían suficientes. Se podría hacer mucho más pronto. Ésa es la época de los aparatos para ahorrar tiempo. Si quiere que algo crezca, no abone separadamente cada semilla. Extienda algún fertilizante y la naturaleza hará el resto. Creo que usted piensa que soy el único responsable, pero no lo soy. Por favor, no lo piense. Soy una figura entre tantas, una palanca en un vasto movimiento, y muy antiguo. Lo que ha ocurrido es que he elegido el campo que a usted le interesa, el campo del arte, porque creía que enfocaba los factores decisivos en la tarea que hemos tenido que cumplir.

—Sí, por supuesto; pero yo opino que ha sido por su inteligencia. Quiero decir que, debido a eso, podía elegir a los jóvenes que tenían talento, que tenían porvenir. ¡Caramba! Bien sé yo cómo presentía las cosas. ¿Se acuerda del terrible desván que teníamos para el Consejo de Constructores Estadounidenses? Y nadie nos tomaba en serio. La gente solía reírse de usted por

malgastar el tiempo en toda clase de tontas organizaciones.

—Querido Peter, la gente pasa por alto muchas suposiciones erróneas. Por ejemplo, la antigua máxima: «Divide e impera.» Bien, tiene sus aplicaciones; pero nuestro siglo debe descubrir una fórmula mucho más poderosa: «Une y gobierna».

—¿Qué quiere decir?

—Posiblemente nada que usted pueda comprender. Y yo no debo sobrestimar su fuerza. No parece que tenga mucha de sobra.

—¡Oh, estoy bien! Puedo parecer un poco preocupado porque...

—La preocupación es un estúpido derroche de reservas emocionales. Desde el momento que no somos más que criaturas producto de nuestro metabolismo químico y de los factores de nuestro medio económico, no podemos hacer nada para cambiar las cosas. De manera que ¿para qué preocuparse? Hay, desde luego, excepciones aparentes. Meramente aparentes. Cuando las circunstancias nos engañan al hacernos pensar que la acción libre es la indicada. Así, por ejemplo, su venida aquí para hablar de Cortland Homes. Keating pestañeó, después se sonrió agradecido.

Pensó que era propio de Toohey adivinar y evitarle los preliminares engorrosos.

—Así es, Ellsworth. Es precisamente de lo que yo quería hablar. Usted es maravilloso. Me conoce como a un libro.

—¿Qué clase de libro, Peter? ¿Una novela de diez centavos? ¿Un cuento de amor? ¿De un crimen espeluznante? ¿O un manuscrito plagiado? No, digamos, igual a una novela en series. Una serie buena, larga, excitante, y la última entrega que se pasa por alto. La última entrega, que error, fue llevada a otra parte. A no ser que, naturalmente, sea Cortland Homes. Sí, eso sería un capítulo adecuado para cerrarla. Keating

esperó, con los ojos atentos y desnudos, olvidándose de pensar en la vergüenza de suplicar, que debió haber ocultado.

—Un proyecto tremendo, Cortland Homes. Más grande que Stoneridge. ¿Se acuerda de Stoneridge, Peter?

«Está agotado —se dijo Keating—, está cansado y no puede tener tacto todo el tiempo. No se da cuenta de lo que...»

—Stoneridge. La gran empresa de residencias de Gail Wynand. ¿Ha pensado alguna vez en la carrera de Gail Wynand, Peter? Desde rata del muelle hasta Stoneridge. ¿Sabe lo que significa un paso como ése? ¿No le interesa computar el esfuerzo, la energía, el sufrimiento con los cuales ha pagado cada paso que ha dado en su camino? Y aquí estoy yo y tengo entre manos un proyecto mucho más grande que Stoneridge, sin ningún esfuerzo, completamente. —Dejó caer la mano y agregó—: Sí, yo lo tengo. Podría ser tan sólo una imagen literaria. No me entienda literalmente, Peter.

—Odio a Wynand —dijo Keating, con voz ronca, mirando hacia abajo—. Le odio más que a cualquier hombre en el mundo.

—¿Wynand? Es una persona muy ingenua. Es tan inocente, que cree que los hombres se mueven principalmente por dinero.

—Usted no es así, Ellsworth. Usted es un hombre íntegro. Éste es el motivo por el cual creo en usted. Si dejara de creer en usted, no me quedaría ya nada en ningún sitio.

—Gracias, Peter. Es una amabilidad suya. Histórica, pero amabilidad.

—Ellsworth..., usted sabe lo que siento por usted.

—Tengo una hermosa idea.

—Ya ve; hay algo que no puedo comprender.

—¿Qué cosa?

Tenía que decirlo, aunque había decidido antes no

decirlo nunca; pero tenía que hacerlo.

—Ellsworth, ¿por qué me da de lado? ¿Por qué no escribe nada más sobre mí? ¿Por qué está siempre, en su columna y en todas partes y en cualquier obra, por qué siempre está Gus Webb?

—Pero, Peter, ¿por qué no tendría que estar?

—Pero... yo...

—Siento que no me haya comprendido en absoluto. En todos estos años no ha aprendido ninguno de mis principios. No creo en el individualismo, Peter. No creo que ningún hombre sea una cosa que cualquier otro hombre no pueda ser. Creo que todos somos iguales e intercambiables. Una posición que usted tiene hoy la puede tener cualquier otro mañana. Rotación igualitaria. ¿No he predicado siempre esto? ¿Por qué supone que lo elegía a usted? ¿Por qué lo coloqué donde está? Para protegernos de los hombres que podrían ser irremplazables. Para dejar una oportunidad, en este mundo, para Gus Webb. ¿Por qué supone que luché, por ejemplo, contra Howard Roark?

La mente de Keating era una magulladura. Pensó que debía ser una magulladura porque sintió como si algo chato y pesado lo hubiese golpeado, y que se tornaría negra y azul y se hincharía más tarde; de momento no sentía nada, excepto un entumecimiento más bien dulce. Los fragmentos de pensamiento que podía percibir le decían que las ideas que acababa de escuchar eran de un orden moral elevado, las únicas que había aceptado y por esto ningún mal le podía venir, ningún mal podía ser intentado. Los ojos de Toohey lo miraban fija, oscura, benévolamente. Quizá más tarde..., más tarde sabría... Pero una cosa se le había atravesado y había permanecido aferrada en alguna parte de su cerebro. Había comprendido eso. El nombre.

Y mientras la única esperanza de gracia residía en Toohey, algo inexplicable se retorció en su interior, lo inclinaba hacia delante, sabiendo que eso podría herir a

Toohey y deseando hacerlo, sus labios se fruncieron en una sonrisa increíble, descubriendo los dientes y las encías.

—En eso falló, ¿no es cierto, Ellsworth? ¡Mire dónde está ahora Howard Roark!

—¡Oh, querido, cuan insulso resulta discutir las cosas con los espíritus afectos a lo evidente! Usted es totalmente incapaz de comprender los principios, Peter. Piensa solamente en personas. ¿Supone realmente que no tengo otra misión en la vida que la de preocuparme por el destino específico de Howard Roark? El señor Roark es un detalle entre muchos. He tratado con él cuando fue conveniente. Estoy todavía tratando con él, aunque no directamente. Debo concederle, sin embargo, que el señor Roark constituye una gran tentación para mí. A veces pienso que sería una vergüenza si no me enfrentara con su personalidad otra vez. Cuando se trata de principios, Peter, evítese la molestia de choques individuales.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que puede seguir uno de los dos procedimientos. Puede dedicar su vida a arrancar cada yerbajo conforme haya crecido, y entonces diez vidas no le alcanzarán para su trabajo, o preparar el terreno de tal manera, extendiendo algún producto químico, digamos, que impedirá que crezcan los yerbajos. Esto último es más rápido. Digo yerbajo porque es el símbolo convencional y no le asustará. La misma técnica resulta, desde luego, en caso de que quiera eliminar cualquier otra planta: alforfón, patatas, naranjas, orquídeas o campanillas.

—Ellsworth, no me doy cuenta de qué me está hablando.

—Claro está que no se puede dar cuenta. Ésa es mi ventaja. Digo estas cosas, públicamente, todos los días, y nadie sabe de qué hablo.

—¿Ha oído decir que Howard Roark está haciendo

una casa, la casa propia, para Gail Wynand?

—Pero, mi querido Peter, ¿cree que tenía que esperar a saberlo por boca suya?

—¿Qué le parece eso?

—¿Por qué tiene que importarme, en uno u otro modo?

—¿Ha oído decir que Roark y Wynand son íntimos amigos? ¡Y qué amistad, según lo que he oído! ¡Usted sabe la que puede hacer Wynand! ¡Sabe lo que puede hacer con Roark! ¡Trate de detenerle ahora! ¡Trate de detenerle! Trate...

Se atragantó y se quedó callado. Cuando reaccionó se vio con la vista clavada en el tobillo desnudo de Toohey, entre el pantalón del pijama y la rica piel de oveja del borde de la zapatilla. Nunca había visto la desnudez de Toohey, de ningún modo, pues nunca había pensado que Toohey pudiera tener un cuerpo material. Había algo ligeramente indecente en aquel tobillo, nada más que piel, blanca, azulada, extendida sobre sus huesos que parecían demasiado frágiles. Hacía pensar en huesos de pollo dejados en un plato después de cenar, secos. Deseaba apretar el tobillo entre el pulgar y el índice y retorcerlo.

—Ellsworth, he venido a hablar de Cortland Homes.

No podía quitar los ojos del tobillo. Esperaba que las palabras lo liberaran.

—No hable de ese modo. ¿Qué pasa?... ¿Cortland Homes? ¿Qué quiere decir con esto?

Levantó los ojos asombrado. Toohey esperaba inocentemente.

—Quiero hacer el proyecto de Cortland Homes —dijo con una voz que llegaba como una pasta colada a través de una tela—. Quiero que usted me lo consiga.

Toohey le preguntó:

—¿Por qué habría de conseguirlo? No hubo contestación. Si hubiese dicho: «Por que usted ha escrito que soy el más grande arquitecto viviente», el

recordarlo demostraría que Toohey ya no lo creía. No se atrevió a afrontar tal prueba, ni siquiera una posible respuesta de Toohey. Tenía clavada la vista en dos largos pelos negros que tenía Toohey en la azulada prominencia del tobillo; los podía distinguir claramente: uno recto, el otro enroscado. Después de un largo rato, respondió:

—Porque lo necesito terriblemente, Ellsworth.

—Ya sé que lo necesita.

No había más que decir. Cambió la posición del tobillo, levantó el pie y lo colocó sobre el brazo del diván.

—Siéntese, Peter. Parece una gárgola.

Keating no se movió.

—¿Qué le ha hecho suponer que yo esté encargado de elegir el arquitecto para construir Cortland Homes?

Keating levantó la cabeza, era una caricia de alivio. Había presumido demasiado y había ofendido a Toohey; ésa era la razón, la única razón.

—En fin, yo comprendo... se dice... me dijeron que usted tenía muchísima influencia en este proyecto... con esa gente... y en Washington... y lugares.

—No con carácter oficial. Como experto en cuestiones arquitectónicas. Nada más.

—Sí, naturalmente... Eso es... lo que quería decir.

—Yo puedo recomendar un arquitecto. Eso es todo. No puedo garantizar nada. Mi palabra no es la última.

—Eso es todo lo que quiero, Ellsworth. Una palabra de recomendación suya...

—Pero, Peter, si yo recomiendo a alguien, tengo que dar alguna razón. No puedo emplear la influencia que yo pueda tener para ayudar a un amigo.

Keating tenía clavada la mirada en la bata, y pensaba: «Cisnes de polvo, ¿para qué esos cisnes? Eso es lo que me molesta a mí. Si se quitara eso...

—Su reputación profesional no es la que solía ser, Peter.

—Usted preconiza «ayudar al amigo»...

Fue nada más que un murmullo.

—Sí, claro, soy su amigo, siempre lo he sido. No lo pone en duda, ¿verdad?

—No... No puedo, Ellsworth...

—Bueno, repóngase, entonces. Vea, le diré la verdad. Estamos metidos en ese condenado Cortland. Hay un pero... Yo he tratado de conseguirlo para Gordon L. Prescott y para Gus Webb; pensé que era más de la categoría de ellos, no pensé que usted pudiera tener interés. Pero ninguno de ellos pudo hacerlo. ¿Conoce el importante problema de la vivienda? La economía, Peter. Cómo construir una unidad moderna decente que pueda dar una renta de quince dólares por mes. ¿Ha calculado alguna vez eso? Bien, eso es lo que se espera del arquitecto que haga Cortland, si lo encuentran. Por supuesto, la selección de inquilinos es una ayuda, ellos elevan las rentas; las familias que ganan mil doscientos por año pagan más por el mismo piso para ayudar a las familias que ganan setecientos. Imagínese, exprimir a un trabajador para ayudar a alguien que es más pobre. Pero, además, el costo del edificio y la conservación del mismo deben ser lo menos posible. Los jefes de Washington no quieren otra cosa; usted habrá oído hablar de que en un pequeño barrio de casas baratas del Gobierno, cada hogar viene a costar a razón de diez mil dólares cada uno, mientras que un constructor privado los podría hacer por dos mil. Cortland debe ser un proyecto modelo. Un ejemplo para todo el mundo. Debe ser la más brillante, la más eficiente exhibición de sencillez y economía estructurada jamás realizada en parte alguna. Eso es lo que los jefes quieren. Gordon y Gus no lo pudieron hacer. Intentaron y fueron rechazados. Usted se sorprendería si supiese cuántas personas lo han intentado. Yo no habría podido ofrecérselo a usted ni siquiera en el momento de la culminación de su carrera.



¿Qué puedo decirle a ellos de usted? Todo lo que usted significa es terciopelo dorado y mármol, el viejo Guy Françon, el edificio Cosmo-Slotnick, el Banco Frink y ese pequeño aborto de los *Siglos* que jamás servirá de recomendación. Ellos quieren una cocina de millonario para los ingresos de un pequeño rentista. ¿Cree que lo puede hacer?

—Yo... tengo ideas, Ellsworth. He observado el terreno... He estudiado nuevos métodos... Yo podría...

—Si puede, es suyo. Si no puede, mi amistad no le servirá para nada. Y Dios sabe que me gustaría ayudarle. Usted parece una gallina vieja bajo la lluvia. Haré por usted lo siguiente: vaya mañana a mi oficina y le daré todos los detalles, llévelos a su casa y vea si puede romperse la cabeza. Arriésguese, si quiere. Hágame un esquema preliminar. No puedo prometerle nada, pero si se aproxima de algún modo, lo someteré al criterio de los encargados de este asunto y le ayudaré con todo mi prestigio. Esto es todo lo que puedo hacer. No depende de mí, depende de usted, en realidad.

Keating se quedó mirándolo. Los ojos de Keating estaban ansiosos, ávidos y desamparados.

—¿Quiere intentarlo, Peter?

—¿Quiere que lo intente?

—Naturalmente que quiero. ¿Por qué no había de querer? Estaría encantado si, entretanto, usted resultase ser el único que resolviese el problema.

—Tal como yo lo veo, Ellsworth —dijo de súbito —, tal como yo lo veo... no es porque me importe tanto que haya fracasado... es porque no puedo comprender por qué motivo he ido cuesta abajo de este modo... desde la cima... sin ninguna razón que lo explique...

—Bueno, Peter, eso sería terrible de considerar. Lo inexplicable es siempre terrible, pero sería espantoso si se detuviera para preguntarse si hubo alguna razón por la cual haya tenido que estar en la cima... ¡Oh, vamos, Peter, estoy bromeando nada más! Uno lo pierde todo

cuando pierde el sentido del humor...

A la mañana siguiente Keating se dirigió a su oficina después de una visita al cuchitril de Toohey en el edificio del *Banner*. Llevaba consigo una cartera que contenía todos los detalles del proyecto de Cortland Homes. Extendió los papeles sobre una mesa amplia, en su oficina y cerró la puerta con llave. Le pidió a un dibujante que le llevara un emparedado a mediodía y ordenó otro para la cena. «¿Quieres que te ayude, Peter? —le preguntó Neil Dumont—. Podríamos consultarnos, discutir y...» Keating movió negativamente la cabeza.

Toda la noche se quedó sentado a la mesa. Después de algún tiempo se detuvo a mirar los papeles, pensando. No pensaba en los croquis ni en las figuras que tenía ante su vista. Los había estudiado. Comprendió que no podía hacerlo.

Cuando advirtió que era de mañana, cuando oyó los pasos, a través de la puerta cerrada, el movimiento de los empleados que volvían al trabajo y supo que las horas de oficina habían comenzado, allí y en todas partes de la ciudad, se levantó, se encaminó a su mesa y consultó la guía de teléfonos. Marcó un número.

—Habla Peter Keating. Quisiera tener una entrevista para hablar con el señor Roark.

«Dios mío —se decía mientras esperaba—, que no me vea. Haz que rehúse. Dios mío, haz que rehúse y tendré el derecho de odiarle hasta el fin de mis días. Que no me vea.»

—¿Es conveniente para usted mañana a las cuatro de la tarde, señor Keating? —dijo la voz suave y tranquila de la secretaria—. A esa hora lo recibirá el señor Roark

## VIII

Roark pensó que no debía demostrar la impresión que el aspecto de Peter Keating le produjo, pero fue demasiado tarde, porque vio una débil sonrisa en sus labios, una sonrisa terrible de resignado reconocimiento de su declinación.

—¿Tienes dos años menos que yo, Howard? —fue lo primero que preguntó, mirando el rostro de aquel hombre al cual no veía desde hacía seis.

—No sé, Peter. Quizá. Tengo treinta y siete,

—Yo tengo treinta y nueve. Entonces sí. Se encaminó a una silla que estaba frente a la mesa de Roark, intentando alcanzarla con sus manos. Estaba encandilado con las láminas de vidrio que formaban las tres de las paredes de la oficina de Roark. Miraba fijamente el cielo y la ciudad. Allí no tenía ningún sentido la altura y los edificios parecían extenderse a sus pies, no como si constituyeran una ciudad real, sino como miniaturas de los famosos hitos, incongruentemente pequeños, y le pareció que se podía inclinar y recoger uno de ellos con la mano. Vio que los puntos negros eran automóviles que parecían arrastrarse y que demoraban mucho en recorrer una manzana del tamaño de su dedo. Vio la piedra y la argamasa de la ciudad como una sustancia empapada de luz que devolvía, fila tras fila, planos verticales sembrados de puntos que eran las ventanas, como si cada plano fuera un reflector coloreado de rosa, de púrpura, mientras líneas movedizas de humo azul subían entre ellas marcando ángulos y perspectivas. «¡Dios mío! —se dijo Keating— ¿que hombres han hecho esto?», y al punto recordó que él también había sido uno de ellos.

Contempló la figura de Roark, erguida y flaca, apoyada en el ángulo que formaban dos planos de vidrio, detrás de la mesa y después sentado, mirándolo.

Keating pensaba en los hombres perdidos en los desiertos y en los que perecían en el mar, cuando tenían que decir la verdad en presencia de la eternidad

silenciosa del cielo. Y ahora él tenía que decir la verdad porque estaba en presencia de la ciudad más grande de la tierra.

—Howard, al permitirme que venga aquí, ¿has querido hacer aquello tan terrible de ofrecer la otra mejilla?

No pensó en su voz. No supo que ella tenía dignidad.

Roark lo contempló en silencio; aquél era un cambio mucho más grande que el de la gordura de la cara.

—No sé, Peter. Si eso significa perdón, no. Si me hubiesen ofendido, nunca hubiera perdonado. Sí, si por ello se entiende lo que estoy haciendo. No creo que un hombre pueda ofender a otro en ninguna cuestión de importancia. Ni ofenderle ni serle útil. No tengo nada que perdonarte.

—Sería mejor si tuvieras algo. Sería menos cruel.

—Supongo que sí.

—Tú no has cambiado, Howard. Si éste es el castigo que debo tener, quiero que sepas que lo acepto y que lo comprendo.

—Tú has cambiado, Peter.

—Ya sé.

—Lo siento si ha sido un castigo.

—Sé lo que es. Te creo. Pero no importa. Es el último. Realmente lo acepté anteanoche.

—¿Cuándo decidiste venir aquí?

—Sí.

—Entonces no tengas miedo ahora. ¿Qué es? Keating estaba sentado, erguido, sereno, no como si estuviese cara a cara con un hombre en bata, como hacía tres días, sino casi en un reposo confiado. Hablaba lentamente y decidido:

—Howard, soy un parásito. He sido un parásito toda mi vida. Tú hacías mis mejores proyectos en Stanton. Tú diseñaste la primera casa que construí. Tú diseñaste el edificio Cosmo-Slotnick. Me he nutrido de ti y de

todos los seres como tú que vivieron antes que nosotros: los hombres que diseñaron el Partenón, las catedrales góticas, los primeros rascacielos. Si ellos no hubiesen existido, yo no habría sabido poner una sola piedra sobre otra. En toda mi vida no he agregado un picaporte a lo que los hombres han hecho antes que yo. He tomado lo que no era mío y no he dado nada a cambio. No tenía nada que dar. Esto no es una comedia, tengo completa conciencia de lo que te digo. He venido aquí a pedirte que me salves otra vez. Si quieres echarme, hazlo.

Roark meneó lentamente la cabeza, movió una mano como un signo mudo, para que continuara.

—Supongo que sabrás que estoy terminado como arquitecto. ¡Oh, terminado, en realidad, no, pero bastante cerca de ello! Otros podrían continuar así algunos años, pero yo no puedo a causa de lo que he sido. O de lo que creía ser. La gente no perdona a un hombre que va cuesta abajo. Tengo que vivir conforme a lo que ella pensaba. Puedo hacerlo sólo del mismo modo, como he hecho todas las demás cosas de mi vida. Necesito un prestigio que no merezco para una empresa que no he realizado. No cumplí para salvar un nombre que no gané el derecho de llevar. Me han dado la última oportunidad. Sé que no puedo hacerlo. No he intentado traerte un revoltijo para pedirte que lo corrigieras. Te pido que lo hagas tú, Howard, y que permitas poner mi nombre en él.

—¿Cuál es el trabajo?

—Cortland Homes.

—¿El proyecto de viviendas?

—Sí. ¿Has oído hablar de él?

—Conozco todo acerca de él.

—¿Estás interesado en los proyectos para viviendas baratas, Howard?

—¿Quién te lo ofreció? ¿En qué condiciones? Keating expuso con precisión, desapasionadamente, la

conversación tenida con Toohey, como si se tratase de un sumario que hubiera leído hacía tiempo. Sacó los papeles de su cartera, los puso sobre la mesa y continuó hablando mientras Roark los miraba. Roark le interrumpió una vez:

—Espera un momento, Peter. Cálmate.

Esperó largo rato. Vio que la mano de Roark movía los papeles, perezosamente, pero no los miraba. —Continúa —dijo Roark, y Keating continuó dócil, sin permitirse hacer preguntas.

—Sé que no hay ninguna razón por la cual tengas que hacerlo para mí —concluyó—. Si tú quieres resolver el problema, puedes verlos a ellos y hacerlo por tu propia cuenta.

—¿Crees que podría pasar por encima de Toohey?

—No, no creo que pudieses.

—¿Quién te dijo que estaba interesado en proyectos de casas baratas?

—¿Qué arquitecto no lo está?

—Sí, lo estoy, pero no en la forma que tú crees.

Se levantó. Fue un momento rápido, impaciente y tenso. Keating se permitió la primera opinión: «¡Qué extraño! —se dijo—, ver que Roark ha suprimido la excitación.»

—Déjame que la piense, Peter. Déjame esto. Ve a mi casa mañana por la noche. Entonces te daré mi contestación.

—¿Me vas... a abandonar?

—Todavía no.

—Tú podrías...después de todo lo que ha ocurrido...

—¡Vete al diablo!

—Debes considerar...

—Por ahora no puedo decirte nada, Peter. Tengo que pensarlo. No confíes en ello. Tendría que pedirte algo imposible para ti.

—Lo que tú me pidas, Howard. Cualquier cosa.

—De eso ya hablaremos mañana.

—Howard... ¿Cómo agradecértelo, aunque...?

—No me lo agradezcas. Si lo hago es porque tengo mi propósito personal. Espero ganar tanto como tú. Probablemente más. Pero recuerda que no haré las cosas en otras condiciones que las que imponga.

A la noche siguiente Keating fue a la casa de Roark. No podía decir si había esperado con impaciencia o no. Podía actuar, pero no podía pensar nada.

Estaba en la habitación de Roark y la contemplaba con atención. Estaba agradecido a Roark por todas las cosas que no le había dicho. Pero él mismo expresó esas cosas cuando interrogó:

—¿Qué?

—Peter, ¿puedes pensar un momento como si estuvieras solo en el mundo?

—He estado pensado en eso durante tres días.

—No, no es eso lo que quiero decir. ¿Puedes olvidar que te han instruido para repetir las cosas, y pensar, pensar firmemente con tu propio cerebro? Hay cosas que quisiera que entendieses. Éste es mi primera condición. Voy a decirte lo que quiero. Si piensas en esto como la mayoría de la gente, dirás que no es nada, pero si dices eso yo no lo podría hacer. Al menos que comprendieras con toda tu mente cuan importante es.

—Trataré, Howard. Fui... sincero contigo ayer.

—Sí. Si no lo hubieses sido, te hubiera abandonado ayer. Ahora creo que podrías comprender y hacer tu parte.

—¿Quieres hacerlo?

—Podría hacerlo, si me ofrecieses lo suficiente.

—Howard..., todo lo que pidas. Cualquier cosa. Hasta vendería mi alma...

—Eso es lo que quiero que comprendas. Vender tu alma es la cosa más fácil del mundo. Eso lo hacen todas las personas en todas las horas de su vida. Si te pidiese que conservaras tu alma, comprenderías que eso ya es mucho más difícil.

—Sí... sí, así lo creo.

—¿Sí? Vamos. Quiero que me des una razón por la cual yo podría hacer el proyecto de Cortland. Quiero que me hagas un ofrecimiento.

—Puedo darte todo el dinero que me paguen. No lo necesito. Puedes percibir dos veces esa suma, doblaré los honorarios.

—Mucho más que eso. ¿Quieres tentarme con dinero?

—Tú salvarías mi vida.

—¿Crees que hay alguna razón por la cual yo deba salvar tu vida?

—No.

—¿Y entonces?

—Es un gran proyecto oficial, Howard. Una empresa humanitaria. Piensa en la gente pobre que vive en los barrios inmundos. Si tú le puedes proporcionar una comodidad decente, de acuerdo con sus medios, tendrás la satisfacción de haber realizado una acción noble.

—Ayer eras más sincero.

Peter bajó los ojos y en voz baja dijo:

—Te producirá un enorme placer hacer el proyecto.

—Sí, Peter. Ahora hablas mi idioma.

—¿Qué quieres?

—Escúchame. He estado trabajando en el problema de las casas baratas durante años. Nunca pensé en la gente que vive en los barrios inmundos. Pensé en las posibilidades de nuestro mundo moderno. En los nuevos materiales, los medios, las oportunidades que se podrían presentar y aprovechar. Hay muchos productos del genio del hombre que hoy nos circundan por todas partes. Hay muchas posibilidades que explotar. Después del templo de Stoddard tuve poco que hacer. No esperaba beneficios. Trabajaba porque no puedo mirar los materiales sin pensar: «¿Qué se podría hacer con esto?» Y en el momento pienso que tengo que hacerlo.



Que tengo que encontrar la respuesta, que resolver el problema. He trabajado sobre esto durante años. Me gustaba. Trabajaba porque es un problema que quería resolver. ¿Tú quieres saber cómo se construye una unidad que se pueda alquilar por quince dólares al mes? Te mostraré cómo se edifica una que cuesta diez dólares.

Keating hizo un movimiento involuntario hacia delante.

—Pero primero quiero que pienses y que te interese saber por qué me entregué diez años a este trabajo. ¿Por dinero? ¿Por caridad? ¿Por la fama? ¿Por altruismo? —Keating negó con la cabeza—. Está bien. Has empezado a comprender. De modo que de cualquier forma que procedamos, no hablemos de la gente pobre de los barrios miserables. No tiene nada que ver con esto, y no envidiaría a nadie el trabajo de explicárselo a los tontos. Mira, los clientes no me importaron nunca, salvo en lo referente a la obra arquitectónica. Los considero como parte del tema y del problema de mis edificios, como los materiales de los edificios, tanto como considero a los ladrillos y al acero. Los ladrillos y el acero no son mis fines. Tampoco lo son mis clientes. Ambos no constituyen nada más que los medios de mi trabajo. Peter, antes de hacer las cosas para la gente, debes de ser un hombre que puede hacer cosas. Debes amar tu propia acción y no un objeto posible de tu caridad. Yo estaría encantado si las personas encuentran en una casa que yo he construido una forma de vivir mejor, pero ése no es el objeto de mi trabajo. Ni mi razón. Ni mi premio.

Se encaminó hacia la ventana y se puso a mirar las luces de la ciudad que temblaban en el río oscuro.

—Ayer me dijiste: «¿Qué arquitecto no está interesado en las casas baratas?» Odio la idea de ese proyecto. Creo que es una empresa digna el proveer de una vivienda decente a un hombre que gana quince

dólares por semana, pero no a expensas de otros hombres. Si suben los impuestos, suben todos los otros alquileres y el hombre que gana cuarenta dólares está condenado a vivir en una ratonera. Eso es lo que está ocurriendo en Nueva York. Nadie puede permitirse un hogar moderno a excepción de los muy ricos o los muy indigentes. ¿Has visto las casas donde tienen que vivir la mayoría de los matrimonios que trabajan? ¿Has visto sus cocinas minúsculas y las cañerías interiores? Están forzados a vivir así porque no son bastante incompetentes. Ganan cuarenta dólares por semana y no se les permitiría vivir en una casa barata porque son los que dan el dinero para el proyecto. Pagan los impuestos. Y los impuestos elevan su propio alquiler. Y tienen que mudarse de una casa transformada a una sin transformar y de aquí a un vagón de ferrocarril. No deseo condenar a un hombre sólo porque gane quince dólares por semana, pero que me condenen si comprendo por qué un hombre que gana cuarenta debe ser castigado en favor de uno menos competente. Seguramente habrá una gran cantidad de teorías referente a este tema y sus correspondientes volúmenes. Pero mira los resultados. Sin embargo, todos los arquitectos están por las casas del Gobierno. ¿Has visto algún arquitecto que no esté gritando en favor de las ciudades planificadas? Me gustaría preguntarle cómo puede estar seguro de que el plan adoptado será el suyo propio. Y si lo es, qué derecho tiene a imponerlo a los demás. Dirá entonces que viene un consejo, una conferencia, una cooperación, una colaboración y el resultado será *La Marcha de los Siglos*. Cada uno de vosotros, en ese comité, hubiera hecho solo un trabajo mejor que los ocho colectivamente. Alguna vez pregúntate el porqué a ti mismo.

—Creo que lo sé... Pero Cortland...

—Sí, Cortland. Bien, te dije todas las cosas en las cuales no creo, para que comprendas lo que quiero y a

lo que tengo derecho. No creo en casas baratas del Gobierno. No quiero oír hablar acerca de su noble propósito. No creo que sea noble. Pero eso tampoco interesa. No es lo que me concierne. Ni quién vive en la casa ni quién ordena su edificación. Sólo me interesa la casa en sí misma. Si tiene que ser edificada, debe ser edificada.

—¿Quieres... edificarlo?

—Durante los años que trabajé en este problema, nunca esperé ver los resultados en sus aplicaciones prácticas. Me esforcé en no esperarlo. Sabía que no podía tener ocasión para mostrar lo que se podía hacer en vasta escala. Tus viviendas del Gobierno han hecho tan caros los edificios que los propietarios particulares no pueden permitirse tales proyectos ni ningún tipo de casas baratas. Y yo no quiero que se me dé ningún trabajo de ningún Gobierno. Lo has comprendido demasiado bien. Tú dijiste que no podría pasar por encima de Toohey. No es el único. Ningún grupo, directorio, consejo o comité, público o privado, me ha dado ningún trabajo, a menos que algún hombre como Kent Lansing luchase en mi favor. Hay una razón en esto, pero no tenemos por qué discutirla ahora. Quiero, solamente, que sepas en qué forma te necesito, de modo que haremos un cambio excelente.

—¿«Tú» eres quien me necesita?

—Peter, me gusta ese trabajo. Quiero que se construya. Quiero hacer un edificio real, viviente, que funcione. Pero todas las cosas vivas están integradas. ¿Sabes lo que significa esto? Total, puro, completo, íntegro. ¿Sabes lo que construye un principio de integridad? Un pensamiento. El pensamiento único, el pensamiento solo que creó la obra y cada una de sus partes. El pensamiento que nadie puede cambiar ni tocar. Quiero hacer el proyecto de Cortland. Quiero verlo construido. Quiero verlo construido exactamente como esté en el proyecto que haga.

—Howard... yo no diría que «eso no tiene importancia».

—¿Comprendes?

—Sí.

—Me gusta recibir dinero por mi trabajo, pero esta vez puedo prescindir de él. Me gusta que las personas sepan que el trabajo ha sido hecho por mí. Pero puedo prescindir de esto. Me gusta que haya inquilinos a quienes haya hecho felices con mi trabajo. Pero esto no me importa demasiado. Lo único que me importa, mi objeto, mi precio, mi principio, mi fin, es el trabajo en sí. El trabajo hecho a mi manera, Peter, salvo esto no hay nada en el mundo que puedas ofrecerme.

Ofréceme esto y tendrás todo lo que pueda darte. El trabajo hecho a mi gusto. Un motivo privado personal, egoísta. Es el único modo por el cual puedo hacer algo. Eso es todo lo que soy.

—Sí, Howard, comprendo. Con toda mi alma.

—Pues bien, éste es mi ofrecimiento: haré el proyecto de Cortland Homes. Tú lo firmarás. Tú te quedarás con los honorarios, pero me darás una garantía de que será edificado tal como yo lo proyecte.

Keating lo miró y por un instante sostuvo deliberadamente la mirada serena.

—De acuerdo, Howard —dijo, y agregó—: He esperado para demostrarte que sabía lo que me ibas a pedir y lo que te prometo.

—¿Crees que será fácil?

—Sé que será terriblemente difícil.

—Será difícil porque es un proyecto muy grande. Más aún, porque es un proyecto del Estado. Habrá mucha gente envuelta, cada una con autoridad, cada una queriendo ejercitarla en una u otra forma. Tendrás una dura batalla. Tendrás que tener el valor de mis convicciones.

—Trataré de satisfacerte, Howard.

—No podrás hacerlo a menos que comprendas que

te estoy concediendo una confianza que es sagrada, y más noble, sí, si prefieres la palabra, que cualquier propósito altruista. A menos que comprendas que no te estoy haciendo un favor a ti y a los futuros arrendatarios, sino que es un favor que me hago a mí mismo y al cual no tienes derecho, salvo en los términos que te planteo.

—Sí, Howard.

—Tendrás que idear el modo de cumplirlo. Tendrás que firmar con tus patronos un contrato riguroso y después tendrás que luchar con cada burócrata que vaya cada cinco minutos, en el año próximo o después. No tendré otra garantía a excepción de tu palabra. ¿Me la quieres dar? —Roark tomó dos hojas de papel escritas a máquinas y se las alargó—. Fírmalas.

—¿Qué es esto?

—Un contrato entre nosotros dos que contiene los términos de nuestro convenio. Una copia para cada uno. Probablemente no tendrá ninguna validez legal, pero la puede tener en tu conciencia. No podría ponerte pleito, pero lo podría hacer público. Si es prestigio lo que tú quieres, con esto podrás volver a ser famoso. Si te falta valor en cualquier detalle y cedes, recuerda que lo perderás todo. Pero si mantienes tu palabra, y yo te doy la mía, conforme está escrito ahí, no se lo revelaré a nadie: Cortland Homes será tuyo. El día que esté terminado, te devolveré el papel y lo podrás quemar, si quieres.

—De acuerdo, Howard.

Keating firmó. Le entregó la pluma y Roark firmó a su vez.

Keating se quedó contemplándolo un momento; después dijo, con lentitud, como tratando de distinguir la forma oscura de algún pensamiento:

—Todos dirán que eres un tonto... Todos dirán que yo he conseguido todo...

—Tú tendrás todo lo que la sociedad puede dar a un

hombre. Tendrás el dinero. Tendrás la gloria y el honor que te concedan. Aceptarás la gratitud de los inquilinos. Y yo tendré lo que nadie puede otorgar a un hombre, salvo él mismo; yo habré construido Cortland Homes.

—Tú recibirás más que yo, Howard.

—¡Peter! —Su voz era triunfal—. ¿Comprendes eso?

—Sí.

Roark se recostó contra una mesa y se rió dulcemente: era la risa más feliz que Keating había escuchado.

—Esto marchará, Peter. Marchará. Todo irá bien. Has hecho algo maravilloso. No has perdido nada en agradecérmelo.

Keating aprobó en silencio.

—Ahora descansa, Peter. ¿Quieres tomar algo? No discutiremos ningún detalle esta noche. Siéntate y acostúmbrate a mí. Deja de temerme. Olvida lo que te dije ayer. Esto lo borra. Estamos empezando desde un principio. Ahora somos socios. Tú tienes que hacer tu parte. Es una participación legítima. A propósito, ésta es mi idea acerca de la cooperación. Tú te entenderás con la gente y yo haré el edificio. Haremos cada uno el trabajo que mejor conozcamos, con tanta honestidad como nos sea posible.

Se acercó a Keating y le tendió la mano.

Sentado todavía y sin levantar la cabeza, Keating la tomó entre la suya. Se la apretó un instante.

Cuando Roark le sirvió una bebida, Keating tragó tres largos sorbos y se quedó mirando la habitación. Sus ojos se movían pesadamente en torno a la habitación y al cuerpo de Roark. «No es intencional —se dijo—, no lo hace para herirme; no puede evitarlo, ni siquiera lo sabe, pero tiene el aspecto de un ser que.. está contento de vivir.» Y se dio cuenta de que nunca había creído que toda cosa viviente pudiera estar gozosa del don de la existencia.

—Eres tan joven..., Howard. Eres tan joven. Una vez te reproché el ser demasiado viejo y demasiado serio... ¿Te acuerdas? Cuando trabajabas conmigo en casa de Françon.

—Olvidalo, Peter. Nos sentimos bien sin recordarlo.

—Porque tú eres bueno. Espera, no frunzas las cejas. Déjame hablar. Tengo que hablar de algo. Sé que es lo que no quieres mencionar. ¡Dios mío!, yo no quería mencionarlo. Tuve que acorazarme contra eso aquella noche..., contra todo lo que me podían echar en cara. Pero no lo hiciste. Si hubiese sido a la inversa y ésta fuera mi casa, ¿te imaginas lo que yo hubiera hecho o dicho? No eres fatuo.

—¿Cómo no? Soy demasiado fatuo, si quieres llamarlo así. No hago comparaciones. Nunca me comparo con otros. Rechazo el medirme como si formara parte de algo. Soy un egoísta completo.

—Sí. Lo eres. Pero los egoístas no son buenos y tú lo eres. Tú eres el hombre más egoísta pero también el más bueno que conozco. Aunque esto no tenga sentido.

—Quizá los conceptos no tengan sentido. Quizá no signifiquen lo que la gente cree que significan. Pero dejemos eso ahora. Si tienes que hablar de algo, conversaremos de lo que vamos a hacer. —Se inclinó hacia fuera por la abierta ventana—. Peter, ¿te he dicho alguna vez cuánto amo esta ciudad?

Keating bebió el resto del líquido que quedaba en la copa.

—Creo que es mejor que me vaya ahora, Howard. No estoy... bien esta noche.

—Te llamaré dentro de pocos días. Será mejor que nos veamos aquí. No vayas a mi oficina: no necesitas que te vean allí. Alguno podría sospechar. A propósito, cuando los bosquejos estén hechos, tú mismo tendrás que copiarlos a tu gusto. Alguien podría reconocer mi dibujo.

—Sí..., de acuerdo.

Keating se levantó y se quedó mirando, incierto, la cartera; después la cogió. Murmuró unas pocas palabras vagas al partir, tomó el sombrero, se dirigió a la puerta, se detuvo después y volvió a mirar su cartera.

—Howard..., traje algo que te quería mostrar. — Volvió a entrar y colocó la cartera sobre la mesa—. No se lo he mostrado a nadie.

Sus dedos no acertaban a abrirla.

—Ni a mi madre, ni a Ellsworth... Quiero que me digas si hay algo.

Le entregó a Roark seis de sus telas.

Roark las miró una después de otra. Las tuvo ante su vista más tiempo de lo necesario. Cuando se animó a levantar los ojos, meneó la cabeza como muda respuesta a la palabra que Keating no había pronunciado.

—Es demasiado tarde —dijo gentilmente.

Keating afirmó con la cabeza:

—Creo que... lo sabía.

Cuando Keating se fue, Roark se recostó contra la puerta y cerró los ojos. Estaba enfermo de piedad.

Nunca se había sentido así antes, ni cuando Cameron tuvo un colapso, a sus pies, en la oficina, ni cuando vio a Steven Mallory sollozando en la cama. Aquellos momentos habían sido limpios. Pero esto era piedad, conocimiento de un hombre sin valor ni esperanza, un sentimiento de conclusión, de no poder ser redimido. «Esto es piedad —se dijo, y entonces levantó la cabeza con asombro—. Debe de haber algo terriblemente malo en un mundo —pensó—, donde este sentimiento monstruoso se llama virtud.»



Estaban sentados a la orilla del lago: Wynand, en una piedra, cabizbajo; Roark, tendido en el suelo, Dominique, sentada en la hierba, erguida, con el cuerpo sobresaliendo tieso del círculo azul pálido de su falda.

La casa de Wynand estaba sobre la colina que nacía a los pies de ellos. La tierra se extendía en montículos que se iban elevando gradualmente hasta formar la colina. La casa era una conformación de rectángulos horizontales que se erguían en una audaz proyección vertical: una masa de gradas, cada una en un ambiente, que iba disminuyendo y cuya forma y tamaño formaban las gradas sucesivas en una serie de pisos que se comunicaban entre sí. Era como si desde el amplio *living*, en el primer nivel, una mano hubiese hecho un lento movimiento, conformando los escalones siguientes con un impulso prolongado, que después se hubiese suspendido y hubiese continuado en movimientos separados, cada uno más corto, más brusco, hasta detenerse en cierto punto del cielo. Parecía como si el ritmo lento de los campos que se iban elevando en ligeras gradaciones hubiera sido recogido, sometido a un esfuerzo y roto al final.

—Me gusta mirarla desde aquí —dijo Wynand—. Ayer pasé todo el día observando los cambios de luz. Cuando diseña un edificio, Howard, ¿conoce con exactitud la iluminación solar en cualquier hora del día y desde cualquier ángulo?

—Seguramente —dijo Roark sin levantar la cabeza—. Desgraciadamente, no puedo comprobarlo aquí. Retírese un poquito, que me molesta. Me gusta el sol a mis espaldas.

Wynand se echó sobre la hierba. Roark estaba tendido de bruces, el rostro sepultado en su brazo, el rojizo pelo sobre la blanda manga de la camisa, una mano extendida hacia delante, apoyada en el suelo.

Dominique observaba las hojas de hierba que él tenía entre los dedos. Los movía de cuando en cuando,

estrujando la hierba con placer sensual y perezoso.

El lago se extendía ante ellos; era una lámina lisa que se iba oscureciendo en los bordes, como si los árboles distantes estuvieran moviéndose para encerrarlo por la noche. El sol cortaba en el agua una banda brillante. Dominique levantó los ojos hacia la casa y pensó que le gustaría estar allí, en la ventana, y contemplar aquella blanca figura extendida en la desierta ribera, al pie de la colina, agotada, vacía, con la mano apoyada en el suelo.

Vivía en la casa desde hacía un mes. Nunca pensó que podría. Después Roark había dicho: «La casa estará lista para usted dentro de diez días, señora Wynand.» Y ella había contestado: «Muy bien, señor Roark.»

Aceptó la casa, el sentir las barandas de las escaleras bajo su mano, las paredes que encerraban el aire que ella respiraba. Aceptó los botones de la luz que apretaba por las noches, y la luz que provenía de los cables que él había colocado dentro de los muros; el agua que corría cuando abría un grifo, a través de tuberías por él dispuestas; el calor de la estufa encendida en una chimenea construida piedra por piedra de acuerdo con su proyecto.

Aceptó las noches en que yacía en brazos de Wynand y abría los ojos para ver la forma del dormitorio que Roark había diseñado y apretar los dientes contra un placer torturante que era, en parte, una respuesta; en parte, una burla al hambre insatisfecha de su cuerpo, y se sometía, sin saber cuál de ellos le daba ese placer o si se lo daban ambos.

Wynand la observaba cuando cruzaba la habitación, cuando descendía por la escalera, cuando estaba junto a la ventana. Ella le escuchaba, cuando él le decía: «No sabía que una casa se puede diseñar para una mujer como un vestido. Tú no te puedes ver a ti misma como yo, no puedes ver cuan íntegramente tuya es esta casa. Cada rincón, cada ambiente, es un marco para ti. Están

proporcionados a tu altura, a tu cuerpo. Hasta el aspecto de las paredes está de acuerdo con el aspecto de tu piel de una manera extraña. Es el templo de Stoddard edificado para una sola persona, y me pertenece. Esto es la que yo quería. La ciudad no te puede tocar aquí. Siempre tuve la impresión de que la ciudad me despojaría de ti. Me dio todo lo que tengo, y no sé por qué siento a veces que algún día me exigirá el pago. Pero tú estás a salvo y sigues siendo mía.» Ella hubiera querido gritar: «Gail, aquí pertenezco a él como nunca le he pertenecido.»

Roark era el único invitado que Wynand admitía en su nueva casa. Dominique aceptaba las visitas que Roark les hacía a fin de semana. Era lo más duro que tenía que afrontar. Sabía que él no iba a torturarla; que iba sólo porque Wynand se lo pedía y porque le gustaba estar con Wynand. Recordaba que por la noche, apoyada en la barandilla de la escalera que conducía al dormitorio, le decía: «Baje a desayunarse cuando quiera, señor Roark. No tiene más que pulsar el timbre del comedor.» «Gracias, señora Wynand. Buenas noches.»

Una vez lo vio solo un momento. Era por la mañana muy temprano. No había dormido en toda la noche pensando en él, que estaba separado sólo por una habitación. Ella había salido hacia la colina antes que la casa se hubiese despertado, y encontró consuelo en la quietud artificial de la tierra que la rodeaba, la quietud de una luz plena, sin sol, las hojas inmóviles, en un silencio luminoso, expectante. Oyó pasos detrás; se detuvo, se apoyó en el tronco de un árbol. Él llevaba un traje de baño echado al hombro: iba a nadar al lago. Se detuvo junto a ella y se quedaron inmóviles como el resto de la tierra, mirándose cara a cara. Roark no dijo nada, se volvió y continuó su camino. Dominique siguió apoyada en el árbol y después de un instante regresó a la casa.

En aquel momento, sentado a la vera del lago, oía que Wynand le decía:

—Parece el ser más haragán del mundo, Howard.

—Lo soy.

—Nunca he visto a nadie descansar así.

—Trate de estar despierto tres noches sucesivas.

—Ya le dije que viniese aquí ayer.

—No pude.

—¿Se piensa morir aquí?

—Me gustaría. Esto es maravilloso. —Levantó la cabeza, los ojos sonrientes, como si no hubiese visto el edificio en la colina, como si no estuviese hablando de la casa—. Así me gustaría morir, tendido en una costa como ésta: cerrar los ojos y no despertar.

Ella pensó: «Piensa lo que estoy pensando yo; todavía nos parecemos en eso. Gail no nos comprendería. Esta vez no son él y Gail. Somos él y yo.»

Wynand dijo:

—Usted es un verdadero loco. Eso no está de acuerdo con lo que es usted, ni siquiera en broma. Se está matando por algo. ¿Qué es?

—Respiraderos, en este momento. Respiraderos de ventilación, muy tercos.

—¿Para quién?

—Para clientes... Tengo toda clase de clientes ahora.

—¿Trabaja por las noches?

—Sí, especialmente para esta gente. Es un trabajo especial. Ni siquiera lo puedo llevar a la oficina.

—¿De qué se trata?

—De nada. No tiene importancia. Estoy medio dormido.

Ella pensó: «Es el tributo que le rinde a Gail, la confianza en la entrega. Descansa como un gato... y los gatos no descansan sino junto a la gente que quieren.»

—Yo le daré un empujón, escalera arriba, y le cerraré la puerta con llave —dijo Wynand—, y allí lo

dejaré hasta que duerma doce horas.

—Muy bien.

—¿Quiere levantarse temprano? Dése un baño antes de que se levante el sol.

—El señor Roark está cansado —objetó Dominique con voz aguda.

Roark se levantó, apoyándose en un codo, para mirarla. Ella vio sus ojos, directos, comprensivos.

—Estás adquiriendo los malos hábitos de los empresarios de excursión, Gail, imponiéndoles tus horas de campo a los visitantes de la ciudad que no están acostumbrados. —Pensó: «Que sea mío: ese único momento en que ibas caminando hacia el lago; no nos quites eso también, Gail, como todas las otras cosas»—. No puedes dar órdenes a Roark como si fuera un empleado del *Banner*.

—A nadie en el mundo me gustaría mandar más que al señor Roark, siempre que pudiera salirme con la mía —repuso Wynand.

—Estás saliéndote con la tuya.

—No me importa recibir órdenes, señora Wynand —manifestó Roark—. Y menos de un hombre como Gail.

«Deja que me salga con la mía esta vez —se dijo ella—; esto no significa nada para ti, es algo totalmente insignificante; pero no lo aceptes, no lo aceptes en homenaje a una etapa que no le pertenece a él.»

—Creo que debería descansar, señor Roark. Mañana duerma hasta tarde. Les diré a los criados que no le molesten.

—No. Gracias. Estaré bien en pocas horas, señora Wynand. Me gusta nadar antes del desayuno. Llame a la puerta cuando usted esté listo, Gail, y saldremos juntos.

Dominique contempló la extensión del lago y las colinas, que no tenían ningún signo humano ni otra cosa, sino agua, árboles y sol: un mundo que les pertenecía. Y se dijo que él tenía razón: se pertenecían

mutuamente los tres.

El proyecto de Cortland Homes presentaba seis bloques de edificios de quince pisos, cada uno hecho en forma de una estrella irregular, con brazos que se extendían desde un eje central. Los ejes contenían los ascensores, las escaleras, los sistemas de calefacción y todas las dependencias. Los departamentos irradiaban desde el centro en forma de triángulos extendidos. El espacio que había entre los brazos permitía la circulación del aire y de la luz desde tres lados. Los cielos rasos eran prefabricados; las paredes interiores eran de azulejos de material plástico, que no requerían ni pintura ni revoque; todos los cables y tuberías estaban colocados en conductos de metal puestos junto a los pisos, para que se pudiera sacar y remplazarlos cuando fuese necesario, evitando una costosa demolición; las cocinas y los cuartos de baño estaban prefabricados como unidades completas; las divisiones interiores eran de fino metal y se podían desplegar y transformar en paredes para divisar una habitación o para ampliarla; había pocos vestíbulos y pasillos que limpiar; para conservar las casas se necesitaba el mínimo de trabajo de costo. El plan íntegro estaba dispuesto en triángulos. Los edificios de hormigón constituían un completo modelo de simples y estructurados rasgos, y no tenían adornos; no era necesario ninguno, las formas tenían la belleza de la escultura.

Ellsworth Toohey no miró los planos que Keating extendió sobre la mesa. Contempló la perspectiva del proyecto, atónito, con la boca abierta.

Después echó la cabeza hacia atrás y rugió de risa:

—Peter —dijo—, usted es un genio. —Y agregó— :Creo que sabe exactamente lo que quiero decir. — Keating lo miró con la vista perdida, sin curiosidad—. Usted ha logrado lo que he tratado de realizar durante toda mi vida, lo que antes que nosotros han tratado de conseguir durante siglos hombres y batallas sangrientas.

Me quito el sombrero con respeto y admiración ante usted.

—Mire los planos —dijo Keating, indiferente— Rentará diez millones cada unidad.

—No tengo la más mínima duda de que será así. No tengo necesidad de mirar. ¡Oh, sí, Peter, esto será aprobado! No se preocupe. Será aceptado. Le felicito.

—¿Qué anda urdiendo usted, tonto del diablo? —preguntó Wynand.

Le arrojó a Roark un ejemplar del *Banner* doblado en una página interior. La página contenía una fotografía con un encabezamiento: «El proyecto de Cortland Homes, de casas baratas del Gobierno federal, de 15.000.000 de dólares, para ser edificado en Astoria, Long Island. — Keating y Dumont, arquitectos.»

Roark echó una ojeada a la fotografía y le preguntó:

—¿Qué significa?

—Usted sabe muy bien lo que le quiero decir. ¿Cree que elegí las cosas de mi galería de arte por la firma de ellos? Si Peter Keating diseñó eso, yo me comeré todos los ejemplares del *Banner* de hoy.

—Peter Keating diseñó eso, Gail.

—No sea tonto. ¿Qué está buscando con esto?

—Si no quiero comprender lo que está diciendo, no lo comprenderé, pese a todo lo que diga.

—¡Oh, podría importarle si publico una información respecto a cierto proyecto de casas baratas diseñado por Howard Roark que formaría una información elegante y exclusiva y sería una broma para un cierto señor Toohey, que es el que está detrás de la mayoría de las personas en esos proyectos!

—Si la publica, yo lo demandaré.

—¿Lo haría realmente?

—Lo haría. Dejemos eso, Gail. ¿No ve que no quiero discutirlo?

Más tarde Wynand le mostró la fotografía a Dominique, y le preguntó:

—¿Quién diseñó esto?

Ella lo miró.

—Se sobrentiende —fue todo lo que contestó.

—¿Mundo que cambia, Alvah? ¿Qué cambio?  
¿Quién lo cambia?

Algunas partes del rostro de Alvah parecían ansiosas, pero, en general, lucía impaciente conforme miraba las pruebas de su editorial sobre *La maternidad en un mundo que cambia*, que estaba sobre la mesa de Wynand.

—¿Qué diablos pasa, Gail? —murmuró indiferentemente.

—Eso es lo que yo quiero saber: qué pasa. —Cogió la prueba y leyó en voz alta—: «El mundo que hemos conocido se ha marchado y pasó. No debemos engañarnos. No podemos retroceder; debemos marchar adelante. Las madres de nuestros días deben dar el ejemplo ampliando sus propios puntos de vista emocionales y elevando el amor egoísta hacia sus hijos a un plano más alto, que incluya a los hijitos de todos. Las madres deben amar a cada chico de su manzana, de su calle, de su ciudad, de su distrito, de su Estado, de su nación, y de todo el mundo exactamente igual que si fueren su Mary o su Johnny.»

—Wynand frunció la nariz con fastidio—. Alvah... Esta bien servirles inmundicia, pero... ¿de esta clase? Alvah no quiso mirarle.

—Usted no marcha al compás de los tiempos, Gail.

Su voz era baja, tenía tono de aviso, como de algo que mostrara los dientes, ensayando una referencia al futuro.

Era tan extraña la conducta de Alvah que Wynand perdió todo deseo de continuar la conversación. Cruzó el editorial con una raya, pero el impulso del lápiz azul pareció cansarse y terminó en un garabato.

—Váyase y haga, alguna otra cosa, Alvah.

Scarret se levantó, cogió la tira de papel y se fue de



la habitación sin decir palabra.

Wynand lo miró mientras se iba, confundido, divertido y ligeramente fastidiado. Había notado desde hacía varios años el rumbo que su diario había tomado, gradual, imperceptiblemente, sin una directiva de su parte. Había advertido las intencionadas «inclinaciones» de los nuevos relatos, las semi sugerencias, las alusiones vagas, determinados adjetivos colocados de un modo determinado, lo forzado de ciertos temas, la inserción de conclusiones políticas donde no era necesario. Si una información se refería a una disputa entre un empleado y su jefe, éste aparecía como culpable a través de la redacción, sin importar la realidad de los hechos. Si una frase se refería al pasado, siempre era «nuestro oscuro pasado» o «el pasado muerto». Si una declaración de cualquier persona implicaba un motivo personal, siempre era «aguijoneada por el egoísmo» o «incitado por la codicia». En un problema de palabras cruzadas se daba la explicación: se buscaban «individuos anticuados», y la palabra resultante era: «capitalistas».

Wynand se encogió de hombros despectivamente. Se dijo que el cuerpo de redactores estaba bien adiestrado, y que si ése era el lenguaje popular del día, los muchachos lo habían asumido automáticamente. No tenía ningún significado. Él cuidaba la página editorial, y del resto no se preocupaba. No era nada más que una moda del momento, y él había sobrevivido a muchas modas.

No sintió preocupación por la campaña «Nosotros no leemos a Wynand.» Consiguió uno de los carteles de los retretes de hombres y lo pegó en el parabrisas de su propio «Lincoln», y le agregó estas palabras: «Nosotros tampoco lo leemos», y lo conservó hasta que fue descubierto y fotografiado por el reportero gráfico de un diario neutral. En el curso de su carrera había sido combatido, vituperado, denunciado por los periodistas más grandes de su tiempo, por las coaliciones más

fuertes del poder financiero. No podía sentir ninguna aprensión por las actividades de cierto Gus Webb.

Sabía que el *Banner* estaba perdiendo algo de popularidad. «Una chifladura temporal», le dijo Scarret, encogiéndose de hombros. Realizaría un concurso o publicaría una serie de cupones para discos; se vería un aumento de la circulación y pronto se olvidaría el asunto.

No podía consagrarse a la acción plena. Nunca había sentido gran deseo de trabajar. Entraba todas las mañanas a su oficina con crecientes deseos, pero a la hora se encontraba estudiando la juntura de los paneles de los muros o recitando mentalmente canciones infantiles. No era el aburrimiento ni la satisfacción de un bostezo; era, sobre todo, el impulso roedor del deseo de bostezar y no el deseo total de realizarlo. No podía decir que le disgustara su trabajo. Simplemente se había tornado desagradable, no tanto como para forzarlo a una decisión, ni como para hacerle apretar los puños; sólo le hacía fruncir las aletas de la nariz.

Pensó, oscuramente, que la causa yacía en la nueva orientación del gusto público. No vio ninguna razón que le impidiese seguirlo y presentarlo tan expertamente como había representado las otras manías. Pero no podía seguirlo. No sentía escrúpulos morales. No era una posición tomada racionalmente, ni la desconfianza en nombre de una causa de importancia; era sólo un sentimiento de fastidio, algo que pertenecía casi a la castidad: la vacilación que siente uno antes de meter su propio pie en el estiércol. Se dijo: «No interesa, no durará. Estaré de vuelta cuando la ola retorne contra otro tema. Creo que debería esperar, más bien, a que eso ocurra.»

No podía decir por qué el encuentro con Alvah Scarret le había producido un sentimiento de fastidio más intenso que el habitual. Pensó que era divertido que Alvah hubiese cambiado de línea de conducta. Pero

había algo más: había una nota personal en la forma de salir que tuvo Scarret, casi una manifestación de que él podía prescindir de las opiniones de su jefe.

«Debo echar a Alvah —se dijo, y se rió de sí mismo horrorizado—. ¿Echar a Alvah Scarret? Antes se podía pensar en detener la tierra o, lo impensable, en cerrar el *Banner*.»

Pero durante los meses de ese verano y del otoño hubo días en que amó al *Banner*. Entonces se sentaba tras la mesa, con las manos en las páginas que tenía delante: la tinta fresca untaba sus dedos y él se sonreía conforme veía el nombre de Howard Roark en las páginas del diario

La orden había descendido de su oficina a las secciones correspondientes: «Machacar respecto a Howard Roark.» En la sección de artes, en la sección de propiedades, en los editoriales, en las distintas columnas las referencias al nombre de Roark y a sus edificios empezaron a aparecer regularmente. No había muchas ocasiones para hacer publicidad a un arquitecto, y los edificios, en realidad, tenían poco valor como noticias; pero el *Banner* se ingeniaba para arrojar el nombre de Roark al público con toda clase de ingeniosos pretextos. Wynand redactaba las palabras que se relacionaban con esto. El material resultaba alarmante en las páginas del *Banner*: estaba escrito con buen gusto. No había relatos sensacionales, ni fotografías de Roark tomando el desayuno, ni un interés humanitario, ni el intento de conseguirle clientes; no era otra cosa que el tributo generoso debido a la grandeza de un artista.

Nunca hablada a Roark de estas cosas y Roark tampoco las mencionaba. Nunca hablaban del *Banner*.

Al llegar a su hogar, por la noche, Wynand veía el *Banner* sobre la mesa del *living*. No lo había permitido en su casa desde que se casó. Se sonrió cuando por primera vez lo vio, y no dijo nada.

Después, una noche habló de ello. Volvió las

páginas hasta que llegó a un artículo sobre los lugares de veraneo, la mayor parte del cual consistía en una descripción de Monadnock Valley. Levantó la cabeza para mirar a Dominique, que estaba sentada en el suelo junto a la chimenea.

—Gracias, querida —le dijo.

—¿Por qué, Gail?

—Por la comprensión que has demostrado al pensar que estaría contento de ver el *Banner* en mi casa. —Se acercó a ella, y sentóse también en el suelo, y le pasó el brazo por sus finos hombros—. Piensa en todos los políticos, en las estrellas de cine, en las visitas de los grandes duques y en los criminales cuyos nombres el *Banner* ha estado pregonando todos estos años. Piensa en mis grandes campañas acerca de las compañías de tranvías, de los prostíbulos y del cultivo de los vegetales en la casa. Por una vez, Dominique, puedo decir lo que pienso. Todo este poder que yo quería, alcanzado y no empleado jamás... Ahora verán lo que puedo hacer. Los obligaré a reconocerlo y será reconocido. Le daré la fama que merece. ¿La opinión pública? La opinión pública la hago yo.

—¿Crees que él quiere eso?

—Probablemente, no. No me importa. Él la necesita y la va a tener. Quiero que la tenga. Como arquitecto es una propiedad pública. No puede impedir que un diario escriba sobre él, si quiere —repuso Wynand.

—Los originales sobre él ¿los escribiste tú?

—En su mayor parte.

—¡Gail, qué gran periodista podrías haber sido!

La campaña produjo un resultado que él no esperaba. El público en general, permaneció indiferente; pero en los círculos intelectuales y en el mundo del arte y de la profesión, la gente empezó a reírse de Roark. Los comentarios se los llevaban a Wynand: «¿Roark? ¡Ah, sí, el mimado de Wynand!» «El encantador muchacho del *Banner*.» «El genio de la Prensa

amarilla.» «El *Banner* está ofreciendo arte ahora; envíen las tapas de dos cajas o un facsímil semejante.» «¿No le conocías? Es lo que siempre pensé de Roark, es el talento que corresponde a los diarios de Wynand.»

—Veremos —dijo Wynand despectivamente.

Y continuó su campaña personal.

De todos los trabajos de importancia se encargaba Roark. Desde la primavera le había conseguido el contrato para un club de yates en el Hudson, un edificio para oficinas, dos residencias particulares. «Le conseguiré mucho más de lo que usted pueda hacer —le dijo—. Lo haré que se ponga al día por todos los años que ha desperdiciado.»

Una noche, Austen Heller le dijo a Roark:

—Si me permite un atrevimiento, creo que necesita un consejo. Sí, por supuesto; me refiero a las cosas absurdas de Gail Wynand. Al convertirse en amigos inseparables, ustedes dos han trastornado todo el concepto racional que siempre he tenido. Después de todo, hay distintas clases de seres humanos; no estoy hablando el lenguaje de Toohey, pero hay ciertos límites entre los hombres que no se pueden transgredir.

—Sí, los hay. Pero nadie ha manifestado nunca dónde deben ser trazados.

—Bien; la amistad es cuestión suya, pero hay algo que se debe suspender, y me tiene que escuchar siquiera una vez.

—Le escuchó.

—Creo que está muy bien que le consiga todos esos trabajos que le ha dado. Estoy seguro de que por eso será premiado y elevado algunos puestos en el infierno, adonde, ciertamente, irá. Pero debe suspender esa publicidad que lo está hundiendo a usted junto con el *Banner*. Tiene que hacérsela suspender. ¿No sabe que el apoyo de los diarios de Wynand es suficiente para desacreditar a cualquiera? —Roark no respondió—. Le está perjudicando profesionalmente, Roark.

—Lo sé.

—¿Le hará suspender la campaña?

—No.

—Pero ¿por qué diablos?

—Le dije, Austen, que lo escucharía, pero no que hablaría sobre Wynand.

En un atardecer de otoño, Wynand fue a la oficina de Roark, como hacía a menudo, y salieron juntos.

—Es una hermosa noche. Vamos a dar un paseo, Howard. Quiero mostrarle una propiedad.

Lo condujo a Hell's Kitchen. Marcharon en torno a un gran rectángulo, dos manzanas entre la Avenida Novena y la Undécima y cinco manzanas de norte a sur. Roark vio un sucio conjunto de viviendas, armatostes salientes en donde hubo rojos ladrillos, portales retorcidos, tablas podridas, cuerdas de ropa interior gris en respiraderos estrechos, que no estaban allí como un signo de vida, sino como el malévolo desarrollo de la descomposición.

—¿Todo eso es suyo?

—Todo.

—¿Por qué me lo muestra? ¿No sabe que hacerle ver esto a un arquitecto es peor que mostrarle un campo de cadáveres insepultos?

Wynand señaló el frente de azulejos blancos de un nuevo restaurante que estaba en la acera opuesta, y le dijo:

—Entremos allí.

Se sentaron junto a una limpia mesa de metal, al lado de la ventana, y Wynand pidió café. Se sentía tan en su casa como en el mejor restaurante de la ciudad. Su elegancia tenía allí un raro sentido: no representaba un insulto para el lugar, sino que lo transformaba, como si fuera un rey que nunca alterara su presencia y más bien transforma en palacio cualquier casa en la que penetra. Se inclinó hacia delante, observó a Roark a través del vaho del café, con los ojos empequeñecidos y

sonrientes, y le señaló la calle.

—Ése es el primer terreno que compré, Howard. Hace mucho tiempo. Desde entonces no lo he tocado.

—¿Para qué lo reservaba?

—Para usted.

Roark levantó el ordinario vaso de café y se lo llevó a los labios sin dejar de mirar a Wynand con ojos burlescos, por toda contestación. Advirtió que Wynand quería que le hiciera preguntas ansiosas, y en lugar de eso esperó pacientemente.

—¡Eh, bastardo cabeza dura! —dijo Wynand con una risita de sometimiento—. Está bien. Mire, ahí nació yo. Cuando pude empezar a comprar propiedades, compré eso. Casa por casa. Manzana por manzana. Me llevó mucho tiempo. Podía haber comprado propiedades mejores y haber ganado dinero con mas rapidez, como hice después; pero no quise hasta no tener eso, aunque bien sabía que no lo usaría durante años. Veá; he decidido que aquí se levante algún día el edificio Wynand... Está bien; no hable si no quiere, ya lo he leído en su cara.

—¡Oh, Gail, por Dios!...

—¿Qué le pasa? ¿Quiere hacerlo? ¿Quiere hacerlo en realidad?

—Creo que habría dado mi vida por eso; sólo que en ese caso no podría construirlo. ¿Esto es lo que quería oír?

—Algo parecido. Yo no habría pedido su vida, pero es agradable hacerle perder el aliento una vez siquiera. Gracias por la impresión que ha recibido. Eso significa que comprende lo que representa el edificio Wynand: la construcción más alta y más grande de la ciudad.

—Sé que eso era lo que usted quería.

—Sin embargo, no lo construí, y he esperado todos estos años para hacerlo. Ahora usted esperará conmigo. ¿Sabe que me gusta torturarlo siempre, hasta cierto punto?

—Ya lo sé.

—Lo hice venir hasta aquí nada más para decirle que cuando decida edificarlo, será suya la obra. He esperado hasta ahora porque tenía la impresión de que no estaba preparado para hacerlo. Desde que le conocí, me di cuenta de que estaba listo... y no me refiero a usted en cuanto a arquitecto. Pero tendremos que esperar un poco más, apenas un año o dos más, hasta que las cosas vuelvan a su estado normal. Es mal tiempo para edificar. Todos saben que la época de los rascacielos ha pasado. Ha pasado de moda. Me importa un bledo. El edificio se pagará a sí mismo. Las empresas Wynand tienen oficinas desparramadas por toda la ciudad. Quiero que estén todas en un edificio, y además tengo bastante influencia sobre muchas personas importantes para obligarlas a alquilar el resto del espacio. Quizá sea el último rascacielos que se edifique en Nueva York. Tanto mejor; será el más grande y el último. —Roark contemplaba las ruinas abigarradas—. Hay que echarlo abajo todo, Howard. Todo eso. Arrasarlo. Todo esto debe ser sustituido por un parque y por el edificio Wynand... Las mejores construcciones de Nueva York se arruinan porque uno no las puede ver sino apretadas unas contra otras, formando manzanas. Mi edificio se verá bien. Exigiré todo el vecindario. Que los demás sigan. ¿Dirán que no está bien situado? Verán. Esto podría llegar a ser el nuevo centro de la ciudad... cuando la ciudad vuelva a su curso normal. He planeado esto cuando el *Banner* no era más que un periódico de cuarta categoría. No me he equivocado, ¿no? Sabía que yo llegaría... Será un monumento a mi vida, Howard. ¿Recuerda lo que dijo la primera vez que vino a mi oficina? Una exposición de mi vida. Hubo cosas en mi pasado que no me gustaban, pero todas aquellas de las cuales estaba orgulloso quedarán. Sabía que iba a encontrar el arquitecto apropiado cuando llegara la oportunidad. Es una especie de premio. Es como si



hubiese sido perdonado.

## X

Había cesado de llover, pero Peter Keating deseaba que volviera a empezar. El pavimento brillaba, había manchas oscuras en las paredes de los edificios y como procedían del cielo parecía que la ciudad estuviera bañada en frío sudor. La atmósfera estaba densa y había lagos de luz en las ventanas. Keating no se había preocupado por la lluvia, pero en aquel momento se sintió empapado hasta los huesos.

Había salido de la oficina temprano y se había ido andando hasta su casa. La oficina le parecía irreal, como ocurría desde hacía tiempo. Encontraba realidad sólo por las noches, cuando se deslizaba furtivamente a casa de Roark. «Él no se escurría ni era furtivo», se dijo a sí mismo con rabia...y sabía que no era así, pese a atravesar el vestíbulo de la casa Enright y subir por el ascensor como cualquier hombre que lleva un recado lícito. Era una vaga ansiedad el impulso de escrutar cada rostro que veía, el temor de ser reconocido; no era la carga de la culpa respecto a determinada persona, sino la más terrible sensación de ser culpable sin que exista la víctima.

Tomó los bosquejos en borrador que le dio Roark de cada detalle de Cortland para que sus empleados los pusieran en limpio. Escuchó las instrucciones. Se aprendía de memoria los argumentos que debía dar a sus empleados para evitar cualquier objeción posible. Los

absorbía como una máquina de imprimir discos.

Ahora caminaba lentamente por las calles cubiertas por un cielo que amenazaba lluvia. Levantó la vista, y, donde habían estado las torres en los edificios familiares, vio un espacio; no parecía niebla ni nubes: era como una sólida extensión de cielo gris que hubiese efectuado una destrucción gigantesca, silenciosa. El espectáculo de los edificios que se desvanecían en el cielo siempre le había incomodado. Continuó su marcha mirando hacia el suelo.

Primero advirtió los zapatos. Supo que debía haber visto el rostro de una mujer, que el instinto de conservación había desviado su mirada del rostro y había hecho que la percepción consciente se fijara en los zapatos.

Eran zapatos bajos, de color castaño, tipo Oxford, ofensivamente buenos, demasiado bien lustrados para un pavimento enlodado, despreocupados de la lluvia y de la belleza. Los ojos de él subieron hasta la falda, del mismo color: a la chaqueta, de corte masculino, costosa y fría como un uniforme; a la mano, con un agujero en un dedo del guante fino; a la solapa, en la cual había prendido un adorno absurdo, un mejicano patizambo con pantalones esmaltados de rojo, con un chabacano aire de descaro, a los finos labios, a las gafas, a los ojos.

—Katie —dijo él.

Ella estaba frente al escaparate de una librería. Su mirada vaciló un instante entre el reconocimiento y el título de un libro que había estado examinando; después, con un reconocimiento evidente, exteriorizado al comienzo por una sonrisa, bajó la mirada al título del libro para tomar nota de él. Después se volvió hacia Keating. Su sonrisa era placentera; no había esfuerzo en ella para dominar la amargura ni la alegría de una bienvenida; era simplemente placentera.

—¡Peter! ¡Hola, Peter!

—Katie... —No pudo tenderle la mano ni acercarse a

ella.

—Sí, imagínate, toparte conmigo en esta forma... Nueva York es una ciudad pequeña, aunque supongo que sin los mejores rasgos.

En la voz de Catherine no había nada forzado.

—¿Qué haces aquí? Yo creía... oí decir... —Keating sabía que tenía un buen empleo en Washington y que se había trasladado allí desde hacía dos años.

—Nada más que un viaje de negocios. Tengo que estar de vuelta mañana. No puedo decir que me importe tampoco. ¡Nueva York parece tan muerta, tan «pausada»!

—Estoy encantado de que te guste el empleo... si quieres decir... ¿No es eso lo que quieres decir?

—¿Que me guste el trabajo? ¡Qué cosas tan tontas dices! Washington es el único lugar importante que existe en el país. No me doy cuenta cómo la gente puede vivir en otra parte. ¿Qué hacer, Peter? El otro día vi tu nombre en el diario, se trataba de algo importante.

—Yo... Trabajo... Tú no has cambiado nada Katie, ¿no es cierto? Quiero decir, tu cara... Estás como antes, en cierta forma...

—Es la única cara que tengo. ¿Por qué las personas tendrán que hablar siempre de cambios si no se ven en uno o dos años? Ayer le hice una visita a Grace Parker, y me hizo un inventario de todo mi aspecto. Tuve que oír todo lo que me decía: «Estás muy linda... no pasa el tiempo para ti, Catherine.» La gente es muy provinciana.

—Pero... estás muy linda... resulta muy agradable verte...

—Yo también estoy contenta de verte. ¿Cómo van las construcciones?

—No sé... Lo que tú has leído debe ser acerca de Cortland... Estoy haciendo Cortland Homes, un barrio de viviendas baratas...

—Sí, naturalmente. Era eso. Creo que está bien para

ti, Peter, no hacer un trabajo con el único fin de obtener un provecho personal y suculentos honorarios, sino con propósitos sociales. Creo que los arquitectos deberían dejar a un lado el ganar dinero, y dedicar un poco de tiempo a trabajos del Gobierno y a objetivos más amplios.

—La mayoría los tomarían, si pudieran, pero es difícil introducirse, es muy cerrado...

—Sí, sí, ya sé. Es imposible hacer comprender a los legos nuestros métodos de trabajo y por eso oímos a tantos estúpidos que nos aburren con quejas. No debes de leer los diarios de Wynand, Peter.

—Yo nunca leo los diarios de Wynand. ¿Qué me importan?... ¡Oh..., no sé qué estábamos hablando, Katie!

—Tenemos, realmente, mucho que conversar de eso, Peter. —Las palabras le habrían levantado el espíritu si no hubiesen sido pronunciadas tan naturalmente—. Pero no podemos estar aquí todo el día. —Miró su reloj de pulsera—. Tengo una hora, más o menos. Supongo que me invitarás a tomar una taza de té en alguna parte. Te convendría una taza de té caliente. Parece que estás muerto de frío.

Ése fue el primer comentario que hizo sobre su aspecto; eso y una mirada sin reacción. Pensó que hasta Roark se habría conmovido, habría reconocido el cambio.

—Sí, Katie. Será maravilloso. Yo... —Hubiera querido que ella no se lo sugiriese, pero era lo más conveniente que podían hacer. Hubiera querido que ella no hubiese pensado en una cosa tan conveniente, y tan de prisa—. Busquemos un lugar tranquilo y agradable... Iremos a Thorpe. Está a la vuelta de la esquina. Tiene los mejores emparedados de berro.

Catherine se asió del brazo para cruzar la calle y se desprendió nuevamente al llegar a la acera opuesta. El ademán había sido automático. Ella no lo había

advertido. En el interior de Thorpe había un mostrador con pasteles y dulces. Un gran tazón de almendras recubiertas de azúcar, verdes y blancas, atrajeron la atención de Keating. El establecimiento olía a tortas de naranja. La luz era opaca; el olor hacía la luz pegajosa. Las mesas eran pequeñas y juntas.

Keating se sentó mirando el papel de encaje que servía de mantel sobre una mesa de vidrio negro, pero cuando levantó los ojos hacia Catherine, advirtió que no era necesaria ninguna precaución; ella no reaccionó a su examen: su expresión permaneció igual que si él hubiese escrutado el rostro de la mujer de al lado. Parecía carecer de toda conciencia de su propio ser. Él pensó que su boca era lo que más había cambiado; los labios estaban sumidos, con un pálido borde de carne en torno a la imperiosa línea de la abertura. «Una boca para dictar órdenes —pensó—, pero no órdenes importantes o crueles, sino órdenes insignificantes, acerca de las cañerías o de los desinfectantes.» Observó las finas arrugas de los ángulos de los ojos y el cutis igual que un papel que uno hubiese arrugado y después lo hubiese alisado.

Catherine le habló de su trabajo en Washington y él escuchó con la boca abierta. No escuchaba las palabras, sino el tono de la voz, seco y crujiente. Catherine dijo:

—Té y emparedados especiales. —Una taza de café —pidió Keating. Vio los ojos de Catherine sobre él, y con súbito pánico obsesionado por el embarazo, sintiendo que no podía confesar que en aquel instante le sería imposible tragar un solo trozo de alimento, sintiendo que esa confesión le produciría disgusto, agregó—: Jamón y queso suizo con pan negro.

Catherine exclamó:

—Peter, ¡qué alimentos tan horribles tomas! Espere un momento camarera. Tú no quieres eso, Peter. Es muy malo para ti. Toma una ensalada fresca. Y el café es malo a esta hora del día. Los yanquis beben demasiado

café.

—Está bien —dijo Keating.

—Té y una ensalada mixta, camarera..., y no traiga pan. Estás aumentando de peso, Peter.

Keating esperó hasta que el uniforme almidonado se alejó, y dijo lleno de aspereza:

—He cambiado, ¿no es cierto, Katie? ¿Es muy horrible mi aspecto?

Hasta un comentario desdeñoso hubiera sido un acercamiento.

—¿Qué? Lo adivino: poco saludable. Pero los yanquis no saben nada acerca del propio equilibrio nutritivo. Es natural que los hombres hagan tanto ruido por la apariencia. Son mucho más vanidosos que las mujeres. Son las mujeres las que realmente cargan ahora con todo el peso de la producción y las mujeres edificarán un mundo mejor.

—¿Cómo se edificará un mundo mejor, Katie? —Si tu consideras que el factor determinante es el factor económico...

—No..., no te pregunto en ese sentido... Katie, he sido muy desdichado.

—Siento escuchar eso. Uno oye a muchas personas que lo dicen hoy en día. Es porque éste es un período de transición y la gente se siente asqueada. Pero tú siempre has estado en una situación brillante, Peter. —¿Te acuerdas... de cómo era yo? —¡Por Dios!, hablas como si se tratase de hace setenta y cinco años, Peter.

—Me han ocurrido muchas cosas... Yo... —El camino más tosco le pareció el más fácil—. Me casé y me divorcí.

—Sí, he leído eso. Me alegré cuando te divorciaste. —Él se inclinó hacia delante—. Si tu esposa es una mujer que pudo casarse con Gail Wynand, has sido afortunado habiéndote desembarazado de ella.

El tono de impaciencia crónica que amontonó las palabras no alteró la pronunciación de las mismas.

Tenía que creerlo: era todo lo que de aquel tema le interesaba a ella.

—Katie, eres muy buena y tienes mucho tacto..., pero déjate de fingimientos ahora —dijo él temiendo que no se tratase de una disimulación—. Déjalo... Dime lo que pensaste de mí entonces... Dímelo todo... No importa... Quiero oírlo... ¿No comprendes?... Me sentiría mejor si te lo oyera.

—Seguramente, Peter, no querrás que comience a hacerte una serie de recriminaciones. Si no fuese infantil, diría que fue engreimiento de tu parte.

—¿Qué sentiste tú aquel día que yo no fui, y después cuando supiste que me había casado? —No sabía qué instinto le empujaba a la brutalidad como último recurso—. Katie, ¿sufriste entonces?

—Claro que sufrí. Todas las personas jóvenes sufren en tales situaciones. Después parece tonto. Grité, le chillé algunas cosas terribles a tío Ellsworth y él tuvo que llamar al médico para que me diese un sedante y, semanas después, me desmayé un día en la calle, sin ninguna razón, cosa que fue realmente lamentable. Supongo que todo el mundo pasa por esas cosas convencionales, como por el sarampión ¿Por qué tenía que ser yo excepción? —Keating pensó que nunca había sabido que había algo peor que una viva memoria de dolor: un dolor muerto—. Y, por supuesto, sabemos que fue para bien. No puedo imaginarme casada contigo.

—¿No te lo puedes imaginar, Katie? —Así es; tampoco con otro cualquiera. No habría dado resultado. No me sienta, por temperamento, la vida doméstica. Es demasiado egoísta y estrecha. Comprendo lo que tú sientes ahora y lo aprecio. Es humano que sientas algo así como remordimiento después de lo que hiciste. —Él pestañeó—. Ya ves cuan tontas suenan estas cosas. Es natural que estés un poco afligido, es un reflejo normal, pero debemos pensar objetivamente; somos adultos, personas racionales, nada nos resulta demasiado serio;

no podemos evitar realmente lo que hacemos, estamos hechos para proceder así.

—¡Katie!, no estás hablando del problema de ninguna muchacha caída. Estás hablando de ti.

—¿Hay alguna diferencia esencial? Los problemas son todos iguales.

Keating la observó tomar un pedazo de pan delgado, sin corteza, untado de verde y advirtió que su orden había sido cumplida. Metió el tenedor en la ensaladera y colocó un poco de ensalada sobre una galletita. Al punto descubrió qué extraño resulta cuando uno pierde el don de comer automáticamente y debe hacerlo con un esfuerzo consciente total; la galletita parecía interminable, no podía acabar de masticarla, movía las mandíbulas sin lograr reducir la cantidad de pulpa deshecha que tenía en la boca.

—Katie..., durante seis años... Yo he pensado en cómo te pediría que me perdonaras algún día y ahora se me presenta la ocasión y no quisiera pedirte. Parece... parece... que está fuera de la cuestión. Ya sé que es horrible decir esto, pero es lo que me parece. Ha sido la peor cosa que he hecho en mi vida, no porque me perjudicara a mí, sino porque te he perjudicado a ti, Katie, y quizá más de lo que tú misma te das cuenta. Pero éste no es mi delito mayor..., Katie, yo quise casarme contigo. Era, en realidad, lo único que yo quería. Y ése es el pecado que no se puede olvidar: que yo no haya hecho lo que quería. Se siente como algo tan sucio, tan insustancial, tan monstruoso como lo que se siente con respecto a la locura, porque carece de sentido, de dignidad; no es nada más que dolor, y un dolor inútil... Katie, ¿por qué nos enseñan que esto es lo fácil y que el mal está en hacer lo que queremos y que necesitamos disciplina para constreñirnos a nosotros mismos? La cosa más difícil del mundo es hacer lo que queremos. Y es menester el más grande de los corajes. Quiero decir para hacer lo que realmente queremos.



Como yo quería casarme contigo. No como quiero estar con alguna mujer, o como quiero emborracharme y ver mi nombre en los diarios. Estas cosas ni siquiera son deseos; son cosas que la gente hace para huir de los deseos, porque el hacer algo implica una responsabilidad muy grande.

—Peter lo que estás diciendo es feo y egoísta.

—Quizá. No sé. Siempre he querido decirte la verdad. En todo, aunque no me la pidieras. Tenía derecho.

—Sí, lo hiciste y era un rasgo loable. Eras un muchacho encantador.

Pensó con oscura rabia que lo que le molestaba más era el recipiente de almendras recubiertas de azúcar que estaba sobre el mostrador. Las almendras eran verdes y blancas, y no había razón para que fueran, en esa época del año, verdes o blancas, pues esos colores eran los del día de San Patricio; en esa época había dulces como aquellos en todos los escaparates, y el día de San Patricio significaba la primavera; no, algo mejor que la primavera, ese momento maravilloso de la ante primavera.

—Katie, no quiero decirte que estoy todavía enamorado de ti. No sé si lo estoy o no. Nunca me lo he preguntado. No importaría ahora. No digo esto porque espere algo, o creo o trate o... Sé sólo que te quise, Katie, te quise. A pesar de todo lo que haya hecho, aunque tenga que decirlo por última vez, te quise, Katie.

Ella lo miró y pareció complacida. Ni agitada ni dichosa ni apiadada, sino complacida de una manera casual. Él pensó: «Si ella fuera una solterona, la asistente social frustrada, como la gente piensa de esas mujeres, las que burlan el sexo como la presunción arrogante de la propia virtud, eso, aunque hostil, todavía sería un reconocimiento.» Pero con tolerancia graciosa parecía decir que el amor era algo humano que se debía tomar así, como una debilidad popular sin grandes

consecuencias. Estaba complacida como lo habría estado con las mismas palabras pronunciadas por cualquier otro hombre.

—Katie..., Katie..., dime que esto no cuenta ahora, que no vale la pena considerarlo. Que no puede manchar el pasado. La gente siempre lamenta que el pasado sea una cosa definitiva, que nada pueda cambiarlo, pero yo estoy contento de que sea así. No podemos corromperlo. Podemos pensar en el pasado. ¿Por qué no habríamos de pensar? Quiero decir, como tú dijiste. Como la gente adulta, sin entontecernos; no en busca de esperanza, sino solamente mirando hacia atrás... ¿Recuerdas cuando fui por primera vez a tu casa en Nueva York? Parecías muy delgada y pequeña, y tenías el pelo desordenado. Te dije que nunca amaría a nadie más. Te tuve en mi falda, no pensabas en nada y te dije que no amaría nunca a nadie más, y tú dijiste que ya lo sabías.

—Recuerdo.

—Cuando estábamos juntos..., Katie, estoy avergonzado de muchas cosas, pero nunca del momento en que estábamos juntos. Cuando te pedí que nos casáramos... no, nunca te pedí que nos casáramos, te dije simplemente que estábamos prometidos y tú dijiste «sí»... Era en un banco de la plaza... y estaba nevando.

—Sí.

—Tenías unos guantes de lana raros. Unos mitones. Recuerdo: había gotas de agua en el césped, redondas, de cristal, centelleaban y era porque pasaba un automóvil.

—Sí, creo que es agradable mirar hacia atrás ocasionalmente. La perspectiva de uno se amplía. Con los años uno se hace más rico espiritualmente.

Él guardó silencio, después lo rompió, diciendo en voz baja: —Lo siento.

—¿Por qué? Eres muy amable, Peter. Siempre he sostenido que los hombres son sentimentales.

Él pensó: «No es mentira, no se puede fingir así, a

no ser que sea interior, para uno mismo, y entonces no hay límite ni salida ni realidad...»

Siguió hablando con él y después de un momento el tema fue nuevamente Washington. Él respondía cuando era necesario.

Él pensó que había creído que el pasado y el presente se sucedían simplemente, y que si había una pérdida en el pasado, uno estaba compensado por el dolor del presente, pues el dolor daba al pasado cierta inmortalidad, pero nunca había sabido que se pudiera destruir así, matar retroactivamente, como hacía ella.

Catherine miró su reloj de pulsera y bostezó con impaciencia.

—Ya es tarde. Debo salir corriendo.

—¿No te importa que no te acompañe, Katie? No es falta de atención. Pienso que es mejor.

—Desde luego. No importa. Conozco el camino y no hay necesidad de cumplidos entre amigos. —Y después, tomando la cartera y los guantes, haciendo una pelota con la servilleta de papel y arrojándola cuidadosamente en la taza de té, agregó—: Te llamaré la próxima vez que venga a la ciudad y pasaremos un rato juntos. Pero no puedo decirte cuándo será. Estoy muy ocupada, tengo que ir a muchos sitios. El mes último estuve en Detroit y la semana próxima vuelo a San Luis; pero cuando me manden otra vez a Nueva York, te llamaré por teléfono. Adiós, Peter, ha sido un rato muy agradable.

Gail Wynand contemplaba las brillantes maderas de la cubierta del yate. La madera y los picaportes de bronce le daban la sensación aguda de lo que lo rodeaba: las millas de espacio llenas de sol, entre extensiones ardientes de cielo y océano. Era febrero y el yate estaba detenido, con las máquinas inmóviles, en el sur del Pacífico.

Se apoyó en la barandilla y contempló a Roark en el agua; Roark nadaba de espaldas, con el cuerpo extendido en línea recta, los brazos estirados, cerrados los ojos. Lo tostado de su piel implicaba un mes de días semejantes a aquél. Wynand se dijo que era así como le gustaba medir el espacio y el tiempo, por el poder de su yate, por lo de la piel de Roark o por lo quemado de sus propios brazos que había extendido sobre la barandilla.

No viajaba en su yate desde hacía varios años, y había querido que Roark fuese el único invitado. Dominique se había quedado. Wynand le había dicho:

—Se está matando, Howard. Ha estado marchando a un ritmo que no puede aguantar. Desde Monadnock, ¿no es así? ¿Tendría ahora el valor de realizar el acto más difícil para usted: el de descansar?

Se quedó sorprendido cuando Roark lo aceptó sin discutir. Roark se rió:

—No huyo de mi trabajo, si eso es lo que lo sorprende. Sé cuándo tengo que dejar, pero no dejo hasta que esté terminado. Sé que me he excedido. He estado gastando demasiado papel últimamente y haciendo malos trabajos.

—¿Muy a menudo le salen mal los proyectos?

—Probablemente más a menudo que a cualquier arquitecto y con menos excusa. La única diferencia es que mis fracasos terminan siempre en el cesto de los papeles.

—Le anuncio que estaremos fuera unos dos meses.

Si a la semana empieza a lamentarse y añorar la mesa de dibujo, como todos los hombres que nunca han

aprendido a haraganear, no lo traeré de vuelta. Soy el peor dictador a bordo de mi yate. Tendrá todo lo que se pueda imaginar, menos papel y lápiz. No le dejaré siquiera libertad de hablar. Nada de mencionar vigas, materiales plásticos u hormigón armado, cuando esté a bordo. Le enseñaré a comer, a dormir, y a vivir como si fuera el millonario más indigno.

—Me gustaría intentarlo.

El trabajo de la oficina no requería la presencia de Roark en los meses próximos. Los trabajos que había empezado estaban concluidos. Las dos nuevas obras encargadas no iban a ser comenzadas hasta la primavera.

Había hecho todos los bosquejos que Keating necesitaba para Cortland. La construcción aún no había empezado. Antes de hacerse a la vela, un día, a fines de diciembre, Roark fue a echar una ojeada al lugar destinado a Cortland Homes. Estuvo como espectador anónimo entre un grupo de holgazanes curiosos; estuvo allí observando el vaho que producían las palas al cavar la tierra, preparándola para los cimientos verdaderos. East River era una banda amplia de agua negra y perezosa, y más allá, envueltas en bruma y copos de nieve, las torres de la ciudad aparecían suavizadas como en una acuarela morada y azul. Dominique no protestó cuando Wynand le comunicó que iba a hacer un crucero en compañía de Roark. —Adorada, tú comprendes que eso no significa que huyo de ti. Necesito huir de todo, nada más. Estar con Roark es igual que estar solo, solamente que con más paz.

—Haces bien, Gail. No importa.

—Dominique, creo que estás celosa. Es maravilloso. Si eso te causa celos, estoy más agradecido a Roark que nunca.

El yate partió hacia fines de diciembre. Roark observó, sonriendo con sarcasmo, el desengaño de Wynand cuando vio que no necesitaba imponer ninguna

disciplina. Roark no habló de edificios; durante horas yacía tendido al sol en cubierta, y haraganeaba como un experto. Hablaban poco. Había días que Wynand no podía recordar qué frases habían cambiado. Le daba la impresión de que no habían hablado nunca. La serenidad de ambos era el mejor medio de comunicación.

Aquel día se habían zambullido juntos a nadar y Wynand había sido el primero en subir. Estaba en la barandilla observando a Roark en el agua y pensó en el poder que en aquel momento tenía: podía ordenar que el yate empezara a navegar dejando al muchacho pelirrojo entre el sol y el océano. Aquel pensamiento le produjo placer, una sensación de poder y el sentido del sometimiento a Roark, ya que ninguna fuerza concebible hubiera podido obligarle a ejercer tal poder. Todos los agentes físicos estaban de su parte: unas contracciones de las cuerdas vocales para dar la orden y la mano de alguien que abriera una válvula... y la obediente máquina se alejaría. Se dijo: «No es una decisión moral ni el mero horror al acto; se puede abandonar, de un modo concebible, a un hombre, si el destino de un continente depende de él.» Pero nada podía hacer que abandonara a aquel hombre. Él, Gail Wynand, era el impotente en aquel instante, con el sólido tablaje de la cubierta bajo sus pies. Roark, nadando como una madera flotante, tenía un poder mayor que la máquina que funcionaba en el vientre del yate.

Roark volvió a trepar al barco. Wynand contemplaba el cuerpo de Roark y los hilos de agua que corrían por sus planos angulosos.

—Cometió un error en el templo de Stoddard —dijo—. La estatua debería haber sido la suya, no la de Dominique.

—No. Yo soy demasiado egoísta para eso.

—¿Egoísta? Un egoísta hubiera hecho eso. Usted le

da a las palabras un sentido extraño.

—Es el sentido exacto. No quiero ser símbolo de nada. Soy nada más que yo mismo.

Tendido en una silla, en la cubierta, Wynand contemplaba con satisfacción la linterna, un disco, de vidrio mate, en la mampara que estaba detrás de él. Separaba el negro vacío del océano y lo aislaba por medio de sólidos muros de luz. Oía el ruido del motor del yate y sentía en su rostro el aire cálido de la noche.

Roark estaba delante, en la barandilla; una alta y blanca figura recostada contra un espacio negro; tenía levantada la cabeza tal cual Wynand lo había visto en el edificio en construcción. Sus manos se aferraban a la baranda. Las mangas cortas de la camisa dejaban los brazos, líneas verticales de sombras, bajo la luz.

—Howard, esto es lo que yo quería, tenerlo conmigo.

—Ya lo sé.

—¿Sabe realmente de qué se trata? Es avaricia. Soy un avaro con respecto a dos personas: usted y Dominique. Soy un millonario que no ha poseído nada. ¿Se acuerda lo que le dije de mi propiedad? Soy como un salvaje que ha descubierto la idea de la propiedad privada y la ataca a ciegas. Es divertido. Piense en Ellsworth Toohey.

—¿Por qué en Ellsworth Toohey?

—Quiero decir en las cosas que él predica. Me he estado preguntando últimamente si él comprende lo que está defendiendo. ¿El altruismo en sentido absoluto? Eso es lo que he sido yo. ¿Sabe él que yo soy la forma de su ideal? Por supuesto, él no aprobaría mis motivos, pero los motivos no alteran nunca los hechos. Si es verdadero altruista, tiene que serlo en un sentido filosófico, más allá del dinero; que me mire a mí. Nunca he tenido nada. Nunca he querido nada. No he dado un camino en el vasto sentido que Toohey podría esperar. Me formé yo mismo de un modo barométrico, bajo la

presión de todo el mundo. La voz de las masas me empujó hacia delante y hacia atrás. Naturalmente, reuní una fortuna en el proceso. ¿Cambia eso la realidad intrínseca del hecho? Suponga que hubiese regalado cada moneda que he ganado. Suponga que no hubiera querido apoderarme de un solo centavo ; que lo hubiese destinado, por puro altruismo, al servicio del pueblo. Para dar mayor placer al mayor número. Para expresar las opiniones, los deseos, los gustos de la mayoría que me votó con su aprobación y me apoyó libremente en la forma de un voto de tres centavos que dejaban caer en las urnas de los quioscos de diarios de las esquinas, cada mañana. ¿Los diarios de Wynand? Durante treinta y un año han representado a todos menos a Gail Wynand. Y borré mi yo de la existencia en una forma en que ningún santo lo hizo jamás en ningún claustro. Sin embargo, la gente me llama corrompido. ¿Por qué? El santo en un claustro sacrifica todas las cosas materiales. Paga un precio pequeño por la gloria de su alma. Llena de tesoros su alma y renuncia al mundo. Pero yo, en cambio, tuve automóviles, pijamas de seda, una casa en la cima de un rascacielos y le di mi alma al mundo. ¿Quién se sacrificó más, si el sacrificio es el testamento de la virtud? ¿Quién es el santo real?

—Gail..., nunca pensé que admitiera tales cosas respecto a usted.

—¿Por qué no? Sabe lo que estaba haciendo. Quería el poder sobre el alma colectiva y lo obtuve. Una alma colectiva. Es un concepto vago, pero si alguien quiere verlo concretamente que tome un ejemplar del *New York Banner*.

—Sí...

—Por supuesto que Toohey me diría que eso no es lo que él entiende por altruismo. Pero si uno decide vivir para los otros, o halaga a todo el mundo, y entonces le llaman corruptor, o bien impone a todos, por la fuerza, su propia idea del bien. ¿Puede considerarlo



de otra forma?

—No.

—¿Qué queda entonces? ¿Dónde empieza la decadencia? ¿Qué empieza donde el altruismo termina? ¿Ve usted lo que yo quiero?

—Sí, Gail. —Wynand advirtió que la voz de Roark demostraba un disgusto que casi sonaba como si fuera tristeza.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué tiene ese tono?

—Lo siento. Perdóneme. Es algo en que justamente pensaba. He estado meditándolo desde hace mucho tiempo, y, particularmente, en estos días, cuando me tendía sobre la cubierta y me pasaba todo el día sin hacer nada.

—¿Pensando en mí?

—En usted entre muchas otras cosas.

—¿Qué ha decidido?

—Yo no soy altruista, Gail. No decido nada para los otros.

—No se preocupe por mí. Me he vendido a mí mismo, pero no he tenido ilusiones acerca de ello. Nunca he llegado a ser un Alvah Scarret. Él cree, en realidad, en todas las cosas que el público cree. Yo desprecio al público. Ésa es mi única vindicación. He vendido mi vida, pero a buen precio: el poder. Nunca lo he utilizado. No he podido concederme un deseo personal. Pero ahora soy libre. Ahora lo puedo emplear en lo que yo quiera. Para lo que crea. Para Dominique. Para usted —Roark se volvió. Cuando miró de nuevo a Wynand, contestó solamente:

—Eso espero, Gail.

—¿Qué ha estado pensando en todo este tiempo?

—En el principio que hay detrás del decano que me echó de Stanton.

—¿Qué principio?

—El que destruye el mundo. De lo que hemos estado hablando. Del verdadero altruismo.

—¿No existe el ideal del cual hablan ellos?

—Ellos no tienen razón.. Existe, aunque no en la forma que ellos se imaginan. Es lo que no he podido comprender en la gente durante mucho tiempo. Ellos no tienen personalidad. Viven en otros. Viven una vida de segunda mano. Observe a Peter Keating.

—Mírelo usted. Yo odio sus porquerías.

—He observado... lo que queda de él, y me ha ayudado a comprender. Está pagando el precio y se pregunta por cuál pecado cometido y se dice a sí mismo que ha sido demasiado egoísta. ¿En qué acto o en qué pensamiento suyo ha sido él mismo? ¿Cuál fue su objeto en la vida? La grandeza, a los ojos de los demás. La fama, la admiración, la envidia; todo lo que procede de los demás. Los demás le dictaron convicciones, pues él carecía de ellas; se satisfizo con que los demás creyesen que las tenía. Los demás constituyeron su móvil poderoso y su principal interés. No quería ser grande, sino que lo creyesen. No quería ser arquitecto, sino que lo admirasen como tal. Pidió prestado a los otros para impresionarlos. Ése fue su altruismo real. Traicionó a su yo y se dio por vencido, pero todo el mundo lo llama egoísta.

—¿Sí! ¿Y no es la raíz de toda acción despreciable? No es egoísmo, sino precisamente la ausencia del yo. Mírelos. El hombre que engaña y miente, pero que conserva una fachada respetable. Él se sabe deshonesto, pero los otros creen que es honesto, y de eso deriva su propio respeto, de segunda mano. Un hombre que adquiriera crédito por una obra que no le pertenece. Se sabe mediocre, pero es grande ante los ojos de los demás. El desventurado frustrado que profesa amor hacia el inferior y se adhiere a aquellos menos dotados para establecer su propia superioridad por comparación. Un hombre cuyo único objeto es hacer dinero. Pero el dinero es sólo un medio para un fin determinado. Si un hombre lo quiere para un propósito de orden personal,

para invertirlo en la industria, para crear, para estudiar, para viajar, para gozar del lujo, resulta completamente moral. Pero los hombres que anteponen el dinero van mucho más allá. El lujo personal es un empeño limitado. Lo que ellos quieren es orientación, para demostrar, para pasmar, para obsequiar, para impresionar a los otros. Son imitadores.

—Si yo fuera Ellsworth Toohey habría dicho: «¿Está mostrando un caso contra el egoísmo? ¿No actuaban todos éstos con móviles egoístas: para sobresalir, para ser queridos, para ser admirados?»

—Por lo demás. Al precio de su propio respeto. En el reino de la mayor importancia, en el reino de los valores, de los juicios, del espíritu, del pensamiento, colocan a otros sobre sí mismos tal como los altruistas exigen. Un hombre verdaderamente egoísta no puede sentirse afectado por la aprobación de los demás. No la necesita.

—Creo que Toohey comprende eso. Eso es lo que lo ayuda a difundir su viciosa tontería. Exclusivamente la cobardía y la debilidad. Es muy fácil recurrir a los otros. Es muy difícil depender de la obra de uno mismo. Uno puede fingir virtudes ante un auditorio, pero no las puede fingir ante los propios ojos. Su yo es el juez más estricto. Huyen de él. Se pasan la vida huyendo. Es más fácil donar unos miles de dólares para beneficencia y considerarse generoso que basar el respeto propio en realizaciones personales.

—He ahí lo mortífero de esos individuos. No les interesan hechos, ideas, trabajo. Sólo les interesa la gente. No se preguntan: «¿Es verdadero esto?» Se preguntan: «¿Es esto lo que los otros creen que es verdadero?» No juzgan, repiten. No hacen, pero dan la impresión de que hacen. No crean, se exhiben. No tienen pericia, sino amistades. No tienen méritos, sino influencias. ¿Qué sucedería en el mundo sin aquellos que hacen, piensan y producen? Esos son los egoístas.

No piensan a través de otro cerebro ni trabajan por intermedio de otras manos. Cuando suspenden su facultad de juicio independiente suspenden la conciencia. Detener la conciencia es detener la vida. Los que obran por segunda mano no tienen sentido de la realidad. Su realidad no está en el interior de ellos mismos, sino en esa parte que separa un cuerpo humano de otro. No como una entidad, sino como una relación anclada en la nada. Eso es lo que me detiene siempre que debo estar frente a un comité. Frente a los hombres sin un yo. A la opinión sin proceso racional. El movimiento sin freno ni motor. El poder sin la responsabilidad. Los secundadores actúan, pero la fuente de sus acciones está esparcida en otra persona viviente. Está en todas partes y en ninguna parte y no se puede razonar por ellos. No están abiertos para escuchar la razón. No se les puede hablar porque ellos no pueden oír. Se es procesado por un tribunal ausente. Una masa ciega que ataca a ciegas. Steven Mallory no podía definir a ese monstruo, pero lo conocía. Es la bestia babeante que él teme.

—Creo que sus secundadores comprenden esto. Advierta cómo aceptarían cualquier cosa menos a un hombre que está solo. Lo reconocen en seguida. Por instinto. Hay un odio especial, insidioso para él. Perdonan a los animales. Admiran a los dictadores. El crimen y la violencia constituyen un lazo. Una forma de mutua dependencia. Necesitan lazos. El hombre independiente los destruye porque no existen en él. Advierta el resentimiento maligno que hay contra cualquier idea que proponga independencia. Advierta la malignidad que hay contra todo hombre independiente. Mire hacia atrás, en su propia vida, Howard; recuerde la gente que conoció. Ellos no lo ignoran. Tienen miedo. Usted es un reproche para ellos.

—Eso quiere decir que siempre queda en ellos algún vestigio de dignidad. Son todavía seres humanos. Pero

se les ha enseñado a buscarse a sí mismo en los otros; porque nadie puede realizar la humildad absoluta que significaría no estimarse a sí mismo en ninguna forma. No sobreviviría. De manera que después de haber sido instruidos durante siglos en la doctrina de que el altruismo es el ideal básico, los hombres lo han aceptado en la única manera que podía ser aceptado. Buscando la estima personal a través de los otros. Viviendo de segunda mano. Y esto ha abierto el camino para toda clase de horrores. Ha llegado a constituir una terrible forma de egoísmo que un egoísmo verdadero no podría haber concebido. Y ahora, para curar a un mundo que perece por el altruismo, se nos pide que destruyamos la personalidad. Escuche lo que se predica hoy. Mire a todos los que nos rodean. ¿Se ha preguntado por qué sufren, por qué buscan la felicidad y no la encuentran? Si cualquier hombre se detiene para preguntarse si alguna vez ha tenido un verdadero deseo personal, encontraría la respuesta en sí mismo: advertiría que todos sus deseos, sus esfuerzos, sus sueños o ambiciones están motivados por otro hombre. No lucha ni siquiera por la riqueza material, sino por el prestigio. Para tener un sello de aprobación, no para sí mismo. No puede decir de una sola cosa: «Esto es lo que yo quería porque lo quería, no para que mis vecinos estén con la boca abierta ante mí.» Entonces se pregunta por qué es desdichado. Se ha privado de todas las formas de felicidad. Nuestros momentos más grandes son personales, motivados por nosotros mismos. Las cosas que son sagradas o preciosas para nosotros son las que apartamos de la promiscuidad. Pero ahora se nos enseña a arrojar a la luz pública y al beneficio común todas las cosas que están dentro de nosotros. Buscan la alegría en los vestíbulos donde se reúne la gente. Ni siquiera contamos con una palabra que designe esa calidad de la cual estoy hablando: esa autosuficiencia del espíritu humano. Es difícil llamarla egoísmo o

egotismo. Esas palabras han sido pervertidas, han venido a significar Peter Keating. Gail, creo que el único mal de la tierra está en colocar el interés fundamental en los otros hombres. Yo siempre he exigido cierta calidad en la gente que me busca. Según eso he elegido a mis amigos. Ahora sé en qué consiste. En un «Yo» que se satisface a sí mismo. Ninguna otra cosa interesa.

—Estoy contento de que admita que tiene amigos.

—Hasta admito que los quiero. Pero no podría quererlos si fuesen mi razón principal de vivir. ¿Se ha dado cuenta que a Peter Keating no le ha quedado un solo amigo? ¿Sabe por qué? Si uno no se respeta a sí mismo, mal puede tener afecto y respeto por los otros.

—Que se vaya al diablo Peter Keating. Estoy hablando de usted y sus amigos.

—Gail, si este barco se estuviera hundiendo, yo daría mi vida por salvar la suya. No porque fuere un deber, sino porque lo quiero, por razones y normas que me son propias. Yo moriría por usted, pero no podría ni querría vivir para usted.

—Howard, ¿qué razón o norma le hace decir eso?

Roark lo miró y se dio cuenta de que había dicho algo que no hubiera querido decir.

—Que no ha nacido para ser un segundón — respondió.

Wynand se sonrió. Escuchó la frase y no dijo nada.

Después, cuando Wynand bajó al camarote, Roark se quedó solo en la cubierta. Se quedó apoyado en la baranda, escrutando el océano, la nada.

Entonces se dijo: «No he mencionado al peor de todos, al hombre que va detrás del poder.»

## XII

Era ya abril cuando Roark y Wynand regresaron a la ciudad. Los rascacielos parecían rosados en el cielo azul, una sombra incongruente de porcelana sobre masas de piedra. Había penachos verdes en los árboles de las calles.

Roark fue a su oficina. Sus empleados lo saludaron, pero él vio en boca de todos sonrisas reprimidas conscientemente, hasta que un joven estalló:

—¡Qué diablos! ¿Por qué no decir que estamos contentos de volver a ver a nuestro jefe?

Roark se sonrió.

—Sigan. No puedo decirles cuan contento estoy de volver.

Después se sentó sobre una mesa de la oficina de los dibujantes, mientras ellos le relataban lo que había pasado en los tres meses, interrumpiéndose unos a otros.

Por la tarde, estando solo en su despacho, abrió un diario. No había leído diarios durante tres meses. Vio un artículo sobre la construcción de Cortland Homes. Vio la línea que decía: «Peter Keating, arquitecto. Gordon L. Prescott y Augustus Webb, dibujantes asociados.»

Se quedó muy tranquilo.

Aquella noche fue a ver a Cortland.

El primer cuerpo del edificio estaba casi terminado. Veíase solo, en la amplia y desierta región. Los obreros se habían retirado. Una luz mostraba la habitación del sereno. El edificio conservaba el esqueleto de lo que Roark había diseñado. La economía del plan se había conservado, pero habían sido agregados rasgos incomprensibles; la monotonía de toscos cubos había remplazado a la variedad de casas modeladas; le habían

agregado una ala con techo bovedado, que sobresalía de la pared como un tumor y que contenía un gimnasio. Se le agregó una huera de balcones, hechos de barras de metal pintadas de un azul violento; ventanas sin objeto en las esquinas; un ángulo fue cortado con una puerta innecesaria, con marquesina redonda de metal, tres bandas verticales de ladrillos que no conducían a ninguna parte; era el estilo general de lo que en la profesión se llamaba *Bronx Modern*; un panel de bajos relieves sobre la entrada principal representaba una masa de músculos, de la cual se podía discernir en cada tres o cuatro cuerpos uno de ellos con un brazo levantado que sostenía con la mano un destornillador. En el cielo, hacia el Oeste, más allá de Manhattan, había una línea roja y los edificios de la ciudad se erguían rectos y negros contra ella.

Roark se quedó en el espacio del futuro camino, delante de la primera casa de Cortland. Estaba derecho, tensos los músculos del cuello, tenía las manos caídas y separadas del cuerpo como si se hallase en presencia de una patrulla de fusilamiento.

Nadie podía decir lo que había ocurrido. No había habido deliberada intención, pero había ocurrido.

Primero Toohey le dijo a Keating una mañana que Gordon L. Prescott y Gus Webb estarían en la lista de pago como dibujantes asociados.

—¿Qué le importa, Peter? No saldrá de sus honorarios. No perjudicará su prestigio, de ningún modo, desde el momento que usted es el jefe. Ellos no serán nada más que sus dibujantes. Todo lo que quiero es ayudar a los muchachos. Mejoraré su reputación si en este proyecto intervienen de algún modo. Estoy muy interesado en vigorizar la reputación de ellos.

—Pero ¿por qué? Ellos no tienen nada que hacer. Todo ya está hecho.

—¡Oh, cualquier dibujo de último momento, para no quitarles tiempo a sus empleados! Usted puede



compartir los gastos con ellos. No sea egoísta.

Toohey le había dicho la verdad: no tenía ningún otro propósito en su mente. Keating no podía descubrir qué conexiones tenían Prescott y Webb, ni con quién, ni con qué oficina ni en qué términos entre las docenas de funcionarios involucrados en el proyecto. El enredo de responsabilidades era tal que nadie podía estar seguro de la autoridad de nadie. Lo que era claro que Prescott y Webb tenían amigos y que Keating no podía separarlos del trabajo.

Los cambios empezaron con el gimnasio. La dama encargada de la selección de inquilinos quería un gimnasio. Era una asistente social y su tarea terminaría con la iniciación de las obras. Consiguió un empleo permanente haciéndose nombrar directora de Recreación Social de Cortland. En los proyectos originales no se había previsto la existencia del gimnasio, ya que había dos escuelas a corta distancia. Ella declaró que aquello constituía un ultraje a los niños de los pobres. Prescott y Webb suplieron el gimnasio. A éste siguieron otros cambios de naturaleza puramente estética: extras acumulados a los costos de la construcción, tan cuidadosamente ideada para que fuese económica. La directora de Recreación Social partió para Washington a fin de discutir lo relativo a un futuro teatro pequeño y un *Meeting Hall* que deseaba agregar a los dos próximos cuerpos de edificios de Cortland.

Los cambios en el proyecto se fueron sucediendo gradualmente. Las órdenes que aprobaban los cambios partían de las oficinas principales. «¡Estamos listos, si esto es al empezar!», gritaba Keating. «¡Qué diablos! —decía Gus Webb—, solamente aumentará un par de miles de dólares más.» «Bueno, los balcones —dijo Gordon L. Prescott— le prestan cierto carácter moderno. No querrás que parezca tan desnuda. Es deprimente. Además tú no entiendes de psicología. La gente vivirá aquí y está acostumbrada a aguantar

sentada en las escaleras de salvamento. Les gusta. Las echarán de menos. Tienes que darles un lugar para que se sienten a tomar el fresco... ¿El costo? Si estás tan preocupado por ese maldito costo, tengo una idea acerca de dónde podemos ahorrar mucho. No pondremos puerta en los armarios empotrados. ¡Han pasado de moda!» Todas las puertas de los armarios fueron suprimidas.

Keating luchó. Era una clase de batalla en la cual nunca había entrado, pero trató de hacer lo posible en favor suyo, hasta los límites que sus fuerzas exhaustas le permitían llegar. Anduvo de oficina en oficina, discutiendo, amenazando, suplicando; pero carecía de influencia, mientras que sus dibujantes asociados parecían disponer de un río subterráneo con los tributarios que se entrecruzaban. Los empleados oficiales se encogían de hombros y lo enviaban a otro. Nadie se preocupaba por un problema de estética. «¿Qué importancia tiene? Si no sale de su bolsillo... ¿Quién es usted para que todo se haga a su manera? Deje a los muchachos que contribuyan con algo.»

Apelaba a Ellsworth Toohey, pero éste no se interesaba. Estaba ocupado con otros asuntos y no tenía deseos de provocar una reyerta burocrática. A decir verdad, no era él quien había impulsado a sus protegidos al esfuerzo artístico que desplegaban, pero no veía razones para detenerlos. Se divertía por todo lo que ocurría.

—¡Es terrible, Ellsworth! ¡Usted sabe cuan terrible es!

—¡Oh, supongo que sí! ¿Por qué se preocupa, Peter? Sus pobres y sucios ocupantes no podrán apreciar los rasgos más finos del arte arquitectónico. Trate de que salga bien el trabajo de tuberías.

«Pero ¿por qué? ¿Por qué?», Keating gritaba a los dibujantes asociados. «¿Por qué no podemos decir algo nosotros? —preguntó Gordon L. Prescott—. Queremos

expresar nuestra individualidad también.»

Cuando Keating invocaba su contrato se le decía: «Está bien, trate de demandar al Gobierno. Trate.» A veces sentía deseos de matar. No había nadie a quien matar. Si se le hubiese concedido el privilegio, no hubiera podido elegir una víctima. Nadie era responsable. No había propósito ni causa. Simplemente era algo que había ocurrido.

Keating fue a la casa de Roark una noche después del regreso de éste. No había sido citado. Roark abrió la puerta y dijo:

—Buenas noches, Peter.

Keating no pudo contestar. Entraron silenciosamente en la habitación. Roark se sentó y Keating se quedó en pie en medio del cuarto y preguntó con voz obtusa:

—¿Qué vas a hacer?

—Debes dejarme eso a mí ahora.

—No pude evitarlo, Howard...¡No pude evitarlo!

—Lo supongo.

—¿Qué vas a hacer ahora? No puedes demandar al Gobierno.

—No.

Keating pensó que debería sentarse, pero la distancia que había hasta una silla le pareció demasiado grande. Pensó que se haría demasiado visible si se movía.

—¿Qué me vas a hacer, Howard?

—Nada.

—¿Quieres que les confiese a todos la verdad? ¿A todo el mundo?

—No.

Después de un instante, Keating murmuró:

—¿Quieres que te dé los honorarios... todo... y...? — Roark se sonrió—. Lo siento... —murmuró Keating, separando la mirada.

Esperó y después de la súplica supo que no debía finalizar así:

—Estoy asustado, Howard...

—Cualquier cosa que haga, no será para perjudicarte, Peter. Yo también soy culpable. Ambos lo somos.

—¿Tú culpable?

—Soy yo quien te ha destrozado desde el principio por ayudarte. Hay asuntos en los cuales uno no debería dar ni pedir ayuda. Yo no debería haberte hecho los proyectos de Stanton. No debería haberte hecho el edificio Cosmo-Slotnick, ni Cortland. Te he dado una carga mayor de la que tú podías soportar. Es como una corriente eléctrica demasiado poderosa para el circuito. Acaba con el fusible. Ahora ambos lo pagaremos. Será duro para ti, pero para mí será más duro.

—Deberías más bien... ¿Me voy a casa ahora, Howard?

—Sí.

En la puerta Keating agregó:

—¡Howard! No lo hicieron a propósito.

—Eso es lo peor.

Dominique oyó el ruido del auto que subía por la colina. Pensó que era Wynand, que volvía. Desde hacía dos semanas, es decir, desde que había regresado, trabajaba hasta muy tarde en la ciudad.

El ruido del motor llenaba el silencio primaveral de la campiña. No había ruidos en la casa, solamente el leve susurro de su cabello al rozar contra el almohadón del sofá, conforme apoyaba la cabeza en él. En un momento no tuvo conciencia de escuchar la aproximación del auto, tan familiar a esa hora, como parte de la soledad y del aislamiento externo.

Oyó que el auto se detenía junto a la puerta. La puerta nunca estaba cerrada con llave, aunque no hubiera vecinos ni invitados a quienes esperar. Oyó la puerta que se abría y los pasos en el vestíbulo, escalera arriba. Los pasos no se detenían, marchaban con familiar seguridad por la escalera. Una mano levantó el picaporte. Era Roark. Ella se dijo, mientras se ponía en

pie, que nunca había entrado en su habitación, pero conocía todos los rincones de la casa. No sintió ninguna impresión, sino el recuerdo de una, una del tiempo pasado, un pensamiento. Ahora, mientras estaba delante de él, todo le parecía muy simple.

Ella pensó: «Lo más importante nunca ha sido dicho entre nosotros. Ha sido siempre dicho así. Él no quería verme sola. Ahora está aquí. Esperé y estoy dispuesta.»

—Buenas noches, Dominique.

Oyó que el nombre que pronunciaba llenaba el espacio de cinco años. Dijo tranquilamente:

—Buenas noches, Roark.

—Quiero que me ayudes.

Ella había estado de pie en el andén de la estación de Clayton (Ohio), en el sitio de los testigos durante el juicio de Stoddard, en la cantera, para poder escuchar en aquel momento la frase que acababa de pronunciar él.

—Sí, Roark.

Anduvo por la habitación que había diseñado para ella, y se sentó frente a ella, quedando entre los dos todo el espacio de la habitación. Dominique se encontró sentada sin haber tenido conciencia de sus propios movimientos, y sí de los de él, como si su cuerpo contuviese dos sistemas nerviosos: el de él y el de ella.

—El próximo lunes a la noche, Dominique, con más exactitud a las once y media, quiero que vayas a Cortland Homes.

Ella advirtió que tenía conciencia de sus párpados, no conciencia dolorosa, sino simplemente conciencia, como si estuviesen cerrados y no fuese posible abrirlos. Había visto el primer cuerpo de edificios de Cortland. Sabía lo que iba a escuchar.

—Debes ir sola en tu automóvil y debes llegar allí en camino de vuelta hacia tu casa desde algún lugar adonde hayas ido de visita de acuerdo con una cita previa. Un lugar al cual se pueda llegar desde aquí yendo por Cortland. Debes poderlo probar después.

Quiero que tu auto salga de la estación de servicio que está frente a Cortland a las once y media. Tocarás la bocina. Hay un sereno allí. Saldrá. Pídele que te preste ayuda y envíalo al garaje más próximo, que está a una milla de allí.

—Sí, Roark —dijo con firmeza.

—Cuando se haya ido, tú bajarás del automóvil. Hay una gran extensión de terreno baldío junto a la carretera que cruza por el edificio y una especie de zanja más allá. Camina hasta esa zanja lo más aprisa; que puedas, métete en su interior y permanece allí echada. Después de un momento puedes volver al auto. Tú sabrás cuando debas volver. Tratarás de que se te encuentre en el auto y que tu estado esté de acuerdo con el del automóvil, aproximadamente.

—Sí, Roark.

—¿Has comprendido?

—Sí.

—¿Todo?

—Sí, todo.

Se quedaron de pie. Ella miraba solamente sus ojos y él estaba sonriéndose.

Ella le oyó decir:

—Buenas noches, Dominique.

Salió y oyó que su auto se alejaba. Se acordó de su sonrisa.

Ella sabía que Roark no necesitaba ayuda en lo que iba a hacer, podía encontrar otros medios para desembarazarse del sereno, pero quería dejarle a ella una parte de la obra, porque ella no habría sobrevivido a lo que iba a suceder si él no le hubiese dado una parte; y aquello era la prueba.

No había tenido necesidad de explicarlo, había querido que ella comprendiese y que no mostrase temor. No había podido aceptar el juicio de Stoddard, había huido ante el temor de verlo herido por el mundo, pero había convenido en ayudarlo en esto. Se había puesto de

acuerdo con serenidad completa. Era libre, y él lo sabía.

La carretera corría por las oscuras extensiones de Long Island, pero Dominique sentía como si estuviera conduciendo hacia una colina. Aquella era la única sensación anormal que tenía: la sensación de ascender, como si el auto corriera veloz y verticalmente. No quitaba los ojos del camino, pero el tablero al margen de su vista parecía el de un aeroplano. El reloj del tablero marcaba las once y diez.

Se divertía pensando: «Nunca he aprendido a conducir un aeroplano y ahora sé lo que se siente, algo como lo que siento ahora, un espacio sin obstáculos. Y sin peso. Esto parece que ocurriera en la estratosfera, ¿o es el espacio interplanetario donde una empieza a flotar y donde no existe la ley de la gravedad?» Se rió a carcajadas.

Nada más que aquella sensación de elevarse... Lo demás era normal. Nunca había manejado un auto tan bien. Se detuvo a causa de las luces rojas que colgaban en el aire, en las intersecciones de las calles anónimas de ignorados suburbios. Doblaba esquinas, pasaba a otros autos y estaba segura de que aquella noche no le podía ocurrir ningún accidente: su coche estaba como dirigido por un remoto mando.

Se sintió libre de tener que pensar, salvo en pequeñas cosas, y pudo sentir despreocupación y... frivolidad: se sintió completamente frívola. Era una claridad más normal que la normal, así como el cristal es más transparente que el aire vacío. Nada más que cosas pequeñas; la seña final de su *short*, el vestido negro y la forma en que estaba tirado sobre sus rodillas, la flexión de los dedos del pie cuando los movía dentro del calzado.

Había estado muy contenta durante la comida que había ofrecido la esposa de un banquero, uno de los amigos importantes de Gail, cuyo nombre no podía recordar en aquel momento. Había sido una comida

maravillosa en una gran mansión de Long Island. Ellos se habían alegrado al verla y lamentaron que Gail no hubiera podido asistir. Había comido todo lo que le pusieron por delante. Había tenido un espléndido apetito, como en raras ocasiones, en su niñez, cuando volvía corriendo a casa después de haber pasado el día en el bosque.

En la mesa había entretenido a los huéspedes con relatos de su infancia, los había hecho reír y había sido la cena más alegre que los dueños de la casa recordaban. Después, en el salón, con las ventanas totalmente abiertas al cielo oscuro, un cielo sin luna, había seguido charlando y riendo. Había sentido afecto por aquellas personas y ellas lo habían advertido; hubiera amado a cualquier ser en cualquier lugar de la tierra y por eso una mujer había dicho: «Dominique, ¡no sabía que usted fuese tan maravillosa!», y ella había contestado: «Es porque no tengo ninguna preocupación, en absoluto.»

Pero en realidad no se preocupaba de nada, excepto de su reloj de pulsera y de que debía salir de aquella casa a las 10,50. No tenía idea de lo que debiera decir para partir, pero a las 10,45 ya lo había dicho correcta y convincentemente, y a las 10,50 su pie ya estaba en el acelerador.

Era un coche negro con tapicería de cuero rojo. Pensó cuan hermosamente John, el chófer, había cuidado el tapizado. Nada debía ser olvidado en el auto y era propio que pareciese mejor que nunca en su último viaje. Como una mujer en su primera noche. «Yo nunca me vestí para mi primera noche, no tuve primera noche, sólo algo que me fue arrancado y el gusto del polvo de la cantera en mis dientes.»

Cuando vio líneas verticales negras con puntos de luz que ocupaban el cristal de las ventanillas, se preguntó qué le había pasado al cristal. Entonces se dio cuenta de que marchaba a lo largo del East River y que al otro lado estaba Nueva York. Se rió y se dijo: «No es



Nueva York, es un cuadro de familia pegado en el cristal de mi automóvil.»

La figura del sereno era de quince pulgadas de altura, a lo lejos. «Cuando sea de diez pulgadas daré comienzo», se dijo Dominique. Estaba junto a su coche y quería que el sereno caminase más aprisa.

El edificio era una masa negra que apuntaba al cielo en un sitio. El resto del cielo se combaba, descendiendo sobre una extensión llana de terreno. Dominique sintió un guijarro bajo la suela del zapato, era molesto; pero, si movía el pie, produciría ruido. Se dio cuenta de que Roark estaba en el edificio; la amplitud de la calle lo separaba de ella. No había ruido alguno ni luz en el edificio, solamente cruces blancas en las ventanas negras. Él no necesitaba luz, conocía bien cada vestíbulo, cada escalera. El sereno había desaparecido. Dio un tirón a la puerta del auto. Tiró al interior su cartera y su sombrero y le dio un empujón a la puerta para cerrarla. Oyó el ruido que produjo el portazo y cruzó la calle, corriendo, hacia el área vacía, que la separaba de la construcción.

Sentía que la seda de su traje se pegaba a sus piernas y le servía como un propósito tangible de fuga, para empujar contra aquello, para pasar ligero aquella carrera, tan rápido como pudiese. Había hoyos y secos rastros en la tierra. Se cayó una vez, pero lo advirtió sólo cuando volvió a correr.

Vio la zanja en la oscuridad, cayó de rodillas en el fondo y después se echó boca abajo, con la boca aplastada contra la tierra.

Sintió el golpe en sus muslos y retorció su cuerpo, en una larga convulsión, para poder sentir la tierra con sus piernas, con su pecho, con la piel de sus brazos. Era como estar en el lecho de Roark.

El ruido fue un puñetazo en la nuca. Sintió el empuje de la tierra contra ella cayendo del borde de la zanja. La parte superior del edificio Cortland se había inclinado y

colgaba todavía mientras una franja roja del cielo iba apareciendo lentamente. Como si el cielo estuviera rebanando el edificio por la mitad. Después la franja se transformó en una luz de color azul turquesa; luego sólo ventanas y vigas enarboladas en el aire, el edificio extendiéndose en el cielo en una lengua roja, fina y larga que nacía en el centro; luego otro golpe como de puño y en seguida un relámpago cegador y los cristales de los rascacielos, a través del río, brillando como lentejuelas.

No recordaba que Roark le había ordenado que estuviera tendida, pues estaba de pie, mientras los vidrios y hierros retorcidos llovían a su alrededor. A la luz del relámpago, cuando las paredes se desmoronaron y el edificio se abrió como un sol que estalla, Dominique pensó que Roark estaba allí, en algún sitio un poco más allá. Era el constructor que tenía que destruir, que conocía cada punto crucial de aquella estructura, que había hecho la armonía delicada de peso y de apoyo. Al pensar en él, que debía seleccionar los mejores sitios para que sobreviniera la explosión, se le ocurrió pensar en un médico que se convirtiese en asesino y que golpeará con pericia a un mismo tiempo, el corazón, el cerebro y los pulmones. Él estaba allí contemplando la destrucción y lo que le pasaba era peor de lo que ocurría al edificio. Pero allí estaba dándole la bienvenida.

Dominique vio la ciudad envuelta en luz durante medio segundo. Para distinguir los bordes de las ventanas y las cornisas que estaban a millas de distancia; pensó en las habitaciones oscuras y en los tejados lamidos por el fuego; vio las cimas de las torres que se iluminaban en el cielo: su ciudad y la de él. «¡Roark! —gritó—. ¡ Roark! ¡Roark!» No se daba cuenta que estaba gritando. No podía oír su voz.

Después corrió por el campo hacia las ruinas humeantes, corrió sobre los cristales rotos, posando su

pie con fuerza en cada paso que daba, porque le gustaba el dolor que sentía. Oyó el aullido de las sirenas a lo lejos.

El automóvil estaba allí, aunque las ruedas posteriores estaban aplastadas bajo una pieza de máquina y tenía la puerta de un ascensor sobre la capota. Dominique se arrastró hasta el asiento. Debía aparecer como si no se hubiese movido de allí. Juntó del suelo brazadas de cristales y los volcó en su falda, sobre su cabeza. Tomó un trozo de vidrio y se cortó la piel del cuello, de sus piernas, de sus brazos. No era dolor lo que sentía. Vio que la sangre brotaba de su brazo y corría por la falda, empapando la seda negra, escurriéndose entre los muslos. Su cabeza cayó hacia atrás, la boca abierta, jadeante. No quería contener la sangre. Era libre. Era invulnerable. No sabía que había cortado una arteria. Se sentía ligera. Se reía de la ley de gravedad.

Cuando la encontraron los ocupantes del primer auto de policía que llegó al lugar, estaba inconsciente; unos pocos minutos más y hubiera muerto.

### XIII

Dominique echó una ojeada al dormitorio de su casa de la ciudad. Era su primer contacto con cosas conocidas. Sabía que había sido llevada allí después de muchos días pasados en un hospital. El dormitorio parecía barnizado con luz. «En esa claridad de cristal sobre todas las cosas —se dijo—, eso se ha quedado, quedará para siempre.» Vio que Wynand estaba a sus

pies. La observaba. Parecía contento.

Se acordaba de haberle visto en el hospital. No parecía contento entonces. Sabía que el médico le había dicho la primera noche que Dominique no sobreviviría. Ahora estaba de vuelta. Sentía los vendajes en el cuello, en las piernas, en los brazos.

—¡Tú produjiste la explosión, tontita! —dijo Wynand dichoso—. ¿Por qué tenías tú que hacer esa obra tan buena?

Sobre la almohada blanca, con el cabello de oro y un traje blanco de hospital de cuello alto, parecía más joven que nunca, parecía casi una niña.

—Se me había terminado la gasolina —dijo—, estaba esperando allí, en mi auto, cuando de pronto...

—Ya le hice ese relato a la policía. Lo mismo dijo el sereno. Pero ¿no sabías que debías manejar los cristales con discreción?

Ella pensó que Gail parecía cansado y muy confidencial. Algo había cambiado para él, en el mismo sentido.

—No me dolió —dijo ella.

—La próxima vez, cuando quieras hacer el papel de inocente transeúnte, déjame que yo te lleve en el auto.

—Sin embargo, ellos lo creen, ¿no?

—¡Oh, sí, ellos lo creen! Tienen que creerlo. Tú casi te mueres. No veo por qué tuvo que salvar la vida del sereno y casi perder la tuya.

—¿Quién?

—Howard, querida, Howard Roark.

—¿Qué tiene que ver en esto?

—Querida, no te está interrogando la policía. Serás interrogada, no obstante, y tendrás que ser más convincente que hasta ahora. Sin embargo, estoy seguro de que tendrás éxito. No pensarás en el juicio de Stoddard.

—¡Oh!

—Lo hiciste entonces y lo harás siempre. Pienses lo

que pienses de él, siempre sentirás lo mismo que yo respecto a su obra.

—Gail, ¿estás contento de que lo haya hecho?

—Sí.

Ella observó que le miraba la mano colocada al borde de la cama. Después se puso de rodillas, posó sus labios sobre la mano, sin tocarla con los dedos, sólo con la boca. Era la única confesión que se permitía de los días que ella había pasado en el hospital. Dominique levantó la otra mano y le acarició los cabellos. Ella pensó: «Sería peor para ti si yo hubiera muerto, Gail; pero sería mejor, no te heriría, no habría dejado dolor en el mundo, nada comparable al hecho de que existimos él, tú y yo; tú has comprendido todo este asunto, pero no sabes que me has perdido.»

Wynand levantó la cabeza y se puso de pie.

—No quería hacerte ningún reproche. De ningún modo. Perdóname.

—No moriré, Gail. Me siento maravillosamente,

—Lo pareces.

—¿Lo han detenido?

—Está libre bajo fianza.

—¿Eres feliz?

—Estoy contento de que lo hayas hecho y que haya sido por él. Estoy contento de que él lo haya hecho. Tenía que hacerlo.

—Sí. Y será el juicio de Stoddard otra vez.

—No creas.

—¿Tú has buscado esta ocasión, Gail? ¿Durante todos estos años?

—Sí.

—¿Me dejas ver los diarios?

—No; hasta que te levantes, no.

—¿Ni siquiera el *Banner*?

—El *Banner* menos que ninguno.

—Te quiero, Gail. Si tú sigues leal hasta el fin...

—No me ofrezcas ningún soborno. No es entre tú y

yo. Ni siquiera entre él y yo.

—¿Y entre tú y Dios?

—Si quieres, llámalo así. Pero no lo discutamos hasta que esté terminado. Tienes un visitante que te espera abajo. Ha venido todos los días.

—¿Quién es?

—Tu amante. Howard Roark. ¿Quieres permitirle que te lo agradezca ahora?

La burla alegre, el tono con que dijo lo que estaba más lejos de pensar, le indicó a ella cuan lejos estaba Wynand de adivinar el resto.

—Sí. Quiero verlo, Gail. ¿Y si decido que sea mi amante?

—Os mataré a los dos. Ahora no te muevas, quédate tendida. El doctor dijo que tienes que ir despacio, tienes veintiséis heridas en distintas partes del cuerpo.

Wynand salió y ella le oyó bajar la escalera.

Cuando el primer agente de policía llegó al lugar de la explosión encontró detrás del edificio, junto a la orilla del río, los restos de la cápsula que había contenido la dinamita. Roark estaba junto a los restos, con las manos en los bolsillos, contemplando las ruinas de Cortland.

—¿Qué sabe de todo eso, compañero?

—Haría mejor deteniéndome —le contestó—. Hablaré en el Juzgado.

No había agregado una palabra más ante las preguntas que siguieron.

Wynand lo hizo poner en libertad bajo fianza en las primeras horas de la mañana. Wynand había estado tranquilo en la sala de primeros auxilios donde había visto las heridas de Dominique y donde le habían dicho que no viviría. Había conservado la misma serenidad cuando habló por teléfono e hizo levantar de la cama al juez del distrito para que permitiese que Roark saliese en libertad. Pero cuando estuvo en la oficina del alcaide de la pequeña cárcel del condado empezó a agitarse de súbito. «¡Tontos sanguinarios!», dijo entre dientes, y

continuó con todas las obscenidades que había aprendido a la orilla del río. Olvidó todos los aspectos de la situación, salvo que Roark estaba detrás de las rejas. Él era otra vez Wynand *el Largo* de Hell's Kitchen, y era la misma furia que había sentido cuando estaba detrás de la pared desmoronada esperando que lo mataran. Sólo que ahora sabía que era Gail Wynand, el dueño de un imperio, y no podía comprender por qué era necesario un procedimiento legal, por qué no destruía aquella cárcel con sus puños o por medio de sus diarios.

Se ocupaba en firmar papeles esperando que Roark saliera junto con él. Salieron juntos. Wynand estaba sereno. En el auto le preguntó:

—¿Fue usted, por supuesto?

—Por supuesto.

—Lucharemos juntos.

—Si usted quiere hacer su batalla.

—En la actualidad mi fortuna personal asciende a cuarenta millones de dólares. Será suficiente para pagar a un abogado o a la profesión íntegra.

—No quiero abogado.

—¡Howard! ¿Se va a someter a los fotógrafos otra vez?

—Esta vez no.

Roark entró en el dormitorio y se sentó en una silla junto al lecho. Dominique yacía tranquila, contemplándole. Se sonreían el uno al otro. Ella pensó que tampoco esta vez tenían nada que decirse.

—¿Estuviste en la cárcel?

—Pocas horas.

—¿Cómo era?

—No inicies una escena como Gail. Quizá tenga que volver a la celda por algunos años. Tú lo sabías cuando

estuviste de acuerdo en ayudarme.

—Sí. Lo sabía.

—Cuento contigo para que salves a Gail, si yo voy.

—¿Contar conmigo?

Él la miró y ella meneó la cabeza.

—¡Adorada!...

Sonó como un reproche.

—¿Sí? —murmuró Dominique.

—¿Sabes ahora que fue una trampa que te tendí?

—¿Cómo?

—¿Qué hubieras hecho, si no te hubiese pedido que me ayudaras?

—Hubiera estado contigo en tu departamento en la casa Enright, en este mismo momento, pública y abiertamente.

—Sí. Pero no ahora, pues tú eres la señora de Wynand, estás por encima de toda sospecha y el mundo cree que estabas en el lugar del suceso por casualidad. Si se enteran de cuál es el lazo que nos une, será lo mismo que si hubiese confesado que soy culpable.

—Ya lo veo.

—Quiero que te quedes tranquila. Si tienes pensamientos que te hagan desear participar en mi suerte, aléjalos. No te diré lo que pienso hacer, porque éste es el único modo que tengo de dominarte hasta que llegue el juicio. Dominique, si me condenan, quiero que te quedes con Gail. Cuento con eso. Quiero que te quedes con él y que nunca le digas nada de nosotros, porque tú y él os necesitaréis.

—¿Y si te absuelven?

—Entonces... —Eché una mirada a la habitación, el dormitorio de Wynand—. No quiero decírtelo aquí, pero tú lo sabes.

—¿Lo quieres mucho?

—Sí.

—Lo suficiente para sacrificar...

Él se sonrió:



—¿Siempre temiste eso desde que vine aquí por primera vez?

—Sí.

—Ni mi trabajo ni tú, Dominique. Nunca. Pero puedo hacer esto por él; puedo dejárselo si tengo que marcharme.

—Serás absuelto.

—No es eso lo que quiero escucharte.

—Si te condenan, si te encierran en la cárcel o te mandan a presidio; si tu nombre se ensucia con todos los titulares asquerosos; si no te permiten que hagas el proyecto de otro edificio; si no me permiten que te vea, no importará. No mucho.

—Esto es lo que quería escuchar de ti desde hace diez años, Dominique.

Le tomó la mano y se la llevó a los labios, y ella los sintió donde un momento antes se habían posado los labios de Wynand. Después Roark se puso de pie.

—Esperaré —dijo ella—. Me quedaré quieta. No me acercaré a ti, te lo prometo.

Roark se sonrió y asintió con la cabeza. Al punto la dejó.

«Ocurre, en raras ocasiones, que las fuerzas del mundo, demasiado grandes para ser abarcadas, se enfocan en un solo acontecimiento, como los rayos reunidos por una lente en un punto de brillo superlativo, para que sean visibles a todos. Un acontecimiento tal es el ultraje a Cortland. Aquí podemos observar el mal que ha quebrantado nuestro planeta desde el día de su nacimiento en el fango cósmico. El *ego* de un hombre en contra de todos los conceptos de misericordia, de humanidad y de fraternidad. Un hombre que destruye el hogar futuro de los desheredados. Un hombre que condena a miles al horror de las viviendas miserables, a

la suciedad, a la enfermedad, a la muerte. Cuando una sociedad que despierta hace un esfuerzo poderoso para redimir a los desheredados, cuando los talentos mejores de la sociedad se unen para crear un hogar decente para ellos, el egotismo de un hombre destruye la construcción de los otros. ¿Y por qué? Por una vaga cuestión de vanidad personal, por un vacío engreimiento. Lamento que las leyes de nuestros Estados no dispongan nada más que una sentencia de prisión contra este crimen. Ese hombre debería perder la vida. La sociedad necesita tener el derecho de poder desembarazarse de hombres tales como Howard Roark.»

De este modo se expresó Ellsworth Toohey en las páginas de *Nuevas Fronteras*. Los ecos le respondieron en todo el país. La explosión de Cortland duró medio minuto. La explosión de la furia pública continuó.

Roark había sido procesado ante un jurado numeroso; había declarado ser inocente, y rehusó hacer cualquier otra declaración. Roark había sido puesto en libertad bajo fianza, provista ésta por Gail Wynand, y esperó el juicio.

Hubo muchas especulaciones con este motivo. Algunos decían que era celo profesional. Otros manifestaron que había cierta similitud entre el diseño de Cortland y el estilo de Roark, y que Keating, Prescott y Webb podían haber pedido prestado algo a Roark — «una adaptación legítima»; «no hay derecho de propiedad en las ideas»; «en una democracia el arte pertenece al pueblo»—, y que Roark había sido impulsado por la sed de venganza de un artista que considera que lo han plagiado.

Nada de ello era muy claro, pero nadie se preocupó mucho del motivo. El resultado era simple; un hombre contra muchos. No tenía derecho a tener un motivo. Un hogar edificado para los pobres, después de diez años, durante los cuales se ha enseñado que la caridad y el

sacrificio personal constituyen algo que no debe ser discutido. Contra eso, un hombre que no desea servir ni ser gobernado. Y que, por consiguiente, ha cometido el único crimen imperdonable.

Gordon L. Prescott y Gus Webb se divertían en comidas y en *cocktails*; eran tratados con ternura, con solicitud extraña, como si fueran los supervivientes de un desastre. Decían que no alcanzaban a comprender qué motivo posible había podido tener Roark, y pedían justicia.

Peter Keating no iba a ninguna parte. No quiso leer los diarios. No quiso ver a nadie. Pero publicó una declaración escrita donde manifestaba que él no creía que Roark fuese culpable. Su declaración contenía una última frase extraña, que decía: «Dejadlo solo; ¿no podéis dejarlo solo?»

Grupos del Consejo de Constructores Estadounidenses se paseaban frente al edificio Cord. No tenían objeto, porque no había trabajo en la oficina de Roark. El trabajo que iba a comenzar había sido cancelado.

Había unanimidad. La aprendiz con las uñas de los pies pintadas, la esposa que compraba zanahorias en los carritos ambulantes; el tenedor de libros que había querido ser pianista, pero tenía el pretexto de sacrificarse por una hermana; el hombre de negocios que odiaba su negocio; el obrero que odiaba su trabajo; el intelectual que odiaba a todo el mundo: todos estaban unidos, como hermanados por el odio común que aliviaba el aburrimiento y los sacaba de sí mismos. Unanimidad en todos los lectores. Unanimidad en la Prensa.

Gail Wynand estuvo en contra de la corriente.

—¡Gail! —había aullado Alvah—. ¡No podemos defender a un dinamitero!

—Cállese, Alvah —le había dicho Wynand—, antes de que le haga tragarse los dientes.

Gail Wynand estaba solo en su oficina. La cabeza echada hacia atrás, contento de vivir como había vivido en el muelle en una noche oscura, contemplando las luces de la ciudad.

«En medio de los inmundos aullidos que nos rodeaban —dijo un editorial del *Banner*, firmado por Gail Wynand en grandes caracteres—, nadie parece recordar que Howard Roark se entregó por su propia voluntad. Si hubiese hecho saltar el edificio, ¿se hubiera quedado en el lugar del siniestro para ser detenido? Pero nosotros no esperamos descubrir sus razones. Le hemos condenado sin oírlo. Queremos que sea culpable. Estamos gozosos con su caso. Lo que uno oye no es indignación, es deleite. Cualquier maniático ignorante, cualquier hombre indigno, de ánimo infantil, que comete un crimen repugnante, consigue de nosotros gritos de simpatía y adiestra un ejército de defensores humanitarios; pero un hombre de genio es culpable por definición. Concedido que es una viciosa injusticia condenar a un hombre simplemente porque es débil y pequeño; ¿a qué nivel de degradación ha descendido la sociedad cuando condena a un hombre porque es fuerte y grande? Sin embargo, tal es la atmósfera moral de nuestro siglo, el siglo de la clase media.»

«Hemos oído vocear —decía otro editorial de Wynand— que Howard Roark pasa su carrera en los tribunales. Bien, es cierto. Si un hombre como Roark está en pleito con la sociedad toda su vida, ¿a quién se procesa: a Roark o a la sociedad?»

«Nunca nos hemos esforzado por comprender qué constituye la grandeza del hombre y cómo reconocerla —decía otro editorial de Wynand—. Hemos llegado a tener una clase de fastidioso estupor: que la grandeza debe ser medida por el propio significado. El sacrificio personal, babearnos, es la virtud fundamental. Detengámonos y pensemos un momento. ¿Es una virtud el sacrificio? ¿Sacrificar la integridad? ¿El horror? ¿La

libertad? ¿El ideal? ¿Las convicciones? ¿La independencia del pensamiento? Pero éstas son las posesiones supremas del hombre. Todo lo que ceda por ellas no es un sacrificio, sino un fácil negocio. ¿No deberíamos dejar de predicar una tontería tan perjudicial y viciosa?»

Este editorial fue citado en *Nuevas Fronteras* y en muchos otros diarios, reproducido en un recuadro bajo el encabezamiento: *¡Miren quién habla!*

Gail Wynand se rió. La oposición lo nutría y lo hacía más fuerte. Era una guerra, y él no se había comprometido en una guerra verdadera desde hacía años, ni siquiera desde la época en que echó los cimientos de su imperio entre los gritos de protesta de todos los de la profesión. Le fue concedido lo imposible, el sueño que tiene todo hombre: la suerte y la intensidad de la juventud para usarlas con la sabiduría de la expresión. Un nuevo comenzar, y la tensión al mismo tiempo. «He esperado y he vivido para esto», se dijo. Sus veintidós diarios, sus revistas, sus noticiarios recibieron órdenes: «Defender a Roark. Hacer propaganda a Roark ante el público. Hacer frente al linchamiento.»

«Cualesquiera que sean los hechos —les explicó Wynand a sus redactores—, éste no va a ser un juicio basado en los hechos. Es un juicio de la opinión pública. Nosotros siempre hemos hecho la opinión pública. Hagámosla. Volquémosla a Roark. No me preocupa cómo lo hagan. Los he enseñado ya. Son sobre expertos en convencer. Muéstrenme ahora su capacidad.»

Le respondieron con el silencio y se miraron unos a otros. Pero obedecieron.

El *Banner* publicó una foto de la casa de Enright con el título: *¿Éste es el hombre que ustedes quieren destruir?* Una foto de la casa de Wynand: *Hagan una semejante, si pueden.* Una fotografía de Monadnock Valley: *¿Éste es el hombre que no ha contribuido a la*

*sociedad?*

El *Banner* comenzó a publicar la biografía de Roark con la firma de un escritor que nadie conocía; la había escrito Gail Wynand. El *Banner* publicó una serie de procesos famosos en los cuales nombres inocentes habían sido condenados por el prejuicio de la mayoría del momento. El *Banner* publicó artículos sobre hombres que habían sido martirizados por la sociedad: Sócrates, Galileo, Pasteur, pensadores, hombres de ciencia, una larga línea heroica: un hombre que está solo es un hombre que desafía a los hombres.

—¡Pero, Gail, por el amor de Dios: era un barrio de casas baratas! —se quejó Alvah Scarret.

Wynand lo miró impotente.

—Sospecho que es imposible hacerles comprender a ustedes, tontos, que nada tiene que ver con eso. Está bien. Hablaremos de los barrios de casas baratas.

El *Banner* hizo una revelación de los fraudes que había habido en la construcción de viviendas: el injerto, la incompetencia, las construcciones levantadas cinco veces más costosas de lo que habría necesitado un edificio privado, los establecimientos edificados y abandonados, la horrible realización aceptada, admirada, perdonada, protegida por la vaca sagrada del altruismo. «El infierno está pavimentado de buenas intenciones —dijo el *Banner*—. ¿Será quizá porque nosotros nunca hemos sabido distinguir cuáles intenciones son las buenas?»

Gail Wynand escribía los editoriales del *Banner* de pie, en la redacción. Lo hacía como siempre, en una gran hoja, con lápiz azul, en letras de una pulgada. Firmaba con las iniciales G. W. Las famosas y difundidas iniciales nunca habían ostentado tal aire de orgullo temerario.

Dominique había vuelto a la casa de campo. Wynand regresaba por la noche, tarde. Llevaba a Roark tan a menudo como podía. Sentábanse juntos en el

*living*, con las ventanas abiertas hacia la noche de primavera. Los techos oscuros de la colina descendían suavemente desde el lago hasta los muros de la casa y el lago brillaba entre los árboles, a lo lejos. No hablaban del proceso, pero Wynand estaba en medio de la habitación y decía:

—Muy bien; toda la carrera del *Banner* ha sido despreciable. Pero esto lo vindicará todo. Dominique, sé que tú nunca has sido capaz de comprender por qué no he sentido vergüenza de mi pasado. Por qué amo al *Banner*. Ahora verás la respuesta. El poder. Tengo un poder que nunca he probado. Ahora verás la prueba. Pensarán lo que yo quiero que piensen. Harán como yo digo. Howard les habrá retorcido de tal forma, que no habrá jurado que se atreva a condenarlo.

No podía dormir de noche. No sentía deseos de dormir.

—Idos a dormir —les decía a Roark y a Dominique—. Yo iré dentro de unos minutos.

Más tarde, Dominique desde su dormitorio y Roark desde el cuarto de huéspedes, oían los pasos de Wynand, que recorría la terraza durante horas, con una gozosa intranquilidad en el ruido; cada paso era como una frase anclada, como una declaración que golpeaba en el piso.

Una vez, cuando Wynand les despidió, ya tarde, Roark y Dominique subieron juntos la escalera y se detuvieron en el primer descanso. Oyeron el violento rasguído de un fósforo en el vestíbulo, un ruido que implicaba el cuadro de una mano que había hecho un movimiento violento para encender el primero de los cigarrillos de una serie que duraría hasta la aurora, un puntito de fuego que cruzaba y volvía a cruzar la terraza entre el resonar de los pasos.

Miraron hacia abajo y se miraron el uno al otro.

—Es horrible —dijo Dominique.

—Es grande —dijo Roark.

—Él no puede ayudarte; no interesa lo que él haga.

—Ya sé que él no puede. Ésa es la cuestión.

—Está arriesgándose por salvarte. No sabe que me perderá si te salvas.

—Dominique, ¿qué será peor para él: perderte a ti o perder su campaña? —Ella asintió con la cabeza, comprendiendo. Él agregó—: Tú sabes que esto, no es lo que él quiere salvar. Yo no soy nada más que el pretexto.

Dominique levantó la mano. Tocó la mejilla de Roark: una débil presión con la yema de los dedos. No se podía permitir nada más. Se volvió y marchó a su habitación. Después oyó cuando Roark cerraba la puerta de la suya.

«¿No es lo que corresponde —escribió Lancelot Clokey en un artículo— que Howard Roark sea defendido por los diarios de Wynand? Si alguien duda de los problemas morales involucrados en este caso aterrador, aquí está la prueba de lo que es cada uno y dónde se halla situado. Los diarios de Wynand, esa plaza fuerte del periodismo amarillo, de la vulgaridad, de la corrupción, de las ruindades, que organizó el insulto al gusto público y a la decencia; ese submundo intelectual, gobernado por un hombre que tiene menos concepto de los principios que un caníbal, los diarios de Wynand son los campeones propios de Howard Roark, y Howard Roark es un héroe apropiado. Después de una vida destinada a destruir la integridad de la Prensa, es justo que Wynand ayude al dinamitero más bruto que haya existido jamás.»

«Todas estas palabras elegantes que circulan —dijo Gus Webb en un discurso— son pura charla. La verdad es ésta: que Wynand ha acumulado muchísimo dinero desplumando a los tontos en los negocios de bienes raíces. ¿Puede gustarle a él que el Gobierno intervenga en su negocio y lo aparte para que los pobres puedan tener un techo bajo el cual cobijarse y un baño moderno



para sus hijos? Pueden apostar la cabeza: no le agrada. Por nada del mundo. Esto es una maniobra que han hecho entre los dos, entre Wynand y su amigo el pelirrojo. Y si les interesa saber lo que pienso, les diré que ese amigo le ha sacado bastante dinero a Wynand para hacer ese trabajo.»

«Lo sabemos de fuente insospechable —escribía un diario de izquierda—. Cortland sólo ha sido el primer paso de un plan gigantesco para destruir todos los barrios de casas baratas, todas las plantas eléctricas, oficinas de Correos y escuelas públicas de Estados Unidos. La conspiración la encabezaba Gail Wynand, como podemos ver, y otros capitalistas abotagados de su clase, incluyendo a algunos de nuestros más grandes ricachos.»

«Demasiada poca atención ha sido concedida al punto de vista femenino en este asunto —escribió Cally Brent en *Nuevas Fronteras*—. La parte que correspondió a la señora Wynand es ciertamente dudosa por decir lo menos. ¿No es una coincidencia bien extraña que la señora Wynand mandara tan convenientemente al sereno en el momento preciso? ¿Y que su marido esté poniendo ahora el grito en el cielo para defender a Roark? Si no estuviéramos cegados por un estúpido sentido de galantería, pasado de moda, en lo que respecta a lo que se llama una mujer, no deberíamos permitir que esa parte del asunto se mantuviera secreta. Si no estuviésemos intimidados por la posición social de la señora Wynand y por el así llamarlo prestigio de su marido, tendríamos que hacer unas preguntas acerca de la historia que casi le cuesta la vida a ella. Los médicos pueden ser comprados, como cualquier otra persona, y el señor Wynand es un experto en tales cuestiones.»

«La posición tomada por la Prensa de Wynand —escribió un pacífico diario conservador— es inexplicable y desgraciada.»

La circulación del *Banner* disminuía semana tras

semana; la rapidez se aceleraba en el descenso, como si fuera un ascensor sin frenos. Los carteles y los botones con la inscripción «Nosotros no leemos a Wynand» aumentaban en las paredes, en las carteleras del Metro, en los parabrisas, en las solapas de las chaquetas. Los noticiarios de Wynand eran silbados en los cinematógrafos. El *Banner* desaparecía de los puestos de diarios en las esquinas. Los vendedores tenían que llevarlos, pero los escondían debajo de los mostradores y los mostraban a regañadientes y sólo a petición. El terreno había sido preparado; los pilares carcomidos durante tanto tiempo recibían el impacto final con el caso Cortland.

Roark fue casi olvidado en la tormenta de indignación que estalló contra Wynand. Las protestas más iracundas procedían del propio público de Wynand: de los clubs de mujeres, de los pastores, de las madres, de los comerciantes al por menor. Alvah Scarret tuyo que irse de la habitación, donde se llenaban cada día los cestos con cartas al editor; él empezó a leer las cartas, pero sus amigos de la redacción, trataron de evitarle la repetición de la experiencia, temiendo que le diese un ataque.

Los redactores del *Banner* trabajaban en silencio. Unos pocos renunciaron. El resto continuaba trabajando, lenta, pausadamente, a la manera de hombres sujetos con cinturones salvavidas que esperan lo inevitable.

Gail advirtió un *tempo* moroso en todas las acciones que se ejecutaban en torno a él. Cuando entraba en el edificio del *Banner*, los empleados interrumpían el trabajo ante su vista; cuando les hacía una inclinación de cabeza, la contestación al saludo la hacían con un segundo de retraso; cuando caminaba y se volvía, les sorprendía mirándole fijamente. El «sí, señor Wynand» con que siempre habían contestado a sus órdenes, sin un momento de interrupción entre la última sílaba de la voz de Wynand y la primera letra de la respuesta, llegaba

ahora tarde y la pausa tenía una forma tangible, de manera que la respuesta sonaba como una frase que no era continuada, sino precedida de un signo de interrogación. *Una Vocecita* guardó silencio respecto al caso Cortland. Wynand había citado a Toohey al día siguiente de la explosión y le había dicho:

—Escuche. Ni una palabra en su columna. ¿Comprende? Lo que haga o vocifere afuera, no es cuestión mía... por ahora. Pero si grita demasiado lo tendré en cuenta cuando esto pase.

—Sí, señor Wynand.

—En lo que se refiere a su columna, usted es sordo, mudo y ciego. No ha oído ninguna explosión. No sabe qué significa la palabra Cortland mientras esté en esta casa.

—Sí, señor Wynand.

—Y que no le vea demasiado por aquí.

—Sí, señor Wynand.

El abogado de Wynand, un viejo amigo que le había prestado sus servicios durante muchos años trató de frenarle.

—Gail, ¿qué ocurre? Está actuando como un chico. Como un inexperto aficionado. Vuelva en sí, hombre.

—Cállese —dijo Wynand.

—Gail, usted es el mejor periodista del mundo. ¿No es evidente? Una causa impopular es peligrosa para cualquiera. Para un diario popular es un suicidio.

—Si no se calla, lo mandaré con la música a otra parte y tomaré otra ave negra.

Wynand empezó a discutir el asunto con los hombres prominentes que encontraba en los banquetes de gente de negocios. Nunca había discutido sobre ningún tema, nunca había alegado. Había arrojado, simplemente, declaraciones concluyentes a los sumisos auditorios. Ahora no encontraba quien lo escuchara. Hallaba un silencio indiferente, mitad aburrimiento y mitad resentimiento. Aquellos que habían escuchado

religiosamente cada palabra suya acerca del mercado de títulos, de la compraventa de propiedades, de los anuncios, de los políticos, no tenían interés en sus opiniones sobre el arte, la grandeza y la justicia abstractas.

Oíapocas respuestas:

—Sí, Gail, sí, seguro. Pero, por otra parte, creo que fue el egoísmo del hombre. Y ésta es la perturbación del mundo de hoy: el egoísmo. Hay demasiado egoísmo en todas partes. Eso es lo que Lancelot Clokey dijo en su libro, un libro lindo, cuyo contenido íntegro se refiere a la infancia. Léelo. Vi su foto con Clokey. Clokey ha estado en todo el mundo, sabe lo que dice.»

«Sí, Gail, pero ¿no está pasado de moda? ¿Cuál es la obra de ese gran hombre? ¿Qué es lo grande de un albañil? ¿Quién es grande, en último caso? No somos más que un conjunto de glándulas y de productos químicos y de cualquier cosa, que hemos tomado en el desayuno. Creo que Lois Cook lo explicó muy bien en ese hermoso libro, ¿cómo se llama?, ¡ah!, sí, *El cálculo biliar galante*. Sí, señor. Su propio *Banner* le hizo una propaganda ruidosa a ese librito.»

«Pero, mire, Gail, él debería haber pensado en las demás personas antes de haber pensado en sí mismo. Creo que un hombre que carece de amor no puede ser bueno. Lo he oído en una obra de teatro, anoche; era una gran obra, la última obra de Ike, ¿cómo diablos es su apellido? Usted debería verla; su propio Jules Fougler dice que es un poema dramático valiente y tierno.»

«Usted descubre un caso bueno, Gail, y yo no sabría qué decir en contra, pues no sé dónde se halla el error, pero no me suena bien, porque Ellsworth Toohey (no me interprete mal, no estoy de acuerdo con los puntos de vista políticos de Toohey, en absoluto; sé que él es izquierdista, pero por otra parte usted tiene que admitir que es un gran idealista, con un corazón tan grande

como una casa); bien, Ellsworth Toohey dijo...»

Éstos eran los millonarios, los banqueros, los industriales, los comerciantes los que no podían comprender por qué el mundo se iba al diablo, aunque se lamentaban de ello.

Una mañana, cuando Wynand descendió de su automóvil frente al edificio del *Banner*, una mujer se precipitó contra él cuando atravesaba la acera. Lo había estado esperando en la entrada. Era gorda y de edad madura. Llevaba un asqueroso traje de algodón y un sombrero arrugado. Tenía una cara pegajosa, hinchada, una boca deforme y ojos negros, redondos y brillantes. Se puso delante de Gail Wynand y le arrojó a la cara un ramo de hojas de remolacha podridas. No tenía remolachas el ramo; no era nada más que hojas, blandas, viscosas, atadas con un hilo. Le dieron en la cara y cayeron en la acera.

Wynand se quedó inmóvil. Miró a la mujer. Vio la carne blanca, la boca abierta que colgaba triunfante, el rostro con una maldad desafiante. Los transeúntes la agarraron, y empezó a gritar obscenidades indecibles. Wynand levantó la mano, sacudió la cabeza, haciendo un ademán para que la dejaran, y entró en el *Banner* con una mancha amarillo-verdosa en la mejilla.

—Ellsworth, ¿qué vamos a hacer? —gimió Alvah Scarret—. ¿Qué vamos a hacer?

Ellsworth Toohey se sonrió.

—¿Por qué no deja esa porquería, Ellsworth? ¿Por qué no estalla algo para que pueda quitar eso de la página primera? ¿No podríamos inventar un susto con una situación internacional o algo por el estilo? En los años que tengo nunca he visto a la gente ir tan insensatamente detrás de algo tan pequeño. ¡La obra de un dinamitero! ¡Cristo! Ellsworth, eso es un relato para la última página. Los teníamos cada mes, prácticamente, con cada huelga. ¿Se acuerda? La huelga de los peleteros, la huelga de los limpiadores de trajes... ¡Oh,

qué diablos! ¿Por qué toda esa furia? ¿Quién se interesa?

—Hay ocasiones, Alvah, en que las fuentes del peligro no son los hechos ostensibles y la reacción pública parece desproporcionada, pero no es así. Usted no debería ser tan displicente en esto. Me sorprende. Debería agradecersele a su estrella. Vea, a esto me refería cuando decía que era necesario esperar el momento preciso. El momento preciso siempre llega. Aunque, que me condenen si yo esperaba que me lo sirvieran en una fuente, como ha ocurrido. ¡Ánimo, Alvah!

—Usted está loco, Ellsworth. Como todos ellos. Está loco. ¿Qué me quiere decir? Gail tiene el cincuenta y uno por ciento de...

—Alvah, usted sabe cómo le quiero. Usted es maravilloso. Le quiero, pero desearía que no fuera como esos tontos de remate, de manera que pudiese hablarle. Desearía tratar con alguien.

Ellsworth Toohey trató de hablar con Gus Webb una noche, pero fue desalentador. Gus Webb dijo:

—Usted sufre, Ellsworth, porque es demasiado romántico. Demasiado metafísico. ¿De qué se gozan todos? No hay ningún valor práctico en todo esto. No es nada digno de llamar la atención, salvo una o dos semanas. Yo hubiera deseado que él lo hubiese hecho volar cuando estuviera lleno de inquilinos: sólo unos pocos chicos se habrían hecho pedazos, y entonces usted tendría algo. Entonces me hubiera gustado. El movimiento podría usarlo. Pero ¿esto? Usted es un espécimen incurable de la *intelligentsia*, Ellsworth. Eso es usted. ¿Y se cree que es el hombre del futuro? No se engañe, querido, yo lo soy.

Toohey suspiró:

—Tiene razón, Gus.

## XIV

—Es una amabilidad por parte de usted, señor Toohey —dijo la señora Keating humildemente—. Estoy contenta de que haya venido. No sé qué hacer con mi Peter. No quiere ver a nadie. Ni quiere ir a la oficina. Estoy asustada, señor Toohey. Perdóneme, no me debería quejar. Quizás usted pueda ayudarle dándole un poco de aliento. Se acuerda mucho de usted, señor Toohey.

—Sí, no hay duda. ¿Dónde está?

—En su habitación. Por aquí, señor Toohey.

La visita era inesperada. Hacía años que Toohey no iba allí. Lo condujo a través del vestíbulo y abrió la puerta, temerosa de anunciar al visitante y del rechazo del hijo.

—¡Mira, Peter, mira qué visita tienes! —dijo contenta.

Keating levantó la cabeza. Estaba sentado junto a una mesa desordenada, inclinado bajo una lámpara que daba muy poca luz. Estaba resolviendo un crucigrama que había arrancado de un diario. Sobre la mesa había una copa alta, con un cerco rojo y seco que había sido jugo de tomate, una caja que contenía un rompecabezas, una baraja y una Biblia.

—¡Hola, Ellsworth! —dijo sonriendo.

Hizo un esfuerzo como para levantarse, pero olvidó el esfuerzo a mitad del camino. La sonrisa no surgió por completo: había sido un instinto de la memoria. Después repitió impensadamente:

—¡Hola, Ellsworth!

Toohey se puso delante de él, examinando el ambiente y la mesa con curiosidad.

—Conmovedor, Peter —dijo—. Muy conmovedor. Estoy seguro de que él lo habría apreciado si lo viese.

—¿Quién?

—No está muy conversador en estos días, Peter. Ni muy sociable.

—Quería verle a usted, Ellsworth. Y quería hablar con usted.

Toohey tomó una silla por el respaldo, la balanceó en el aire, haciéndole describir un amplio círculo, la colocó junto a la mesa y se sentó.

—Bien; para eso he venido aquí para escucharle. — Keating no respondió—. ¿Y bien?

—No ha debido pensar que no lo quería ver, Ellsworth. Ha sido solamente... que yo le dije a mi madre que no dejase entrar a nadie... a causa de los periodistas. No quieren dejarme tranquilo.

—¿Cómo cambian los tiempos, Peter! Recuerdo cuando no se le podía separar de los periodistas.

—Ellsworth, no me ha quedado ni un resquicio de humor. Absolutamente nada.

—Es una suerte. De lo contrario, se habría muerto riendo.

—Estoy muy cansado, Ellsworth... Estoy contento de verle.

La suave luz se desvió de los lentes de Toohey y Keating no le pudo distinguir los ojos; solamente vio dos círculos ocupados por una mancha metálica, como los focos apagados de un automóvil que reflejan algo que se aproxima a distancia.

—¿Cree que podrá soportar esto? —dijo Toohey.

—¿Qué?

—El papel de ermitaño. La gran penitencia. El silencio fiel.

—¿Qué quiere decirme, Ellsworth?

—¿De modo que él no es culpable? Y usted quiere que le dejemos tranquilo, ¿no es así?

Los hombros de Keating se levantaron más como



intención que como voluntad de mantenerse erguidos, y su mandíbula se estremeció lo bastante como para preguntar:

—¿Qué quiere usted?

—Toda la historia.

—¿Para qué?

—¿Quiere que le facilite las cosas? ¿Quiere una buena excusa? Usted sabe que podría hallarla. Le podría dar treinta y tres razones, todas nobles, y usted se las tragaría todas. Pero no lo deseo; así que le diré la verdad: para enviar a presidio a su héroe, a su ídolo, a su amigo generoso, a su ángel guardián.

—No tengo nada que decirle, Ellsworth.

—Antes de estar perdiendo el poco juicio que le queda, mejor haría en conservarlo para darse cuenta de que usted no puede competir conmigo. Si yo quiero que hable, hablará; no quiero perder tiempo. ¿Quién hizo el proyecto para Cortland?

—Yo.

—Usted sabe que soy perito en arquitectura.

—Yo hice el proyecto para Cortland.

—Lo mismo que el del edificio Cosmo-Slotnick.

—¿Qué quiere de mí?

—Quiero que sirva de testigo, Peter. Quiero que relate la historia nuevamente. Su amigo no es tan claro como usted. No sé qué estará urdiendo. Eso de quedarse en el lugar del suceso fue algo demasiado inteligente. Él sabía que se sospecharía de él, y está procediendo con toda sutileza. Dios sabe qué pensará decir ante el tribunal. No pienso dejarle salirse con la suya. El motivo es lo que tiene a todos tan confundidos. Conozco el motivo. Nadie me creerá si trato de explicarlo. Pero usted declarará bajo juramento. Dirá la verdad. Dirá quién proyectó Cortland y por qué.

—Yo lo proyecté.

—Si piensa decir eso en la audiencia, sería mejor que hiciera algo para dominar sus nervios. ¿Por qué esta

temblando? Ya es demasiado tarde, Peter. ¿Ha leído el *Fausto* alguna vez?

—¿Qué quiere?

—La cabeza, de Howard Roark

—No es mi amigo. Nunca lo ha sido. Usted sabe lo que pienso de él.

—Ya sé, tonto del diablo. Yo sé que toda la vida le ha rendido usted culto. Se arrodillaba y le rendía culto, mientras lo apuñalaba por la espalda. Nunca tuvo valor de estar a la altura de su propia maldad. No podía ir a un lado y al otro. Me odiaba, ¿se cree que no me daba cuenta?, y me seguía. Quería a él y lo ha destruido. Lo ha destruido completamente, y ahora no hay escapatoria, tendrá que pasar por esto.

—¿Qué tiene que ver con usted? ¿Por qué le interesa?

—Debería haberse preguntado eso hace tiempo, pero no lo hizo. Lo que significa que usted no lo ignoraba. Siempre lo ha sabido. Eso es lo que le hace temblar. ¿Por qué quiere que lo ayude a engañarse a sí mismo? He hecho eso durante diez años. Por eso vino usted hacia mí. Ésa es la razón por la cual todos vinieron hacia mí. Pero usted no puede adquirir algo sin dar nada. Nunca. Aunque mis teorías socialistas digan lo contrario. Consiguió de mí lo que quería. Ahora me toca a mí.

—Yo no quiero hablar de Howard. No puede hacerme hablar de Roark.

—¿No? ¿Por qué no me echa de aquí? ¿Por qué no me agarra del cuello y me estrangula? Usted es mucho más fuerte que yo. Pero no podrá. No puede. ¿Ve, Peter, la naturaleza de mi poder? ¿El poder material? ¿Músculos, fusiles o dinero? Usted y Gail se podrían juntar. Usted tiene mucho que decirle. Vamos, Peter, ¿quién hizo el proyecto de Cortland?

—Déjeme solo.

—¿Quién hizo el proyecto de Cortland?

—Es peor... lo que usted está haciendo..., mucho peor...

—¿Que qué?

—Que lo que yo hice a Lucio Heyer.

—¿Qué le hizo a Lucio Heyer?

—Lo maté.

—¿Qué me está diciendo?

—Ésa es la razón por la cual era mejor. Lo dejé morir.

—Déjese de desvaríos.

—¿Por qué quiere matar a Howard?

—No quiero matarlo. Quiero que vaya a la cárcel. ¿Comprende? A la cárcel. A una celda. Detrás de las rejas. Encerrado con candado, paralizado, encadenado... y vivo. Tendrá que levantarse cuando le digan. Tendrá que comer cuando le den. Se moverá cuando le ordenen que se mueva y se parará cuando le digan que se pare. Caminará cuando se le diga, y trabajará cuando se lo manden. Le empujarán si no anda lo suficiente y le azotarán cuando quieran. Recibirá órdenes. «Recibirá órdenes.»

—¡Ellsworth! —gritó Keating—. ¡Ellsworth!

—Me pone malo. ¿No puede soportar la verdad? No, quiere confituras. Por eso prefiero a Gus Webb. No tiene ilusiones.

La señora Keating abrió la puerta. Había oído el grito.

—¡Váyase de aquí! —le gritó Toohey.

Ella se fue y Toohey dio un portazo.

Keating levantó la cabeza.

—No tiene ningún derecho para hablar así a mi madre. Ella no tiene nada que ver con usted.

—¿Quién hizo el proyecto de Cortland?

Keating se puso de pie. Arrastró sus pies hasta el tocador, abrió un cajón, sacó un pedazo de papel arrugado y se lo entregó a Toohey. Era el contrato que tenía con Roark.

Toohey lo leyó y se sonrió, con una risa seca. Después miró a Keating.

—Ha sido usted un éxito completo, Peter, en lo que a mí me interesa, pero a veces quiero volverle la espalda a mis éxitos.

Keating estaba de pie junto al tocador, con los hombros caídos y los ojos ausentes.

—No esperaba que tuviese un escrito como éste, con su firma. De modo que esto es lo que él hizo por usted, y esto es lo que usted le devuelve... No; me retracto de los insultos, Peter. Tenía que hacerlo. ¿Quién es usted para impedir las leyes de la historia? ¿Sabe lo que significa este papel? Lo perfecto imposible, el sueño de los siglos, el objeto del pensamiento de todos los sistemas de pensamiento de la humanidad. Usted había puesto las riendas. Lo hacía trabajar para usted. Se apoderó de su obra, de su premio, de su dinero, de su gloria, de su nombre. Nosotros sólo pensamos y escribimos sobre ello, pero usted ha hecho una demostración práctica. Todos los filósofos, desde Platón en adelante, se lo agradecerán. He aquí la piedra filosofal para transformar... el oro en plomo. Los demás, Platón y el resto, pensaban realmente en transformar plomo en oro. Yo conocí la verdad desde el primer momento. He sido sincero conmigo mismo, y ésta es la forma más difícil de la sinceridad. Aquella de la cual ustedes huyen a cualquier precio.

Se sentó, cansado, tomó el papel por los ángulos, con ambas manos, lo dobló cuidadosamente y se lo metió en el bolsillo. Keating siguió su ademán con un movimiento de cabeza, como un gatito observa una pelota en una cuerda.

—Ustedes me disgustan —dijo Toohey—. ¡ Dios mío, cómo me desagrada el sentimentalismo hipócrita! Me siguen, repiten lo que les enseño, lo aprovechan, pero no tienen la gracia de reconocer lo que están haciendo.

Cuando ven la verdad, se ponen verdes. Supongo que está en la naturaleza de ustedes, y ésta es precisamente mi arma principal. Pero, ¡por Dios!, me canso. Tengo que librarme de ustedes un momento siquiera. Tengo que actuar toda mi vida para mediocridades insignificantes. Para protegerles la sensibilidad, la conciencia y la paz del espíritu. Ése es el precio que pago por lo que deseo.

—¿Qué... desea..., Ellsworth?

—El poder, Peter.

—Usted siempre dijo... —empezó Keating estúpidamente, y al punto se calló.

—Yo siempre he dicho eso, en efecto. Clara, precisa y abiertamente. No es culpa mía si usted no lo tomó en cuenta. Yo dije que quería gobernar, como todos mis predecesores espirituales; pero yo soy más afortunado que ellos. Yo he heredado el fruto de sus esfuerzos y seré el único que vea el gran sueño hecho realidad. Gobernaré.

—¿A quién?

—A usted. Al mundo. Sólo es cuestión de descubrir la palanca. Si aprendo a gobernar el alma de un solo hombre, puedo conseguir gobernar el resto de la humanidad. Se trata del alma, Peter, del alma. Ni látigos, ni espadas, ni hogueras, ni fusiles. He ahí la razón por la cual los Césares, los Atilas y los Napoleones resultaron tontos y no hicieron nada duradero. Nosotros lo haremos. El alma, Peter, es la que no puede ser gobernada. Tiene que ser rota. Métale una cuña, ponga sus dedos en ella, y el hombre es suyo. No necesita látigo; él se lo traerá y le pedirá que lo azote. Póngalo al revés, y su propio mecanismo obrará en favor suyo. Empléelo contra sí mismo. ¿Quiere saber cómo se hace? Fíjese si alguna vez le he mentado. Mire si no lo ha oído durante años; pero no le quiso prestar atención, y la culpa no es mía, sino suya. Hay muchos procedimientos. Éste es uno: haga que un hombre se

sienta pequeño. Haga que se sienta culpable. Mátele su aspiración y su integridad. El peor de ustedes anda en busca de un ideal en su propia y retorcida manera. Mate la integridad por la corrupción interna. Predique el altruismo. Dígale al hombre que debe vivir para los otros. Dígale que el altruismo es el ideal. Ninguno lo ha realizado ni lo realizará. Su instinto viviente grita contra eso. Pero ¿no ve lo que consigue? El hombre se da cuenta de que es incapaz de realizar lo que se acepta como la más noble de las virtudes, y esto le da un sentimiento de culpa, de pecado, de su propia indignidad fundamental. Desde el momento en que el ideal supremo es ir más allá de lo que él puede aferrar, desiste de todo ideal, de toda aspiración, de todo sentido de su valor personal. Se cree obligado a predicar lo que no puede practicar. Hay que librar una batalla difícil para poder preservar la propia integridad. ¿Para qué preservar lo que uno sabe que ya está corrompido? Su alma desiste del propio respeto. Entonces estará contento de obedecer, porque no puede confiar en sí mismo, se siente inseguro, se siente impuro. Ése es un camino.

“Hay otro: destruya en el hombre el sentido del valor. Destruya la capacidad para reconocer la grandeza o para realizarla. Los grandes hombres no pueden ser gobernados. No queremos ningún gran hombre. Neguemos la concepción de la grandeza. Ensalce tipos de obras accesibles a todos, a los más ineptos, y detenga el ímpetu y el esfuerzo de todos los hombres, grandes y pequeños. Ríase de Roark y tome a Peter Keating como a un gran arquitecto, y habrá destruido la arquitectura. Eleve a Lois Cook, y habrá destruido la literatura. Vocifere el nombre de Ike, y habrá destruido el teatro. Glorifique a Lancelot, y habrá destruido el periodismo. No se ponga a destruir todos los santuarios; eso asustaría a los hombres. Conserve a la mediocridad como santuario. Hay todavía otro procedimiento:

destruir por medio de la risa. La risa, exponente de la alegría humana; aprenda a usarla como arma de destrucción. Es sencillo: diga a la gente que se ría de todo. Dígale que el sentido del humor es una virtud ilimitada. No deje que quede nada sagrado en el alma del hombre, y habrá destruido al héroe.”

»Y hay, finalmente, otro procedimiento. Éste es el más importante: no permita que los hombres sean felices. La felicidad es un contenido en sí misma y es suficiente por sí misma. Los hombres felices no tienen tiempo y no le sirven a usted. Los hombres felices son hombres libres. De manera que debe destruirles la alegría de vivir. Quíteles todo lo que les sea grato e importante. No les permita nunca que tengan lo que quieren. Hágales sentir que el mero hecho de tener un deseo personal es malo. Condúzcalos a un estado en que decir «yo quiero» no constituya ya un derecho natural, sino algo vergonzoso. El altruismo es una gran ayuda para esto. Los hombres desdichados irán hacia usted. Irán en busca de consuelo, de apoyo, de fuga. La naturaleza no permite el vacío. Vacíe el alma de un hombre, y el espacio queda a merced de usted para ser llenado. Esto es lo más viejo que hay. Mire hacia atrás, en la Historia. Mire cualquier gran sistema de ética que haya surgido del Oriente. ¿No predicen todos el sacrificio de la alegría personal? ¿Bajo todas las complicaciones de la verbosidad, no tienen todos un mismo motivo: sacrificio, renunciación, negación de sí mismo? Mire la atmósfera moral de nuestros días. Todo lo que es motivo de gozo, desde los cigarrillos al sexo, desde la ambición al provecho, todo es considerado como depravado y pecaminoso. Demuestre que una cosa hace feliz al hombre, y ya la habrá condenado. Hemos uncido a la felicidad con la culpabilidad. Y hemos agarrado al género humano por el cuello. Arroje el primogénito al horno, yazca en un lecho de clavos, vaya al desierto y mortifique su carne; no baile, no trate de

enriquecerse, no fume, no beba. Todo es la misma línea. La gran línea. Todo sistema de ética que predicó el sacrificio tuvo un gran poder humano y gobernó a millones de seres. Dicen a las personas que alcanzarán una felicidad superior si dejan todo lo que las hace felices. No tiene que ser demasiado claro en esto. Emplee grandes palabras vagas: «Armonía universal», «Nirvana», «Paraíso», «Supremacía racial», «Dictadura del proletariado». La corrupción interna, Peter. Ése es el camino más antiguo. La farsa ha continuado durante siglos y los hombres caen en ella todavía. El hombre que habla de sacrificio, habla de esclavos y amos. Y piensa ser el amo. Pero si alguna vez oye hablar a un hombre que le dice que debe ser feliz, que ése es su derecho natural, que es su primer deber para usted mismo, es porque ese hombre no anda detrás de su alma. Los hombres tienen una arma de defensa: la razón. Córtelos ese soporte con cuidado. Pero no niegue francamente. No niegue nada francamente; si no, le descubrirán el juego. No diga que la razón es mala, aunque algunos hayan ido tan lejos con sorprendente éxito. Diga sólo que la razón es limitada. Que hay algo por encima de ella. ¿Qué? Tampoco tiene que ser demasiado claro: «Instinto», «Sentimiento», «Revelación», «Intuición», «Dialéctica materialista». Si llega a un punto crucial y alguien le dice que su doctrina carece de sentido, tiene que estar preparado para contestar. Dígale que hay algo por encima de los sentidos. De ahí que no debe tratar de pensar, sino de «sentir». Él debe «crear». Suspenda la razón y juegue a su manera. La cosa marcha de cualquier manera que usted lo desee y cuando lo necesite. Ya lo ha conseguido. ¿Puede gobernar a un hombre de pensamiento? No queremos a ningún hombre de pensamiento.

Keating se había sentado en el suelo, junto al tocador. Quería sentirse más seguro apoyado en él,



como si todavía estuviera allí guardada la carta que había entregado.

—Peter, ya lo ha oído. Me ha visto a mí practicando durante diez años. Habrá visto que todo el mudo lo practica. ¿Por qué está disgustado? No tiene derecho a estar sentado ahí y clavarme la vista con la virtuosa superioridad de un ser ofendido. No lo está.

Usted ha tenido su participación. Tiene temor de ver hacia dónde va. Yo no temo. Se lo diré. Conduce al mundo futuro. A un mundo de obediencia y de unidad. A un mundo en que el pensamiento de cada hombre no sea su propio pensamiento, sino un intento de adivinar el pensamiento del cerebro del vecino, que no tendrá pensamiento, sino el deseo de adivinar el pensamiento del vecino más próximo, que no tendrá pensamiento..., y así sucesivamente, Peter, en todo el globo. Un mundo donde ningún hombre tendrá un deseo para sí mismo, sino que dirigirá sus esfuerzos a satisfacer los deseos de un vecino que no tendrá deseos, salvo para satisfacer los deseos de otro vecino que tampoco tendrá deseos. Un mundo con un solo corazón, al cual se le dará impulso a mano. Con mi mano y las manos de unos pocos, muy pocos hombres como yo. Aquellos que saben qué es lo que los mueve a ustedes. ¿Conoce el destino de las criaturas que son traídas a la luz desde el fondo del mar? Eso en cuanto a los futuros Roark. El resto sonreirá y obedecerá. ¿Se ha dado cuenta de que los imbéciles siempre sonríen? El primer fruncimiento del entrecejo es el primer toque de Dios en nuestra frente. Es el toque del pensamiento. Pero nosotros no tendremos ni Dios ni pensamiento. Solamente votación por sonrisas. Palancas automáticas...Que todos digan sí... Ahora, si usted fuera un poco más inteligente, como su ex esposa, por ejemplo, me preguntaría: «¿Qué será de los gobernantes? ¿Qué será de mí, Ellsworth Monkton Toohey? Y yo diría: «Sí, tiene usted razón. Yo no haré nada más que su deseo. No tendré propósitos, salvo el tenerlo

contento. Mentirle, halagarlo, alabarlo, inflar su vanidad. Hacer discursos sobre el pueblo y el bien común.» Peter, mi pobre amigo, yo soy el hombre más altruista que usted haya jamás conocido. Yo tengo menos independencia que usted, a quien he forzado a vender su alma. Usted ha empleado a la gente, al menos, por el provecho que podía sacar para usted mismo. No quiero nada para mí. No tengo propósitos personales. Quiero el poder. Quiero mi mundo futuro. Que todos vivan para todos. Que todos se sacrifiquen y que ninguno se aproveche. Que todos sufran y que ninguno goce. Que el progreso se detenga. Que todo se estanque. Que en el estancamiento haya igualdad. Todos subyugados al deseo de todos. La esclavitud universal, sin siquiera la dignidad de un amo. La esclavitud por la esclavitud. Un gran círculo y una igualdad total. El mundo futuro.

—Ellsworth..., usted está...

—¿Loco? ¿Teme decirlo? Ahí está sentado usted, y la palabra está escrita encima, como una última esperanza. ¿Loco? Mire en torno suyo. Tome cualquier diario y lea el encabezamiento. ¿No está llegando? ¿No está ya aquí? ¿No se lo dice cada cosa? Todo lo que yo he dicho está contenido en una sola palabra: colectivismo. ¿Y no es ése el dios de nuestro siglo? Actuar juntos. Pensar juntos. Sentir juntos. Unirse, estar de acuerdo, obedecer. Obedecer, servir, sacrificarse. Dividir y conquistar, primero. Unir y gobernar, después. Al fin hemos descubierto esto. ¿Recuerda al emperador romano que quería que la humanidad tuviera una sola cabeza para cortársela? La gente se rió de él durante muchos siglos. Pero la risa ha terminado. Hemos cumplido lo que él no pudo cumplir. Hemos enseñado a los hombres a unirse. Esto hace que el cuello esté listo para la soga. Hemos encontrado la palabra mágica: colectivismo. Un país está dedicado a cumplir la proposición de que el hombre no tiene derechos, que lo

colectivo es todo. A lo individual se lo considera como el mal, a la masa como a Dios. Ésta es una versión. Hay otra. Un país está dedicado a cumplir la proposición de que el hombre no tiene derechos, que el Estado lo es todo. Ningún motivo, ninguna virtud se permite, salvo que sirva a la raza. O estoy desvariando, o es la fría realidad de dos continentes ya. Observe el movimiento de pinzas. Si está harto de una versión, acuda a la otra. Están bajo nuestro dominio. Hemos cerrado todas las puertas. Hemos fijado la moneda Cabezas-colectivismo, y colas-colectivismo. Combata la doctrina que degüella al individuo con otra doctrina que degüella al individuo. Entregue su alma a un concilio o entréguesela a un líder. Pero entregüela, entregüela, entregüela. Mi técnica, Peter, ofrecer veneno como alimento y veneno como antídoto. Deles a los tontos una elección, déjelos que tengan sus diversiones, pero no olvide el único propósito que tiene que cumplir. Destruya al individuo. Destruya el alma del hombre. El resto seguirá automáticamente. Observe el mundo en el momento presente. ¿Cree todavía que estoy loco, Peter?

Keating estaba sentado en el suelo con las piernas abiertas. Levantó una mano y se observó las yemas de los dedos; después se llevó uno de ellos a la boca y se arrancó un pellejo. Toohey se hizo cargo de que no debía esperar ninguna respuesta; dio una palmada de resignada conclusión sobre el brazo del sillón.

—Gracias, Peter —dijo gravemente—. La sinceridad es algo difícil de desarraigar. He pronunciado discursos ante grandes auditorios en mi vida. Éste ha sido el que nunca tuve ocasión de pronunciar.

Keating levantó la cabeza. Su voz tenía el tono de la primera cuota que se paga al terror; no estaba asustado, pero tenía los ecos adelantados de las próximas horas.

—No se vaya, Ellsworth.

Toohey estaba cerca de él y se rió suavemente.

—Ésa es la respuesta, Peter. Ésa es mi prueba. Usted

conoce lo que soy, sabe lo que he hecho por usted y ya no le han quedado ilusiones de la virtud. Pero no puede dejarme, y nunca me podrá dejar. Me ha obedecido en nombre de los ideales. Me seguirá obedeciendo sin ideales. Porque para esto es para lo único que sirve... Buenas noches, Peter.

## XV

«Ésta es la prueba del caso. Lo que nosotros pensemos de él, determinará lo que somos. En la persona de Howard Roark debemos aplastar las fuerzas del egoísmo y del individualismo antisocial —la maldición de nuestro mundo moderno—, que se nos muestra aquí en sus últimas consecuencias. Conforme se ha mencionado al principio de esta sección, el fiscal del distrito posee ahora una prueba evidente —por el momento no podemos revelar su naturaleza— que demuestra que Howard Roark, exclusivamente, es culpable. Nosotros, el pueblo, pedimos ahora justicia.»

Esto apareció en *Una Vocecita* a fines de mayo. Gail Wynand lo leyó en su automóvil yendo a la casa desde el aeropuerto. Había llegado desde Chicago donde había ido a hacer una última tentativa para conservar un anunciante nacional que había rehusado renovar el contrato de tres millones de dólares. Dos días de esfuerzos hábiles habían fracasado. Al bajar del aeroplano en Newmark tomó los diarios de Nueva York. Su automóvil le estaba esperando para conducirlo a su casa de campo. Después leyó *Una Vocecita*. En el

primer momento se preguntó qué diario tenía en la mano. Miró el nombre en la parte superior de la página. Era el *Banner*, sin embargo, y allí estaba la columna, en su propio lugar, columna primera, primera página, sección segunda.

Se inclinó hacia delante para decirle al chófer que lo llevara a su oficina. Estuvo con el diario abierto sobre sus piernas hasta que el auto se detuvo frente al edificio del *Banner*.

Se dio cuenta de súbito, al entrar al edificio que lo estaban esperando. Se dio cuenta por los ojos de los reporteros que salían del ascensor; en la postura del ascensorista en quien luchaban el deseo de volverse y el de mirarlo fijamente; en la repentina inmovilidad de los hombres que encontraba; en la interrupción del tictac de la máquina de escribir de una secretaria; en la mano levantada de otra. Se dio cuenta de que todos estaban enterados de lo increíble.

Al principio sintió una vaga desazón por la contenida sorpresa de la espera que lo rodeaba, y pensó que algo debía de andar mal si en la mente de alguno de sus empleados podía existir la menor duda acerca del resultado de una discusión entre él y Toohey.

Pero no tenía tiempo de tomar nota de sus propias reacciones. No podía ocupar su atención, salvo por la sofocación que sufría, por la presión de algo contra los huesos de la cara, contra sus dientes, sus mejillas, el puente de la nariz, y comprendió que debía hacer retroceder aquello, sujetarlo, amarrarlo.

No saludó a nadie y se dirigió a su despacho. Alvah Scarret estaba repantigado en una silla. Scarret tenía un vendaje de gasa blanca, manchada, en torno a la garganta, y las mejillas rotas. Wynand se detuvo en medio de la habitación. Las personas que había en las otras oficinas se habían sentido aliviadas porque el rostro de Wynand demostraba calma. Alvah Scarret lo conocía mejor.

—Gail, yo no estaba aquí —vomitó en un murmullo crujiente que no era una voz en ningún sentido—. He faltado dos días. Laringitis. Pregúntale a mi médico. Yo no he estado aquí. Acabo de levantarme de la cama. Míreme: tengo fiebre, quiero decir que el médico no quería que viniese, pero decidí levantarme. Quiero decir, Gail, que no he estado aquí, no he estado aquí.

No estaba seguro de si Wynand lo escuchaba, pero Wynand lo dejó terminar, después tomó el aspecto de estar escuchando, como si los sonidos le llegaran con demora. Luego de un instante, preguntó:

—¿Quién estaba en el departamento de corrección de pruebas?

—Lo examinaron Allen y Falk.

—Eche a Harding, a Allen, a Falk y a Toohey. Págueme la indemnización de contrato a Harding, pero no a Toohey. Que en quince minutos estén fuera del edificio.

Harding era el redactor jefe; Falk, un corrector; Allen, el jefe de los correctores. Todos trabajaban en el *Banner* desde hacía diez años. Era como si Scarret hubiese oído una noticia sensacional que anunciara un juicio político contra el presidente de la República, la destrucción de la ciudad de Nueva York por un meteoro, o el hundimiento de California en el océano Pacífico.

—Gail —gritó—, no podemos.

—Salga de aquí.

Scarret salió,

Wynand apretó un botón y dijo, en contestación a la trémula voz de la mujer que hablaba desde fuera:

—No recibo a nadie.

—Está bien, señor Wynand.

Apretó un botón y habló al jefe de circulación:

—Suspenda el envío de ejemplares a la calle.

—Señor Wynand, es demasiado tarde. La mayoría de ellos...

—Suspéndalos.

—Está bien, señor Wynand.

Quería poner la cabeza debajo de la mesa, tenderse tranquilo y descansar, sólo que la forma de descanso que él necesitaba no existía; era más grande que el sueño, que la muerte, que el descanso de no haber vivido nunca. El deseo era como un secreto vituperio contra él mismo, porque sabía que la presión que desgarraba su cerebro significaba lo opuesto, una llamada urgente a la acción, tan fuerte que se sentía paralizado. Buscaba hojas de papel en blanco, olvidando dónde las guardaba. Tenía que escribir un editorial que lo explicara todo y contraatacar. Tenía prisa. No se sentía bien por cada minuto que transcurría sin haber escrito nada.

La presión desapareció con las primeras palabras que escribió en el papel. Se dijo —mientras su mano se movía con rapidez— que había un poder en las palabras: después, para los que las escuchaban, pero primero para el que las había creado, eran una fuerza saludable, una solución como la apertura de una barrera. Pensó que era quizás el secreto básico que los hombres de ciencia nunca habían descubierto, la primera fuente de la vida, lo que ocurre cuando un pensamiento cobra forma.

Oía el rumor, la vibración en las paredes de su oficina, en el suelo. Las rotativas estaban imprimiendo un diario popular de la tarde, el *Clairon*. Se sonrió al escuchar el ruido. Su mano se movía más aprisa, como si el sonido fuera energía que le inyectaban en los dedos.

Abandonó su «nosotros» en el editorial. Escribió «... Y si mis lectores o mis enemigos quieren reírse de mí por este incidente, lo aceptaré y lo consideraré como el pago de una deuda contraída. Lo he merecido.»

Pensó: «¿Es el corazón del edificio que late? ¿Qué hora es? ¿Lo he oído, o es mi propio corazón? Una vez el médico puso los extremos de su estetoscopio en mis

oídos y me hizo escuchar los latidos de mi propio corazón: sonaba igual; él dijo que yo era un animal sano y que tenía salud para muchos años, para muchos... años...»

«He forzado, equivocadamente, a mis lectores a leer a un pillastre despreciable cuya estatura espiritual es mi única excusa. Yo no había llegado a un grado tal de desprecio por la sociedad como para considerarlo perjudicial. Tengo todavía suficiente respeto por mis conciudadanos para pensar que Ellsworth Toohey puede constituir una amenaza. Se dice que los sonidos no mueren nunca, sino que viajan por el espacio. ¿Qué ocurre con los latidos de mi corazón? Tantos en cincuenta y seis años, ¿pueden unirse alguna vez en una especie de condensador y sacar partido de ellos? Si fueran retransmitidos, ¿el resultado sería la marcha de esas prensas?

«Pero yo lo he prohijado bajo la insignia de mi diario y así la condenación pública es un acto extraño, humillante para que se pueda realizar en nuestra época, tal es el castigo que me impongo a mí mismo ahora.

»No son cincuenta y seis años de esas suaves notas de sonido que ningún hombre ha podido nunca escuchar aisladamente, una a una, no como una coma, sino como un punto, una larga línea de puntos unidos sobre una página para alimentar esas prensas. No son cincuenta y seis, sino treinta y uno; los veinticinco años restantes me sirvieron para prepararme. Tenía veinticinco años cuando coloqué sobre la puerta la nueva denominación. Los propietarios de diarios no les cambian sus nombres. ¡Esto lo hizo: *The New York Banner!* El *Banner* de Gail Wynand.

»Pido perdón a todos los que han leído este diario.

»Soy un animal sano, y lo que brota de mí es salud; debo traer aquí un médico para que escuche estas rotativas, sonreirá con gusto, como suelen hacer los médicos cuando tienen la satisfacción de encontrar, por



casualidad, un espécimen de perfecta salud, bastante raro, por otra parte, y yo le daré el placer de que escuche el sonido más sano que jamás haya escuchado: dirá que el *Banner* gozará de salud por muchos años.»

La puerta de la oficina se abrió y entró Ellsworth Toohey.

Wynand dejó que cruzara la habitación y se acercase a la mesa, sin un gesto de protesta. Wynand se dijo que tenía curiosidad —si la curiosidad podía surgir del abismo en alguna forma; como esos dibujos de escarabajos del tamaño de una casa que avanzaban sobre las figuras humanas en las páginas del suplemento dominical del *Banner*—, curiosidad porque Ellsworth Toohey estaba todavía en el edificio, porque Toohey había conseguido entrar contraviniendo las órdenes que él había dado, y curiosidad porque estaba riéndose.

—He venido a despedirme, señor Wynand —dijo Toohey. Tenía el rostro sereno. No expresaba gozo. Era la cara de un artista que sabía que excederse constituía una derrota y hacía el esfuerzo máximo para parecer normal—. Y para decirle que volveré a este empleo, con la misma columna, en esta misma casa. En el intervalo habrá visto el error que ha cometido. Perdóneme: sé que es completamente de mal gusto, pero he esperado trece años para llegar a esto y crea que me puedo permitir unos minutos como recompensa. ¿Así que usted era un hombre poderoso que amaba su sentido de la propiedad? ¿Se ha detenido alguna vez a pensar en lo que había sobre ella? ¿Se ha detenido para asegurar los cimientos? No, porque usted es un hombre práctico. Los hombres prácticos manejan las cuentas bancarias, las propiedades, los contratos de anuncios, los títulos valiosos. Dejan a los intelectuales poco prácticos, como yo, que analicemos químicamente los títulos para que aprendamos algunas cosas acerca de la fuente de oro, y nos dejan las trivialidades como el teatro, el cine, la radio, las escuelas, las secciones bibliográficas y la

crítica de arquitectura. No nos dan nada más que un calmante para que nos quedemos quietos y perdamos nuestro tiempo en las cosas sin importancia de la vida mientras ustedes hacen dinero. El dinero es el poder. ¿No es así, señor Wynand? ¿Así que usted iba detrás del poder, señor Wynand? ¿Del poder sobre los hombres? ¡Pobre aficionado! Nunca ha descubierto la naturaleza de su propia ambición; de lo contrario, habría sabido que carecía de condiciones para ello. Usted no podía emplear los métodos que se requieren y no le hubieran gustado los resultados. No ha sido suficientemente pícaro. No me importa decírselo porque no sé qué es peor; si un gran pícaro o un gigante tonto. Ésa es la razón por la cual volveré y, cuando vuelva, yo dirigiré este diario.

Wynand repuso tranquilamente:

—Cuando vuelva; ahora váyase de aquí.

La Redacción del *Banner* se declaró en huelga. La Unión de Empleados de Wynand salió formando un solo grupo. Muchos otros que no eran socios se adhirieron a ellos. El grupo de tipógrafos se quedó. A Wynand nunca le había importado la Unión. Pagaba salarios más altos que cualquier otro propietario de diarios y nunca había sido demandado en cuestiones económicas. Si los empleados querían divertirse escuchando discursos, no veía ninguna razón para preocuparse por eso. Dominique había tratado de ponerlo sobre aviso, una vez: «Gail, si los empleados quieren organizarse para tratar de sus salarios o de las horas de trabajo, están en su completo derecho; pero ya que no tienen propósito tangible, harías mejor en vigilarlos de cerca.» «Querida, ¿cuántas veces te lo he dicho? No te preocupes del *Banner*.»

Nunca se tomó la molestia de saber quiénes pertenecían a la Unión. Ahora llegaba a la conclusión que el número de miembros era pequeño, pero decisivo, pues incluía a todos los hombres-clave, no a los jefes

principales, sino a los de una categoría más baja, elegidos expertamente. Eran los hombres activos, las pocas bujías indispensables, los más firmes, los reporteros, los redactores. Consultó sus hojas de servicios: la mayoría de ellos habían sido empleados en los últimos ocho años: todos recomendados por Toohey.

Los que no eran miembros, se adhirieron por varias razones: algunos porque odiaban a Wynand; otros porque tenían miedo de quedarse y les parecía más fácil que analizar las consecuencias. Un individuo, un tímido hombrecito, encontró a Wynand en el vestíbulo y se detuvo para gritarle: «¡Volveremos, querido; entonces tocaremos una música distinta!» Algunos se fueron para evitar la vista de Wynand. Otros jugaron sobre seguro. «Señor Wynand, me indigna hacerlo, me indigna muchísimo, no tenía nada que ver con la Unión, pero una huelga es una huelga y no puedo ser un traidor.» «Hablando sinceramente, señor Wynand, no sé quién tiene y quién no tiene razón; creo que Ellsworth Toohey le jugó una mala pasada y Harding no tenía que haber dejado que se saliera con la suya; pero ¿cómo puede estar uno seguro de lo que está bien tocante a cualquier cosa en nuestros días? Y lo que no pienso es cruzar las líneas de los piquetes. No, señor. Lo que sé es que los piquetes existen, tengan o no razón.»

Los huelguistas presentaron dos reclamaciones: que se volviera a admitir a los cuatro hombres que habían sido echados y que se cambiara la conducta del *Banner* en el asunto de Cortland.

Harding, el redactor jefe, escribió en *Nuevas Fronteras* un artículo explicando su posición: «Ignoraba las órdenes del señor Wynand en materia de orientación. Lo hice con la plena comprensión que la responsabilidad implica. Los señores Toohey, Alien, Falk y yo deseábamos salvar al *Banner* por el interés mismo de los empleados, de los accionistas y de los lectores. Quisimos conducir a la razón al señor Wynand

por medios pacíficos. Esperábamos que nos hubiese dado las gracias una vez que hubiese visto que el *Banner* compartía la posición de la mayor parte de la Prensa del país. Conocíamos el carácter arbitrario, imprevisible e inescrupuloso de nuestro jefe, pero corríamos el riesgo de sacrificarnos a nuestro deber profesional.

Mientras que reconocíamos el derecho de un propietario a dictar la orientación de su diario en cuestiones políticas, sociológicas y económicas, creemos que la situación pasa los límites de la decencia cuando un propietario de diarios pretende que hombres que se respetan tengan que defender la causa de un criminal común. Queremos que el señor Wynand se dé cuenta de que los días de la dictadura de un solo hombre han pasado. Hemos de tener una palabra en la dirección del trabajo con el cual nos ganamos la vida. Es una lucha por la libertad de Prensa.»

El señor Harding tenía sesenta años, poseía una estancia en Long Island y compartía su tiempo entre matar mosquitos y la cría de faisanes. Su esposa, que no tenía hijos, era miembro del directorio del Taller de Estudios Sociales. Toohey, su principal conferenciante, la había hecho ingresar. Ella había escrito el artículo de su marido.

Los dos empleados que habían sido echados pertenecían a la Unión de Toohey. La hija de Ellen era una actriz joven y hermosa que figuraba como estrella en todas las obras de Ike. El hermano de Falk era secretario de Lancelot Clokey.

Unos pocos empleados se habían quedado con él: los viejos y los aprendices. A menudo llegaban por la mañana con heridas en el rostro y sangre en el cuello; uno había entrado a tropezones con la cabeza abierta y había sido llevado en una ambulancia. No era por coraje ni por lealtad, sino por inercia; habían vivido demasiado tiempo con la convicción de que el mundo terminaría si

perdían sus empleos en el *Banner*. Los viejos no comprendían. Los jóvenes no se preocupaban.

Algunos aprendices habían sido enviados para hacer informaciones. La mayoría de sus trabajos eran de tal calidad que Wynand se vio obligado a transformar su pesar en carcajadas; nunca había leído un inglés tan petulante; podía ver el orgullo del joven ambicioso que al fin llegaba a ser periodista. Pero no se rió cuando los trabajos aparecieron en el diario tal como habían sido escritos, pues no había correctores. Trató de contratar nuevos empleados. Ofreció sueldos extravagantes. La gente que él quería, se negaba a trabajar con él. Pocos hombres contestaron a su oferta y aunque no lo hubiese deseado tenía que emplearlos. Eran hombres que no habían estado en un diario de reputación desde hacía diez años; eran de aquellos a los cuales un mes atrás no les habría permitido entrar en el vestíbulo del edificio. Algunos fueron echados a los dos días de llegar, otros se quedaron. La mayor parte del tiempo estaban borrachos. Algunos actuaban como si le estuviesen haciendo un favor a Wynand. «No se enoje, Gail, viejo», dijo uno, y fue echado por la escalera. Se rompió un tobillo y se sentó en el rellano mirando a Wynand con un aire de completo asombro. Otros eran más sutiles, estaban en acecho y miraban a Wynand con disimulo, casi pestañeando, como si quisieran significar que eran criminales complicados en un negocio sucio.

Apeló a la escuela de periodismo. Nadie respondió. Un grupo de estudiantes le envió una resolución firmada por todos sus miembros: «... Al ingresar en nuestra carrera puesta la mirada en la dignidad de nuestra profesión, para dedicarnos a elevar el honor de la Prensa, sentimos que ninguno de nosotros podría conservar su propio respeto si aceptara un ofrecimiento como el suyo.»

El jefe de noticias se había quedado, el de informaciones urbanas se había ido. Wynand trabajó

como redactor de noticias de la ciudad, como jefe de redacción, redactor de telegramas, corrector de pruebas, redactor. No salía del edificio. Dormía en un diván de su despacho, conforme había hecho en los primeros años de existencia del *Banner*. Sin chaqueta, sin corbata, abierto el cuello de la camisa, subía y bajaba las escaleras y sus pasos sonaban como la matraca de una ametralladora. Dos muchachos ascensoristas se habían quedado, los otros habían desaparecido, nadie sabía exactamente cuándo y por qué: si impulsados por la simpatía hacia la huelga, por temor o por simple desánimo.

Alvah Scarret pudo alcanzar a comprender la serenidad de Wynand. La brillante máquina —y ésta, pensó Scarret, era la palabra que realmente siempre había tenido en su cabeza para referirse a Wynand— nunca había funcionado tan bien. Sus palabras eran breves, sus órdenes rápidas, sus decisiones inmediatas. En la confusión de las máquinas, del plomo, la grasa, la tinta, el papel de desecho, las oficinas sin barrer, los despachos vacíos, los vidrios que estallaban en súbitos chubascos cuando arrojaban un ladrillo de la calle, Wynand se movía como una figura que se hubiera duplicado, sobrepuesto a su pasado, fuera de lugar y de proporción. «No pertenece a este lugar —se dijo Scarret—, porque no parece moderno, ésta es la cuestión; no parece moderno a pesar de los trajes que usa; parece algo surgido de una catedral gótica.» La cabeza de patricio se mantenía erguida, el descarnado rostro se había adelgazado más aún. Era el capitán de un barco que todos sabían que se hundía, menos él.

Alvah Scarret se había quedado. No había aferrado la realidad de los acontecimientos; los barajaba con estupor, sentía un fresco estremecimiento de vacilación cada mañana, cuando se dirigía al edificio y veía los grupos. No sufría más injuria que algunos tomates que arrojaban al parabrisas de su automóvil. Intentaba

ayudar a Wynand, trataba de hacer su trabajo y el de cinco hombres más, pero no podía terminar la tarea de un día común. Hacer perder tiempo a los demás, interrumpiéndolos para preguntarles: «Pero ¿por qué? ¿Por qué así de súbito?»

Vio una enfermera con uniforme blanco que cruzaba el vestíbulo; un botiquín de urgencia se había establecido en la planta baja. La vio que llevaba el cesto de papeles con esponjosos pedazos de gasa manchada de sangre. Se volvió porque aquello le asqueaba. No era por lo que veía, sino por el terreno mayor de una deducción que asía su instinto; aquel edificio moderno, tranquilo en la limpieza de sus pisos encerados, respetable en el estricto decorado de los negocios modernos, un lugar donde se traficaba en cuestiones tan racionales como escribir palabras y contratos comerciales, donde uno aceptaba anuncios para trajes de niños y charlaba sobre el golf, había llegado a ser, en el lapso de pocos días, un sitio donde uno llevaba residuos ensangrentados a través del vestíbulo. «¿Por qué?», pensó Scarret.

«No puedo comprenderlo», zumbaba con una monotonía a cualquiera que se le acercaba. No alcanzaba a comprender cómo Toohey había conseguido tanto poder. «Y Ellsworth es un hombre culto, un idealista, no es un sucio extremista de los que hablan sobre una caja de jabón; es muy cordial e ingenioso y tiene mucha erudición. Un hombre que bromea todo el tiempo no es un hombre violento. Ellsworth no quiso hacer esto, no sabía que lo conduciría a esta situación; él ama a la gente; me hubiera jugado la cabeza por Ellsworth Toohey.»

Una vez, estando en el despacho de Wynand, se atrevió a decir:

—Gail, ¿por qué no transige? ¿Por qué, al menos, no se ve con ellos?

—Cállese.

—Pero, Gail, podría ser que hubiera un poco de verdad del lado de ellos. Son periodistas. Ellos sostienen que la libertad de Prensa...

Entonces vio el acceso de ira que había esperado durante días para ponerse a salvo; las pupilas azules que desaparecían en una mancha blanca, los ojos como globos luminosos y ciegos en un rostro que era todo cavidades, las manos temblorosas. Pero en un instante vio lo que nunca había presenciado: vio que Wynand superaba el acceso, sin ruido, sin darle curso. Vio la fatiga del esfuerzo en las sienes hundidas y los puños en el borde del escritorio.

—Alvah..., si yo no me hubiera sentado en la escalera de la *Gazette* durante una semana..., ¿dónde estaría la Prensa que ellos piden que sea libre?

Había agentes de policía en el exterior y en el vestíbulo de la casa. Servían de amparo, pero no mucho. Una noche arrojaron un ácido en la entrada principal. Quemó los cristales de las ventanas de la planta baja y dejó manchas leprosas en las paredes. La arena en los cojinetes paró una de las máquinas impresoras. A un oscuro propietario de una charcutería le destrozaron el establecimiento por anunciar en el *Banner*. Muchos pequeños anunciantes se retiraron. Los camiones de reparto de Wynand fueron destrozados. Mataron a un chófer. Los huelguistas de la Unión de Empleados de Wynand publicaron una protesta contra los actos de violencia porque la Unión no los había instigado y sus miembros no sabían quién había sido. *Nuevas Fronteras* dijo algo sobre los lamentables excesos, pero lo refirió a los «estallidos espontáneos del justificado furor popular».

Homer Slottern, en nombre de un grupo que se designaba a sí mismo como el de los comerciantes liberales, le envió a Wynand una nota expresándole que cancelaba el contrato de publicidad. «Demándenos, si quiere. Creemos que tenemos una causa legítima para



efectuar la cancelación. Nos habíamos comprometido a anunciar en un diario respetable y no en una hoja que se ha transformado en una desgracia pública, que trae patrullas a nuestras puertas, que arruina nuestros negocios y que nadie lee.» El grupo, incluía a la mayoría de los más ricos anunciantes del *Banner*.

Gail Wynand estaba en la ventana de su despacho y contemplaba la ciudad.

«He apoyado huelgas, a veces, cuando era peligroso hacerlas. He combatido a Gail Wynand toda mi vida. Nunca creí que llegara un día en que me vería forzado a decir, como lo digo ahora, que estoy al lado de Wynand», escribió Austen Heller en la *Chronicle*.

Wynand le envió una esquela: «Váyase al diablo; no le he pedido que me defendiera. — G. W.»

*Nuevas Fronteras* describió a Austen Heller como «un reaccionario que se ha vendido a los grandes intereses». Las señoras intelectuales de sociedad dijeron que Austen Heller estaba pasado de moda.

Gail Wynand, de pie junto a la mesa de redacción, escribía los editoriales como de costumbre. Los redactores que se habían quedado, no notaron ningún cambio en él: obraba sin prisa, sin estallido de cólera. No había nada que evidenciara que algunas de sus acciones eran nuevas: iba a la sala de máquinas y se quedaba mirando la blanca corriente que brotaba de los gigantes rugientes y escuchaba el ruido. Recogía un lingote de plomo del suelo, en la sala de composición, y lo manoseaba distraídamente, sobre la palma de la mano, como si fuese un trozo de jade, y lo colocaba con cuidado sobre la mesa como si temiese que lo malgastaran. Combatía todas las formas de derroche, sin advertirlo, con ademanes instintivos: recuperaba lápices, pasaba media hora en reparar una máquina de escribir mientras el teléfono sonaba sin que nadie acudiese a contestar. No era por economías, porque firmaba cheques sin mirar las cifras. Scarret estaba asustado al

pensar en las cantidades que le costaba cada día que pasaba. Se trataba de las cosas que formaban parte del edificio donde amaba cada picaporte; todo lo que pertenecía al *Banner* le pertenecía a él.

Al atardecer le telefoneaba a Dominique, que estaba en el campo. «Bien. Todo bien. No escuches a los alarmistas. No, al diablo con él, tú sabes que no quiero hablar del condenado diario. Dime, ¿cómo está el jardín?... ¿Has ido a nadar hoy? Dime algo del lago... ¿Qué vestido te pusiste? Escucha a la WLX esta noche; a la noche estará tu preferido, el Segundo Concierto de Rachmaninoff... Claro que tengo tiempo de estar informado de todo... ¡Oh, está bien, veo que uno no puede engañar a una ex periodista, corregí la página de radio!... Por supuesto tenemos mucha ayuda, es que no me puedo confiar en los nuevos muchachos y tuve un momento para aprovechar... Sobre todo, "no vengas a la ciudad". Me lo has prometido. Buenas noches, querida.»

Colgaba y se quedaba mirando el teléfono, sonriente. El pensamiento del campo era como el pensamiento de un continente que se extendía más allá del océano, que no se podía cruzar; le daba la impresión de que estaba encerrado en una fortaleza sitiada y eso le gustaba; no el hecho, sino la impresión.

Una noche salió para ir al restaurante que había frente del diario. Hacía dos días que no tomaba una comida completa. Las calles estaban todavía iluminadas cuando volvió: la plácida niebla de color castaño del verano parecía conservar los rayos del sol empañados en el aire cálido como para emprender un movimiento de retirada, aunque el sol se hubiera ido hacía rato, y hacía que el cielo pareciera fresco y la calle sucia; había parches marrones y anaranjados en las esquinas de los viejos edificios. Vio los grupos que paseaban enfrente de la entrada del *Banner*. Eran ocho y marchaban dando vuelta, formando un largo óvalo en la acera. Reconoció a uno de los muchachos: era un reportero de noticias

policíacas; a los demás nunca los había visto. Llevaban carteles con inscripciones: «Toohey, Harding, Alien, Falk...» «La libertad de Prensa...» «Gail Wynand pisotea los derechos humanos...»

Recordó las noches que había dormido en un diván, en el viejo edificio del *Banner*, en los primeros años, porque había que pagar las nuevas máquinas y el diario tenía que estar en la calle antes que sus competidores. Una noche tosió y arrojó sangre, pero no quiso ver al médico.

Se apresuró a entrar en el edificio. Las prensas estaban trabajando. Se detuvo y escuchó un instante.

Por la noche el edificio estaba tranquilo. Parecía más grande, como si el sonido ocupara espacio y de noche lo evacuara. Había paneles de luz en las ventanas abiertas a largos trechos. Una máquina de escribir solitaria tecleaba en alguna parte, monótonamente, como un grifo que goteara. Wynand atravesó los pasillos. Se acordó de los hombres que habían querido trabajar con él cuando sostenía a canallas conocidos en las elecciones municipales, cuando arruinaba reputaciones con libelos escandalosos, cuando sollozaba por las madres de los *gangsters*. Hombres de talento, hombres respetados estaban ansiosos de trabajar con él. Ahora había comenzado a ser honrado por primera vez en su carrera. Estaba ansioso realizando su campaña con ayuda de delatores vagos, borrachines y la de humildes ganapanes demasiado pasivos para marcharse. La culpa, se dijo, quizá no estuviera en aquellos que ahora se negaban a trabajar con él.

El sol rozaba el tintero cuadrado de su escritorio. Esto le hizo pensar a Wynand en una bebida fría, echado en el césped con ropas blancas y la caricia de la hierba en los brazos desnudos. Trató de no mirar el alegre reflejo dorado y siguió escribiendo. Ocurría una mañana, durante la segunda semana de huelga. Se había retirado a su despacho por una hora y había dado

órdenes para que no lo molestaran. Tenía que terminar un artículo, pero en realidad era una excusa para no ver lo que ocurría en la casa durante aquel tiempo.

La puerta se abrió sin que nadie se hiciese anunciar y Dominique penetró en él. No le había permitido la entrada desde la época de su casamiento.

Wynand se levantó, con una especie de obediencia tranquila en sus movimientos y sin permitirse ninguna pregunta. Ella llevaba un traje de color de coral. Estaba como si detrás de ella estuviera el lago y la luz del sol se elevara de los pliegues de su ropa.

—Gail, he venido a ocupar mi antiguo puesto en el *Banner*.

Él la miró en silencio, después se sonrió con una sonrisa de convaleciente.

Wynand volvió al escritorio, cogió las hojas que había escrito y entregándoselas, le dijo:

—Lleva esto a la sala de atrás. Recoge los cablegramas y trámelos. Después te presentas a Manning en la sección de noticias de la ciudad.

Lo imposible, lo que no se puede expresar en una palabra, con una mirada, con un ademán, la completa unión de dos seres en una completa comprensión se efectuó por intermedio de un pequeño montón de papeles que pasó de una mano a otra. Los dedos no se tocaron. Ella giró sobre sus talones y salió de la oficina.

En dos días se sintió como si nunca hubiese dejado la redacción del *Banner*. Sólo que ahora no escribía una sección sobre casas, sino que se ocupaba en cualquier parte donde fuera necesaria una mano competente para llenar un hueco. «Está muy bien, Alvah —le dijo a Scarret—, es un empleo bien femenino hacer de costurera. Estoy aquí para pegar parches donde sea necesario, y, hombre, ¡esta ropa se descose tan pronto! Llámeme siempre que uno de los nuevos periodistas pierda la chaveta más de lo acostumbrado.»

Scarret no podía comprender su tono, sus maneras,

su presencia. «Usted es un salvavidas, Dominique — murmuró tristemente—. Al verla me parece que estamos en los días pasados, y, ¡oh!, ¡cómo desearía que fuesen los días pasados! Pero no alcanzo a comprender. Gail no permitía una fotografía suya, cuando éste era un lugar respetable y decente y, ahora, cuando está, prácticamente tan seguro como un preso en medio de una sublevación de condenados, le permite que "trabaje" aquí.»

—Dejemos los comentarios, Alvah. No tenemos tiempo.

Dominique escribió un brillante comentario de un *film* que no había visto. Escribió de prisa un relato de una asamblea a la que no había asistido. Preparó una lista de recetas para la sección «Platos diarios» cuando la mujer encargada dejó de presentarse una mañana. «No sabía que usted cocinaba», le dijo Scarret. «Yo tampoco», le contestó ella.

Salió una noche para tomar informaciones del incendio de un *dock* porque se había dado cuenta que el único empleado que estaba de guardia se había desmayado en el baño.

—Buen trabajo —dijo Wynand cuando leyó el relato—, pero trata de hacerlo otra vez y te acribillarán a balazos. Si quieres quedarte, no tienes que salir del edificio.

Ése fue el único comentario en su presencia. Le hablaba sólo cuando era necesario y como a cualquier otro empleado. Él daba órdenes. Había días en que no tenían tiempo de verse uno al otro. Ella dormía en un diván, en la biblioteca. Ocasionalmente, por la noche, iba a su oficina a descansar un poco. Entonces, hablaban de generalidades, de los pequeños acontecimientos del trabajo, alegremente, como una pareja matrimonial que comenta la rutina de la vida en común.

No hablaban de Roark ni de Cortland. Ella advirtió la fotografía de Roark en la pared de su despacho y le

preguntó: «¿Cuándo la colgaste?» «Hace más de un año.» Fue la única alusión a Roark. No comentaban la creciente furia del público contra el *Banner*. No especulaban acerca del porvenir. Sentían consuelo en olvidar la cuestión más allá de las paredes del edificio; se lo podía olvidar porque ya no existía entre ellos como una interrogación, estaba resuelta y contestada; lo que quedaba era la paz de lo simplificado: tenían un trabajo que hacer —el trabajo de cuidar que marchase el diario— y lo hacían juntos.

Ella entraba súbitamente en mitad de la noche, con una taza de café caliente, y él se la arrebatava agradecido, sin hacer una pausa en su trabajo. Encontraba emparedados frescos en la mesa cuando los deseaba con más ansiedad. No tenía que averiguar dónde conseguía aquellas cosas. Después descubrió que ella había instalado un calentador eléctrico y un surtido de provisiones en un armario. Ella le preparaba el desayuno cuando tenía que trabajar toda la noche. Le llevaba los platos sobre un pedazo de cartón a guisa de bandeja, en el silencio de las calles desiertas que veían a través de las ventanas y las primeras luces del amanecer sobre las cimas de los edificios. Una vez la encontró con la escoba en la mano, barriendo la oficina; la conservación del departamento había sido descuidada, pues la mujer encargada de la limpieza había desaparecido y nadie tenían tiempo de advertirlo.

—¿Para eso te pago?

—¡Caramba! No podemos vivir en una pocilga. No te he preguntado cuánto me pagas, pero quiero un aumento. —Se apoyó en el mango de la escoba y se rió—: Creo que tú piensas como todos los demás: que soy un objeto de lujo, ¿no es verdad?

—¿Quieres continuar en esta forma?

—Es la forma en que hubiera querido vivir toda mi vida, si hubiese encontrado una razón para hacerlo.

Él comprendió que su resistencia era más grande que

la suya. Ella nunca mostró ningún signo de cansancio. Suponía que ella dormía, pero nunca pudo descubrir cuándo.

A cualquier hora, en cualquier parte de la casa donde se encontrara, sin verlo durante horas, estaba informada de él y sabía cuándo él la necesitaba. Una vez se durmió sobre la mesa. Cuando se despertó, vio a Dominique que lo miraba. Había apagado las luces, se había sentado en una silla junto a la ventana, a la luz de la luna, con el rostro vuelto hacia él, serena, observándolo. Lo primero que él vio fue su rostro. Al levantar dolorosamente la cabeza de entre sus brazos, en el primer momento, antes de que pudiese recobrar totalmente la conciencia de la realidad, sintió un súbito arrebato de cólera, una protesta impotente y desesperada, sin recordar qué los había conducido a aquel lugar, a aquella situación, recordando solamente que ambos habían caído en un proceso basto y lento de tortura y que él quería a Dominique.

Ella lo había visto en su rostro, antes que hubiese completado el movimiento de desmerecerse. Se encaminó hacia él, se quedó junto a la silla, le tomó la cabeza entre las manos y la hizo descansar en su cuerpo; le besó los cabellos y murmuró:

—Todo marchará bien, Gail; todo marchará bien.

Al cabo de tres semanas, Wynand salió del edificio una noche, sin preocuparse si quedaría algo de él cuando retornase, y se fue a ver a Roark.

No le había hablado por teléfono desde los comienzos del sitio; en cambio, Roark le hablaba a menudo. Wynand le respondía, serenamente, sin hacer declaraciones y tratando de abreviar la conversación. Desde el principio le había avisado a Roark: «No venga por aquí. He dado órdenes. No lo admitirán.» Todo el largo recorrido hasta la casa Enright lo hizo a pie; la marcha hacía la distancia más larga y más segura. Un viaje en coche acercaría a Roark demasiado al edificio

del *Banner*.

—Buenas noches, Gail —dijo Roark, serenamente, cuando entró.

—Yo no sé cuál es la forma más conspicua de una mala conducta —dijo Wynand tirando su sombrero sobre una mesa que estaba junto a la puerta—, si decir las cosas sin consideración o ignorarlas ruidosamente. Estoy como el diablo. Dígamelo.

—Está como el diablo. Siéntese, descanse y no hable. Le prepararé un baño caliente. No, no está sucio, pero le sentará bien. Después hablaremos.

Wynand meneó la *cabeza* y se quedó de pie cerca de la puerta.

—Howard; el *Banner* no lo está ayudando. Lo está destrozando.

Se había preparado seis semanas para decir aquello.

—Naturalmente. ¿Y qué? Gail, no importa por lo que a mí respecta. No he contado con la opinión pública en ningún sentido.

—¿Quiere que ceda?

—Quiero que se mantenga firme, aunque tenga que perder todo lo que tiene.

Vio que Wynand comprendió, que era lo que Wynand había tratado de no afrontar y de lo cual quería hablarle.

—No espero que usted me salve. Pienso que tengo una posibilidad de ganar. La huelga no la mejorará ni la empeorará. No se preocupe por mí. No ceda. Si se mantiene firme hasta el final..., no me necesitará.

Vio la mirada de cólera, de protesta y finalmente de acuerdo. Entonces siguió:

—Usted sabe lo que quiero decir. Seremos mejores amigos que nunca, me irá a visitar a la cárcel si fuera necesario. No titubee y no me haga decir demasiado, sobre todo ahora. Estoy contento con esta huelga. Sabía que algo semejante tendría que ocurrir desde que lo conocí. Usted lo sabía desde hacía mucho tiempo.



—Hace dos meses le prometí... la única promesa que quise cumplir...

—La está cumpliendo.

—¿No quiere realmente despreciarme? Me gustaría que me lo dijese ahora. Vine para oír eso.

—De acuerdo. Escuche. Mi encuentro con usted es el único encuentro en mi vida que no podrá repetirse. Conocí a Henry Cameron, que murió por mi misma causa. Y usted es un director de pasquines asquerosos. Pero eso no se lo pude decir a él y se lo digo a usted. Conozco a Steven Mallory, que nunca comprometió su alma. Y usted no ha hecho nada más que vender su alma en todas las formas conocidas. Pero esto no se lo pude decir a él y se lo digo a usted. ¿Es eso lo que siempre quiso que le dijese? Muy bien. «Pero no ceda.» —Y agregó—: Eso es todo. No hablaremos nuevamente de la maldita huelga. Siéntese. Le daré algo de beber. Descanse, así cambiará la cara que tiene.

Wynand volvió tarde al *Banner*. Tomó un automóvil. No importaba. No advirtió la distancia.

—Tú has visto a Roark —le dijo Dominique.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Aquí está la edición del domingo. Es una completa calamidad, pero había que hacerlo. Envié a Manning a su casa unas horas, casi estaba desmayado. Jackson se fue, pero podemos hacerlo sin él. La sección de Alvah era un revoltijo, no pude mantener su estilo, yo ya la rehice, pero no le digas nada, dile que lo hiciste tú.

—Vete a dormir. Yo ocuparé el puesto de Manning. Estoy en condiciones de trabajar algunas horas.

Así continuaron y se sucedieron los días y en la sala de expedición las pilas de ejemplares devueltos crecían, avanzando hasta el corredor los blancos montones de papel como lajas de mármol. Se hacían menos ejemplares, pero los montones crecían. Los días pasaban, días del heroico esfuerzo para dar a la

publicidad un diario que era devuelto sin que lo comprasen ni lo leyesen.

## XVI

Sobre la superficie de caoba, pálida como el cristal, de la larga mesa destinada al directorio, había un monograma en madera coloreada —G. W.—, reproducción de la firma de Gail Wynand. Esto siempre había molestado a los directores. Ahora no tenían tiempo de reparar en ello, pero una mirada ocasional se posó allí y se transformó en una mirada de placer. Los directores se sentaron en torno a la mesa. Era la primera reunión en la historia de la empresa que no había sido convocada por Wynand. Pero la reunión había sido convocada y Wynand había asistido. Era el segundo mes de la huelga.

Wynand estaba en pie junto a la silla de la cabecera de la mesa. Parecía un dibujo de una revista masculina, afectadamente bien peinado y vestido, con un pañuelo blanco en el bolsillo superior de la chaqueta negra. Los directores no querían mirar al hombre que tenían enfrente. Se apoyaban en la imagen de los grupos de afuera, en las mujeres perfumadas que chillaban sosteniendo a Ellsworth Toohey en las numerosas discusiones que había en los salones; en la cara ancha y aplastada de una muchacha que recorría la Quinta Avenida con un cartel que decía: «Nosotros no leemos a Wynand», para sentir coraje de manifestar lo que iban a manifestar.

Wynand pensaba en muros que se derrumbaban a orillas del Hudson. Oía pasos que se aproximaban desde lejos. Sólo que no tenía alambres en sus manos para tener los músculos listos.

—Se ha ido demasiado lejos en todo sentido. ¿Es esto una organización comercial, o una sociedad de beneficencia para la defensa de amigos personales?

—Trescientos mil dólares la semana pasada... No tiene importancia cómo yo haya llegado a saberlo, Gail, no hay ningún secreto en esto. Su banquero me lo dijo. Está bien, es su dinero, pero si espera recuperarlo con el diario, permítame que le diga que conocemos sus tretas ingeniosas. No va a cargar a la corporación con ellas, ni siquiera un centavo; no va a salirse con la suya esta vez; han pasado los días de sus brillantes proezas.

—Sí, Slottern y su grupo quieren volver en seguida; ellos dicen que si aceptamos las exigencias de la Unión continuarán con sus contratos en los términos en que estaban antes redactados, aun antes de esperar a que usted reactive la circulación, lo que significará un buen trabajo; permítame que se lo diga, amigo, yo pienso que es una proposición bastante buena por parte de ellos... Ayer le hablé a Homer y me dio su palabra. ¿Quiere que le diga la suma que eso representa, o la conoce sin mi ayuda?

—No, el senador Eldridge no lo verá... Vamos, olvídalo, Gail, sabemos que usted voló la semana pasada a Washington. Lo que usted ignora es que el senador Eldridge anda diciendo que no tocará esto ni siquiera con un bastón de diez pies. Y Boss Craig fue de súbito llamado a Filadelfia, ¿no? Para velar por una tía enferma. Ninguno de ellos lo sacará de este pantano, Gail. No se trata de un negocio de pavimentación de carreteras ni de un escándalo de acciones de agua corriente. Además usted no es el que era antes.

—¿No comprende usted? El *Banner* es una publicación religiosa ahora. Gail Wynand es un

evangelista. Estamos sobre un barril, pero en cambio tenemos ideales.

—Si se tratara de un problema serio, de un problema político... ¡Pero que un dinamitero haya hecho estallar un basurero! Todos se ríen de nosotros. Hablando francamente, Wynand, he tratado de leer sus editoriales y... si quiere mi opinión sincera le diré que es el peor trabajo que se haya impreso jamás.

Wynand pensó: «Ya lo sé. Eres de los que darían dinero a cualquier prostituta, pero no a un genio que se muere de hambre; tu rostro fue el que escogí y traje aquí; "cuando tengan dudas sobre él trabajo, recuerden la cara de este hombre; para él escriben ustedes". "Pero, señor Wynand, uno no puede recordar esa cara." "Se puede, chico, se puede."»

—La situación es medieval y es una desgracia para la democracia —gimió una voz. Era Mitchell Layton el que hablaba—. Ya era tiempo de que alguien dijera algo aquí. Un hombre que dirige todos esos diarios a su gusto y paladar. ¿Qué significa esto? ¿El siglo diecinueve? ¡Es tiempo que este diario tenga una orientación moderna, liberal, progresista!

—¡Cállese, Mitch! —dijo Scarret. Tenía gotas de sudor que le corrían por las sienes. No sabía por qué, pero quería que el director saliera triunfante.

—¡No me callaré! —chilló Mitchell Layton—. Tengo tanto derecho como...

—Por favor, señor Layton —dijo el banquero.

—Está bien —dijo Layton—. Pero no se olvide quién tiene la mayoría de acciones después del superhombre.

E indicó a Wynand con el pulgar, sin mirarlo.

—Gail —dijo Alvah Scarret mirándolo con ojos extrañamente sinceros y torturados—. Gail, ¿por qué no? Podemos salvar los pedazos. Si admitimos que estamos equivocados en el asunto de Cortland... y si volvemos a tomar a Harding... quizás a Toohey...

—Nadie tiene por qué mencionar el nombre de Toohy en esta discusión —dijo Wynand.

—Eso es Gail —gritó Scarret—. ¡Eso es grande! Podemos hacerles una proposición. Invertiríamos nuestra posición en el asunto Cortland, no por la maldita Unión, sino porque tenemos que rehacer la circulación, Gail. De modo, que podemos proponerles volver a tomar a Harding, a Alien, a Falk, pero no a To... no a Ellsworth. Cedemos nosotros y ellos ceden. ¿Es así, Gail?

Wynand no dijo nada.

—Creo que está bien, señor Scarret —agregó el banquero—. Creo que ésa es la solución. Después de todo el señor Wynand debe mantener su prestigio. Podemos sacrificar un redactor... y conservar la paz entre nosotros.

—¡No lo veo así! —vociferó Mitchell Layton—. No lo veo así, desde ningún punto de vista. ¿Por qué tenemos que sacrificar al señor... un gran liberal, nada más que porque...?

—Yo estoy con el señor Scarret —dijo el hombre que había hablado de los senadores, y las voces de los otros lo secundaron. El hombre que había censurado los editoriales dijo de súbito, entre el griterío general—. Yo pienso que Gail Wynand ha sido un excelente jefe después de todo.

—Gail —dijo Scarret—. Gail, ¿qué dice usted?

No hubo respuesta.

—Wynand, es ahora o nunca. Esto no puede continuar.

—¡Yo le compraré su parte! —gritó Layton—. ¿Quiere venderla? Véndala y me mandaré mudar.

—¡Por el amor de Dios, Wynand, no sea tonto!

—Gail, se trata del *Banner*... —susurró Scarret—, De nuestro *Banner*...

—Nosotros estaremos con usted, Gail, contribuiremos, con usted, volveremos a poner en pie el

viejo diario; haremos como usted diga. Usted será el jefe. Pero, por Dios, actúe como tal ahora.

—¡Calma, señores, calma! Wynand, ésta es la decisión final: invertiremos la orientación en el asunto Cortland, readmitiremos a Harding, a Alien, a Falk y evitaremos la ruina. ¿Sí o no?

No hubo respuesta.

—Wynand, usted sabe que hay que hacer eso... o tiene que cerrar el *Banner*. Es preferible que ceda.

Vio un solo cuadro: el nuevo nombre colocado en la puerta de la *Gazette*.

—Es preferible que ceda.

Dio un paso hacia atrás. Detrás de él no había ninguna pared, sino tan sólo el asiento de una silla.

Se acordó en aquel momento de su dormitorio, cuando casi apretó el gatillo. Se dio cuenta de que ahora lo estaba apretando.

—De acuerdo —dijo.

«No es nada más que una cápsula de botella —se dijo Wynand, mirando hacia abajo un punto brillante que estaba bajo sus pies—; es una cápsula de botella que ha caído al pavimento. El pavimento de Nueva York está lleno de cosas tales como cápsulas de botellas, alfileres, botones de propaganda, cadenas; algunas veces joyas perdidas, todo aplastado, confundido con el suelo, como en este momento la cápsula. Es el fertilizante de una ciudad. ¿Cuántos automóviles han pasado sobre ella? ¿Puede uno restaurarla ahora? ¿Puede uno arrodillarse, escarbar con los dedos y arrancarla del asfalto? Yo no tenía derecho ni esperanza de escapar. No tenía derecho a arrodillarme para buscar la redención. Hace millones de años, cuando la tierra había empezado a nacer, había cosas vivientes como yo, moscas atrapadas por la resina que se transformaban en ámbar; animales atrapados por el fango que se transformaban en roca. Soy un hombre del siglo XX y he llegado a ser un pedazo de estaño en el

pavimento, para que los camiones de Nueva York pasen por encima.» Caminaba despacio, con el cuello del abrigo levantado. Las calles se extendían delante de él, desiertas, y los edificios, al frente, eran como los lomos de los libros alineados en un estante, reunidos sin orden, de todos los tamaños. Al volver una esquina vio una luz sesgada al frente; era una meta que requería tres o cuatro manzanas. La luz procedía de una casa de empeños. El establecimiento estaba cerrado, pero colgaba una lamparilla brillante, como para desalentar a los ladrones que se vieran reducidos a esa tentación. Se detuvo para mirar. Pensó que la cosa más indecente de la tierra era el escaparate de una casa de préstamos. Las cosas que eran sagradas para los hombres y las cosas que les eran preciosas estaban entregadas a la vista de ojos indiferentes, al manoseo de todos; máquinas de escribir y violines, herramientas, viejas fotografías y anillos de boda, pantalones manchados, cafeteras, ceniceros, estatuas pornográficas de yeso; la desesperación empeñada, no vendida, con la esperanza —nacida muerta— de ser redimida.

Se había retirado de la reunión del directorio y había dicho: «Hágase cargo, Alvah, hasta que yo vuelva.» No se había detenido para ver a Manning ebrio de agotamiento en la redacción, ni a la gente que trabajaba esperando lo que iba a decidir el directorio, ni a Dominique. Scarret se lo diría a ellos. Salió del edificio y se dirigió hacia la casa, colocada sobre el rascacielos, y se sentó solitario en el dormitorio sin ventanas. Nadie iría a molestarlo allí.

Dejó la casa de noche. Pasó por un puesto de diarios y vio las últimas ediciones de los diarios de la tarde que anunciaban el arreglo de la huelga de los empleados de Wynand. La Unión había aceptado el compromiso de Scarret. Supo que Scarret se ocuparía de todo lo demás. Scarret reharía la página del *Banner* del día siguiente. Scarret escribiría el editorial que aparecería en la

primera página. Pensó que las prensas lo estarían imprimiendo en ese momento. El *Banner* del día siguiente estaría en las calles dentro de una hora.

Caminó al azar: «Mis amos, los anónimos, los no elegidos. Me dieron una casa, una oficina, un yate. A ellos, a cada uno de ellos, tal como lo deseaban, les vendo a Howard Roark por la suma de tres centavos.»

Pasó por la puerta de una taberna. Había olor de cerveza vieja. Una mujer estaba sentada descuidadamente en una silla con los pechos aplastados contra la mesa. Un gramófono tocaba el *Canto de la Estrella vespertina*, de Wagner, con tiempo de vals. Vio los árboles del Central Park. Caminaba con los ojos bajos. Pasó por el hotel «Aquitania». Llegó a la esquina. Había huido de otras esquinas, pero aquella lo atrajo. Era una esquina oscura, un trozo de acera encerrado entre las paredes de un garaje cerrado y los pilares de una estación del elevado. Vio la parte trasera de un camión que desapareció por la calle. No logró ver la inscripción que tenía, pero sabía qué clase de camión era. Un quiosco de diarios estaba metido debajo de la escalera de hierro de la estación. Movié lentamente los ojos. El montón de periódicos estaba allí: El *Banner* de la mañana siguiente.

No se acercó. Se quedó esperando. Pensó que le quedaban todavía unos pocos minutos de ignorancia.

Vio personas, cuyos rostros no distinguía, que se acercaban al puesto. Iban en busca de diferentes diarios, pero compraban también el *Banner* cuando veían la primera página. Se quedó contra la pared, esperando. Pensó que era justo que fuese el último en saberlo.

El puesto quedó de pronto desierto. Un tren rugió sobre su cabeza con largo estruendo, sacudiendo los pilares. Esperó a que se extinguiera el ruido y entonces se acercó al puesto. «El *Banner*», dijo. No miró quién vendía el diario, si era hombre o mujer. Una mano morena y nudosa le entregó el ejemplar.



Empezó a alejarse, pero se detuvo mientras cruzaba la calle. En la página del frente había una fotografía de Roark. Era una buena fotografía. La cara serena, las mejillas huesudas, la boca implacable. Leyó el editorial apoyándose en un pilar de la estación.

«Nosotros siempre nos esforzamos por dar a nuestros lectores la verdad, sin temor ni precios...

»...la consideración caritativa y el beneficio de la duda aun tratándose de un hombre abrumado con un crimen ultrajante...

»Pero después de una concienzuda investigación y a la luz de la nueva evidencia puesta ante nosotros, estamos obligados sinceramente a admitir que habíamos sido demasiado indulgentes...

»La sociedad ha despertado con un nuevo sentido de la responsabilidad hacia los desheredados...

»Nos unimos a la voz de la opinión pública...

»El pasado, la carrera, la personalidad de Howard Roark parecen confirmar la impresión difundida de que se trata de un carácter reprensible, de un tipo de hombre peligroso, sin principios, antisocial...

»Si se le considera culpable, como parece inevitable, Howard Roark debe ser condenado a lo mas que la ley pueda imponerle.»

Estaba firmado «Gail Wynand».

Cuando levantó la vista estaba en una calle brillantemente iluminada, mirando en un escaparate un maniquí de cera exquisitamente contorneado que había sobre una *chaise longue* tapizada de seda; el maniquí estaba vestido con una bata de casa asalmonada, sandalias doradas y una sarta de perlas suspendidas de un dedo que tenía levantado.

No se dio cuenta de cuándo dejó el diario, pero en determinado momento ya no lo tuvo en la mano. Miró hacía atrás. Hubiera resultado imposible encontrar un diario tirado en una calle por la cual no recordaba si había pasado.

«Mi encuentro con usted es el único encuentro de mi vida que no podrá repetirse nunca... Howard, yo escribí ese editorial hace cuarenta años. Lo escribí una noche, cuando tenía diecisiete años y estaba sobre el tejado de una vivienda.»

Continuó su marcha. Otra calle estaba delante de él y una cadena de luces de tránsito. Pasó por un escaparate de zapatos usados; pasó por la entrada de una misión que ostentaba una cruz; pasó por delante de un cartel desgarrado que hacía propaganda a un candidato político. Pudo sentir el olor del río y ver el algodón de la niebla que se extendía sobre las luces.

Estaba en Hell's Kitchen.

Las fachadas de los edificios parecían las paredes de los patios del fondo que de pronto hubiesen sido puestas al descubierto; decadencia sin reserva, después de haber pasado vergüenza y privación. Oyó gritos que procedían de una cantina, y no pudo distinguir si eran de alegría o de alboroto. Se quedó en medio de la calle, mirando lentamente hacia abajo, hacia la boca de cada oscura grieta, hacia arriba, a las paredes, ventanas, tejados.

«Nunca he salido de aquí. Nunca he salido de aquí. Me sometí al dueño de la proveeduría, a los peones del *ferry-boat*, al propietario de la casa de juego. No has dirigido nada, aquí. No has dirigido nada, en ninguna parte, Gail Wynand. Tú solamente te has agregado a las cosas que ellos dirijan.»

Después levantó la vista hacia la ciudad, a los grandes rascacielos. Vio una hilera de luces que se elevaban sin apoyo en el negro espacio, un pináculo resplandeciente anclando en la nada. Reconoció los edificios famosos a los cuales pertenecían, pudo reconstruir sus formas en el espacio. Se dijo: «Vosotros sois mis jueces y mis testigos; vosotros sois la presencia y la ciudad. Así como a lo largo de los siglos unos pocos hombres se yerguen en solitaria rectitud, para que nosotros podamos contemplarlos y decir que existió en

el pasado una raza de hombres. Uno no puede escapar de vosotros, las calles caminan y vosotros permanecéis invariables. Vosotros me habéis visto caminar por las calles esta noche. Habéis contemplado todos mis pasos y mis años. A vosotros he traicionado, porque nací para ser uno de vosotros.»

Continuó su marcha. Era tarde. Círculos de luz quedaban en las veredas desiertas, bajo las columnas del alumbrado, sin ser molestados. Conforme iba pasando veía diarios tirados en las aceras, en los bancos de los parques, en las papeleras, en las esquinas. Muchos eran ejemplares del *Banner* que aquella noche habían sido leídos en la ciudad. «Están rehaciendo la circulación», se dijo.

Se detuvo. Vio un diario extendido en la acequia, con la primera página hacia arriba. Era el *Banner*. Vio el retrato de Roark. Vio la impresión gris de un tacón de goma sobre la cara de Roark.

Se inclinó, doblando su cuerpo lentamente, y recogió el diario. Arrancó la primera hoja y se la metió en el bolsillo. Continuó su marcha.

«Es un desconocido tacón de goma, de cualquier parte de la ciudad, de un pie desconocido que yo había hecho marchar. Los hacía marchar a todos. Hice a todos los que me han destruido. Ellos habrían sido impotentes. Ellos no pueden producir nada. Yo les di una arma. Les di mi fuerza, mi energía, mi poder vital. Yo creé una gran voz y los dejé que dictaran sus palabras. La mujer que me arrojó a la cara las hojas de remolacha tenía razón. Yo lo hice posible.

»Todo puede ser traicionado, todo puede ser perdonado. Pero no aquellos a quienes les faltó el valor de su propia grandeza. Alvah Scarret puede ser perdonado. No tenía qué traicionar. Mitchell Layton puede ser perdonado. Pero yo no. Yo no he nacido para ser un continuador, un imitador.»

## XVII

Era un día de verano, frío, y sin nubes, como si el sol estuviese encubierto bajo una película de agua y la energía del calor se hubiera transformado en una claridad más pura, en un esplendor que se agregaba a los edificios de la ciudad. En las calles, esparcidos como fragmentos de espuma gris, había una gran cantidad de ejemplares del *Banner*. La ciudad leyó con risa sarcástica la exposición del renunciamiento de Wynand. «Wynand se ha rendido», dijo una mujer de labios apretados que no sabía nada de Wynand y menos de la publicación, pero que le gustaba oír hablar de las personas que se rendían. En una cocina, después de la cena, una mujer gorda metió los residuos de los platos en una hoja de diario. Nunca había leído la página primera, sino sólo las entregas de una novela amorosa que aparecía en la segunda sección. Envolvió las cáscaras de cebolla y los restos de las costillas de cordero en el *Banner*.

—Es estupendo —dijo Lancelot Clokey—, aunque estoy realmente harto de esa Unión, Ellsworth. ¿Cómo pueden traicionar a un cómplice como usted en esa forma?

—No sea así, Lance —dijo Ellsworth Toohey.

—¿Qué quiere decir?

—Fui yo el que les dijo que aceptaran los términos del arreglo.

—¿«Usted se lo dijo»?

—Sí.

—¿Pero, Dios mío! ¿Y *Una Vocecita*?

—¿No puede esperar un mes más o menos? He iniciado la demanda en el Departamento de Trabajo para

recuperar mi puesto en el *Banner*. Hay distintos modos de despellejar un gato, Lance. El sacarle el cuero carece de importancia, una vez que usted le haya roto la columna vertebral.

Aquella noche Roark apretó el timbre de la casa que Wynand tenía sobre el rascacielos. El mayordomo abrió la puerta y le contestó:

—El señor Wynand no le puede recibir, señor Roark.

Desde la acera de enfrente, Roark, al levantar la vista, vio un cuadrado de luz sobre los tejados en la ventana del estudio de Wynand.

Por la mañana, Roark fue a la oficina del *Banner*. La secretaria de Wynand le contestó:

—El señor Wynand no lo puede recibir, señor Roark. —Y agregó con voz cortés y dócil—: El señor Wynand me pidió que le dijese que no quiere verlo más.

Roark le escribió una larga carta: «...Gail, lo sé. Tenía la esperanza de que usted pudiese escapar de eso, pero desde el momento que ha ocurrido, empiece otra vez desde donde se halla. Sólo que está sufriendo. No lo está haciendo por mi causa, no es menester, pero si esto le sirve de ayuda, le repito ahora todo lo que le he dicho. Nada ha cambiado para mí. Usted sigue siendo lo que era. No puedo decirle que lo perdono, porque no puede existir entre nosotros semejante cuestión. Pero si no se puede perdonar a sí mismo, ¿quiere que lo haga yo? Permítame que le diga que esto carece de importancia, no es un veredicto final sobre usted. Deme el derecho de decirle que lo olvide. Continúe con mi palabra empeñada hasta que se haya recobrado. Sé que hay algo que nadie puede hacer por otro, pero si soy lo que he sido para usted, lo aceptará. Pida una transfusión de sangre. La necesita. Tómela. Es más difícil que combatir la huelga. Hágalo por mi afecto, si eso le ayuda. Pero hágalo. Vuelva. Habrá otra oportunidad. Lo que usted cree que ha perdido, nunca se puede perder ni

hallar. No lo deje ir.»

La carta le fue devuelta a Roark sin ser abierta.

Alvah Scarret dirigía el *Banner*. Wynand permanecía en su despacho. Había quitado de la pared el retrato de Roark. Atendía los contratos de anuncios, los gastos, las cuentas. Scarret tenía a su cargo la orientación de los editoriales. Wynand no leía el contenido del *Banner*.

Cuando Wynand aparecía en algún departamento del edificio, los empleados le obedecían como habían hecho antes. Era todavía una máquina, y más peligrosa que nunca; era un auto que marchaba por una pendiente sin combustible y sin frenos.

Dormía en la casa que tenía en el rascacielos. No había visto a Dominique. Scarret le había dicho que había vuelto al campo. Una vez Wynand ordenó a su secretaria que telefonease a Connecticut. Estuvo junto a la mesa mientras le preguntaba al mayordomo si la señora de Wynand estaba en la casa. El mayordomo contestó que sí. La secretaria colgó el receptor y Wynand volvió a su despacho.

Pensó que se concedería unos días. Después volvería a ver a Dominique. Su matrimonio tendría que ser lo que ella había deseado en el primer momento. «La señora de los diarios de Wynand.» Tendría que aceptarlo.

«Esperar —se dijo a sí mismo en una agonía de impaciencia— esperar. Debes aprender a afrontarla tal como eres ahora. Ensaya para ser un mendigo. No puedes tener pretensiones con las cosas a las cuales no tienes derecho. Ni igualdad ni resistencia ni orgullo de conservar tu fuerza en contra de la de ella. Tan sólo aceptación, ahora. Estar delante de ella como un hombre al que no le puede dar nada. Que vivirá de lo que ella le quiera conceder. Será despreciable, pero procederá de ella y constituirá un vínculo. Hay una clase de dignidad que consiste en la renunciación de la dignidad, y que se

admite francamente. Apréndela. Espera...» Se sentó en el estudio, con la cabeza apoyada en el brazo del sillón.

Dominique estaba tendida a la orilla del lago. Miraba la casa, encima de la colina, y las ramas de los árboles que estaban sobre ella. Estaba de espaldas, con las manos detrás de la cabeza, estudiaba el movimiento de las hojas. «Es una hermosa clase de verde —se dijo—. Ese fuego que rodea los bordes es el sol; no tengo necesidad de mirarlo para decir cómo está toda la región. Las manchas de luz, meciéndose en círculos, eso es el lago.»

Se dio cuenta de lo que tenía que hacer. Pero se concedería a sí misma unos pocos días. «He aprendido a llevarlo todo, excepto la felicidad —pensó— Debo aprender a llevarla. Debo aprender a no quebrarme bajo de ella. Es la única disciplina que necesitaré de ahora en adelante.»

Roark estaba en la ventana de su casa de Monadnock Valley. Había alquilado la casa para el verano e iba allí cuando quería soledad y descanso. Era un tranquilo anochecer. La ventana, abierta a una superficie cubierta de árboles, estaba suspendida en el aire. Una franja de crepúsculo se extendía sobre la oscura cima de los árboles. Sabía que debajo había casas, pero no las podía ver.

Oyó el ruido de un auto que se acercaba por el camino. Escuchó asombrado. No esperaba visitas. El auto se detuvo. Se dirigió a abrir la puerta. No sintió ninguna sorpresa cuando vio que se trataba de Dominique.

Ella entró como si hubiese dejado la casa media hora antes. No llevaba sombrero ni medias, nada más que sandalias y un vestido apropiado para andar por el campo, ceñido, de hilo azul oscuro con mangas cortas.

No daba la impresión de que hubiese recorrido tres Estados para llegar allí; parecía que hubiese vuelto de un paseo por el valle. Roark sabía que iba a ser el momento solemne, que no necesitaría ninguna solemnidad, pues no se trataba del significado especial de aquella noche, sino del significado completo de los siete años que habían pasado.

—Howard...

Él estaba de pie, como atendiendo al sonido de su nombre. Tenía todo lo que había querido.

Pero había un pensamiento que permanecía como un dolor. Él habló:

—Dominique, espera hasta que se recobre.

—Tú sabes que no se recobrará.

—Ten piedad de él.

—No hables el lenguaje que ellos hablan.

—Era su vida.

—Ésta es la mía.

Ella miró en torno para que la realidad cotidiana de las paredes y de las sillas le ayudaran a conservar la disciplina que se había impuesto para aquel instante. Las paredes que él había diseñado, las sillas que él había usado, los cigarrillos sobre la mesa, las necesidades rutinarias de la vida que podían adquirir esplendor cuando la vida era lo que era en aquel momento.

—Howard, sé lo que piensas hacer, de manera que no importa si se enteran de la verdad acerca de nosotros.

—Sería igual.

—Cuando tu viniste aquella noche para hablarme de Cortland no traté de detenerte. Sabía que tenía que hacerlo, que era la ocasión para establecer los términos sobre los cuales podrías continuar. Ahora es mi momento. No me protejas. No te importe lo que yo haga.

Dominique se separó de él y atravesó la habitación para dejar que la casual desenvoltura de sus pasos hiciera de aquél su hogar; para manifestar que su



presencia iba a ser la regla en los días venideros y que, por lo tanto, no tenía necesidad de hacer lo que más quería en aquel momento: quedarse mirando a Roark. Supo también lo que estaba dilatando porque no estaba lista y nunca lo estaría. Extendió su mano para arreglar el paquete de cigarrillos que estaba sobre la mesa.

—Sí, Howard..., completamente, y siempre... Sin reservas, sin temor de nada de lo que pudieran hacer a ti o a mí... en la forma que tú quisieras... Como tu esposa o tu amante, secreta o públicamente..., aquí o en la más modesta habitación o en cualquier ciudad cercana a la cárcel, donde te vería a través de una reja de hierro... No importa... Howard, si ganas el juicio; tampoco eso importará mucho. Lo has ganado hace tiempo... Yo seguiré siendo lo que soy y permaneceré contigo, ahora y siempre, de cualquier modo que quieras...

Roark colocó las manos de ella en las suyas, Dominique vio que sus espaldas se inclinaban hacia ella, lo vio impotente, rendido en aquel momento, como ella estaba, y comprendió que aun el dolor puede confesarse, pero confesar la alegría es como estar desnuda. Se iba poniendo oscuro, casi no se veía en la habitación. Sólo quedaba la ventana; pero Roark atajaba la luz que podía entrar por allí.

A la mañana siguiente, Dominique tomó el teléfono y pidió que le dieran comunicación con el puesto de policía más próximo.

—Habla la señora de Gail Wynand —dijo. Hablo desde la casa de Howard Roark, en Monadnock Valley. Quiero denunciar que anoche me robaron aquí un anillo con una estrella de zafiros. Unos cinco mil dólares... Era un obsequio del señor Roark. ¿Puede venir aquí dentro de una hora?... Gracias.

Fue a la cocina, hizo café y se quedó vigilando el brillo de la espiral eléctrica de la cafetera, que le pareció la luz más hermosa de la tierra.

Puso la mesa cerca de la ventana del *living*. Llevaba

puesto un pijama de Roark y se echó a reír al verse con aquella prenda. Le dijo a Roark:

—No te vistas. Siéntate. Tomemos el desayuno.

Estaban terminando cuando oyeron el ruido de un auto que se acercaba. Ella se sonrió y se encaminó a abrir la puerta.

Había un comisario, un diputado y dos reporteros de diarios locales.

—Buenos días —saludó Dominique—. Entren.

—¿La señora... de Wynand? —dijo el comisario.

—Sí. La señora de Gail Wynand. Entren y siéntense.

Con los cómicos pliegues de su pijama y las mangas colgantes era la única que no parecía ver nada extraordinario en la situación.

El comisario tomó una libreta como si no supiese qué hacer con ella. Dominique lo ayudó a hacer las preguntas del caso y las contestó con precisión, como una buena periodista.

—Era un anillo con una estrella de zafiros montada sobre platino. Me lo quité y lo dejé aquí sobre la mesa, cerca de mi cartera, antes de irme a acostar... Eran las diez de la noche. Cuando me levanté esta mañana, no estaba... Sí, la ventana estaba abierta... No, nosotros no oímos nada... No, no estaba asegurado, no había tenido tiempo. El señor Roark me lo dio hace poco... No, no hay sirvientes y tampoco hay otros huéspedes... Sí, haga el favor de revisar la casa... *Living*, dormitorio, cuarto de baño y cocina... Sí, por supuesto, ustedes pueden ver también. La Prensa, ¿no? ¿Quieren hacerme algunas preguntas?

No había ninguna pregunta que hacer. La historia estaba completa. Los reporteros nunca habían visto una información de aquella naturaleza ofrecida de tal manera.

Ella trató de no mirar a Roark otra vez después de la primera mirada que le lanzó. Pero él conservó su promesa, no trató de contenerla ni de protegerla.

Cuando le preguntaron, contestó lo suficiente como para apoyar las declaraciones de ella.

Después los hombres se fueron. Parecían contentos de irse. Hasta el comisario sabía que no tenía que dirigir la búsqueda del anillo.

—Lo siento —dijo Dominique—. Sé que es terrible para ti. Pero es la única manera de salir en los diarios.

—Éste ha sido un trabajo más perfecto que Cortland. Mejor.

—Sí. Ahora Gail está reventado del lado que le corresponde. ¿De modo que él cree que eres «un tipo de hombre antisocial y sin principios»? Dejemos que el *Banner* me manche ahora a mí también. ¿Por qué tendrías que ahorrarle esto? Lo siento, Howard, no tengo ningún sentido de misericordia. He leído ese editorial. No hagamos comentarios. No digamos nada acerca del sacrificio personal, o yo estallaré y... no soy tan suficientemente fuerte como el comisario probablemente cree. No lo hice por ti. Hice lo peor para tí, he agregado escándalo a todas las otras cosas que te arrojarán. Pero, Howard, ahora estamos juntos contra todos ellos. Tú serás condenado y yo seré una adúltera. Howard, ¿recuerdas que quería participar contigo de la comida en los comedores ambulantes y de las ventanas de los extraños? Ahora no temo haber manchado todos sus diarios con la noche pasada aquí. Querido, ¿ves por qué soy feliz y libre?

La información que incluía el pijama, el peinador, la mesa del desayuno, la cama única, apareció en todos los diarios de Nueva York.

Alvah Scarret entró en la oficina de Wynand y le arrojó un diario sobre la mesa. Scarret nunca había descubierto todo lo que quería a Wynand hasta aquel momento y estaba tan herido que sólo se lo podía expresar con un furioso denuesto. Tartamudeó:

—Váyase al diablo, tonto de remate. Bien se lo merece. Bien se lo merece y estoy contento, por tonto.

¿Ahora qué va a hacer?

Wynand leyó la noticia y se quedó mirando el diario. Scarret permaneció cerca. No ocurrió nada. No había nada más que una oficina, un hombre sentado con un diario en la mano. Vio las manos de Wynand una a cada lado de las hojas, y las manos estaban firmes. «No — pensó —, normalmente un hombre no podría tener las manos así, levantadas y sin apoyo y, sin embargo, sin ningún temblor.»

Wynand levantó la cabeza. Scarret no pudo descubrir nada en sus ojos, salvo un asombro suave, como si Wynand se estuviese preguntando qué hacía Scarret allí. Scarret le preguntó aterrorizado:

—Gail, ¿qué va a hacer?

—La publicaremos. Es una noticia.

—Pero... ¿cómo?

—De la manera que usted quiera.

La voz de Scarret saltó, porque sabía que no tendría el coraje de intentarlo otra vez y porque estaba atrapado; tenía miedo de retirarse.

—Gail, debe divorciarse. —Se dio cuenta de que estaba allí todavía y continuó, sin mirar a Wynand, gritando—: ¡Gail, no tiene disyuntiva ahora! Tiene que conservar lo que le queda de su reputación. Tiene que divorciarse y debe presentar la demanda.

—Está bien.

—¿Quiere? ¿En seguida? ¿Quiere que Paul reúna los papeles ahora mismo?

Scarret salió corriendo de la habitación. Corrió hasta su propio despacho, hizo sonar la puerta, tomó el teléfono y llamó al abogado de Wynand. Le explicó y siguió repitiendo:

—Deje todo y prepárelo ahora, Paul; ahora, hoy, en seguida, antes que cambie de opinión.

Wynand se fue a la casa de campo. Allí estaba Dominique esperándole.

Cuando Wynand entró, ella se puso de pie. Se

adelantó hacia él, pero no había muebles entre ambos y ella quería que le viese todo el cuerpo. Él se detuvo en el espacio vacío y la miró como si estuviera observando a los dos, de súbito, como un espectador imparcial que viese a Dominique y a un hombre que estuviesen cara a cara, pero que no fuera Gail Wynand.

Ella estaba pendiente de su boca, pero él no dijo nada.

—Bueno, ya te he dado una noticia que aumentara la circulación, Gail.

Él oyó, pero daba la impresión de que no notara nada de lo presente. Parecía un pagador de Banco que estuviera haciendo el balance de una cuenta extraña.

—Me gustaría solamente saber esto: que me dijese si ha sido la primera vez desde que nos casamos.

—Sí.

—Pero ¿fue la primera vez?

—No. Fue el primer hombre en mí vida.

—Creo que debía comprenderlo. Tú te casaste con Peter Keating en seguida que terminó el pleito de Stoddard.

—¿Quieres saberlo todo? Te lo voy a decir. Yo lo conocí cuando estaba trabajando en una cantera de granito. ¿Qué tiene de extraño? Lo agregarán ahora a una cadena de presidiarios o le darán tormento. Estaba trabajando en una cantera. No me pidió mi consentimiento. Así fue como empezó. ¿Quieres sacarle partido? ¿Quieres publicarlo en el *Banner*?

—Te ama.

—Sí.

—Sin embargo, construyó esta casa para nosotros.

—Es cierto.

—Quería saberlo solamente.

Se volvió para partir.

—¡Vete al diablo! Si puedes tomarlo así, no tenías derecho a transformarte en lo que te has transformado.

—Por esa razón lo tomo así.

—Aquella noche, Guy Françon le telefoneó a Dominique. Desde que se había retirado, vivía solo en su posesión próxima a la ciudad donde se hallaba la cantera. Dominique se había negado a contestar a las llamadas telefónicas aquel día, pero tomó el receptor cuando la doncella le dijo que era el señor Françon. En lugar de la furia que aguardaba, oyó una voz gentil que decía:

—¡Hola, Dominique!

—¡Hola, papá!

—¿Vas a dejar a Wynand ahora?

—No deberías trasladarte a la ciudad. No es necesario. No hay que extralimitarse. Ven y quédate conmigo. Hasta... el juicio de Cortland.

Lo que él había omitido y el timbre de su voz, firme y sencillo y con una tonalidad que se aproximaba a la felicidad, la hizo contestar después de un segundo:

—De acuerdo, papá. —Era la voz de una jovencita, la voz de la hija con alegría cansada, confiada, inteligente—. Iré a eso de medianoche. Tenme listo un vaso de leche y unos emparedados.

—Trata de no venir a toda velocidad como haces siempre. Los caminos no están muy buenos.

Cuando llegó, Guy Françon fue a recibirla a la puerta. Ambos se sonrieron y ella reparó que no habría preguntas ni reproches. La condujo a la habitación pequeña donde tomaba el desayuno, y en la cual había dispuesto la sobria cena sobre una mesa, cerca de la ventana, con vista al césped oscuro. Había olor a hierba, candelabros en la mesa y un ramo de jazmines en un florero de plata.

Dominique se sentó, se apoderó de la copa helada y empezó a comer tranquilamente los emparedados,

—¿Quieres decirme algo, papá?

—No, quiero que bebas la leche y que te vayas a dormir.

—Está bien.

Él se quedó contemplándola, pensativo, haciendo girar una aceituna en torno a un mondadientes coloreado. Después levantó los ojos hacia ella.

—Mira, Dominique, no puedo comprenderlo perfectamente, pero conozco bien qué es lo que te conviene. Esta vez es el hombre adecuado.

—Es verdad, papá.

—Ésta es la causa por la cual estoy contento.

Ella asintió con la cabeza.

—Dile al señor Roark que puede venir siempre que quiera.

Ella se sonrió.

—¿Dile a quién, papá?

—Dile a... Howard.

Gail Wynand había dado órdenes para que cada día le llevaran a su despacho todos los diarios de Nueva York. Lefía cada palabra de las que se escribían y murmuraban en la ciudad. Todos estaban enterados de que todo había sido fraguado, pues la esposa de un millonario no iba a denunciar la pérdida de un anillo de cinco mil dólares en tales circunstancias, pero esto no impedía que cada cual lo aceptara como verídico y lo comentaran en consecuencia. Los comentarios más ofensivos se hicieron en las páginas del *Banner*.

Alvah Scarret había encontrado motivo para una campaña a la cual se consagró con el fervor más genuino que hubiese experimentado jamás. Sentía que aquello constituía una reparación por cualquier deslealtad que pudiese haber cometido con Wynand en el pasado. Vio la manera de redimir el nombre de Wynand. Se dispuso a ofrecerlo al público como la víctima de una gran pasión de una mujer depravada; era Dominique quien lo había forzado a que fuese el campeón de una causa inmoral; ella había casi hundido el diario de su marido, su posición, su reputación, la obra de toda su vida, a causa del amante que tenía. Scarret pedía a los lectores que perdonasen a Wynand;

su justificación era un trágico amor al cual se sacrificaba. El público respondía, sobre todo las viejas lectoras del *Banner*. Acrecentaba el trabajo lento y penoso de reconstruir el diario.

Empezaron a llegar cartas generosas en sus condolencias, pero desenfundadas en la licencia de los comentarios sobre Dominique Françon.

—¡Como en los viejos días, Gail —decía Scarret feliz—, como en los viejos días!

Wynand se quedaba solo en la oficina, con las cartas. Scarret no podía sospechar que aquél era el peor de sus sufrimientos. Se obligaba a leer cada carta.

Cuando se encontraban en el edificio, Scarret lo contemplaba con expectación, con una media sonrisa suplicante; era la pupila ansiosa que espera el reconocimiento del maestro por una lección bien aprendida y bien expuesta. Wynand no decía nada. Una vez Scarret se aventuró:

—Fue hábil, ¿no es cierto, Gail?

—Sí.

—Ella es, realmente, la causa de todo. Mucho antes de todo esto. Cuando usted se casó con ella. Entonces tuve miedo. Aquello fue el principio. ¿Se acuerda cuando no nos permitió describir su boda? Fue un signo. Ella arruinó el *Banner*, Pero que me condenen si no lo levanto ahora sobre su propio cuerpo. Tal como era antes. Nuestro viejo *Banner*.

—Sí.

—¿Tiene alguna sugerión, Gail? ¿Qué más desearía que hiciese?

—Lo que quiera, Alvah.

## XVIII



La rama de un árbol se asomaba por la ventana abierta. Las hojas que se movían en el aire denotaban el sol y el verano y la renovación inextinguible de la tierra. Dominique pensó en el mundo como un telón de fondo. Wynand pensó en dos manos que encorvaran la rama del árbol para explicarse el significado de la vida. Las hojas se inclinaron rozando la línea de los altos edificios de Nueva York que se extendían a lo lejos del río. Los rascacielos se levantaban como cimas de luz bañadas de blanco por la distancia y por el verano. Una multitud llenaba la sala para presenciar el juicio contra Howard Roark.

Roark estaba sentado junto a la defensa. Escuchaba con tranquilidad.

Dominique estaba sentada en la tercera fila de los espectadores. Al mirarla, las personas se sentían como si hubiesen visto una sonrisa, pero ella no sonreía: contemplaba las hojas de la ventana.

Gail Wynand estaba sentado al final de la sala. Había entrado solo, cuando ya estaba repleta. No había notado las miradas y las descargas de luz de las cámaras fotográficas que estallaban en torno. Estuvo en el pasillo un instante, buscando con la mirada un sitio como si no hubiera razón por la cual él pudiera buscarlo. Su mirada se dirigió de Dominique a la concurrencia. Cuando se sentó, miró a Roark. Desde el instante en que Wynand entró, los ojos de Roark se dirigieron hacia él. Siempre que éste lo miraba, Wynand volvía la cara.

—El asunto que el Estado se propone probar — empezó el fiscal, dirigiéndose al jurado— está fuera del reino de la emoción humana. Para la mayor parte de nosotros parecerá monstruoso e inconcebible.

Dominique estaba sentada con Mallory, Heller, Lansing, Enright, Mike y Guy Françon; éste se hallaba allí con la desaprobación de sus amigos. Pasillo por medio, las celebridades formaban un cometa; al frente, el punto pequeño representado por Ellsworth y una cola

de nombres populares se extendía atrás: Lois Cook, Gordon L. Prescott, Gus Webb, Lancelot Clokey, Ike, Jules Fougler, Sally Brent, Homer Slottern, Mitchell Layton.

—Del mismo modo que la dinamita destruyó el edificio, su convicción ha destruido todo sentido de humanidad en el alma de ese hombre. Estamos tratando, señores jurados, con el explosivo más perverso que hay en el mundo: el egoísta.

En las sillas, en las ventanas, en los pasillos, apoyados en las paredes, la masa humana se fundió como un monolito, exceptuando los pálidos óvalos de los rostros.

Los rostros resaltaban, separados, solitarios, desiguales. Detrás de cada uno de ellos estaban los días de una vida ya vivida o que había transcurrido en parte. Esto había dejado en todos ellos un solo sello en común: sobre los labios que sonreían con malicia, sobre los labios caídos por el renunciamento, sobre los labios apretados con dignidad incierta sobre todas las bocas, la marca del sufrimiento.

—...En aquel día, en aquella época, cuando el mundo está desgarrado por problemas gigantescos, en busca de una respuesta que mantenga el equilibrio del hombre; este hombre le atribuye suficiente importancia a algo tan vago e intangible, tan poco esencial como son sus opiniones artísticas para que lleguen a constituir su única pasión y el motivo de un crimen contra la sociedad.

La gente había ido a presenciar un caso sensacional, a ver celebridades, a tener material para las conversaciones, unos para ser vistos; otros para matar el tiempo. Volvería a sus trabajos indeseables, a sus familias no queridas, a sus amigos no elegidos, a los salones, a los trajes de noche, a los vasos de *cocktails* y a los cines, al dolor que no toleraba, a la esperanza asesinada, al deseo que no se había podido alcanzar; a

los días de esfuerzo para no pensar, no hablar, olvidar y ceder y darse por vencido. Pero cada uno de ellos había conocido algún momento inolvidable, una mañana en la cual nada hubiese ocurrido y de pronto se oyese una música que nunca se repetiría del mismo modo; el rostro de un extraño visto en el ómnibus, un instante en que cada uno había conocido un sentido diferente de la vida.

—...Un egoísta arrogante, empedernido, que quiso salirse con la suya a cualquier precio...

Doce hombres había en el recinto del jurado. Escuchaban con rostro atento y sin emoción. Se había murmurado que era un jurado severo. Había dos administradores de establecimientos comerciales, dos ingenieros, un matemático, un conductor de camión, un albañil, un electricista, un jardinero y tres obreros de fábricas. La formación del jurado había llevado algún tiempo. Roark había rehusado a muchos jurados provisionales. Había terminado por aceptar a aquellos doce. El fiscal se puso de acuerdo, diciéndose a sí mismo que eso ocurría cuando un aficionado efectuaba su propia defensa. Un abogado hubiera escogido tipos más amables, de aquellos que responden más fácilmente a las llamadas de misericordia. Roark había elegido las caras más duras.

—...Si se hubiese tratado de la mansión de un plutócrata... Pero de un barrio de casa baratas, señores jurados, ¡de casas baratas!

El juez estaba tieso en el alto sitial. Tenía el cabello gris y el rostro austero de un oficial del Ejército.

La voz continuó, ejercitada y segura. Las caras que llenaban la sala escuchaban con la reacción que hubieran tenido ante una cena en un día de entre semana: satisfechas. Estaban de acuerdo con cada frase, la habían oído antes, la oían siempre; era de lo que el mundo vivía.

El fiscal presentó sus testigos. El agente de policía que había detenido a Roark ocupó el sitial para declarar

cómo había encontrado al acusado. El sereno relató cómo había sido alejado del lugar. Su testimonio fue breve, pues el fiscal parecía no dar importancia a todo aquello que se refería a Dominique. El capataz del contratista testificó acerca de la dinamita que faltaba de los depósitos del lugar. Los funcionarios de Cortland, los inspectores de la construcción, los tasadores declararon para describir el edificio y para estimar los daños ocasionados.

Peter Keating fue el primer testigo llamado al día siguiente.

Se sentó en el sitial, inclinado hacia delante. Miraba al fiscal dócilmente. Sus ojos se movían de vez en cuando. Miraba a la multitud, al jurado y a Roark con indiferencia.

—Señor Keating, ¿quiere declarar bajo juramento si usted hizo el proyecto que se le atribuye y que se conoce con el nombre de Cortland Homes?

—Yo no lo hice.

—¿Quién lo hizo?

—Howard Roark.

—¿A petición de quién?

—A petición mía.

—¿Por qué se lo pidió?

—Porque yo no era capaz de hacerlo.

En su voz no había tono de sinceridad, porque no había tampoco ninguna tonalidad del esfuerzo que significaba manifestar una verdad de tal naturaleza, ningún tono de verdad ni de falsedad, sólo de indiferencia.

El fiscal le entregó una hoja de papel.

—¿Es éste el convenio que usted firmó?

Keating tomó el papel con su mano

—Sí.

—¿Quiere leer al jurado los términos del contrato?

Keating los leyó en voz alta. Su voz resultaba monótona y chillona. Nadie se dio cuenta entre el

auditorio de que aquel testimonio iba a ser considerado como una sensación. No era un arquitecto famoso que confesaba públicamente su incompetencia: era un hombre que recitaba una lección aprendida de memoria. La gente tenía la impresión de que, si hubiere sido interrumpido, no habría podido continuar la frase siguiente; que debería haber empezado todo de nuevo, desde el principio.

Respondió a muchas preguntas. El fiscal exhibió los dibujos originales de Cortland, hechos por Roark y que Keating había conservado; las copias que Keating había hecho de ellos y fotografías de Cortland tal como había sido construido.

—¿Por qué se opuso tan tenazmente a los excelentes cambios en la estructura que sugirieron los señores Prescott y Webb?

—Tenía miedo de Howard Roark.

—¿Qué le hacía temer? ¿Su carácter?

—Nada.

—Explíquese.

—No sé. Tenía miedo. Suelo tener miedo.

El interrogatorio continuó. El relato era extraordinario, pero los asistentes estaban aburridos. Cuando Keating abandonó el sitio, el auditorio tenía la extraña impresión de que ningún cambio había habido con la marcha de aquel hombre; era como si nadie hubiese salido de allí.

—La acusación ha terminado —dijo el fiscal.

El juez miró a Roark.

—Tiene la palabra la parte acusada —dijo el juez amablemente.

Roark se puso en pie.

—Señoría, no presentaré ningún testigo. Éste será mi testimonio y mi defensa.

—Preste juramento.

Roark prestó juramento. Estaba junto a los escalones del sitio de los testigos. La concurrencia lo

contemplaba. Tuvieron la impresión de que no tenía probabilidades. Podían abandonar el resentimiento innominado, el sentido de inseguridad que él había despertado en la mayoría de la gente. Y de este modo, por primera vez, podían verlo como era: un hombre totalmente exento de temor.

Roark estaba en presencia de ellos como todo hombre inocente está ante la inocencia de su propio espíritu. Pero estaba, como ocurría en realidad, delante de una multitud hostil y ellos supieron, al punto, que no era posible el odio hacia él. En el relámpago de un segundo asieron la realidad de su conciencia. Cada uno se preguntaba a sí mismo: ¿necesito la aprobación de alguien?, ¿me importa?, ¿estoy atado? Y por un instante cada uno fue libre, lo bastante libre para sentir bondad hacia todo hombre.

Fue sólo un momento, el momento de silencio antes de que Roark hablara.

—Hace miles de años el hombre descubrió la forma de encender el fuego. Probablemente se quemó, al exponerse a enseñar a sus hermanos la manera de hacerlo. Se le consideró una persona perversa que había tenido tratos con el demonio para aterrorizar a la humanidad. Pero, desde entonces, los hombres han encendido el fuego para calentarse, para cocer sus alimentos, para iluminar sus cuevas. Les había dejado un don que ellos no habían concebido y había alejado la oscuridad de la tierra. Siglos más tarde un primer hombre inventó la rueda. Probablemente sería martirizado en el aparato que había enseñado a construir a sus hermanos. Se le consideró un transgresor que se había aventurado en territorio prohibido. Pero desde entonces los hombres pueden viajar recorriendo todos los horizontes. Les dejó un don que ellos no habían concebido y abrió los caminos de la tierra.

»Ese hombre, rebelde e iniciador, está en el primer capítulo de cada leyenda que la humanidad ha realizado

desde sus principios. Prometeo fue encadenado a una roca y allí devorado por los buitres, porque había robado el fuego a los dioses. Adán fue condenado al sufrimiento porque comió del fruto del árbol de la ciencia. Cualquiera que sea la leyenda, donde quiera que estén las sombras de su memoria, la humanidad ha sabido que su gloria ha comenzado con uno de esos hombres y que éste pagó muy cara su valentía.

»A través de los siglos ha habido hombres que han dado pasos en caminos nuevos sin más armas que su propia visión. Sus fines serán diferentes, pero todos ellos tenían esto en común: el paso inicial, el camino nuevo, la visión propia y la respuesta que recibían: odio. Los grandes creadores, los pensadores, los artistas, los hombres de ciencia, los inventores han estado solos contra los hombres de su época. Todo pensamiento nuevo ha constituido una oposición. El telar mecánico fue considerado un mal. A la anestesia se la consideró un pecado. Pero los hombres de visión propia continuaron adelante. Lucharon, sufrieron y pagaron su grandeza, pero vencieron.

«Ningún creador ha sido impulsado por el deseo de servir a sus hermanos, porque sus hermanos rechazaban el don que les ofrecía y ese don destruía la rutina perezosa de sus vidas. Su verdad fue el único móvil. Su propia verdad y su propio trabajo para realizarlo a su propio modo. Una sinfonía, un libro, Una máquina, una filosofía, un aeroplano o un edificio; eso era para él su meta y su vida. No eran aquellos que escuchaban, leían, trabajaban, creían, volaban o habitaban lo que él creaba. Le interesaba la creación, no sus consumidores. La creación que daba forma a su verdad. Él mantenía su verdad en contra de todo y en contra de todos...

»Su visión, su fuerza, su valor, procedían de su propio espíritu. El espíritu del hombre es, sin embargo, su propio ser. Esa entidad que constituye su conciencia. Pensar, sentir, juzgar, obrar son funciones del yo.

»Los creadores no eran altruistas. Era el secreto total de su poder, la propia seguridad, el propio motivo, su propio engendro. La causa primera, la fuente de energía, la fuerza vital, el Primer Motor. El creador no sirve a nada ni a nadie. Vive para sí mismo.

»Y solamente viviendo para sí mismo ha sido capaz de realizar esas cosas que son la gloria del género humano.

»El hombre sólo puede sobrevivir por su mente. Llega desarmado a la tierra. Su cerebro es su única arma. Los animales obtienen el alimento por medio de la fuerza muscular. Él debe plantar su alimento o cazarlo. Para cultivar las plantas necesita un proceso de su pensamiento. Para cazar, necesita armas y el hacer armas constituye un proceso del pensamiento. Desde la necesidad más simple hasta la abstracción religiosa más alta, desde la rueda hasta el rascacielos, todo lo que somos y todo lo que tenemos procede de un solo atributo del hombre: la función de su mente.

»Pero la mente es un atributo del individuo. No existe una cosa tal como un cerebro colectivo. No hay una cosa tal como el pensamiento colectivo. Un acuerdo realizado por un grupo de hombres es sólo un compromiso o un promedio extraído de muchos pensamientos individuales. Es una consecuencia secundaria. El acto primario, el proceso de la razón debe ser ejecutado por cada hombre solo. Podemos dividir una comida entre muchos hombres, pero no podemos digerirla con un estómago colectivo. Ningún hombre puede usar sus pulmones para respirar por otro hombre. Ningún hombre puede usar su cerebro para pensar por otro. Todas las funciones del cuerpo y del espíritu son privativas. No pueden ser compartidas ni transferidas.

»Hemos heredado los productos del pensamiento de otros hombres. Hemos heredado la rueda. Hicimos un carro. El carro se transformó en automóvil. El automóvil ha llegado a ser aeroplano. Pero todo el proceso que



recibimos de otros es el producto terminal de sus pensamientos. La fuerza en movimiento es la facultad creadora que toma ese producto como un material, lo usa y permite dar un paso hacia delante. Esta facultad creadora no se puede dar o recibir, participar o conceder en préstamo. Pertenece al hombre solo, al individuo. Lo que él crea es propiedad de su creador. Los hombres aprenden el uno del otro, pero todo estudio es solamente intercambio de material. Ningún hombre puede darle a otro su capacidad de pensar. Sin embargo, esa capacidad es nuestro único medio de sobrevivir.

»Nada le ha sido dado al hombre sobre la tierra. Todo lo que él necesita lo tiene que producir. Y aquí el hombre afronta su alternativa fundamental; puede sobrevivir de una forma u otra; por el trabajo independiente de su propia mente o como un parásito alimentado por la mente de otro. El creador produce, el parásito toma en préstamo.

»El interés del creador es la conquista de la naturaleza. El interés del parásito es la conquista del hombre. Su fin esencial está en sí mismo. El parásito vive de segunda mano. Necesita de los demás. Los demás llegan a ser su móvil esencial.

»La necesidad básica del creador es la independencia. La mente que razona no puede vivir bajo ninguna forma de compulsión. No puede ser reprimida, sacrificada, subordinada a ninguna consideración, cualquiera que sea. Exige una independencia total en su función y en su móvil. Para un creador todas las relaciones con los hombres son secundarias.

»La necesidad básica del que necesita de otro es asegurarse los vínculos con los hombres para poder nutrirse. Coloca ante todo las relaciones. Declara que el hombre existe para servir a los otros. Predica altruismo.

»El altruismo es la doctrina que exige que el hombre viva para los demás y coloque a los otros sobre sí mismo.

«Ningún hombre puede vivir para los otros. No puede compartir su espíritu como no puede compartir su cuerpo. Pero el que necesita de otro se vale del altruismo como una arma de explotación e invierte la base de los principios morales del género humano. Se les ha enseñado a los hombres los preceptos para destruir al creador y se les ha enseñado la dependencia como virtud.

»El hombre que intenta vivir para los demás es un dependiente. Es un parásito en el móvil y hace parásitos a los demás a quienes sirve. La relación no produce más que corrupción. Es absurda como concepto. Lo que más se aproxima a ello en la realidad —el hombre que vive para servir a los otros— es el esclavo. Si la esclavitud es físicamente repulsiva, ¿cuánto más repulsivo no será el concepto de la servidumbre del espíritu? El esclavo conquistado tiene un vestigio de honor, tiene el mérito de haber resistido y el de considerar que su condición es mala. Pero el hombre que voluntariamente se esclaviza es la más baja de las criaturas. Degrada la dignidad del hombre. Ésta es la esencia del altruismo.

»Los hombres han aprendido que la virtud más alta no es realizar, sino dar. Sin embargo, no se puede dar lo que no ha sido creado. La creación es anterior a la distribución, pues, de lo contrario, no habría nada que distribuir. La necesidad de un creador es previa a la de un beneficiario. Sin embargo, se nos ha enseñado a admirar al imitador, que otorga dones que él no ha producido. Elogiamos un acto de caridad y nos encogemos ante un acto creador.

»A los hombres se les ha enseñado que su primera preocupación debe consistir en aliviar el sufrimiento de los demás. Pero el sufrimiento es una enfermedad. Si uno tiene ocasión debe tratar de dar consuelo y asistencia, pero hacer de eso el más alto testimonio de virtud es considerar el sufrimiento como lo más importante de la vida. Entonces el hombre desea ver

sufrir a los demás para poder ser virtuoso. Tal es la naturaleza del altruismo. Un creador no tiene interés en la enfermedad, sino en la vida. Sin embargo, la obra de los creadores ha eliminado una enfermedad tras otra, en el cuerpo y en el espíritu del hombre, y ha producido más alivio para el sufrimiento que lo que cualquier altruista pudo nunca concebir. A los hombres se les ha enseñado que estar de acuerdo con los otros es una virtud. Mas el creador es un hombre que disiente.

»A los hombres se les ha enseñado que nadar con la corriente es una virtud. Pero el creador es el hombre que nada contra la corriente. A los hombres se les ha enseñado que estar juntos constituye una virtud. Pero el creador es el hombre que está solo.

»A los hombres se les ha enseñado que el *ego* es el sinónimo del mal y el altruismo es el ideal de la virtud. Pero el creador es un egoísta en sentido absoluto y el hombre altruista es aquel que no piensa, no siente, no juzga, no construye.

»La elección no debe ser el sacrificio de uno mismo o la dominación. La elección es independencia o dependencia. El código del creador o el código del imitador. Éste es el problema básico. El código del creador está construido sobre las necesidades de la mente que razona y que permite al hombre sobrevivir. Todo lo que procede del *ego* independiente es bueno. Todo lo que procede de la dependencia de unos respecto a los otros es malo.

»Es el egoísta, en sentido absoluto, el hombre que se sacrifica por los demás. Es el hombre que no tiene necesidad de depender de los demás. No obra por medio de ellos. No está interesado por ellos en ninguna cuestión fundamental. Ni en su objeto ni en su móvil ni en su pensamiento ni en su deseo ni en la fuente de su energía. No existe para ningún otro hombre y no le pide a ningún otro hombre que exista para él.

»Ésta es la única forma de fraternidad y de respeto

mutuo posible entre los seres humanos. La independencia es la regla para medir la virtud y el valor humanos. Lo que el hombre es y hace de sí mismo y no lo que haya o no hecho por intermedio de otros.

No hay sustitutos para la dignidad personal. No hay ninguna norma de dignidad personal, salvo la independencia.

»En todas las relaciones propias no hay sacrificio de nadie para nadie. Un arquitecto necesita clientes, pero no subordina su obra a los deseos de ellos. Lo necesitan, pero no le ordenan una casa por el hecho de darle un trabajo. Los hombres cambian su trabajo por su libertad con mutuo sentimiento y con ventaja mutua cuando sus intereses personales coinciden y ambos desean el intercambio. Si no lo desean, no están obligados a tratar el uno con el otro. Buscan algo más. Es la única forma posible de relación entre iguales. Cualquier otra es una relación de esclavo a amo, de víctima a verdugo.

Ningún trabajo se hace colectivamente por decisión de una mayoría. Todo trabajo creador se realiza bajo la guía de un solo pensamiento individual. Un arquitecto necesita muchos hombres para levantar un edificio, pero no les pide que le den el voto sobre su proyecto. Trabajan juntos por libre acuerdo y cada uno es libre en su función propia. El arquitecto emplea, acero, vidrio, hormigón que otros han producido, pero, esos materiales siguen siendo acero, vidrio, hormigón hasta que él los emplea. Después, lo que hace con ellos es un producto individual y es su propia individualidad. Ésta es la única forma de cooperación entre los hombres.

»El primer derecho que se tiene en el mundo es el derecho al yo. El primer deber del hombre lo tiene consigo mismo. Su ley moral no consiste en colocar su fin principal en los demás. Un hombre piensa y trabaja solo. Un hombre no puede robar, explotar, gobernar... solo.

»El robo, la explotación y el gobierno presuponen la

existencia de víctimas. Implica dependencia.

»Los que gobiernan a los hombres no son egoístas. No crean nada. Existen, enteramente, por las personas de los demás. Su fin está en sus súbditos, en la actividad de esclavizar. Son dependientes como el mendigo y el bandido. La forma de dependencia carece de importancia.

»Pero a los hombres se les ha enseñado a mirar a los imitadores y a los tiranos, emperadores, dictadores, como exponentes del egoísmo. Mediante este fraude han hecho destruir el yo, el de ellos mismos y el de los demás. El propósito del fraude fue destruir a los creadores. O someterlos, que es sinónimo. Desde el principio de la Historia, los dos antagonistas han estado frente a frente: el creador y el imitador. Cuando el primer creador inventó la rueda, el otro le contestó inventando el altruismo.

»El creador, negado, combatido, perseguido, explotado, continuó, marchó adelante y condujo consigo a toda la humanidad con su energía. El hombre que obra de segunda mano no contribuyó con nada al proceso, si se exceptúan las obstrucciones. La contienda tiene otro nombre: lo individual contra lo colectivo. El «bien común» de lo colectivo, raza, clase, estado, ha sido la pretensión y la justificación de toda tiranía que se haya establecido en la tierra. Los mayores errores de la Historia han sido cometidos en nombre de móviles altruistas. ¿Alguna vez han igualado los actos del egoísmo a todas las carnicerías perpetradas por los discípulos del altruismo? El defecto reside en la hipocresía del hombre o en la naturaleza del principio.

»Los carniceros más terribles han sido los más sinceros. Creían que la sociedad perfecta sería alcanzada por medio de la guillotina y el pelotón de fusilamiento. Nadie discutió el derecho a asesinar desde el momento que asesinaban con un propósito altruista. Se aceptó que el hombre debe sacrificarse por los demás hombres.

Cambian los actores, pero el curso de la tragedia se mantiene idéntico. El humanitarista que empieza con declaraciones de amor por el género humano termina con un mar de sangre. Continúa y continuará mientras se crea que una acción es buena si no es egoísta. Esto permite actuar al altruista y obliga a su víctima a soportarlo. Los líderes de los movimientos colectivos no piden para ellos mismos, pero es menester observar los resultados.

»Se trata de un antiguo conflicto. Los hombres se han acercado a la verdad, pero ésta ha sido destruida de vez en cuando y una civilización cae después de la otra. La civilización es el progreso hacia una sociedad de aislamiento. Toda la existencia del salvaje es pública, regida por las leyes de la tribu. La civilización consiste en un proceso que permita que el hombre esté libre de los hombres. Ahora, en nuestra época, el colectivismo, la norma del hombre subordinado y del hombre de segunda clase ha libertado el antiguo monstruo y ataca a diestro y siniestro. Ha conducido al hombre a un nivel de indecencia intelectual nunca igualado sobre la tierra. Ha alcanzado una proporción de horror sin precedentes. Ha envenenado a todos los espíritus. Se ha tragado a la mayor parte de Europa, se está engullendo nuestro país.

»Yo soy arquitecto. Y sé dónde se va a llegar de acuerdo con el principio sobre el cual está edificado. Nos acercamos a un mundo en el cual no podré vivir, ahora saben por qué he destruido Cortland.

»Yo lo diseñé. Se lo di a ustedes. Yo lo destruí

» Lo destruí porque preferí que no existiera. Era un doble monstruo, por el aspecto y por lo que implicaba. Tenía que destruir a ambos. El aspecto fue mutilado por los «segunda mano» que se arrogaron el derecho de mejorar lo que no habían hecho y lo que no podían igualar. Se les permitió que obraran por la deducción general de que el propósito altruista del edificio eliminaba todos los derechos y que yo no podría

efectuar ninguna reclamación.

«Convine en hacer el proyecto para Cortland con el propósito de verlo construido conforme a mi diseño y sin ninguna otra razón. Ése fue el precio que puse por mi trabajo, y no se me pagó.

»No censuro a Peter Keating. Él ha sido impotente. Tenía un contrato con sus superiores.

»De ese contrato se hizo caso omiso. Le habían hecho la promesa de que la construcción sería edificada conforme estaba en el proyecto. La promesa fue rota. El amor que un hombre tiene por la integridad de su trabajo y por su derecho a preservarlo es considerado como algo sin consistencia y sin importancia. Ustedes se lo han oído decir al fiscal. ¿Por qué fue desfigurado el edificio? Por ninguna razón. Tales actos carecen siempre de razón, a menos que se trate de la vanidad de un «segunda mano» que se siente con derecho a la propiedad, espiritual o material, de otro. ¿Quién les permitió que lo hicieran? Ninguna persona en particular, entre la docena de los que tenían autoridad en ese asunto. Nadie se preocupó de autorizarlo ni de impedirlo. Nadie fue responsable. Nadie puede ser tenido en cuenta. Tal es la naturaleza de todas las acciones colectivas.

»No recibí el pago que pedí. Pero los propietarios de Cortland obtuvieron de mí lo que necesitaban. Querían que se hiciera un esquema para edificar un conjunto de viviendas tan baratas como fuera posible. No encontraron otro que lo pudiera hacer a satisfacción. Yo pude y lo hice. Se beneficiaron de mi trabajo y me hicieron contribuir con él como si fuera un regalo. Pero yo no soy altruista. No contribuyo con regalos de esa naturaleza.

»Se dice que yo he destruido el hogar del desamparado. Se han olvidado de decir que si no hubiese sido por mí el desamparado no hubiera podido tener ese hogar especial. Los que se interesaban por los

pobres tuvieron que acudir a mí, que nunca me había interesado por ayudar a los pobres. Se creyó que la pobreza de los futuros ocupantes les daba derechos sobre mi trabajo. Que lo que ellos necesitaban constituía un derecho sobre mí. Era mi deber contribuir con lo que ellos me pedían. Ése es el credo del «segunda mano» que ahora se está engullendo al mundo.»He venido aquí para manifestar que no reconozco a nadie derecho alguno sobre un minuto de mi vida. Ni sobre una parte de mi energía. Ni sobre ninguna obra mía. Ni me interesa quién haga la petición, o cuál sea el número, o cuan grande sea la necesidad que ellos tengan. He querido venir aquí para decir que soy un hombre que no existe para los otros.

»He querido venir aquí para manifestar que la integridad del trabajo creador de un hombre tiene mayor importancia que cualquier esfuerzo caritativo. Aquellos de ustedes que no comprendan esto forman parte de los hombres que están destruyendo el mundo. »No reconozco obligaciones hacia los hombres, excepto una: respetar su libertad y no formar parte de una sociedad esclava. A mi país quiero darle los diez años que pasaré en la cárcel. Los pasaré recordando con gratitud todo lo que mi país ha sido. A cada creador destruido en cuerpo y en espíritu. A Henry Cameron. A Steven Mallory. A un hombre que no necesita ser nombrado, pero que está sentado en esta sala y sabe que de él estoy hablando.

Roark se puso en pie, con las piernas abiertas, los brazos pegados a los lados, la cabeza erguida, como si estuviera ante un edificio en construcción. Momentos después, cuando nuevamente estuvo sentado en la tarima de la defensa, muchas personas de la sala tenían la impresión de que estuviera todavía en pie: era el cuadro de un instante que no se podía remplazar.

El cuadro quedó grabado en sus mentes durante la larga discusión que siguió. Escucharon que el juez le manifestaba al fiscal que el acusado había, en efecto,



cambiado la naturaleza de la acusación; había admitido el hecho, pero no se había declarado culpable del delito cometido; se creó un problema de demencia legal pasajera; dependía del jurado decidir si el acusado conocía la naturaleza y la calidad del hecho, o si sabía que el hecho era delictivo. El fiscal no hizo objeción alguna. Hubo un extraño silencio en la sala. Se tuvo la certeza de que Roark había ganado la causa. Había terminado su defensa. Ninguno recordaba lo que había dicho. El juez dio sus instrucciones al jurado. Éste se levantó y dejó los estrados.

La gente se movió preparándose para salir, sin prisa, pensando que tenía muchas horas que esperar. Wynand, al final de la sala, y Dominique al frente, estaban inmóviles.

Un ujier se acercó a Roark para escoltarlo en la salida. Roark estaba junto al sitio de la defensa. Sus ojos se posaron en Dominique, después en Wynand. Se volvió y siguió al ujier.

Había llegado a la puerta cuando se oyó un ruido seguido de un espacio de silencio vacío, antes de que la gente se diera cuenta de que se trataba de un golpe dado en la puerta cerrada donde el jurado estaba deliberando.

El jurado había pronunciado su veredicto.

Aquellos que habían estado de pie se quedaron así, hasta que el juez volvió a su sitio. El jurado penetró en la sala.

—El acusado debe ponerse en pie y dar frente al jurado —dijo el actuario.

Howard Roark marchó hacia delante y se colocó frente al jurado. Al final de la habitación, Gail Wynand también se paró y se quedó en esa posición.

—Señor Foreman, ¿han pronunciado el veredicto?

—Sí.

—¿Cuál es?

—No hay delito.

El primer movimiento que hizo Roark con la cabeza

no fue para mirar a la ciudad, por la ventana, ni al juez ni a Dominique. Miró a Wynand.

Wynand se volvió en seguida y salió. Fue la primera persona que dejó la sala.

## XIX

Roger Enright compró al Gobierno el terreno y las ruinas de Cortland. Dio órdenes para que sacaran todos los restos inservibles y encargó a Howard Roark que reconstruyera las viviendas de acuerdo con su proyecto. Enright presupuestó la obra para obtener alquileres bajos con un margen de provecho para él. No había que hacer cuestión acerca de los ingresos, de la ocupación, de los chicos o del régimen alimenticio de los futuros ocupantes; las viviendas fueron abiertas a quienquiera deseara mudarse y pagar el alquiler, estuviera o no en condiciones de pagar un departamento más caro.

A fines del mes de agosto fue decretado el divorcio de Gail Wynand. La demanda no fue contestada y Dominique no asistió a la breve vista. Wynand se hallaba como un hombre que está frente a una corte marcial y oía las frías obscenidades del lenguaje jurídico que describían el desayuno en la casa de Monadnock Valley —la señora de Wynand-Howard Roark— que infamaban a su esposa para deshonrarla oficialmente y concederle a él una simpatía legal, el estado legal de inocencia, y un documento que sería su pasaporte de libertad para los años que tenía por delante y para las silenciosas noches de esos años.

Ellsworth Toohey ganó su pleito en el departamento de trabajo. Wynand se vio obligado a reincorporarlo a su empleo.

Aquella tarde la secretaria de Wynand le habló por teléfono a Toohey diciéndole que el señor Wynand esperaba que volviera a trabajar antes de las nueve. Toohey se sonrió y colgó el receptor.

Toohey entró sonriendo, aquella noche, en el edificio del *Banner*. Saludó a los empleados, estrechó manos e hizo ingeniosas observaciones con aire de inocente asombro, como si hubiese estado ausente sólo desde el día anterior y no comprendiera el motivo por el cual lo saludaban como si se tratara de un retorno triunfal. Al entrar en su oficina se detuvo un momento. Wynand estaba allí.

—Buenas noches, señor Toohey —dijo Wynand suavemente—. Entre.

—¡Hola, señor Wynand! —dijo Toohey con voz agradable, confiado al sentir que sus músculos faciales ostentaban una sonrisa y que sus piernas marchaban. Entró y se detuvo con incertidumbre. Era su propio despacho, sin ningún cambio, con una máquina de escribir y papel sobre la mesa. Pero la puerta estaba abierta y Wynand estaba allí, silencioso, apoyado en una jamba.

—Siéntese, señor Toohey. Debemos cumplir la ley.

Toohey hizo un imperceptible y alegre movimiento de aquiescencia con los hombros, cruzó la habitación y se sentó. Tomó un lápiz, examinó la punta y luego lo soltó.

Wynand levantó la muñeca hasta el nivel de su pecho y la sostuvo así; el antebrazo y los largos dedos que caían formaban el lado de un triángulo: miraba su reloj de pulsera.

—Son las nueve menos diez. Está usted reintegrado a su trabajo, señor Toohey.

—Y soy feliz como un muchacho al regresar. Con

toda sinceridad, señor Wynand, aunque supongo que no debería confesarlo; pero he echado de menos esta oficina, muchísimo.

Wynand no hizo ningún movimiento para irse. Estaba cabizbajo como de costumbre, con los omóplatos apoyados en el marco de la puerta. Una lámpara con una sombra cuadrada de cristal verde estaba encendida sobre la mesa, pero afuera todavía había luz, una luz que formaba rayos castaños en un cielo de color de limón. La sombra que proyectaba la lámpara parpadeaba débilmente y Toohey sentía al mismo tiempo un rumor sordo bajo las suelas de sus zapatos: las rotativas estaban en marcha. Era un ruido agradable, confidencial y vivo. Latía el pulso de un diario que transmitía a los hombres el latido del mundo.

Toohey movió un lápiz sobre una hoja de papel hasta que se dio cuenta de que la hoja estaba bajo la luz de la lámpara y de que Wynand podía ver que el lápiz estaba dibujando un lirio, una tetera y un perfil barbado. Se preguntaba por qué causa le habría pedido que se reincorporara a las nueve de la noche, pero supuso que Wynand trató así de mitigar su derrota, y él tenía la impresión de que no podía discutir el punto.

Las rotativas marchaban, los latidos se unían y eran retransmitidos. No oía otro ruido y pensó que era absurdo quedarse así si Wynand se había ido, pero que era menos recomendable mirar para ver si se había ido o no.

Después de un momento levantó la vista. Wynand estaba todavía allí. La luz destacaba dos manchas blancas de su figura: los largos dedos de su mano, que aferraban los codos, y la alta frente. Toohey quería ver la frente; no, no había arrugas oblicuas sobre las cejas. Los ojos formaban dos óvalos blancos y sólidos, levemente discernibles entre las sombras angulares del rostro. Los óvalos se dirigían a Toohey, pero no había nada en el rostro, ni siquiera la indicación de un

propósito.

Después de un instante Toohey dijo: —Realmente, señor Wynand, no hay ninguna razón que nos impida estar juntos. Wynand no respondió.

Toohey tomó una hoja de papel y la colocó en la máquina de escribir. Se quedó mirando las letras, tomándose la barba con dos dedos, con la actitud que asumía cuando iba a comenzar un párrafo. La hilera de las teclas brillaba bajo la lámpara, anillos de níquel brillantes, suspendidos en la oscura habitación. Las rotativas se detuvieron.

Toohey saltó hacia atrás, automáticamente, sin que supiese por qué lo había hecho: él era un periodista y le resultaba asombroso que las máquinas se detuviesen así.

Wynand miró a su reloj de pulsera.

—Son las nueve. Está usted sin empleo, señor Toohey. El *Banner* ha dejado de existir.

La próxima noción de la realidad que Toohey aprendió fue que su propia mano caía sobre el teclado de la máquina: oyó el ruido del metal de las planchas que se entreveraban y golpeaban al mismo tiempo y el breve salto del carro.

—Sí, usted ha trabajado durante trece años... Sí, le compré la parte a todos, incluso a Mitchell Layton, hace dos semanas... —La voz era indiferente—. No, los muchachos de la redacción no lo sabían. Sólo los de la sala de máquinas.

Toohey permaneció en pie. Estuvo mirando a Wynand. Entre ellos había una alfombra gris. La cabeza de Wynand se movió, inclinándose lentamente sobre un hombro. El rostro de Wynand estaba como si no fuera necesaria ninguna barrera; parecía natural, sin disgusto; sus cerrados labios dibujaban la sugestión de una sonrisa de pena que casi resultaba humilde. Dijo:

—Tal ha sido el fin del *Banner*... Creo que era justo que lo presenciara usted.

Roark estaba trabajando en la mesa de dibujo de su oficina. La ciudad, a través de las paredes de cristal, parecía lustrosa con el aire lavado por los primeros fríos de octubre.

El teléfono sonó. Se quedó con el lápiz suspendido en un movimiento de impaciencia.

—Señor Roark —dijo la secretaria. El tono tenso de su voz era como una petición de disculpa por haber quebrantado una orden—, el señor Wynand desea saber si sería cómodo para usted ir a su oficina mañana a las cuatro de la tarde.

La secretaria escuchó el zumbido del receptor, en el silencio, y contó muchos segundos.

—¿Está al aparato? —preguntó Roark.

Ella sabía que no era la conexión telefónica lo que hacía que la voz sonara de aquel modo.

—No, señor Roark. Habla la secretaria del señor Wynand.

—Sí. Sí, dígame que sí.

Volvió a la sala de dibujo y miró los bosquejos. Era la primera deserción que se veía obligado a cometer, pues sabía que no podría trabajar más aquel día. El peso de la esperanza y del consuelo eran demasiado grandes.

Cuando Roark se acercó a la puerta de lo que había sido edificio del *Banner*, la muestra había desaparecido. Nada la remplazaba. En la puerta había quedado solamente un rectángulo descolorido. Se enteró de que en el edificio estaban las oficinas del *Clairon* y que había pisos de habitaciones vacías. El *Clairon*, un pasquín de la tarde, de tercera categoría, era el único representante de la cadena Wynand en Nueva York.

Se dirigió al ascensor. Estaba contento de ser el único ocupante; sintió una súbita posesión en la pequeña jaula de acero; era suya, la volvía a encontrar, volvía a ella. La intensidad del consuelo le decía que la intensidad del dolor había terminado; de ese dolor tan especial como no había tenido otro en su vida. cuando

penetró en el despacho de Wynand advirtió que tenía que aceptar aquel dolor y llevarlo para siempre, que iba a curarse, pero que no tendría esperanzas. Wynand estaba sentado y se puso de pie cuando él entró, mirándolo fijamente. El rostro de Wynand era algo más que el rostro de un desconocido; el rostro de un desconocido es una potencialidad inaccesible, se manifiesta si uno se interesa y se esfuerza; pero aquél era un rostro conocido, cerrado y que nunca más podría ser penetrado. Un rostro que no tenía dolor de renunciamiento, sino la señal del pasado próximo, cuando hasta el dolor se ha renunciado. Un rostro remoto y sereno, con dignidad personal, sin signos de vida, con la dignidad de una estatua colocada sobre una tumba medieval que habla de una pasada grandeza e impide que una mano toque los restos.

—Señor Roark, esta entrevista es necesaria, pero muy difícil para mí. Por favor, procedamos de acuerdo.

Roark se dio cuenta de que el último acto de bondad que le podía ofrecer era no pedirle una conexión entre ambos. Sabía que destruiría lo que había ganado del hombre que estaba delante de él, si pronunciaba una sola palabra: Gail.

Pero Roark contestó:

—Sí, señor Wynand.

Wynand cogió cuatro pliegos de papel escritos a máquina y se los entregó.

—Haga el favor de leer esto y firmarlo si merece su aprobación.

Roark preguntó:

—¿Qué es?

—El contrato para hacer el proyecto del edificio Wynand.

Roark colocó las hojas sobre la mesa. No las podía tener en la mano. No las podía leer.

—Haga el favor de escuchar con atención, señor Roark. Esto debe ser explicado y comprendido. Quiero

iniciar la construcción del edificio Wynand de una vez. Quiero que sea la construcción más alta de la ciudad. No discuta conmigo si es oportuna y económicamente aconsejable. Quiero edificarlo. Se hará..., lo cual es todo lo que a usted le interesa. Será la casa del *Clairon* y de todas las oficinas de las empresas Wynand, que ahora están diseminadas en distintas partes de la ciudad. El resto del edificio será alquilado. He dejado suficiente crédito para garantizarlo. No tema levantar una estructura inútil. Le enviaré un informe escrito con todos los detalles y requisitos. Lo demás es cuestión suya. Usted diseñará el edificio a su gusto. Sus resoluciones serán definitivas, no necesitarán mi aprobación. Tendrá todo lo que necesite y autoridad completa. Esto está establecido en el contrato, pero quiero dejar sentado que no lo veré a usted. Habrá un agente que me representará en todas las cuestiones técnicas y financieras. Tratará con él. Todas las conversaciones al respecto las tendrá con él. Que él busque los contratistas que usted prefiera. Si quiere tratar conmigo, lo hará por intermedio de mi agente. No espere y no intente verme. Si lo hiciera, será rechazado. No quiero volver a hablar con usted; tampoco quiero verlo más. Si está dispuesto a cumplir con estas condiciones haga el favor de leer el contrato y de firmarlo.

Roark tomó una estilográfica y lo firmó sin leerlo.

—Usted no lo ha leído —dijo Wynand.

Roark arrojó el papel sobre la mesa.

—Haga el favor de firmar ambas hojas.

Roark obedeció.

—Gracias —dijo Wynand, firmó las hojas y le entregó un ejemplar a Roark—. Ésta es su copia.

Roark se metió el papel en el bolsillo.

—No he mencionado la parte financiera de la empresa. Es un secreto a voces que el llamado imperio de Wynand ha muerto. Está firme, y marcha bien, como



siempre, por todo el país, a excepción de Nueva York. Durará lo que dure mi vida, pero terminará conmigo. Pienso liquidar una gran parte del mismo. Por esta razón, no se limite en los gastos por consideración alguna. El edificio perdurará después que los noticiarios y pasquines hayan desaparecido.

—Está bien, señor Wynand.

—Si considera la presente situación del mundo, y el desastre hacia el cual se encamina, encontrará absurda la empresa. La época de los rascacielos ha pasado. Ésta es la época de las viviendas colectivas. Lo cual es siempre un preludio de la época de la cueva. Pero no tema esta actitud contra todo el mundo. Será el último rascacielos que se levante en Nueva York. Es propio que sea así. Es la última hazaña de un hombre sobre la tierra antes que el género humano se destruya.

—El género humano nunca se destruirá a sí mismo, señor Wynand. Ni hay que pensar que se pueda destruir mientras se hagan cosas como el edificio Wynand.

—Esto le concierne a usted. Las cosas muertas, como el *Banner*, son el fertilizador financiero que lo hará posible. Es la función propia de ellas. —Después dijo, sin cambiar el tono de la voz—: Una vez le dije que este edificio sería un monumento a mi vida. Ya no tengo nada que conmemorar. El edificio Wynand tendrá sólo lo que usted le dé.

Se puso de pie, indicando con ello que la entrevista había terminado. Roark se paró e inclinó la cabeza al partir. Tuvo la cabeza inclinada un momento más de lo que una ceremoniosa inclinación requería.

Se detuvo en la puerta y se volvió. Wynand estaba detrás de la mesa, sin moverse. Uno al otro se miraron. Wynand dijo:

—Edifíquelo como un monumento a ese espíritu que es suyo... y que pudo ser mío.

Un día de primavera, dieciocho meses más tarde, Dominique se dirigió al lugar donde se estaba construyendo el edificio Wynand.

Contempló los rascacielos de la ciudad; se elevaban inesperadamente sobre las bajas líneas de los tejados. Constituían imponentes sorpresas, como si hubiesen brotado un segundo antes de haberlos mirado y ella los hubiera cogido en el último acto de la ascensión.

Dobló una esquina en Hell's Kitchen y se encaminó hacia el vasto terreno despejado. Las máquinas rodaban sobre la tierra roja, nivelando el futuro parque. Desde el centro se elevaba hacia el cielo el esqueleto del edificio Wynand. El tope de la estructura estaba desnudo todavía, era una jaula entrecruzada de aceros.

Marchó hacia el edificio. Una valla de madera que rodeaba los pisos bajos ostentaba grandes letreros que anunciaban los nombres de las firmas que habían suministrado los materiales para la construcción: «Acero de la National Steel Inc.», «Cristales de Ludlow», «Instalaciones Eléctricas de Wells-Clairmont», «Ascensores de Keesler Inc.», «Nash y Dunning. Constructores».

Se detuvo. Vio un objeto que nunca había visto. La visión de él fue como el roce de una mano sobre la frente, una de esas manos de las imágenes legendarias que tiene el poder de curar. Ella no había conocido a Henry Cameron y no había oído hablar de él, pero lo que sintió en aquel momento era como si hubiese oído: «Y yo sé que si usted lleva estas palabras hasta el fin, tendrá la victoria, Howard; no sólo para usted, sino porque en algo saldrá ganando eso que mueve el mundo

y que nunca obtiene ningún reconocimiento. Vindicará a todos los que han caído antes que usted, que han sufrido como sufrirá usted. Aquel objeto era una pequeña placa de estaño en la valla que rodeaba el más grande edificio de Nueva York y que decía:

HOWARD ROARK. *Arquitecto*

Se dirigió a la casilla del superintendente. Ella iba a menudo para visitar a Roark, para observar el progreso de la construcción; pero allí había un hombre que no la conocía. Le preguntó por Roark.

—Ha subido a causa del tanque del agua. ¿Cuál es su nombre, señora?

—Soy la señora de Roark.

El hombre buscó al superintendente, que la condujo a la cabina que estaba afuera, como ella siempre lo hacía, unas pocas tablas con una soga a guisa de barandilla, que subía por el costado del edificio.

Ella estaba de pie, con las manos aferradas a un cable. Las tablas se estremecieron, una corriente de aire sacudió su cuerpo y vio cómo lentamente la tierra se iba separando de ella.

Ascendía sobre los amplios tableros de las ventanas. Los canales de las calles se hacían cada vez más profundos, hundiéndose. Subió sobre las marquesinas de los cines; las ventanas de las oficinas corrían a su paso, largos cinturones de cristal que corrían hacia abajo. Las torres de los hoteles se inclinaban como las varillas de un abanico abierto y se volvían a cerrar. Las chimeneas humeantes eran montones de fábricas y los pequeños cuadrados grises que se movían eran autos. La ciudad se extendía en filas angulares entre dos finos brazos de agua negra. Saltaba a través de ellos y se alejaba en una

niebla de llanuras y de cielos.

Las azoteas descendían como pedales presionados sobre los edificios de abajo, fuera del camino de su vuelo. Dejó abajo las antenas de las estaciones de radio.

La cabina osciló como un péndulo sobre la ciudad. Se inclinó hacia un lado del edificio. Había pasado la línea donde terminaba la albañilería. No había nada debajo, sino ligamentos de acero y espacio. Sintió que la altura hacía presión en sus tímpanos. El sol le daba en los ojos. El aire batía su barbilla levantada.

Lo vio encima de ella, en la plataforma más alta del edificio Wynand. Él la saludó con la mano.

La línea del océano cortaba el cielo. El océano subía conforme descendía la ciudad. Pasó los pináculos de los edificios de los Bancos. Subió sobre las torres de los templos.

Después ya no hubo nada más que el océano, el cielo y la figura de Howard Roark.

FIN